

Volumen 8

Nuestra América III

Honduras – Nicaragua – Paraguay – Puerto Rico – Uruguay – América Central – Voces Hispanoamericanos – de “La América”, Nueva York

	Pág.
HONDURAS	
La Escuela de Artes y Oficios de Honduras. La América, Nueva York junio 1884	15
Carta a “La República”. La República, Honduras 14 agosto 1886	19
Carta a “La República” 12 agosto 1886	27
Honduras y Los Extranjeros. Patria, Nueva York 15 diciembre 1894	35
NICARAGUA	
Carta a Román Mayorga Rivas (fragmento) [1894]	41
PARAGUAY	
Carta al señor José S. Decoud. Nueva York 10 abril 1890	47
PUERTO RICO	
Catecismo democrático. El Federalista, México 5 diciembre 1876	53
Carta a Ramón Emeterio Betances	54
URUGUAY	
Carta a Carlos Farini. Nueva York 10 octubre 1884	63
Carta al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay. Nueva York 22 febrero 1888	64
Memoria del Consulado General de la República del Uruguay en Nueva York. 22 febrero 1888	64
Carta al Secretario de Estado, Washington. Nueva York 5 julio 1888	71
Carta al Secretario de Estado. Washington. Nueva York 9 julio 1888	71

Carta al Secretario de Estado, Washington. Nueva York. (Traducción) 9 julio 1888	72
Carta a William F. Wharton. Nueva York. 30 agosto 1889	73
Carta a William F. Wharton. Nueva York. (Traducción) 30 agosto 1889	73
Carta al Secretario de Estado, Washington. Nueva York 16 octubre 1889	74
Carta al Secretario de Estado, Washington, Nueva York. (Traducción) 16 octubre 1889	75
Carta al Secretario de Estado, Washington. Nueva York 13 abril 1891	75
Carta al Secretario de Estado, Washington. Nueva York. (Traducción) 13 abril 1891	76
Nuestro comercio suramericano, (entrevista) 1889	79

AMÉRICA CENTRAL

Cartas de Martí. La Nación, Buenos Aires. 22 febrero 1885	87
Cartas de Martí. La Nación, Buenos Aires. 5 junio 1885	93
Cartas de Martí. La Nación, Buenos Aires. 21 agosto 1885	97
Cartas de Martí. La Nación, Buenos Aires. 29 noviembre 1890	105
Discurso en honor de Centroamérica en la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Junio 1891	113

VOCES	119
-------	-----

HISPANOAMERICANOS

Don Miguel Peña. Revista Venezolana Caracas 1 julio 1881	135
Cecilio Acosta. Revista Venezolana, Caracas 15 julio 1881	153
Olegario Andrade. La Opinión Nacional, Caracas 1881	167
La estatua de Bolívar. La América, Nueva York junio 1883	175
El centenario de Bolívar. La América, Nueva York agosto 1883	178
Juan Carlos Gómez. La América, Nueva York julio 1884	185
Francisco Gregorio Billini. La América, Nueva York septiembre 1884	193
Juan José Baz, un mexicano ilustre. El Economista Americano, Nueva York diciembre 1887	199
Eloy Escobar. El Economista Americano, Nueva York febrero 1888	201
Juan de Dios Peza. El Economista Americano, Nueva York 1888	204
Un héroe americano. La Nación, Buenos Aires 13 mayo 1888	211
Páez. El Porvenir, Nueva York 11 junio 1890	219
San Martín. El Porvenir, Nueva York 1891	225
Ignacio Altamirano. Patria, Nueva York 24 marzo 1893	237
Marco Aurelio Soto. Patria, Nueva York 15 septiembre 1893	237
Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893. Patria, Nueva York 4 noviembre 1893	241
La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Patria, Nueva York 31 octubre 1893	251
Páez y un cubano. Patria, Nueva York 14 julio 1891	253
El Día de Juárez. Patria, Nueva York 14 julio 1894	254
Federico Proaño, periodista. Patria, Nueva York 8 septiembre 1894	256

AVISOS

A los lectores de “La América”. La América, Nueva York junio 1883	265
Los propósitos de “La América”, bajo sus nuevos propietarios. La América, Nueva York enero 1884	265

EDUCACIÓN

A aprender en las haciendas. La América, Nueva York agosto 1883	275
Educación científica. La América, Nueva York septiembre 1883	277
Escuela de Mecánica. La América, Nueva York septiembre 1883	279
Escuela de Electricidad. La América, Nueva York febrero 1884	281
Escuela de Artes y Oficios. La América, Nueva York noviembre 1833	284
Trabajo manual en las escuelas. La Américo, Nueva York noviembre 1883	285
Maestros ambulantes. La América, Nueva York mayo 1884	288

AGRICULTURA

La América grande. La América, Nueva York agosto 1883	297
Abono. La sangre es buen abono. La América, Nueva York agosto 1883	298
México siembra su valle. La América, Nueva York agosto 1883	300
Congreso forestal La América, Nueva York septiembre 1883	302
Plantación de la vid. Lo América, Nueva York septiembre 1883	304

LETRAS

Tres libros. Poetisas americanas. Carolina Freyre. Luisa Pérez. La Avellaneda. Las mexicanas en el libro. Tarea aplazada. Revista Universal, México 28 agosto 1875	309
Biblioteca americana. La América, Nueva York enero 1884	313
Libro nuevo : “Los Recuerdos de Un Octogenario”. La América, Nueva York. febrero 1884	314
Libros de hispanoamericanos y ligeras consideraciones. La América, Nueva York junio 1884	318

INDIOS

Antigüedades mexicanas. La América, Nueva York junio 1883	327
Arte aborigen. La América, Nueva York enero 1884	329
El hombre antiguo de América y sus artes primitivas. La América, Nueva York abril 1884	332
Autores americanos aborígenes. La América, Nueva York abril 1884	335
Una comedia indígena: “El Gregüence”. La América, Nueva York junio 1884	338
Reunión próxima de la British Asociación. La América, Nueva York junio 1884	340
La cronología prehistórica de América. El Economista Americano, Nueva York. agosto 1887	341

EXPOSICIONES

Exposición de electricidad. La América, Nueva York marzo 1883	347
La exposición de Boston. La América, Nueva York agosto 1883	349
La exposición de material de ferrocarriles de Chicago. La América, Nueva York septiembre 1883	352
Exhibición de caballos en Nueva York. La América, Nueva York octubre 1883	357
La exposición de Louisville. La América, Nueva York octubre 1883	360
Una indicación de “La América”. La América”, Nueva York noviembre 1883	362
Exposición de algodones en New Orleans. La América, Nueva York noviembre 1883	364
Exposición de productos americanos. La América, Nueva York abril 1884	366
La próxima Exposición de New Orleans. La América, Nueva York mayo 1884	368

INMIGRACIÓN

Sobre inmigración. La América, Nueva York junio 1883	377
Inmigración. La América, Nueva York septiembre 1883	377
Inmigración italiana. La América, Nueva York octubre 1883	378
Trabajadores franceses. La América, Nueva York noviembre 1883	380
De la inmigración inculta y sus peligros. La América, Nueva York febrero 1884	382

VARIOS

El gimnasio en la casa. La América, Nueva York marzo 1883	389
Plumas de avestruz. La América, Nueva York agosto 1883	393
El ferrocarril entre México y los Estados Unidos. La América, Nueva York abril 1884	393
“El Gobernador”. La América, Nueva York abril 1884	395
Comisionados norteamericanos para estudiar la América Latina. La América, Nueva York mayo 1884	397
Los libros que debe estudiar un buen mecánico. La América, Nueva York mayo 1884	399

MISCELÁNEA

Interesante experimento. La . América, Nueva York marzo 1883	405
El horógrafo. Invento reciente. La América, Nueva York marzo 1883	406
Arbos senior. La América, Nueva York junio 1883	406
Invento muy útil. La América, Nueva York. agosto 1883	407
Un mastodonte. La .América, Nueva York agosto 1883	409
Observaciones sobre el hábito de fumar cigarrillos de papel. La América, Nueva York septiembre 1883	410
Hechos notables. La América, Nueva York septiembre 1883	411
Últimos adelantos en electricidad. La América, Nueva York octubre 1883	415
El glosógrafo. La América, Nueva York noviembre 1883	418
Botes de papel. La América, Nueva York noviembre 1883	419
La Exposición de Caballos. La América, Nueva York noviembre 1883	421
Reforma esencial en el programa de las universidades americanas. Estudio de las lenguas vivas. Gradual desentendimiento del estudio de las lenguas muertas. La América, Nueva York enero 1884	427
Insectos. La América, Nueva York enero 1884	430
Piedras, pollos y niños. Progresos de la ciencia. Petrografía. Incubadora de niños. La América, Nueva York febrero 1884	432
La Exhibición Sanitaria. La América, Nueva York mayo 1884	436
Inventiones recientes. Quinientas patentes nuevas. La América, Nueva York mayo 1884	438
Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos. La América, Nueva York junio 1884	440
Tranvías de cable. Ventajas de los países hispanoamericanos para la aplicación de los nuevos inventos. La América, Nueva York junio 1884	445
El carbón. Su importancia y su obra. La América, Nueva York noviembre 1884	447

JOSE MARTI

Obras Completas

8

Nuestra América



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1991

Tomado de la segunda edición publicada por la Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Primera reimpresión



© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1992

Mi cara sustentada
con un recto / cara
perueta hombre y
monte: enjuto; como
miri tu puro; tute
como hombre alto; de
labios gruesos y con
el pelo, como de hombre
hecho a 'mirina
palabras heridas; -
de frente que se
era a 'miri / plaza
a 'á la, con un

ISBN 959-06-0028-X
959-06-0063-8
959-06-0036-0

Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, No. 4104, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

FACSIMIL DE UN DIBUJO DE BOLÍVAR HECHO POR MARTÍ

NUESTRA AMERICA

III

HONDURAS

NICARAGUA

PARAGUAY

PUERTO RICO

URUGUAY

AMÉRICA CENTRAL

VOCES

HISPANOAMERICANOS

DE "LA AMÉRICA", NUEVA YORK

NUESTRA AMERICA

HONDURAS

**LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS
DE HONDURAS**

*Necesidad de escuelas y estaciones agrícolas
y de maestros ambulantes*

Honduras tiene ya su Escuela de Artes y Oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay substancias volcánicas. Ha habido en Honduras revoluciones nacidas de conflictos más o menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce el estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que, a pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus. Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos de la Naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar su bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse a un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de Artes y Oficios es invención muy buena; pero sólo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias, que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear.

Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando a los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

La América. Nueva York, junio de 1884

CARTA A LA REPÚBLICA

8 DE JULIO DE 1886

Nueva York, 8 de julio de 1886

Señor Director de *La República*:

Debo a la merced de algunos nobles amigos de Honduras el encargo, que estimo como valioso privilegio, de escribir periódicamente para "La República", con mi juicio americano y libre, una revista ordenada, de cuanto pãse en esta tierra, grande en sus maravillas como en sus defectos, que pueda ser de interés o utilidad en ese gallardo país hondureño, del que no digo aquí cuanto me nace para él filialmente del alma, porque no vaya a parecer lisonja entrometida, la amorosa ternura con que le veo irse haciendo y levantando,—y porque tengo en tal respeto la palabra pública, que, ni aun para captarse la simpatía que ha menester en una tierra culta el cronista desconocido que llega a sus puertas, deben emplearse en expresiones meramente personales la atención y el espacio que han de darse enteros al mejoramiento de la patria, y al estudio leal de los problemas industriales y políticos, que puedan ayudar a extraer el oro de sus entrañas generosas, o a ir poniendo en su aire ese otro oro sutil y de más precio que viene con la práctica entendida y sincera de las libertades.

Porque nosotros hemos padecido de hojosidad, como nuestros bosques. La pompa del follaje no ha dejado ver la substancia del tronco. Han sido nuestros pueblos, venidos a la existencia en el esfuerzo de una violación irredimible, en el impío maridaje de una azucena y una lanza, como esos poetas novicios que derraman, en frases confusas y rimas incoloras, su vaga ansia de músicas celestes, antes de que la vida, recia y viril, haya sazonado con sus jugos amargos los afectos desgarradores que engendran la poesía.

Dotados al nacer de masas incultas por una parte, fuertes y tenaces como todo lo que arranca nativamente del suelo en que vive, y de mi-

corias preocupadas por la otra, ahitas con nombre de ciencia, de culturas griegas y latinas que no nacen del suelo nativo, ni tienen acomodo, ni mercado, ni influjo posible en él; cerrados así, por esta educación universitaria, falsa y estéril, los caminos naturales y honrosos de la prosperidad en pueblos nuevos, donde la cultura no ha tenido todavía tiempo de distribirse en la masa con la abundancia necesaria, para que consuma con una demanda legítima y firme esos productos de cultura acumulada que se llaman Artes y Letras;—azogada en las venas nuestra sangre ardiente por la transfusión desmedida e incesante de las ideas gloriosas que todavía son sueños, o realidad casi impalpable, en los mismos pueblos seculares y maduros que las crearon;—solicitados los espíritus por las necesidades de la vida, que en nuestros pueblos nacientes fuerzan a los hombres de cultura inútil a oficios de parásito o a oposición interesada, a la vez que estimulados por esa magnífica fiereza, divina hija del sol de nuestros montes, a eruirse como dioses a quienes se priva de su escabel de nubes, cuando falta en el aire que respiran ese respeto a la persona humana que hace grandes a los pueblos que lo profesan y a los hombres que viven en ellos, y sin el cual los pueblos son caricaturas, y los hombres insectos;—así compuestos, así impacientes, así deslumbrados, así altivos, ¿qué habían de hacer nuestros pobres países de América, nacidos a la libertad con una larza en el costado, sino batallar, con el ímpetu y desprendimiento propios de la adolescencia para hallar acomodo entre las clases universitarias y amomadas, que tomaron las riendas en su mano, y las masas genuinas y vivas que al ver flamear en el aire las palabras modernas se creyeron llamadas, como por estandartes de luz, al ruido y esplendor de la existencia? ¿qué habían de hacer nuestros pobres pueblos nuevos, bautizados en la ignorancia y en el odio, caldeados por el sol del cielo y el del espíritu, pecadores de entusiasmo, ágiles como la raza nativa que los puebla, sedientos de una libertad sin límites como su luz y su hermosura? ¿qué habían de hacer, vestidos de toga en medio de la selva, sino ir torciendo penosamente las togas en arados, y bregar con la pujanza del instinto por ajustar la cultura ficticia, nominal y vana de las escuelas viejas, a los trabajos sólidos, varoniles y reales que requiere el desarrollo de países que acaban de salir, como esmeraldas enormes, con las luces ocultas y las fases veladas, de las entrañas de la naturaleza?

Ese desasosiego en que hemos estado viviendo; esos acontecimientos y dominios de la fuerza osada, esas rebeldías de la aspiración, esas resistencias de los privilegios, esas acumulaciones de poder en los caudillos

populares, ese desdichado servimientto de los hombres cultos, preparados por una educación más vana que una sombra para mal vivir en países de mucho cuerpo que quieren fuerza viva; esas mismas guerras frecuentes que se nos echan en cara como crímenes nuestros, cuando son resultado de crímenes ajenos, o pergaminos de la arrogancia e idealidad de nuestra raza,—no han sido más que la manifestación inevitable y natural de la vida en países compuestos de elementos hostiles y deformes, precipitados violentamente a la cultura: ¡se paga en sangre lo que se asalta en tiempo! ¡no hemos podido subir sin dolor en cincuenta años de patios de convento a pueblos de hombres libres! ¡llevamos las manos ensangrentadas del asalto, y movemos los pies entorpecidos por entre las ruinas, pero vamos sacando de esta brega la fe en nuestras fuerzas propias, el conocimiento de nuestras necesidades verdaderas, el desdén de los combates inútiles, y las virtudes de los trabajadores. Nos llena la pasión de la Naturaleza. Nos avergüenza deber la vida a complacencias bochornosas, o a complicidades. Nos aterra tener la manera de vivir pendiente de la fortuna política, que no debe mirarse nunca como fortuna, sino como altar, donde se entre y se salga con las manos limpias. Nos posee un amor de hijos pródigos por el trabajo verdadero. Nos servimos de las leyes, más para asegurar y ensanchar la riqueza pública, que para pelear mezquinamente la privada. Nos da miedo la sangre perdida en mocedades, y decidimos ahorrar sangre. Nos domina ¡gracias a Dios! el deseo febril de obtener con un trabajo personal y directo una existencia libre y honrada.

Y ¿por qué no ha de decirse, si es la verdad? Honduras asoma con brío por estos caminos de experiencia. Nuestra América ha entrado en la era industrial, y Honduras con ella, y no a la zaga de nadie, antes bien con paso más firme y voluntad más decidida que pueblos más compactos y viejos. Acá en New York, por ejemplo, apenas hay país hispanoamericano que esté ante el público con más gallardía que Honduras. Se nota como que la opinión se extiende y levanta, y como que alguien la mueve. El país va siendo exhibido con el tesón y método que requieren las cosas durables. Se suspende respecto a Honduras ese necio veredicto de Republicuilla con que las gentes de poca piedad y conocimiento ofenden, acá y en otras partes, a nuestros países. Obsérvase en los hombres de empresa una curiosidad marcada. La fama de los tesoros hondureños tienta las arcas de la gente grave. Ayer apareció un mapa de Honduras, un mapa de minas, como quieren los tiempos, que dibujó el Ingeniero Byrne, y acaba de sacar a la venta la casa de

Colton. Hoy ya se anuncia la publicación de un libro ilustrado sobre la República, que está imprimiendo a gran costo una Compañía hondureña. Es una dicha que estas cosas no se estén haciendo con precipitación de aventureros, sino con aquella dignidad que es natural tributo a un país por los que adelantan sus fortunas en él. Repugnan los negociantes ávidos; tanto como inspiran respeto los que se encríñan con el suelo que les da el sustento.

Por cierto que da gozo entrar por uno de los más bellos edificios de New York, un templo del comercio donde corren aires de grandeza y maravilla, y ver como todo un piso de él está lleno por oficinas elegantes y activas, donde preside un anciano benévolo, de barba blanca; alegra el corazón, como si aquello fuera propio. Y da orgullo poder decir: Ese es el "Sindicato de Honduras". Y si se entra en Broadway por otra casa magna, vasta como los palacios babilónicos, por entre cuyos corredores palpitantes suben y bajan con rapidez de flecha los elevadores mágicos, allí brilla también, y como que sonrío contento un nombre hondureño, "Aguán": es la Compañía de Navegación de Aguán. No son estos, no, gozos pueriles; sino legítimo placer de hijo de América, de ver cómo se levanta con decoro, y más dando que pidiendo, uno de esos esbeltos pueblos nuestros que juntan a las riquezas de la tierra que a otros hielan, los fuegos del espíritu que enriquecen esos tesoros naturales y los avaloran, tal como cobran hermosura mayor las tierras vírgenes cuando se esparce sobre ellas, y las funde en oro, la vibrante luz del Sol.

Nada habrá en los Estados Unidos interesante para Honduras que, en lo breve del espacio, no vaya en estas cartas. Aquí veremos, sin que el tamaño nos deslumbre ni la pasión de raza nos ciegue, cuanto de este país necesita Honduras conocer,—lo bueno, con su razón, por si conviene introducirlo,—lo malo, dicho sin miedo: porque es de saber que entre estos palacios que pasman y ruidos que aturden, no es el hombre mejor, ni diverso, ni de más divina estampa e inteligencia que aquéllos que tuesta el sol, y deja como penetrados de él, en el país donde florece el ópalo, y travesean, como si tuviesen espíritu de luz, los novillos ágiles. Veremos cómo se va haciendo esta gran tierra, y qué la pudre, y qué la salva. Estudiaremos hebra a hebra sus problemas graves, cómo se compone y funciona su política, cómo se descompone, cómo influye la inmigración, en bien y en mal, cómo nacen de la inmigración desmedida colosales peligros, cómo endurece y pervierte a las naciones el amor exclusivo a la fortuna, cómo se viene encima, amasado por los traba-

jadores, un universo nuevo, y cómo en este hervor, en que no hay hombre que no varezca tocado de locura, se mueven y adelantan las empresas que desde su alojamiento suntuoso en New York procuran llevar a la tierra hondureña esos amplios caminos de fortuna por donde con pie firme pueda entrar cada hombre activo, redimido de servidumbres y complicidades, a ganar ¡loado sea Dios! en un trabajo directo y varonil una existencia libre y honrada.

JOSÉ MARTÍ

La República. Honduras, 14 de agosto de 1886

CARTA A *LA REPÚBLICA*

12 DE AGOSTO DE 1886

Nueva York, 12 de agosto de 1886

Señor Director de *La República*:

Inteligencia, elocuencia, calor de corazón, todo esto lo dio naturaleza ricamente a nuestras tierras americanas; mas sin lazos que las aten al resto del mundo, sin aplicación laboriosa que las haga respetables, sin vías por donde salgan las riquezas escondidas, sin un trabajo productivo que emplee natural y noblemente aquellas condiciones ventajosas, se extraviarían por siempre en floreos y hojosidades de literatura inútil, se pondrían al servicio de las revueltas políticas que aseguran por cierto tiempo en caso de triunfo un sustento fácil y vergonzoso, y se esterilizarían a lo sumo en la persecución fantástica de la mera forma. No hay más medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre, que fomentar la riqueza pública. La propiedad conserva los Estados. Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores.

Vigilar por cuanto atañe a Honduras, es deber de quien escribe para ella. No hay acaso por ahora tarea más patriótica en nuestros países que la de abrir campo ancho al trabajo personal, y al Erario fuente viva que permita la rápida creación de las vías y conductores de riqueza, y la educación práctica, no meramente universitaria y verbosa, de sus hijos. Puesto que allí donde los hombres no tienen un seguro modo honesto de ganarse el pan, no hay esperanzas de que se afirmen las libertades públicas, porque la necesidad de vivir proporcionará siempre auxiliares de sobra a los que quieran conculcarlas, y la falta de intereses que defender dará séquito a los turbulentos o ambiciosos.

Se ha visto estos días el nombre de Honduras repetido en los periódicos americanos, ya en los que se publican aquí en español, a los que fuerza el adelanto del país a poner en él mayor atención, ya en los de lengua inglesa que es lo que más importa. Un día cuenta un viajero de New Orleans su visita a las minas de Yuscarán, y los trabajos briosos

emprendidos en ellas, con elogios a la inteligencia de la compañía, y a la hospitalidad, viveza de juicio y cultura de lenguaje de aquellos habitantes. Otro día se confirma la noticia de la publicación de un libro hermoso que va a revelar a los americanos todo lo que esconde de rico la tierra hondureña, y lo que tiene de bello. Otro día es un cuaderno muy leído y bien puesto de la Compañía de Mejora y Navegación. Y alguna vez, por desdicha, es un artículo violento, escrito, en esta hora de creación de riqueza, en que todo estímulo e indulgencia son pocos, como si se hubiese querido de propósito asustar a los que piensen llevar sus capitales a Honduras. Cuanto se haga aquí por dar a conocer el país, es un servicio inestimable, y base precisa de todos los demás trabajos patrios. Así es un peligro verdadero para Honduras cuanto se diga aquí de exagerado o malévolo en su contra. Como desde hace meses viene animada en los periódicos la descripción de la abundancia minera de Honduras, llamó aquí mucho la atención, por su espíritu acerbo y la ligereza con que se le hiere en este instante crítico de creación de su crédito en el mercado, que ha de dar vuelo a su riqueza, una carta de Puerto Cortés, enviada a un buen periódico, *The Engineering and Mining Journal* por un corresponsal que se firma "Clip". No cabe desde aquí saber si en este o aquel detalle que denuncia, tiene el corresponsal razón; pero es obra triste, en que se debía mover despacio la mano, esa de presentar a un país en vergüenza como un pueblo famélico e indigno de confianza en los momentos mismos en que para sacar al tráfico las riquezas que han de constituir sólidamente la República, están entregados a la tarea de revelarlas y explotarlas los más previsores y útiles de sus hijos. Mano hondureña no puede ser la que así pone en riesgo las cosas de Honduras.

Que es país que comienza, ya se sabe; pero debía inspirar respeto la suma de sus infortunios pasados, y el ímpetu que se consagra a su remedio. Mal ayuda a un país el que lo presenta como una selva enmarañada, donde las mulas no tienen donde poner el pie, y las minas cuestan más de lo que dan, y no hay pan que comer. Mal lo ayuda quien, en vez de contribuir a la labor de hacer conocer sus entrañas de oro a los que pueden trabajarlas, se burla de ellos con acento irónico, enseñando por fortuna, desde las primeras palabras, un vivo encono contra los que creen mejor revelar a un país que denigrarlo. No es cosa grata en verdad, leer en un periódico influyente en el ramo de minas, que no es cierto lo que se dice de la riqueza minera de Honduras; que cuanto se hace no es más que ver cómo se aligeran los bolsillos de los caballeros de Chicago, etc.; que el país no tiene un camino por donde pueda andar una caba-

llería, ni entrar maquinaria; que es pura pérdida de dinero vivo todo lo que se gasta en esas minas muertas; que se debe mirar mucho antes de dar un peso para ellas; que el trabajador y el que va en busca de fortuna deben volver grupaa si van vía de Honduras, porque Honduras no tiene pan que darles, y otras cosas como éstas, calculadas todas para detener la mano de los que están dispuestos a tenderla al país.

Los que ven con afecto, y con el alma auxilian, el esfuerzo de esta tierra hermana por asegurar su moralidad y bienestar con la explotación legítima de su riqueza verdadera, leyeron con placer el número siguiente del periódico de minas, donde con un estilo cuya fineza y discreción contrasta con el ligero y enconado de la denuncia, contesta al corresponsal en Puerto Cortés el Presidente del Sindicato Centroamericano. No deja un cargo en pie. Vindica al país. Reconoce que ha de haber errores y obstáculos imprevistos en toda empresa nueva. Cita los nombres de los encargados de los trabajos en Honduras, que parecen ser gente toda celebrada en su ramo. Abre los libros de la Compañía a quienes quieran cerciorarse de la economía de los gastos y el éxito de las operaciones. Sugiere que el lenguaje celoso del corresponsal revela un interés privado que no debía ir hasta poner en peligro el éxito de los esfuerzos que hace la República por enseñar al extranjero pudiente los tesoros que puede darle a cambio de su capital y su trabajo. Se lee ciertamente con gozo esa réplica, no porque no deban sufrir los oídos en calma toda censura justa; sino porque aflige ver herida por un propósito interesado la tierra que se está levantando con dificultad de su lecho de angustias.

Pocas cosas, en cambio, hay más precisas y atractivas en su sencillez que el cuaderno de explicaciones que ha impreso la Compañía de Navegación del Aguán. Allí se enumeran y acumulan los derechos de la compañía con mano firme y nerviosa. Se observa en el cuaderno esa seguridad que atrae y doma. No lisonjea: expone. Se ve en todo el cuaderno uno de esos exploradores tenaces de ojos ardientes y móviles, ojos de Edison. Abre el cuaderno una lista de los representantes, Directores y Agentes de la Compañía. Luther Shinn, que goza aquí reputación de ágil e intrépido, es el Presidente. Entre los Directores hay capitalistas de peso, comerciantes que dan valor a lo que firman, abogados de buena fama que llevan clientes, personas de relaciones serias en los círculos de los negocios. Abogados, no los puede tener mejores la Com-

pañía; aquí, Fullerton, avisado y elocuente; allí el caballero de la palabra, ancho de corazón como de mente, el señor Adolfo Zúñiga.

Lo primero, aun antes que la lista de representantes, es un buen mapa seccional de Honduras. Luego viene el informe claro y macizo de los propósitos, medios y derechos de la Compañía. ¿Quién no sabe ahí lo que esta empresa se propone?—mejorar y navegar en vapores u otras embarcaciones el río Aguán; cortar y vender madera y otros productos; levantar aserraderos; beneficiar minas; construir almacenes. Enumera el informe sobriamente las franquicias que disfruta la compañía para cubrir todas esas labores; no las adorna, ni llama siquiera la atención sobre ellas: no hace más que contarlas, como quien sabe que vence. La compañía enseña sus títulos y mapas a quien solicite examinarlos: su capital es de \$5,000,000, dividido en 100,000 acciones de a \$50 cada una: los primeros bonos hipotecarios de la Compañía ascienden a \$150,000, garantizados con los vapores "Tenafly" y "Edith", sus barcas, dragas y otras maquinarias y buques, sus tierras y almacenes en las márgenes del río, sus tierras de Colón, Yoro y Olancho, sus minas presentes y futuras, sus líneas de telégrafo y teléfono y todas las franquicias, propiedades y provechos venideros de la Compañía.

Levanta luego el informe un tanto el estilo para contar cómo las canoas que antes de esta empresa solían traer a Trujillo productos de esa región afortunada, confirmaban las leyendas de esmeralda y de oro, los cuentos de exuberancia y pasmo que movieron a Hernán Cortés al más rudo de sus viajes. Allí corre el río Aguán, nacido en aquellos campos de oro, plata y cobre que hacen de Honduras el primer país minero de Centroamérica, e igualarán a los de cualquier lugar del globo, luego que esta Compañía les proporcione en sus vapores útiles modernos y transporte fácil. Cruza el río bosques preciados de las más finas maderas de construcción y de tinte "que pondrá en el mercado la Compañía" y más luego en las ricas tierras de aluvión del valle de Aguán, que acaba hoy a unas treinta y dos millas de Trujillo, sobre el lecho mismo que tuvo en lo antiguo, e iba derechamente a morir en el puerto. El canal será todo él de unas veinticinco millas; pero va por lagunas; y sólo hay que abrir unas cinco millas de tierra: ya las trabajan, y creen que la vía estará en uso para 1887, en la estación de lluvias: todo costará de \$50,000 a \$75,000. ¡Qué rico comercio afluirá entonces de todo el valle de Aguán al puerto de Trujillo! La Compañía calcula que en diez y ocho meses, a partir de julio de 1886, y contando a los precios menos ventajosos, la comarca le habrá producido, sólo en maderas, frutas y

fletes \$1.233,000. De fletes espera \$250,000: hoy cuesta el de una tonelada a los trujillanos de \$30 a \$80, y en sus vapores la Compañía podrá tomarlo a \$10. Sólo una casa de Trujillo compra al año 2,500 piezas de caoba: bastan 2,000 para que la Empresa cobre de este ramo \$192,000. Empleados tendrá 300. Los gastos de beneficios y explotación los fija para 18 meses en \$108,000. Augura pues, la Compañía un producto neto de \$1.125,000 en año y medio.

Realza enseguida estos datos una cabalresca y nutrida relación de un viaje en la comarca por S. B. Mc Connico, Agente General antes del tráfico del ferrocarril de Illinois y hoy Presidente del de la Costa Norte de Honduras: en ese informe se pinta al hondureño con su cortesía nativa y su bondad para el extranjero honrado; se celebran los últimos gobiernos en cuyo período se ha abierto al trabajo la República; y se celebra vigorosamente la empresa del Canal, que ha de sacar a puerto las riquezas naturales cuya maravilla cuenta: "muy cordiales y hospitalarios, dice Mc Connico, hallé en mi visita a los hondureños; y aunque la manera de viajar no es, ni con mucho, igual en ambos países, creo que con tanta seguridad se viaja en Honduras como en los Estados Unidos".

Es del señor Eduardo Viada, el estimado caballero que acaba de morir, buena y extensa carta que sigue a la relación de Mc Connico, a quien enumera las riquezas del valle, y expresa el ansia de Honduras por ver en sus tierras americanos laboriosos. El Cónsul inglés W. Mellhado le asegura también la abundancia que hay en aquel suelo de buen clima en minerales y maderas. Y después de algunos telegramas del Gobierno hondureño que muestran la fe que le inspira la empresa del Aguán, y de las concesiones en que ésta descansa, cierra el cuaderno de la Compañía con la cabal y amena descripción de Honduras que el caballero Squier, autor distinguido de "Honduras" y "Notas sobre Centroamérica" escribió concisamente para ese libro que debe estar en todas las bibliotecas: la "Enciclopedia Británica". Todavía tiene más el cuaderno: acaba con un mapa nuevo de las tierras que cubren el canal de "Aguán".

¿Cómo no se ha de celebrar, por el bien que hacen a la tierra, esas publicaciones que cuentan sin hinchazón ni aparato sus fuentes de fortuna, que son, verdad es, riqueza para las compañías extranjeras; pero riqueza sin la cual jamás sería posible la de la patria; riqueza que no es

sólo pecuniaria sino moral, por la seguridad pública que engendra, sino política por el decoro que produce el empleo legítimo y el giro libre de la propiedad en el carácter? ¡Pase en buena hora el río al mar que lo consume, si deja en sus orillas sus arenas de oro!

JOSÉ MARTÍ

HONDURAS Y LOS EXTRANJEROS

En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa, y los pueblos que pasan por menores,—y lo son en territorio o habitantes más que en propósito y juicio,—van salvándose a timón seguro de la mala sangre de la colonia de ayer y de la dependencia y servidumbre a que los empezaba a llevar, por equivocado amor a formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso, y criminal, de americanismo. Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo,—que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya,—ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza, y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia, y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino, de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades. La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas, y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos, y mujeres venales y egoístas: pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo, y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.

Patris. Nueva York, 15 de diciembre de 1894

NUESTRA AMERICA

N I C A R A G U A

**FRAGMENTO DE UNA CARTA A ROMÁN
MAYORGA RIVAS¹**

¹ Véase el trabajo *José Martí*, por Miguel Gutiérrez Corrales, Presidente del *Ateneo Masaya*, Nicaragua, publicado en *Archivo José Martí*, La Habana, 1943, págs. 83-88, y también págs. 190-191.

[1894]

He leído en los periódicos que un joven hermano de Ud.² ha muerto en la campaña de Honduras. Y he leído también las cosas buenas y brillantes que se cuentan de ese joven, que era poeta, que se transformó en héroe y que ahora vive perdurablemente en la historia de Nicaragua, por aquel genio artístico suyo y por esa su última proeza, que es proeza grande e inmortal de veras, digna de almas perfectas, presentarse ante Dios el hombre para ser juzgado, llevando la bandera de la Patria por sudario.

He indagado, mi querido Mayorga, la causa de esa campaña en que murió su hermano de Ud. y me dicen que ha sido campaña librada por la libertad de un pueblo que había menester del auxilio de sus hermanos los nicaragüenses. Está, pues, santificada la muerte del joven poeta y guerrero: morir por causa tan justa y en tan generoso sacrificio, es digno de los poetas. Y yo envidio esa abnegación sublime de dar la propia vida porque vivan libres y felices los demás.

Sobre la tumba de su hermano de Ud. han debido plantar, no un ciprés, sino una bandera, y al pie de la bandera, laureles, muchos laureles. Eso piden y requieren las tumbas de los héroes que mueren en el campo de batalla peleando por la libertad. Y yo quisiera merecer para la tumba mía, eso: la bandera de mi estrella solitaria; pero no los laureles, sino rotas al pie del asta enhiesta, las cadenas coloniales, tan infamantes y aborrecidas.

Me ha puesto muy pensativo y triste esta noticia de la muerte de su hermano, con todo y que es gloriosa y refulgente su manera de morir.

² José María Mayorga Rivas. Martí conoció a Román Mayorga Rivas en Nueva York, y se refirió a él en dos ocasiones en el periódico *Patria*.

Me figuro que quizás empieza para nuestros pueblos (¡ay, y Dios no lo quiera!) de la América indohispánica, una serie larga de sacrificios de vidas buenas y necesarias, todo por el Ideal, sin que a la postre el gran Ideal salga triunfante.

NUESTRA AMERICA

PARAGUAY

CARTA AL SEÑOR JOSÉ S. DECOUD

Nueva York, 10 de abril de 1890

Señor José S. Decoud

Mi muy estimado amigo:

No quería acusarle recibo de *El Paraguay*, de Bourgade, ni agradecerle por escrito la frase generosa con que me lo envía, hasta no acompañar la carta con los párrafos que escribí al vuelo sobre él a un periódico de México, que es el que tengo más cerca, de los que me dejan poner en sus columnas mi pensamiento libre. Pero esto ha de tardar demasiado, y no quiero que pase más tiempo sin que sepa el gusto y provecho con que leí *El Paraguay*, y sobre todo la última parte de él, que acaso hubiera producido más efecto entre los lectores comunes si la de la *Naturaleza*, que les interesa menos, no fuese de tanta extensión, y si en la de la *Sociedad* hubiese una pintura viva del carácter genuino, y a mi juicio creador, de los paraguayos.

Porque el oficio de estas obras es vulgarizar; y la estadística ha de ir de modo que parezca novela, y deje al lector enamorado del país a que se refiere, y convencido de su poder. El recuento, siempre un poco descarnado, de lo que un pueblo *ha hecho*, inspira menos confianza que la demostración acompañada del recuento de los factores de carácter y naturaleza, los factores constantes, que el pueblo tiene *para hacer*. De lo pintoresco no se puede prescindir. Las banderas, que presiden las marchas y llaman a pelear, son de colores. Y con habilidad y cariño se sale, al hablar de lo político, de los pasos más difíciles.

Pero el libro se lee de una sentada, y con interés continuo. Se ve que el autor es sincero, y que ha visto por sí. Sobra un tantico de personalidad en las observaciones, y en una que otra digresión; pero ¿a qué soldado, al contar una batalla, se le puede quitar el gusto de decir que estuvo en ella? El lenguaje es claro siempre, y nunca fatigoso. Los

datos estadísticos no resultan tan vivos como pudiesen, por no llevar al calce las condiciones difíciles, cuando no insuperables, que les dan mayor mérito y elocuencia. Mas la última parte, la del trabajo, es un modelo de concepción y exposición. El autor, útil y laborioso, se revela allí entero. Se conoce que fue ése su objeto principal; tanto, que en esa parte del libro están tal vez las páginas más animadas y atractivas que contribuyen tanto como los números a despertar la confianza en el país, y el amor a él. Yo no digo, por supuesto, en mi revista más que lo que pone al Paraguay donde se debe, con los datos que de este libro resultan, y quisiera, para el estudio de más seriedad que dedico a Centroamérica, que me mandase lo que tenga a mano de lo histórico y personal del país, porque lo que tengo es de enciclopedias y retazos, sin sabor ni color, como el café rehervido. Hablando del Paraguay, no es posible escribir un artículo: hay que hacer un canto, puesto que allí las cosas están aún en la época fuerte y nueva del poema. Y ya sé yo quién es uno de los héroes.

Mucho se alegraría de tener ocasión de verlo pronto su amigo afectísimo,

JOSÉ MARTÍ

NUESTRA AMERICA

PUERTO RICO

1. CATECISMO DEMOCRÁTICO

2-3. CARTA A RAMÓN EMETERIO BETANCES

CATECISMO DEMOCRÁTICO

Eugenio María Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba Libre y Sur América que se publican en Nueva York.

En Hostos se equilibran dos cualidades cuyo desnivel desdora y precipita a gran cantidad de talentos americanos: la imaginación hace daño a la inteligencia, cuando ésta no está sólidamente alimentada. La imaginación es el reinado de las nubes, y la inteligencia domina sobre la superficie de la tierra; para la vida práctica, la facultad de entender es más útil que la de bordar fantasmas en el cielo.

Hostos, imaginativo, porque es americano, templa los fuegos ardientes de su fantasía de isleño en el estudio de las más hondas cuestiones de principios, por él habladas con el matemático idioma alemán, más claro que otro alguno, oscuro sólo para los que no son capaces de entenderlo.

Ahora publica el orador de Puerto Rico, que ha hecho en los Estados Unidos causa común con los independientes cubanos, un catecismo de democracia, que a los de Cuba y su isla propia dedica, en el que de ejemplos históricos aducidos hábilmente, deduce reglas de república que en su lenguaje y esencia nos traen recuerdos de la gran propaganda de la escuela de Tiberghien y de la Universidad de Heidelberg.

Así, al acaso, tomamos de Hostos un párrafo que acabamos de leer, y ese párrafo es éste que acaso pueda tener algunas analogías con nuestra situación:

“El imperio democrático que desde César Augusto hasta Napoleón III ha tratado de combinar dos principios antagonicos, no porque haya entre ellos antagonismo lógico, sino porque están aplicados con falacia y con maldad, destruye el principio democrático porque sustituye un

pueblo por un hombre, y destruye el principio de autoridad de la ley e imperio de la ley, porque hace legislador, ejecutor y juez a un supuesto delegado de la voluntad popular.

La república democrática, o de la clase media, recién nacida en Francia después de haber muerto en la Italia de los siglos medios, falsea el principio de soberanía y adultera el principio de elección que, lealmente aplicados, constituyen el principio republicano de gobierno.”

Claro es que no copiamos esto porque venga precisamente a cuento, ni porque tengamos o podamos tener en México imperio democrático, pero en tiempo de convulsiones políticas, nunca está de más la palabra que recuerda cómo el principio de soberanía, que es la expresa e incontestable voluntad de todos, es el único que puede ya regir a un pueblo como el nuestro, habituado a ejercer con energía y sin contradicción su voluntad.

La voluntad de todos, pacíficamente expresada: he aquí el germen generador de las repúblicas.

El Federalista. México, 5 de diciembre de 1876

2

A RAMÓN EMETERIO BETANCES

Betances,³

Una causa noble, que es por tanto de Vd.,—y la confianza que a los que se ocupan en cosas de América inspira su carácter brioso y enérgico—me dan para dirigirme a Vd. el dro. que personalmte. me falta. Tenacidades y casualidades me han traído a dirigir interinamente los esfuerzos de los cubanos emigrados pa. auxiliar y llevar a fin n. nueva guerra, en espíritu y objeto continuación de la primera. Excuse Vd. q. le sea—q. le será de seguro—mi nombre desconocido,—porque he cui-

³ Toda esta carta, con letra casi ininteligible, es, sin duda, un borrador de alguna comunicación dirigida por Martí a Ramón Emeterio Betances, médico puertorriqueño, que trabajó activamente por la emancipación de Cuba y de su patria, especialmente en París, donde estudió y residió largos años.

dado más de hacerlo útil q. de hacerlo notable—y créame lícito es pecar q. la amorosa voluntad y fe ardiente q. me animan suplirán pa. ante Vd. la falta de valer de un nombre joven.

Reunir a los q. nos aman, cualqa. q. sea la tierra donde residan, y rogarles q. nos ayuden, debía ser mi primer acto. Aprovechar las buenas voluntades pa. la organización rápida y compacta del ejército de auxiliares q. debe ayudar al ejército de batalladores—mi primera labor. Yo conozco la indomable fiereza q. anima y distingue a Vd. en n. cosas, y el respeto q. por ello ha sabido hacer q. se le tribute. Yo sé q. no hay pa. Vd. mar entre Cuba y Puerto Rico. y siente Vd. en su pecho los golpes de las armas que hieren los nuestros. Sé también q. de la idea cubana encarna Vd. el pensamiento generoso y puro, no desfigurado por aquellas domésticas discusiones q. traen consigo con el apasionamiento de los unos, la tibieza y el alejamiento de los otros. París es a un tpo. residencia de un Gobno. nuevo y humano, y de un grupo considerable de hijos de Cuba, Puerto Rico y A. del S. No hay en París de donde tanto bien—en influencia moral, y en recursos materiales, podemos prometer-nos, más tenaz ni infatigable trabajador americano q. el Dr. Betances: ¿querría Vd., Sr.—en tanto q. el Gobno. q. en estos instantes se establece en Cuba ratifica oficialmte. su nombramiento, levantar n. bandera honrada con su mano que no ha dejado nunca de serlo—en una tierra en donde prende todo lo extraordinario y generoso? ¿querría Vd. contribuir con su ayuda valiosa a organizar en París un grupo vigoroso y activo de auxiliares de n. seria y creciente Revolución? ¿Qué americano honrado se resistiría a su voz noble? ¿Qué cubano meticoloso a su labor prudente? Conyugar a aquellos hijos de América, q. nada más q. la suerte de sus hermanos exponen en la contienda; garantizar el sigilo del auxilio—por más que éste sea medio a toda alma fiera repugnante—de aquellos hijos de Cuba que con el auxilio público expondrían una fortuna q. se comprende q. quieran conservar—desenvolver serenamente, con esa autoridad incontestada de la prensa francesa, una lucha gigantesca, merecedora de todo apoyo y atención: preparar tal es. si es que esto no le parece osado la cauta po. real ayuda de dos republicanos franceses, interesados, por causa humana, en el triunfo de toda lucha justa,—y por causa concreta, en cto. dañe a la vecina y amenazante monarquía. ¿No serían a los ojos del Dr. Betances,—tareas dignas de ocupar un alma vasta y amante, asilo puro de la grandeza y el honor de América?

Enunciar tales cosas parece bastante, hablando a tal hombre:—e insistir en ellas, luego de enunciadas, fuera hacerle injuria,—si quehaceres, u otra razón, le privaran de obrar allí en nombre del comité Revolucionario q. hoy represento, sinceramente lo lamentaría, sin q. por eso se menoscabe la estima que me inspira su carácter. Y si servicio tal como el q. sin derecho alguno le pido pudiera prestarnos—mi patria con su gratitud, no yo con mi voz floja, se lo compensaría.

Es de Vd. muy amigo afm.

M.

3

Qué enemigo le echaron al frente. Si no supiéramos olvidar, y si los actos ridículos y culpables, y las esperanzas pobres, cautelosas y alevemente mantenidas no tuvieran en sí propias su castigo, diría q. más dolor nos causaron los golpes de puñal de n. antiguos aliados que los golpes de bala de n. eternos enemigos. ¡Los iniciadores del crimen llámannos hoy criminales! Los impulsores de un país, precipitado y movido sin juicio; deteniendo con burdas arengas al país que ellos mismos impulsaron. Los pueblos, amigo mío, aunque desordenados e inconscientes, pueden más con el empuje de sus fieros sentimientos que la soberbia y el pecado de los hombres.

La guerra es inevitable, es necesario vigorizar una guerra que no podemos evitar, para acabarla pronto.

La riqueza esclava ha muerto para siempre, y los cubanos necesitamos ser ricos: es necesario darnos prisa a fomentar la nueva y fácil riqueza libre—única perdurable.

La prudencia y el miedo han hecho su última tentativa en las Cortes españolas ¡qué lección tan terrible!

El pueblo cubano está corriendo el riesgo de perder en las ciudades los hábitos de honra, y en los campos—los hábitos de trabajo. Es preciso que no hagamos un pueblo de miserables, de fugitivos y de merodeadores.

La guerra es vigorosa en Oriente, osada y afortunada en las Villas, —inminente en el P. P. Con sus viejos jefes en sus viejos campos— los que la han ayudado, la seguirán ayudando: los que la queremos hemos probado que podemos hacerlo, y no cejaremos en ella. Hable V., amigo mío, con voces de honra: divulgue V. estas nuevas por mi hijo y por mi honor reales:—dé V. a elegir a los que cavilan entre una muerte lenta y una vida probable gloriosa,—y cuando todo esté logrado olvide a

su amigo

J. M.

NUESTRA AMERICA

URUGUAY⁴

⁴ Tanto las cartas, como las entrevistas reproducidas aquí corresponden a la actuación de Martí como Cónsul del Uruguay en Nueva York.

- 1. A CARLOS FARINI**
- 2. AL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DEL
URUGUAY**
- 3-4. AL SECRETARIO DE ESTADO, WASHINGTON**
- 5. A WILLIAM F. WHARTON**
- 6-7. AL SECRETARIO DE ESTADO, WASHINGTON**

A CARLOS FARINI

Nueva York, 10 de octubre de 1884

Sr. Carlos Farini
Secretarie Encargado de la Legación del Uruguay
Pte.

Señor y amigo:

Vengo a dejar en manos de Vd., en quien recae, naturalmente, el cargo de Cónsul General Interino de la República del Uruguay con que, haciéndome positiva honra, quiso distinguirme, al ausentarse por algunos meses de esta ciudad, mi amigo el Sr. Don Enrique Ma. Estrázulas.

Traído a este país por las revueltas políticas que la lucha por la independencia ha causado en la isla de Cuba, mi patria, pude aceptar con agradecimiento y regocijo el Consulado Interino de una noble República, cuando no había razón para que con ninguno de mis actos personales la comprometiese:—hoy, que renacen las esperanzas de mi país, y empiezo a alentarlas públicamente, daría mala prueba de mi cariño por el Uruguay exponiéndolo, con mi participación señalada en los asuntos de mi tierra, a un altercado desagradable con la Nación que hoy nos gobierna, y es su amiga.

No sin dolor dejaré de ver frente a mi mesa de escribir el pabellón azul y blanco; pero hoy, el único modo que tengo de servirlo es abandonarlo.

Con la certidumbre de que queda en manos cuidadosas, me suscribo de Vd.

At. y afmo. servidor

JOSÉ MARTÍ

2

AL MINISTRO DE RELACIONES
EXTERIORES DEL URUGUAY

CONSULADO GENERAL DEL URUGUAY
NEW YORK

Nueva York, 22 de febrero de 1888

Sr. Ministro:

Tengo el honor de dirigirme a Vuestra Excelencia con el objeto de adjuntar la Memoria del Consulado General de la República en New York, hoy a mi cargo, durante la ausencia del señor Cónsul General.

Al cumplir con este deber reglamentario, grato para mí como todos los que este puesto con que me honro impone, me complazco en reiterar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta consideración,

JOSÉ MARTÍ

A Su Excelencia, el señor Ministro de Relaciones Exteriores
de la República del Uruguay.

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Nueva York, 22 de febrero de 1888

Señor Ministro:

El Consulado General del Uruguay en los Estados Unidos, cuyo desempeño interino hoy a mi cargo tengo como especial honor, cumple ahora con el deber reglamentario de presentar a V. E. la Memoria de sus operaciones durante el año último, demorada hasta hoy en espera de las publicaciones oficiales de este país que sirven de confirmación a los datos acumulados de diversas fuentes; y de fuente original para otros de interés que sólo en ella se hallan.

Lo primero que se ha de notar al formar juicio sobre las relaciones comerciales entre ambas Repúblicas, es que ya comienza a realizarse el cambio de disposición previsto por el Cónsul General señor Enrique M. Estrázulas en una de sus Memorias Anuales. Ya parece cesar aquella relativa indiferencia con que los manufactureros de este país, en tiempos en que su producción no excedía al consumo, miraban el tráfico, no sólo con nuestra República sino con todas las demás del Continente americano. Hoy han variado profundamente las condiciones de la industria norteamericana, que con los provechos excesivos que le permitió allegar durante su infancia un proteccionismo exagerado, ha terminado por producir mucho más de lo que puede vender, a causa del alto precio que se ve forzada a demandar por sus productos, en consecuencia de ese mismo sistema de protección que la estimuló a aglomerar los medios de elaborarlos con exceso. Atraída por la facilidad del trabajo, los salarios mayores, y el encanto que aun para el hombre más rústico tiene la vida libre y decorosa donde no siente oprimido el pensamiento ni coartada su justa independencia personal, acudió año tras año a los Estados Unidos, y continúa acudiendo, una emigración tan crecida como enérgica, que en vez de hallar la labor segura y la vejez tranquila que se prometía al cambiar de hogar, se ve hoy en gran parte sin empleo, o con los salarios mermados, en virtud del mismo sistema de derechos prohibitivos que hace cara la vida y punto menos que imposible la producción remunerativa, a no ser en los artículos de consumo forzoso o en las especialidades. A un tiempo, pues, se ha sentido la necesidad de abrir mercados nuevos a las industrias plétóricas, y de contener el desasosiego poco disimulado de las grandes masas de descontentos que ya constituyen en la República una clase peculiar, con intereses propios, y hostiles a los de la clase acaudalada, de cuyo egoísmo y liga creen que se derivan sus males. La riqueza natural de los pueblos del Plata llama naturalmente la atención de los más previsores: los fabricantes consienten en acomodar sus productos como en nuestras tierras se les desea, a diferencia de lo que hacían antes, y por las preguntas a que responde, y por la importancia de las empresas y personas que se las dirigen, puede este Consulado afirmar que nunca hubo aquí disposición mayor a entrar en negocios sostenidos con nuestra República. Ya se reconoce que aunque por la diversidad de preparación política difieren los procedimientos de la libertad en éstos y aquellos pueblos, nada tienen que envidiar aquéllos a éste en amor inteligente al progreso verdadero, ni en la fuerza de mente y voluntad para alcanzarlo, ni en la rapidez con que lo alcanzan.

El último año ha contribuido a confirmar este juicio por lo que hace al Uruguay. Y ahora que estas industrias necesitan de nuestro mercado, y que los caudales—ya algo temerosos de emplearse íntegros en el país inquieto—buscan más allá de sus costas colocación productiva, no estaría fuera de camino contribuir con publicaciones enérgicas, sensatas y constantes, a abrir a la vez una fuente nueva de recursos de empresas para nuestra República; y un campo provechoso para la riqueza desocupada de ésta.

De esa situación económica ha nacido la necesidad de remediarla, con tanta urgencia cuanto que las cóleras de una emigración poco acostumbrada al ejercicio pacífico de las libertades la va convirtiendo rápidamente en un problema social, agravado por la tenacidad con que las grandes empresas insisten en mantener por su provecho exclusivo un estado económico que establece en la República las mismas divisiones, desconfianzas, monopolios, inseguridad y miseria que los lanzaron de sus tierras de Europa en busca de justicia y refugio. Y en el remedio que racionalmente se procura para abrir canales al trabajo estancado, y dar tiempo a la discusión pacífica de sus problemas, a la vez que baratura a la vida y empleo a las industrias—se propone actualmente, con probabilidades de éxito, una medida de importancia notoria para el Uruguay: la supresión del derecho sobre la lana.

El Mensaje del Presidente de la República al Congreso señaló valerosamente las causas económicas del malestar industrial y político y puesto que éste viene de la incapacidad de la mayor parte de las industrias para producir a precio remunerativo y vender en el extranjero—de la suspensión consiguiente de trabajos de gran número de fábricas—y de lo crecido del costo de la vida y todo esto viene en tiempo de paz por mantener innecesariamente los derechos altos que se impusieron para allegar fondos en tiempos de guerra—el único modo de atajar el mal en la raíz pareció al Presidente ser el de reformar los derechos de manera que los favorecidos sean más que los perjudicados, que las industrias puedan producir a precios remunerativos y vender en el extranjero, que los obreros descontentos tengan un empleo natural y constante, y que se abarate el costo de la vida, sin lastimar con todo eso más intereses privados que aquellos que se opongan al interés general, la extensión del comercio y la paz de la República.

Por todo lo que va publicado desde las recomendaciones del Mensaje se ve que la opinión favorece sus conclusiones, y que el proyecto de

reforma que ya tiene en estudio el representante Mills insistirá, como punto esencial, en que una nación que necesita al año 6,000 millones de libras de lana para vestidos, abrigos y alfombras no continúe pagando por la lana y sus productos derechos gravados a veces en un 180 por ciento, por favorecer a un grupo de criadores que no por esa reforma dejarán de vender—aunque sea a menos precio compensado por la rebaja general—los pocos cientos de miles de libras que producen al año.

La lana figura este año como el anterior, en segundo lugar en el cuadro de importaciones de productos del Uruguay en los Estados Unidos. Los cueros ocupan el primero y la cerda el tercero. Del Uruguay entraron aquí en el último año fiscal 2.585,292 libras de lana de vestidos por valor de \$406,212 y 306,189 libras de lanas gruesas por valor de \$22,102. En estas lanas gruesas, empleadas aquí principalmente en la manufactura de alfombras, es donde se nota aumento mayor en la importación americana, puesto que a la vez que en 1887 sólo entraron lanas finas por valor de \$3.431,567 en vez de los \$6.651,260 en libras de lana en 1886, de las gruesas han entrado como dos millones de pesos más: \$8.486,067 en 1886, y \$10.464,352 en 1887.

Los cueros del Uruguay continúan siendo los de más crédito en el mercado, por su fibra y jugo, aunque no puede decirse que haya hoy una animación especial en este artículo, abatido en precio por el exceso de la oferta, a la vez que por lo restringido de las manufacturas, en virtud de la situación general arriba delineada. Los Estados Unidos importaron en el último año cueros por valor de \$24.225,776 y de ellos corresponden al Uruguay \$2.281,189 que constituyen poco menos que el total de nuestras importaciones, que ha sido en 1887 de \$2.818,761.

Cerda y abonos son los dos principales que, después de los cueros y la lana, ocupan puesto importante en el cuadro de nuestros artículos. Por valor de \$2.404,423 importó cerda este país en 1887, y de ellos \$106,794 pertenecen al Uruguay. Los abonos importados ascendieron a \$99,949. Plumas, sustancias medicinales y pieles son los más notables entre los demás artículos de nuestra importación, expuesto en detalle en el cuadro número 1 de los dos adjuntos.

Por el cuadro número 2 se ve que no ha habido cambio sensible en los productos que de este país se envían al Uruguay, por cantidad considerablemente menor que el importe de los que de allá se exportan a los Estados Unidos. La madera, el petróleo, y los algodones, por el orden nombrado son los que figuran en el cuadro en primera línea. Se han enviado por sumas de menor importancia maquinaria, tabaco en rama,

instrumentos de agricultura, resina, trementina y alcohol, materias explosivas, cordelería, almidón y muebles. En la lista de provisiones ocupan puesto prominente las conservas y las grasas, debiendo observarse que la calidad de este último artículo viene desmereciendo aquí tanto, por los ingredientes impuros y nocivos con que la mezcla (sebo, aceite de algodón, etc.), que el Congreso mismo ha creído deber intervenir para ver de remediar la venta de la grasa norteamericana, sobre la cual dijo el delegado Flow en la última sesión de la Junta de Comercio en Washington lo que sigue: "Es bien sabido que casi toda nuestra producción de grasa está de tal manera adulterada, que ya apenas figura entre nuestros artículos de exportación".

De todos los datos y cotejos resulta que en el año fiscal de 1886 a 1887, el Uruguay exportó a los Estados Unidos productos por valor de \$2.818,761 e importó de los Estados Unidos productos por valor de \$1.567,981, lo cual arroja un total de comercio de pesos de 4.386,742, y un balance a favor del Uruguay de \$1.250,780. No llegan ciertamente las importaciones a lo que llegaron en 1880 y 1882, que fueron años muy favorecidos ni aún a lo importado en el año anterior, pero comparado el comercio de hoy entre ambos países con el de 1860, por ejemplo, resulta que la proporción de entonces de 26 por ciento ha ascendido a 41 por ciento. Ni es posible atribuir la baja en las importaciones a más causas inmediatas que la plétora de producción universal, y el susto y estancamiento de muchas de las industrias que en esta América emplean nuestros productos, aunque en lo que hace a los cueros puede señalarse como causa, bien que menor, el uso de pastas y sustancias similares, y el abuso del cuero mismo que cortan y utilizan con más codicia y arte que antes.

Merece noticia, especial—cuando se consideran los orígenes de la turbulencia que aquí se observa claramente en lo industrial y en lo político—el hecho de que, en vez de disminuir la inmigración, haya sido mayor el año último que el precedente y aún se anuncie que la de éste en que entramos exceda al del que acaba de terminar. En 1885 llegaron a los Estados Unidos 291,066 inmigrantes; en 1886, 321,814; y en 1887, 405,405. De Alemania viene el mayor número, impulsada por el horror a la guerra más que por el bienestar menguante de las masas alemanas en esta República, que ve con inquietud la acumulación de estas muchedumbres coléricas y determinadas en ciudades donde, como en San Luis, cuesta trabajo lograr que se enseñe la lengua inglesa en

las escuelas públicas y donde el culto, lo mismo que la enseñanza, insiste en desconocer el idioma del país que los cobija. De Alemania vinieron 31,864, y de Irlanda, movidos por el odio al Gobierno inglés y la autoidad y consideración de que aquí los irlandeses continúan gozando, el número ascendió a 50,800. Es notable que de Inglaterra viniesen no menos de 45,696. Italia envió 44,274. Rusia, 33,203; Suecia, cuya inmigración es muy solicitada para las labores campesinas, 37,862. De Hungría entraron 17,719; de Austria, 11,762; de Escocia 14,864, de Noruega, 13,011. Los húngaros, irlandeses, austriacos, rusos o italianos se dedican principalmente a los trabajos menores de las grandes ciudades, como la mayor parte de los alemanes, aunque muchos de éstos traen buen oficio o van a levantar casa al campo. Los italianos se ocupan sin resistencia, cuando hay ocasión, en abrir vías férreas y en otras no menos rudas labores, distinguiéndose a la vez por su sobriedad y fortaleza, y por su mansedumbre y alejamiento de las turbulencias políticas. No es posible negar, sin embargo, que gana favor, tanto entre la gente de pensamiento como la de instinto, y entre los acomodados como entre los amos venturosos, la idea de limitar la inmigración, para que no sea más grave el problema obrero con una competencia de trabajo superior a los medios de satisfacerla, y para que no continúen penetrando en la República más que aquellos inmigrantes cuya asimilación sea posible y conveniente. No nace sólo esta tendencia, ya muy marcada, del miedo de la clase trabajadora a verse aún en mayor aflicción por el aumento creciente de la concurrencia a una cantidad de trabajo que cada día disminuye; ni proviene sólo del juicioso deseo, por parte de los pensadores, de privar de ese nuevo motivo de inquietud a las masas desagradadas, y contribuir así a la paz de la República; sino que sinceramente se teme que la agregación desordenada de muchedumbres sin arraigo en la tierra, y sin sus tradiciones ni espíritu, saquen de su naturaleza, vía y destino el país donde se les permite una autoridad excesiva que los más no comprenden o exageran, o emplean sólo en el servicio de pasiones de otros pueblos y sistemas, y de sus intereses de raza o de clase. Así se ve que la hostilidad a la inmigración ilimitada en unos, y en otros a la facilidad excesiva dada a los inmigrantes para influir sobre los asuntos políticos antes de estar, aun remotamente, en capacidad de comprenderlos no se demuestra sólo en leyes imponiendo un derecho de cincuenta cen-

tavos por cabeza a cada inmigrante, o devolviendo a Europa los páuperos, lisiados y vagabundos, sino en la discusión constante de la prensa, la tribuna religiosa y las mismas asociaciones literarias de los principales colegios.

No cabe en esta Memoria oportunamente ninguna otra alusión a asuntos que, aunque de interés local o general, ni al Consulado competen ni a nuestra República atañen de un modo cercano, pero acaso no esté de más llamar la atención sobre la reforma dispuesta en estos días sobre las materias de enseñanza y los métodos en las escuelas públicas, cuya reforma consiste en ir disminuyendo los estudios de mera memoria como la geografía, en enseñar la historia en clase oral y más como conversación entre maestros y alumnos que como letra de texto, en suprimir de la enseñanza de la aritmética todo lo que no sea esencial y práctico—y sobre todo en habituar a los niños con ejercicios diarios y manuales en el taller unido a la escuela como una de sus clases y a las niñas con el dibujo, la costura y la cocina, aquel conocimiento y manejo de los útiles principales y comunes a todos los oficios y aquella capacidad de servirse por sí, y depender de sí, e inventar, que han de ayudarles sin duda más a ser felices y honrados que la simple aptitud para repetir de memoria, o sin entenderlos bien, textos de materias vagas o estériles que no tienen por lo general ni mérito como disciplina del carácter, ni encanto para la mente, ni aplicación en la vida.

Al dejar así cumplidas, con las someras indicaciones que esta Memoria permite, el deber reglamentario, me es grato presentar a Vuestra Excelencia, con mis más fervientes deseos por la prosperidad de la República, el testimonio sincero de mi más alta consideración.

JOSÉ MARTÍ

A S.E. el Señor Secretario de Relaciones Exteriores
de la República del Uruguay.

3

AL SECRETARIO DE ESTADO,
WASHINGTON

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Nueva York, julio 5 de 1888

Señor:

El Sr. Secretario de Relaciones Exteriores de mi Gobierno, me encarga ruegue a ese Departamento se sirva remitirme a este Consulado, para trasmitírsela, un ejemplar de la última Memoria presentada por ese Departamento al Congreso Federal.

Al solicitar de V. E. se sirva atender a esta súplica, me es grato reiterarle el testimonio de mi mayor consideración, y suscribirme su más atento servidor.

JOSÉ MARTÍ

4

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

New York, July 9, 1888

Sir:

I have the honor to acknowledge the receipt of Your Excellency's kind answer to my letter of the 5th instant, requesting a copy of the last Memoria of that Department, by which I mean, as Your Excellency justly suggest, the Foreign Relations for 1887.

I thank Your Excellency for the promise of sending a copy when it will appear, and for the offer of supplying any other publication that my Government might desire.

I am, Sir,

Your most obedient servant,

JOSÉ MARTÍ

To his Excellency Thomas Bayard
Secretary of the State Department
Washington

Traducción

Nueva York, 9 de julio de 1888

Señor:

Tengo el honor de acusar recibo de la amable respuesta de V. E. a mi carta del 5 del actual en que solicitaba un ejemplar de la última Memoria de ese Departamento, denominación por la cual quise significar, como V. E. justamente sugiere, el tomo de *Foreign Relations* del año de 1887.

Agradezco a V. E. el ofrecimiento que me hace de enviarme dicho libro cuando vea la luz, así como la promesa de proporcionarme toda otra publicación que mi Gobierno pueda desear.

Soy, señor, su más obediente servidor,

JOSÉ MARTÍ

A S.E. Thomas Bayard
Secretario del Departamento de Estado
Washington

5

A WILLIAM F. WHARTON

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUCUAY

New York, August 30th. 1889

Sir:

I have the honor to state, as acting Consul General of Uruguay in answer to your note of the 22nd. that I have received with this date a cablegram from my Government, advising me of the appointment of Mr. Alberto Nin to represent the Republic in the forthcoming International Congress.

As to the date of his arrival, and the vessel upon which he sails, I can only conclude from this cablegram that Mr. Alberto Nin will be here in time to have the honor to be present at the inauguration of the Congress.

I have the honor to be, Sir,

Your obedient servant,

JOSÉ MARTÍ

Sr. William F. Wharton
Acting Secretary
Department of State

Traducción

Nueva York, 30 de agosto de 1889

Señor:

Tengo el honor de manifestarle, como cónsul general del Uruguay y en respuesta a su nota del 22, que con esta fecha he recibido un cablegrama de mi gobierno en que se me participa el nombramiento del Sr. Alberto Nin para representar a la República en la próxima Conferencia Internacional.

En cuanto a la fecha de su llegada y el buque en que viene, solamente he podido inferir por dicho cable que el Sr. Alberto Nin estará aquí con tiempo para asistir a la inauguración de la Conferencia.

Tengo el honor de ser, señor, su obediente servidor,

JOSÉ MARTÍ

Mr. William F. Wharton
Secretario en funciones
Departamento de Estado

6

AL SECRETARIO DE ESTADO,
WASHINGTON

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

New York, October 16, 1889

To His Excellency
The Secretary of the State Department
Washington.

Sir:

I have the honor to inform you, as Acting Consul General of Uruguay, that having received no instructions from my Government as to its representation in the International Maritime Conference, I have been unable to convey the information requested by your Excellency.

I am, Sir,

your obedient servant,

JOSÉ MARTÍ

Traducción

Nueva York, octubre 16, 1889

A S.E. el Sr. Secretario de Estado
Washington

Señor:

Tengo el honor de informar a usted, como cónsul general en funciones del Uruguay que, al no recibir instrucciones de mi gobierno respecto a su representación en la Conferencia Marítima Internacional, me ha sido imposible trasladarle la información solicitada por V. E.

Soy, señor, su obediente servidor,

JOSÉ MARTÍ

7

CONSULADO GENERAL DE LA
REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Washington, April 13, 1891

Sir:

I have the honor to inform Your Excellency that Mr. Francisco Lanza, the Delegate appointed by the Government of the Republic of Uruguay to the International Railroad Commission has arrived to Washington.

Mr. Francisco Lanza, who wishes to present to Your Excellency in person his respects, requests me specially to advice Your Excellency of his arrival.

I have the honor to remain, Sir, your humble servant,

JOSÉ MARTÍ

To his Excellency
The Secretary of the State Department
James G. Blaine

Traducción

Washington, 13 de abril de 1891

Señor:

Tengo el honor de informar a V. E. que el Sr. Francisco Lanza, delegado nombrado por el gobierno de la República del Uruguay ante la Comisión Internacional de Ferrocarriles, ha llegado a Washington.

El Sr. Francisco Lanza, quien desea presentar a V. E. en persona sus respetos, me ha pedido especialmente que avise a V. E. su llegada.

Tengo el honor de reiterarme, señor, su humilde servidor,

JOSÉ MARTÍ

NUESTRO COMERCIO SURAMERICANO⁵

Lo que se necesita para aumentarlo.—El Cónsul General del Uruguay habla de este punto.—Necesidad de comunicaciones directas por barco.

⁵ Esta entrevista con Martí, en funciones de Cónsul del Uruguay en Nueva York, fue publicada por la revista *Export and Finance*, el 31 de agosto de 1889. Gran parte de esa entrevista, vertida al español, apareció en el periódico *El Avisador Hispanoamericano*, de Enrique Trujillo, en el número del 3 de septiembre del propio año.

José Martí, actual Cónsul General en este país y Cónsul de la República del Uruguay en New York, ha hecho referencia a los esfuerzos que se vienen realizando para dar mayor amplitud a nuestro comercio con las repúblicas suramericanas. El señor Martí nos dijo: “Estimo que la labor que está realizando el *Export and Finance*, en el sentido de hacer comprender a los comerciantes las verdaderas necesidades de los pueblos de Sudamérica es admirable. El periódico está muy bien inspirado y cuidadosamente redactado y me complace que un gran número de sus artículos haya sido traducido en la prensa de la América hispana.

“En mi opinión, el motivo de que el comercio entre los Estados Unidos y las repúblicas del Sur y Centro América no sea mayor, es la falta de confianza en nuestro pueblo, de la que no adolecen Inglaterra, Alemania o Francia. Los hispanoamericanos son hombres altamente sensitivos. Nada les disgusta tanto como que se les haga sentir que no se tiene fe en ellos, en todos los aspectos. El comercio americano ha sufrido un error al no reconocer esta cualidad de la raza hispanoamericana. Lo cierto es que han estado mal documentados y que por ello imaginan que todos nosotros somos semibárbaros mestizos de españoles, indios y negros. No han hecho cosa alguna para desarrollar los recursos de los países suramericanos. Por otra parte, Inglaterra, Alemania y Francia han invertido capitales en todos los países de la América del Sur y del Centro. Nos han prestado grandes sumas, han desarrollado nuestros recursos y parecen ansiosos de aprovechar todas y cada una de las oportunidades de participar en nuevos proyectos industriales. El pueblo suramericano no es ingrato, y años de experiencia le han enseñado a no temer a los pueblos europeos, sino por el contrario deben estarles reconocidos por los muchos beneficios que les ha producido el intercambio con ellos.

“En realidad, por lo que al sentimiento respecta, todas las repúblicas de Sudamérica miran a los Estados Unidos como una nación amiga,

y proverbialmente aluden a este país como "madre de repúblicas". Este sentimiento produciría un gran aumento en el tráfico, si los Estados Unidos estuvieran en condiciones de proporcionar las mismas facilidades a los compradores hispanoamericanos que ofrecen los países europeos. El sentimiento, por supuesto, no llegaría hasta hacer comprar artículos inferiores a precios elevados, mientras se puedan conseguir mejores y más baratos. Sería absurdo esperar semejante cosa.

"Respecto a los medios que deben emplearse para mejorar las relaciones comerciales con la América del Sur y México, creo que son muy de desear comunicaciones directas por líneas de vapores, y que la política seguida por Inglaterra y otras naciones en este sentido, debemos imitarla, para poder colocar en los mercados extranjeros los productos de los Estados Unidos tan baratos como los procedentes de países europeos. Debemos hacer, en suma, algo parecido a lo que ha contribuido a formar el tráfico de Europa con Hispanoamérica, para llegar a ser un activo competidor.

"La cuestión de reciprocidad será considerada escrupulosamente, sin duda alguna, en el congreso que se prepara;⁶ y yo opino que debiera basarse en las relaciones comerciales existentes y no en consideraciones políticas. Quiero decir que la política o lo que a ella pueda referirse, no debe permitirse en modo alguno en las discusiones del congreso o en las disposiciones que puedan tomarse después en los tratados que surjan de sus deliberaciones. Mucho me ha disgustado ver que algunos periódicos y unas cuantas individualidades han tratado de alarmar a las repúblicas hispanoamericanas con la idea de que los Estados Unidos procuran obviarlas a traficar con ellos por ser su mercado natural para abastecerse, agregándose alusiones más o menos vagas de ocultos designios de este país contra su independencia comercial.

"Esto es enteramente falso, y el único efecto que pudiera tener si se llegara a creer por los hispanoamericanos en general, sería el de destruir la simpatía por los Estados Unidos de que antes he hablado y, efectuado este cambio, no quedaría esperanza de un aumento en el comercio.

"Creo que en los límites que he trazado resultará un gran beneficio de las deliberaciones del próximo congreso de naciones americanas. Las deliberaciones amistosas y un espíritu generoso de mutuas concesiones contribuirán mucho a cimentar y fortalecer las simpatías por los Estados Unidos que ya sienten los países de Hispanoamérica.

⁶ Se refiere a la Primera Conferencia Panamericana.

"En cuanto a la Exposición, Nueva York es el único lugar en el cual podría establecerse. Nueva York es conocido por cientos de miles de sudamericanos que lo han visitado, y hablando en términos generales, es bien conocido de todos los hombres cultos y educados de las repúblicas hispánicas. Si la elección del mejor sitio para la Exposición se decide por voto de los países hispanoamericanos, creo que votarían unánimemente por Nueva York.

"En lo que respecta al comercio del Uruguay con los Estados Unidos, puedo decir que ha aumentado considerablemente en el curso de los últimos meses. Grandes cargamentos de trigo y harina han sido embarcados aquí con destino al Uruguay, debido a las dificultades que ha experimentado la producción en ese país sudamericano. También ha habido un aumento en el tráfico de implementos agrícolas en aquel país. Es de lamentarse que entre los exportadores americanos haya la tendencia a inundar los mercados. Hace dos años enviaron al Uruguay un considerable "stock" de implementos agrícolas, y hasta ahora no había sido necesario reponerlo. También se ha producido un abundante comercio de maderas, efectos de ferretería y medicinas patentadas. Se ha comenzado igualmente a exportar para el Uruguay cerveza americana, pero las cantidades de este producto que se han enviado no han sido grandes y de hecho puede decirse que constituye solamente un experimento.

"Debo añadir en lo que respecta a los amplios créditos dados por los comerciantes europeos, que no han sido acordados en términos generales, sino que responden al conocimiento que tienen de las personas con quienes comercian, ya que en algunas repúblicas el crédito que merece un individuo es mejor que el de otros. Los ingleses han realizado un estudio especial del sistema de créditos en Sudamérica, y se han equivocado en muy contadas ocasiones."

NUESTRA AMERICA

AMÉRICA CENTRAL¹

¹ Se han agrupado aquí varios trabajos de Martí relacionados con problemas de carácter político de Centroamérica.

CARTAS DE MARTÍ⁸

En vísperas de un cambio en la historia de los Estados Unidos.—Proyecto de ocupación mercantil de los países españoles de la América del Norte.—Grant, Blaine y Arthur.—Proyecto de un canal americano en Nicaragua.—Curiosidades diplomáticas.—Tratado de los Estados Unidos con España sobre Cuba y Puerto Rico.—Tratado de los Estados Unidos con Santo Domingo.—El Tratado con México.—Trascendencia americana de estos Tratados.—Argumentos en contra y ligera discusión de los Tratados

⁸ Este trabajo está al final de la correspondencia de Martí a *La Nación*, de Buenos Aires, de 15 de enero de 1885.

Es invierno decíamos, y lo es de veras; pero no lo está sintiendo nadie, de puro preocupado y asustadizo. Y es que al separarse Arthur del gobierno, ha propuesto a la Nación, con asombro de los demócratas consternados que no hubiesen deseado tal herencia, no una ley importante, sino un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra han experimentado acaso los Estados Unidos. De nada menos se trata que de ir preparando, por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupación pacífica y decisiva de la América Central e islas adyacentes por los Estados Unidos. ¿A qué explicarlo en más detalles, que a tal distancia pudieran parecer complicados y enojosos? Y esto no es más que una nueva manera de hacer, con blandura y sin desatención aparente de sus deberes de nación republicana, lo que allá en sueños y sin saber cómo, quiso Grant, y por malas artes y resortes ocultos, que por desdicha no fueron suyos sólo, estuvo a punto de adelantar mucho Blaine: y ¿cómo no, si en cambio de apoyo inmoral, había nacioncilla de Hispanoamérica que le ofrecía, según se corre, una banda de territorio, por donde pudiera oprimir del lado del Sur a un pueblo a quien ya tiene amenazado por el del Norte? ¿Cómo no, si en pago de haberle sacado de un conflicto con Francia, otro desvergonzado mandón, que sólo los mandones hacen estas cosas, se ligó de pies y manos a los proyectos de Blaine, y le ofreció su ayuda incondicional en el atentado de someter, so pretexto de conferencia, a un protectorado del Norte los países de Hispanoamérica?

De las revoluciones y pobreza que, por culpas de aquella de quien dice Quintana que no fue la culpa, han agitado nuestros países de América, ha venido a los hombres activos de ellos un inmoderado deseo, saludable y urgente cuando se encierra en naturales límites, de desarrollar, a costa aun de la libertad futura de la Nación, sus riquezas materiales: así Nicaragua, que en progreso natural y ordenado no tiene que avergonzarse de pueblo alguno, ha contratado con el gobierno de los Estados Unidos la cesión, punto menos que completa, de una faja de territorio

que de un Océano a otro cruza la República, para que en ella construya el gobierno norteamericano y mantenga, a su propio costo, un canal, con fortalezas y ciudades de los Estados Unidos en ambos extremos, sin más obligación que una reserva de derechos judiciales en tiempo de paz a las autoridades nicaragüenses, y el pago de una porción de los productos líquidos del canal, y de las propiedades que fincan en el territorio cedido al gobierno americano.

España, de otra parte, incapacitada de aliviar con sus propios recursos la angustia reinante en Cuba, obligada a pagar, fuera de sus gastos de vida, al gobierno español en enorme presupuesto local y una considerable parte del nacional, con los productos de azúcar que por lo subido del costo de la producción en la Isla y los derechos altos en los Estados Unidos no se vende, ha celebrado con el gobierno norteamericano un tratado comercial, que de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos, que es poco menos que el vertimiento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte.

A estos tratados se juntan el de México, ya ratificado, y a punto de salir reglamentado del Congreso; y el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra, y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá los azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, abarcar esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América Central. Pero esas medidas, más que alegrar, aturden a la opinión americana; no porque parezca mal atraerse tan estrechamente a países de tierra rica, y que mueven el apetito a poderosas naciones europeas, que serían para los Estados Unidos vecinos molestos, sino porque, poco habituados a concepciones nacionales y a previsiones históricas, miran estos convenios, no por el poder que para mañana aseguren, ni por los conflictos que eviten, sino por la suma de beneficio o daño pecuniario que su realización pueda importar. ¿A qué buscar, se dicen, en Cuba y Puerto Rico,

un mercado que nos compra al año quince millones de pesos, si para esto vamos a perder los veinticinco millones que importan los derechos de entrada de los azúcares de las Antillas?: y los que así razonan no ven que si mantienen los Estados Unidos sus derechos altos, Cuba cesará de producir azúcar, porque no podrá competir en precio con la de otras procedencias en el mercado americano; ni ven que es tal el sistema de ocultaciones que con provecho y complicidad de los más altos empleados, se practica en las aduanas de Cuba, que si quince millones de importaciones acusa la estadística, una tercera parte, a lo menos, va de aquí, de cierto; ni ven tampoco que, alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán, con capitales americanos acaso, múltiples empresas, que ocasionarían demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero. ¿Y qué haremos, dícense, los azucareros nacionales? Mas a esto se responde: ¿cómo ha de importar más el sustentamiento artificial de una industria que, a pesar de toda clase de favor, no ha sabido salir de sus pañales, que el beneficio de toda la Nación, a quien la importación libre, o casi libre, de los azúcares extranjeros permitiría comprar a precio bajo, mantenido por la competencia de los diversos países productores, el azúcar por una libra de la cual pagan hoy tanto, cuando no más, que por una libra de pan?

Gremios menores, y entre otros, los gremios políticos, se oponen al tratado español; los amigos de Blaine, porque con hacer a la faz del mundo y con provecho seguro lo que quería hacer él con arterias y violencias, pierde su política una de sus novedades más alucinadoras; los proteccionistas, porque un tajo en su sistema abre la puerta a otros tajos; los librecambistas porque con esa súbita reducción, y el aumento de gastos que la construcción del canal, caso de que se apruebe, u otras causas, pueden traer al tesoro, no habrá manera de hacer nuevas reducciones en los derechos de introducción, que harían menores las entradas del erario que sus expensas; y los demócratas, porque al entrar, tras veinte años de ausencia en el Gobierno, jamás pensaron verse reducidos al desairado empeño de realizar un plan político cuyas ventajas habrían de ceder en favor de sus adversarios, y en cuya elaboración no tuvieron la menor parte. Ni parecen tampoco más resueltos a aceptar los tratados, los fabricantes cuyos productos excesivos hallarían venta en los países de esos convenios, oposición que en verdad sólo se explica por el miedo en que pone a los manufactureros americanos todo desvío del sistema pro-

teccionista, que durante veinte años les permitió ganancias tales, que no obstante las angustias presentes que les acarrea, aún dudan de que él sea el que las cause.

Y sobre el convenio para el canal de Nicaragua, inquietan, sin parar mientes, en su alcance político, si por acaso no costará más de los ciento cuarenta millones en que ahora lo estiman, y si esta suma y la de su mantenimiento y defensa en caso de guerra pagaría probablemente un interés estimable.

Nótase, en conjunto, la sorpresa ingrata que, aunque de provecho posible en lo futuro, causa a la gente tímida una obligación inmediata inesperada. Temor de obligaciones, y no consideración alguna de otro género, es lo que inspira la resistencia a estos convenios.

Reunidos están el Senado, y la Casa, y no se sabe si ratificarán, como ya hizo aquél con el de Santo Domingo, los convenios concluidos con Nicaragua y España, o si, para esquivar compromisos de ahora o dar a la opinión pública más tiempo de esclarecerse, se prorrogará para la sesión próxima del Congreso, caso de que el nuevo Presidente no convoque una extraordinaria, el examen de los tratados, y la política que implican. Se está, pues, en este país en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de la América.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 22 de febrero de 1885

2

CARTAS DE MARTÍ^o

El conflicto de Centroamérica, la muerte de Barrios, y la actitud de los Estados Unidos.—Actitud de los Estados Unidos después del incendio de Colón en la guerra de Colombia

^o Este trabajo está al final de la correspondencia de Martí a *La Nación*, de Buenos Aires, de 15 de abril de 1885.

Va ya tan adelantada esta carta que apenas queda en ella espacio para dar cuenta de la intervención discreta, aunque no hubiera llegado a ser, ni tenía derecho a ser, eficaz, de los Estados Unidos en la tentativa de unir por la fuerza bajo un solo imperio las cinco Repúblicas de Centroamérica, tentativa que sólo la muerte violenta del que la venía desde hace tantos años acariciando, impide comentar con la sagrada dureza y ardiente inmisericordia que inspiran las ambiciones de los tiranos.

¿Cómo no ha de haber anticipado el cable que Barrios, el Dictador de Guatemala, es muerto; que en una fiesta de ópera bufa hizo leer la proclama en que se anunciaba Dictador Militar Supremo de las cinco repúblicas centroamericanas; que mal seguro a última hora del apoyo del Presidente del Salvador, escurridizo y misterioso, echó sobre él su ejército preparado, y ya en camino para unirse al de Honduras, mientras que Zaldívar, el Presidente del Salvador, aclamado jefe del ejército de resistencia por Nicaragua y Costa Rica, y apoyado por México eficazmente con un contingente de armas que marchaba sobre Guatemala, reunía en la frontera guatemalteca, para cerrar a Barrios el camino de Honduras, el ejército desesperado que en una batalla ya legendaria libró a Guatemala de un dueño cruel, a Centroamérica del más grave de sus peligros, y a nuestra historia americana de un período de espanto y de vergüenza?

El cable ha de haber dicho que el senador Edmunds hizo aceptar en el Senado una resolución tan enérgica que hubiera sido punto menos que una declaración de guerra contra el Dictador, a no haberla templado con su mera repulsa moral el Secretario de Estado Bayard. No: los Estados Unidos no intervendrían en las querellas intestinas de los centroamericanos; pero defenderían a sus súbditos en aquellas tierras; y las propiedades de ellos; y protegerían la comunicación por cable interrumpida, a lo que enviaban ya el buque y las instrucciones necesarias;—y el

cable habrá dicho, cómo el generoso México, que por justo aborrecimiento a la conducta y atentado de Barrios, se ligó por telégrafo en suerte de armas con el Salvador, y le ayudó grandemente con distraer parte de las fuerzas de Barrios en ir a esperar a los mexicanos que se le venían encima,—desiste, apenas Barrios muere, de todo preparativo de guerra, y de las intenciones de aprovecharse de su posición de persona mayor en Centroamérica, que los Estados Unidos ya le suponían, más celosos que conocedores de su noble vecino mexicano.

Y ya el cable habrá dicho también cómo los Estados Unidos armaron en unos cuantos días, con determinación y sin alarde, unos seiscientos hombres de marina, y en sus humildes buques de guerra, en vapores mercantes, los enviaron a proteger en el Istmo de Panamá las personas e intereses de los ciudadanos americanos ya en Colón, reducida a cenizas en la guerra civil que ahora enciende a Colombia, ya en Panamá, que a la fecha queda en manos de los revolucionarios: mas la expedición llevó y ha cumplido la orden de proteger a los súbditos, y reponer el tráfico interrumpido por el ferrocarril del istmo, a lo que están obligados los Estados Unidos por tratado, sin intervenir para esto en modo alguno en la contienda doméstica que divide ahora a Colombia, ni juzgar en ella, ni ayudarla en una parte u otra. Corre el ferrocarril, Colón repara sus muelles. En Colombia pelean contra el Presidente liberal que, extrañados en querellas internas, no vieron que, so capa de buena lengua y literatura latina, siempre gratas a pueblos cultos, se reunía encima de sus escuelas laicas, de sus instituciones tolerantes y del gobierno que las mantiene, un grupo político que nada ve en América tan estimable como en España, ni reconoce en aquella destinos propios que en algo la apartan de su fundadora, ni con la España nueva está, de Núñez de Arce, y Ateneos, sino con aquella otra canónica y desusada, que rey y clero quiere, y es como era cuando recibía tributo de los indios arrodillados en los zaguanes empedrados de huesos en Guatemala.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 5 de junio de 1885

3

CARTAS DE MARTÍ¹⁰

Nuestras tierras latinas.—Inquietudes en la América Central.—Lo que piensa hacer el gobierno de los Estados Unidos en la América Central.—Problemas de la América Central, en relación con los Estados Unidos.—Cómo gobernaba Barrios.—México y las repúblicas de Centroamérica.—Los Estados Unidos en Panamá.—Los Estados Unidos en México.—Intereses de los Estados Unidos.—México arregla su deuda y suspende los subsidios acordados a las compañías de ferrocarriles americanas.—Discusión de este asunto.—Habilidad y lealtad de México.

¹⁰ Este trabajo está al final de la carta de Martí a *La Nación*, de Buenos Aires, de 6 de julio de 1885.

Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos. México y la América Central los preocupan.

¿La América Central? ¿Quién sabe lo que será de la América Central! ¿México? ¿Quién sabe lo que será del bravo México! El *Sunday Herald* de Washington lo decía, por boca de un miembro del gobierno que tendrá más o menos que hacer con las miras del Presidente sobre la América Central:—“Vale más que se sepa desde ahora”—ha dicho el miembro del gobierno, sin que los periódicos le hostiguen, ni lo duden,—“que aunque no se proyecta plan alguno de anexión, ni ha tomado aún el gobierno en consideración el establecimiento de guarniciones militares permanentes en la América Central, sea lo que quiera lo que las circunstancias demanden, eso será hecho. La política exterior de los Estados Unidos será a la vez guiada por los principios más humanitarios, y en acuerdo con las necesidades de la civilización anglosajona”.

De esta manera ha hablado el miembro del gobierno, aludiendo a inquietudes próximas en la América del Centro, que en nada por cierto afectarían, ni de cerca ni de lejos, a los Estados Unidos, a quienes, con ser lo que son, no agrada la idea acá concebida, y simplemente absurda, de que México generoso, México sobrecargado de territorio frondosísimo, México con más problemas que modos de afrontarlos, México a quien toda habilidad y energía bastarán apenas para salvarse de los riesgos a que le expone la vecindad de un pueblo acometedor, que lo necesita y no lo ama, llegará a apoderarse, por artes de vecino fuerte, de las repúblicas de la América Central.

¿Dónde se vio león con dos cabezas, mirando con la una, todo azorado, al norte, y la otra en la cola, abierto para tragarse al sur?

¿Ni cómo asiría México, ahora ni en el cercano porvenir, un territorio tan vasto y escurridizo como el de la América Central, sobrado segura, por otra parte, contra semejante tentativa por el doble interés de los Estados Unidos, ya de que México no adquiriera un territorio que pudiera

llegar a ser base de una civilización hostil y formidable; ya de que las tierras vecinas del Istmo, caso de salir de sus dueños naturales, vengan a ellos?

Pues en Panamá, aunque con mesura y apariencias de servicio público, y orden de no hacer más que lo que fuere necesario—¿no ha ido la marina americana más allá de la mera protección de su bandera, puesto que ha impedido con la imposición y la amenaza de la fuerza los actos de uno de los partidos beligerantes en el país, y ayuda con esta actitud y con sus propios buques las operaciones de guerra de otro de estos partidos?

Pues ahora, ¿a qué vendrá la intervención americana en Centroamérica, fuera de aquella honrosa que quiere evitar sangre y se ha de limitar para no ser sospechada a buenos oficios, caso de que en Guatemala aspirase al poder, lo cual anda aún lejos un partido liberal, moderado, que quisiese rescatar el país de manos de los reaccionarios confusos que a la sombra de Barrios, aun después de muerto lo gobiernan, por haber estado en el poder, so nombre de liberal, cuando Barrios murió, en manos del partido embozadamente religioso, en aquel ensayo grosero de monarquía que el rudo instinto aconsejaba al Dictador, quien, aparentando que desdeñaba la opinión, tenía el oído atento a ella, y no bien se le encrespaban los religiosos, daba de espaldas a los reformadores, y no bien había desacreditado a aquéllos lo bastante para no haber de temerles por algún tiempo, se volvía hacia los reformadores, que creían, o por su salvación o interés afectaban creer, que los impulsos liberalescos a que su odio a las clases altas movía a Barrios eran aquel tesón en el moldeo de caracteres, aquel fortalecer la dignidad con respetarla, aquel mirar sesudamente por la cordial unión de todos los elementos limpios, más o menos arrebatados en política, que son los medios únicos de asegurar en un país la práctica de la libertad?

¿A qué vendría la intervención americana, siquiera fuese igual a la de Panamá, como ya la anticipa el miembro del gobierno, caso de que Honduras, mal contenta con su jefe actual, deslucido por su incondicional sumisión a los proyectos de Barrios, volviese los ojos, aunque fuesen, como en todo pueblo imperfecto van, acompañados de las manos, a otro jefe de mayor peso y alcance, señalado hace dos años por su resistencia a coadyuvar a la tentativa armada del guatemalteco, de quien fue teniente este jefe, que redimió el haberlo sido con fatigarse a tiempo de serlo?

¿A qué vendría la intervención americana, caso de que el Salvador, que ve con malos ojos todo gobierno que le venga de Guatemala, volcase el que ahora tiene, que le ha venido de ella, incapaz de absorber al Salvador por la fuerza, pero capaz aún de gobernarla por medio de un salvadoreño que le prometa no serle hostil en cambio de su alianza?

Sólo estos problemas se abocan en Centroamérica: ¿en qué puede ninguno de ellos afectar a los Estados Unidos, sino en uno que otro ciudadano suyo, que andan allí en número mucho menor que los de cualquiera otra nacionalidad? Pero los pueblos no se forman para ahora, sino para mañana.

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos, se acercarán hacia todo aquello que desean. Al istmo lo desean. A México, no lo quieren bien. Se disimulan a sí propios su mala voluntad, y quisieran convencerse de que no se la tienen; pero no lo quieren bien.

No parece que reconocen el derecho de México a hacer, sino que le permiten que haga. Apenas México afirma con un acto desembarazado, y siempre hábil y correcto, su personalidad de nación, acá se toma a ofensa y se ve el caso, no por el derecho de México a ponerlo a su interés, sino por el deber de México de no hacer cosa que no sea primeramente en el interés de los Estados Unidos.

Libremente, sin intervención alguna del gobierno de los Estados Unidos, y estipulando que en caso alguno que resultara de su convenio acudirían a él, contrataron con el gobierno de México, ciertas compañías ferrocarrileras norteamericanas la construcción de vías férreas en México, y de México a los Estados Unidos, favorecidas con crecidos subsidios del gobierno de México.

El gobierno del presidente González, calculando mal los ingresos futuros del erario, ofreció de gobierno a contratante particular, estos subsidios. Bien pudieron ver, como veía todo calculador juicioso, que México no había de poder, a los pocos años, pagar las subvenciones ofrecidas. El cuidado mismo que ponía en exigir que no se acudiese al gobierno de los Estados Unidos en caso de falta de pago lo indicaba. Escritores ilustres y periódicos famosos de los Estados Unidos lo advirtieron. Grant recomendó la empresa, estimulado por su amigo fidelísimo, el Ministro de México en Washington, Matías Romero, que ha hecho el objeto de su vida acercar esta tierra a la suya.

Deliberadamente, y como empresa privada, entraron las compañías en la empresa de construcción de los ferrocarriles. Los construyeron. Sucedió lo previsto. Hubiera sucedido aun sin los abusos que hicieron pública granjería del erario mexicano en el último tiempo de la presidencia de González.

Con estos abusos, sucedió más pronto. Advino Díaz al gobierno; y halló a la nación en quiebra. Tenía un déficit en el presupuesto anual. Tenía contra sí veinticinco millones de obligaciones legales. Ni cubrir su presupuesto podía, cuanto más pagar esa deuda enorme.

Tales eran las subvenciones ofrecidas que, de pagarlas, consumirían todas las entradas naturales. ¿De qué viviría el país? Acaso éste no debió ofrecerlas: pero, ¿por qué, libres los contratantes para observar y prever, las aceptaron? Ni el ejército ni el servicio civil estaban pagados, ni podía seguirseles pagando en el número y suma que se les pagaba. Díaz, provisto de poderes amplios por el Congreso, afronta enérgicamente la situación desesperada: reduce los gastos del gobierno; suspende las subvenciones acordadas y aceptadas imprevisora-mente durante el gobierno de González; unifica en una emisión de bonos por veinticinco millones a veinticinco años, al seis por ciento anual, los subsidios pendientes hasta la fecha de la unificación y otras obligaciones semejantes; refunde las deudas varias del país en una sola deuda con interés más bajo y uniforme, que será gradualmente de uno, dos y tres por ciento, en el primero, segundo y tercer año, hasta quedar en tres, por \$144.000,000, suma total aproximada de la deuda; y aunque importa tanto a México el apoyo de Inglaterra fundado en un derecho real, para sus conflictos futuros con los Estados Unidos, repudia valerosamente la deuda de la intervención y las que dieron pretexto a ella, aunque dos terceras partes de esta deuda están en manos de ingleses, acto de lealtad que debiera inspirar en los Estados Unidos respeto profundo por la buena fe de México, que ni desconoce sus peligros, ni con admirable habilidad deja de precaverse contra ellos, ni cualesquiera que sean los motivos de la aparente cordialidad norteamericana, cesa de pagarlos con la más candorosa nobleza.

¿Pues qué camino le queda, tampoco, sino cerrar con exquisito cuidado todo camino de reclamación por el que ante el mundo que observa pudiera decorosamente entrarse una república por otra que la trata con tanta limpieza y gallardía?

Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos

están andando; de todas partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Ahora, naturalmente, los tenedores de acciones de los ferrocarriles mexicanos claman. Las acciones han bajado de precio. Por años, la empresa es ruinoso. Mas la reforma mexicana ha empezado en casa; está conforme a la ley y necesidad; pudo y debió ser prevista por los que se expusieron libremente a ella: y si éstos entraron a correr este riesgo, a pesar de él, o tal vez por tener ocasión en él de cosas mayores, o porque este riesgo que se preveía pudiera dar a algún político ambicioso ocasión de conquista, merecido tienen por su deslealtad o su codicia el apuro que pudieron prever o acaso desearon.

Como cien millones de pesos emplearon los norteamericanos en ferrocarriles en México. A ciegas no pudo ser ni sin prever y estudiar sus consecuencias. Así queda, briosamente sentado en México, y en hora todavía oportuna, el problema de mayor interés que presenta acaso la política continental americana. Quien dude de nuestras tierras, para redimirse, para trabajar sus minas, para mejorar sus ciencias, para crear su arte, para crecer de sus mismos infortunios, para mantener la más difícil diplomacia, mire a México.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 21 de agosto de 1885

4

CARTAS DE MARTÍ

EN LOS ESTADOS UNIDOS

La muerte del guatemalteco Barrundia.—Los Estados Unidos en Centroamérica.—Actitud del Ministro Mizner.—¿Jurisdicción local o asilo?

Nueva York, 5 de octubre de 1890

Señor Director de *La Nación*:

Doce años hace, antes de que cayesen apaleados bajo Barrios los primeros sospechosos, no había en Guatemala hombre más bello, cortés y blandilocuo que el Ministro de la Guerra, que Martín Barrundia. Lo notable en él era aquella gracia femenil en tamaño cuerpo de hombre; no había ojos más claros, nariz más correcta, ni labios más finos; era seda su mano, y su mirada y su discurso: encogido parecía, más que soberbio, y tímido, más que desembarazado; un jazmín del Cabo había a la entrada de su jardín, pero no era más blanco que su frente. Cuatro años ha, después de la caída fatídica de Barrios en los umbrales de un pueblo decoroso, del pueblo bravo y maduro del Salvador, después del período lúgubre de sospechas y de muertes, volvía de Europa, a bordo de un vapor francés, un hombre amarillento y encorvado, rala la barba, gruesos los labios, el discurso fosco, los ojos inquietos, viscosos y escapadizos: no lo parecía, ¡pero era Martín Barrundia! Su cadáver, al caer ahora de súbito, en la cámara del vapor norteamericano Acapulco, a manos de un ministro complaciente y de un esbirro brutal, del ministro yanqui, y el esbirro guatemalteco, descubre, para enseñanza de los pueblos crédulos, las intrigas con que suele la ambición cautelosa azuzar las rencillas mal aconsejadas de los países nacidos para hermanos. ¡Por tierra más o menos, o por cuento más o menos, no han de ir hasta abrirle paso al ambicioso los que no pueden salvarse de él sino juntos! De la tarifa, sólo de la tarifa de McKinley, que un diario dice ser “la paga ofrecida, nada más que la paga del partido triunfante a los manufactureros que lo repusieron en el poder”; de la tarifa de McKinley “que capacita a los manufactureros para vender a mansalva más caro las manufacturas a un pueblo de obreros, que por esta ley que lo encarece todo fuera de la posibilidad de vender, van a quedarse sin obra”; de la

tarifa de McKinley, creada, según el *Herald* que la tacha de "reliquia del barbarismo" para "favorecer a costa de los pobres a los magnates de la lana y el algodón, de la sal y el hierro, del vino y el aceite"; sólo de la tarifa se ha hablado tanto en estos días como de la muerte de Barrundia. Y la opinión, indignada, dice que no está bien en Guatemala de ministro de los Estados Unidos ante la familia de Centroamérica, el que entregó en nombre de los Estados Unidos, al guatemalteco Barrundia, a quien pudo salvar; el que no estaba bierr allí, ni debió estar un solo día, desde que en nombre de los Estados Unidos predicó la guerra contra México, contra un país que vive con el suyo en amistad. Las cosas han de decirse descarnadas, para que resulten como son. "¿Por qué se dejó allá?"—preguntan; "para que nos echase la sangre de Barrundia encima, a este hombre que nos compromete y nos deshonra". "¿O está allá,—dice otro,—porque es necesario, en los enjuagues políticos, contentar con este Mizner californiano a California,—que da votos,—o porque no hace más que lo que le dicen?"

Todos, republicanos y demócratas, dicen, como el mismo *Tribune* de Nueva York, que suele fruncirle el ceño, a pesar de sus lazos íntimos, a la Secretaría de Estado,—dicen que ese ministro ha echado al viento su reputación y su prestigio. Todo se ha publicado, con variantes miles: los primeros telegramas con que la prensa fanfarrona convidaba "a la venganza del insulto",—las primeras noticias de la muerte de Barrundia en el vapor, bajo las balas de los soldados guatemaltecos, donde se veía que "el insulto" fue por permiso y orden del ministro de la nación insultada,—el informe del capitán del Acapulco a la compañía de los vapores del Pacífico,—lo que el *Herald* pudo descubrir del informe de Mizner a la Secretaría, la carta en que el secretario de Mizner, "relevado misteriosamente", pinta al ministro, trémulo y sudoroso huyendo de la pistola de la hija de Barrundia,—las artimañas del periodista yanqui que venía "con dinero guatemalteco" a "trabajar la prensa americana",—el relato de los testigos presenciales que vieron llegar al esbirro con la orden de entrega escrita por el ministro al capitán; al capitán afligido, ir con la noticia al camarote de Barrundia; a Barrundia responder, valiente y desesperado, con la boca de sus dos revólveres; al esbirro brutal vaciar las balas sobre la cabeza de Barrundia muerto. "Los Wheatons no están claros, ni los Hallecks, ni los Bluntschli; pero en un caso de duda como éste", escribe un diario,—"lo que hacen los ministros que no están vendidos al gobierno ante quien fungen, es lo que hizo el capitán Gifford, el

capitán del ballenero donde se refugió de los ingleses el poeta de Irlanda, John Boyle O'Reilly. "No entrego a este refugiado político, no lo entrego, mientras ondee esa bandera".

Otro periódico escribe así del caso: "No en balde dicen del ministro lo que dicen, que cobró del gobierno de Guatemala, tanto o cuanto por la entrega de Barrundia, y que Anguiano, el Secretario de Relaciones, ¡lo recibió con el sombrero puesto!"

La oficiosidad lúgubre es lo que se le censura a Mizner, y el dar consejo en asunto en que pudo, o esquivarlo, o darlo de modo que el gobierno guatemalteco quedase en duda sobre los resultados de su acción; lo que habría sido tal vez bastante para evitarla; mientras que con el beneplácito del ministro podía irse a la sangre de seguro, como se fue, puesto que el único que podía ponerle pleito lo resolvía de antemano en su favor. Todas las autoridades han salido a lucir, y los antecedentes todos.

Se alega contra Mizner el caso de Martín Koszta, el húngaro a medio naturalizar que los austriacos prendieron a su vuelta de Esmirna, de donde lo sacó libre, con la amenaza de cañonear el barco de Austria, el comandante Ingram, del navío San Luis. Se alega el caso famoso de los dos embajadores confederados, de Mason y Slidell, que los marinos yanquis sacaron en la Habana del buque inglés Trent, y luego quedaron libres, porque Inglaterra le negó al Secretario Seward, la autoridad de los Estados Unidos sobre una embarcación que enarbolase los colores ingleses. Se alegan los casos de la guerra de Cuba, cuando los rebeldes tocaban en la Habana de paso para México, y el gobierno español no los sacaba del vapor, sino les hacía saber que le darían prisión o muerte, caso de que pisasen tierra; con lo que se reconocía sin autoridad sobre ellos, mientras no la pisasen. Se alegó lo del asesino de lord Cavendish, que en los Estados Unidos ha estado viviendo como héroe entre sus paisanos, los irlandeses, sin que osara demandar su extradición Inglaterra que echó del poder a Palmerston porque se mostró inclinado a entregar a Francia a Orsini. Se alega lo de Webster, cuando mantuvo contra lord Ashburton, en la disputa del *Creole*, que la jurisdicción de un país va con sus buques, aun en los puertos y bahías donde recalén, y que en los mismos puertos y bahías, para cuanto haga a los derechos y deberes de los que van en él, el buque es territorio de la nación de su bandera. Se alega lo de Dana, en el comentario a Wheaton, donde dice que el

buque está exento de la jurisdicción local del puerto en que ancla; en lo que sea sobre hecho de la mar, antes de que el buque entrara al puerto, o derechos u obligaciones de los que van a bordo. Se alega la opinión de Halleck, que mantiene que en el barco queda mucho de la ley del país de su pabellón; y cree que el uso exime a los barcos mercantes de más sujeciones a la ley local que las ordinarias que se le otorgan en estricto derecho.

Pero los abogados de Mizner, y la misma Secretaría, niegan en redondo que éste sea caso de extradición o asilo. Lo del húngaro, fue miedo del barco austriaco, no derecho del yanqui. Lo de Mason y Slidell, del Norte, fue equivocación que fuera de aguas del Norte no podían visitar un barco inglés. Lo de la guerra de Cuba, era prudencia de España. Lo del asesino de Cavendish, es falta de deseo de Inglaterra de ponerle más avispa a la cuestión de Irlanda. Lo de Webster, lo de Dana, lo de Halleck, son opiniones desechadas por el Tribunal Supremo de los Estados Unidos cuando estableció, letra por letra, que “los buques mercantes de un país, cuando visitan para comercio los puertos de otro, quedan sujetos a la ley del puerto mientras estén en él, lo mismo en paz que en guerra, a menos que no se estipule de otro modo en los tratados”. Y el mismo Halleck dice que las autoridades locales tienen derecho a entrar en el mercante extranjero, y a sacar al acusado de él, en los casos que estén dentro de su jurisdicción. “Dentro de la jurisdicción de Guatemala estaba, fuera de duda, el Acapulco”,—dijo Blaine al *Herald*; “no entiende la Secretaría de Estado que los buques mercantes de los Estados Unidos se pueden usar, ni la bandera de los Estados Unidos, para proteger la vida de un rebelde contra una república con quien la nación está en paz, sobre todo cuando el mercante entra en el puerto de un poder amigo, y lleva a bordo un rebelde de tanta monta”. A Wheaton no se ha de citar, según el presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Casa, porque Wheaton dice que un buque mercante de pueblo neutral que lleva a bordo un militar enemigo, queda sujeto a confiscación, aunque le hubiesen hecho tomar a bordo el enemigo a la fuerza. No se ha de censurar, según otros, a un subordinado de la cancillería del Norte por aplicar en el caso de Barrundia la ley que dejó establecida la cancillería, cuando era Secretario Bayard, en el caso igual de Gómez: entonces Bayard censuró a Hall, porque le dio al capitán del vapor norteamericano el consejo de no entregar, en el puerto nicaragüense de la Libertad, al rebelde nicaragüense Gómez. “No es el caso de la muerte, dicen unos, lo que se ha de discutir; porque lo de la muerte fue resultado imprevisto

e inevitable de la resistencia de Barrundia al arresto, sino esto otro: ¿Tiene Guatemala derecho a prender a un ciudadano guatemalteco en territorio guatemalteco?” Porque lo que no se ha de olvidar es que la legua de mar de la costa de Guatemala, hasta donde alcance el tiro de cañón, es territorio de Guatemala, tan propio de ella como su tierra firme: “y el pecado”, dice Blaine, en el *Herald*, “no está en el ministro que acata un principio inamovible de jurisprudencia internacional, y dictamina en un caso con arreglo estricto a otro caso precedente, sino en el capitán que se obligó, por ignorancia o codicia, a más de lo que podría cumplir, y entró con su barco dentro de la legua, donde ni él ni su bandera tenían jurisdicción”.

Y a eso contestan con enojo los censores de Mizner,—que en lo usual y civil, o en los casos de mera policía, no hay quien niegue lo del territorio de la legua,—ni quien encuentre en las autoridades referencia especial en lo del territorio a la política;—que el vapor yanqui *Granada* se negó, con los cañones apuntados, a entregar a los salvadoreños la comitiva del ministro de Guatemala que entró de pasaje en un puerto del Salvador, que como por el Pacífico de Centroamérica no es optativo viajar en los vapores, sino forzoso, por no haber más vía que la yanqui, es justo que la vía yanqui continúe gozando del derecho de asilo que le ha dado en estas condiciones excepcionales la costumbre; que en los casos de duda, como éste, es mejor errar del lado de la magnanimidad y del sentimiento unánime, que del lado de la execración unánime y de la cobardía.

Que el ministro no hizo más que aplicar la ley: ¡pues aplicar la ley así, también lo hace el verdugo!

Y en vano de California a Nueva York, se clamaba contra Mizner; en vano acordó la Casa de Representantes en el debate del demócrata McCready contra el republicano Hitt, la resolución de censura que McCready propuso, a fin de que el Ejecutivo enviara al Congreso los documentos del caso; en vano se publicó el telegrama suplicatorio de la hija de Barrundia, a que contestó el presidente Harrison con cautelosa simpatía; en vano ha ido acorralando la opinión a los que querían, desde ciertas oficinas de gobierno y ciertos diarios, echar sobre el demócrata Bayard todo el pecado de Mizner, por el precedente de la de Gómez,—y sobre México, por suponer que fue México quien envió a Barrundia a morir, forzándolo a embarcar en el vapor que había de

caer en el territorio de Guatemala:—;Miente—se dijo a tiempo—miente el que diga eso de México! En vano se suponen de público a estas complacencias de la Secretaría con Mizner razones interesadas o tenebrosas; —como que unos dicen que en los asuntos de alto estado es el silencio el principal deber, y no enseñar el juego antes de la ocasión, con una palabra loca arrancada al miedo de descontentar al vulgo incauto o ignorante, que ha de oír sin desplegar los labios el verdadero estadista;—y otros dicen que esta vez no es esa la razón, porque “bien habla el Secretario cuando le conviene y puede hablar, como en lo de la reciprocidad y en lo de Behring, lo que indica que si no habla en esto, es porque no puede,—porque lo que Mizner hizo, es lo que le mandó que hiciese,—porque en algo sustancioso y de hecho se le ha de mostrar buena voluntad a Guatemala, para ir demorando con su apoyo, so pretexto de ponerla en su cabeza, la unión de Centroamérica,—y avivando los odios aldeanos de las cinco repúblicas,—y soplando para que la influencia fraternal de México no crezca en Centroamérica, lo que aún quede de desconfianza injusta en Guatemala de los mexicanos, que de Guatemala sólo ven mal el auxilio que, con política loca, ofrece contra México, por soñadas ofensas, por celos de vecino menor, al extranjero interesado que prospera con ellos y los azuza,—;sin ver que el español se entró en América por los celos del indio! En vano el país entero, avergonzado y temeroso, pide el retiro de Mizner, de que se empieza a hablar en serio, como si la opinión lo hubiese forzado por fin. Pero el país no conocerá, no, los documentos del caso, porque el presidente, después de leerlos, ha declarado que la publicación de los documentos “no es compatible con los intereses públicos”.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 29 de noviembre de 1890

B I S C U R S O

*pronunciado en la velada en honor de Centroamérica de la Sociedad
Literaria Hispanoamericana, en junio de 1891*

Señoras, señores:

Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas e hipomeas, la tierra de esmeralda y plumas, donde, al espejo de sus lagos y al incensario de sus volcanes, crecen en el combate y en la fatiga, según lo manda la naturaleza, las cinco repúblicas de Centroamérica, como un solo hogar. Por aquellos ríos han apagado la sed, en la cuenca de una hoja, muchos viadores de la libertad; de aquellos arriates ha tomado mucha flor para el pasajero doloroso la niña de la casa; para la vida y la poesía ha sacado fuerzas mucho peregrino de aquel aire purificado por el fuego; de debajo de un apagavelas salen, desperezándose y tundiéndose, cinco países cuyo parentesco será más poderoso que la pócima de ira con que les alborotó las venas el conquistador; ¡aquí venimos, en nombre de todos los agradecidos, a ceñir con una guirnalda de corazones las banderas que no se han manchado con más sangre que aquella que es ley que se derrame, por la ferocidad inevitable de la vida, en los bautizos de la libertad!

Por entre las ruinas de los gigantes desaparecidos surgieron, bellos y pintados como los pájaros, los pueblos de indios nuevos que tejían y tañían, y levantaban con gracia heroica sus atalayas de carrizos, y narraban bajo la sombra de los árboles la leyenda del mundo, cuando centellearon en la creación los espíritus celestes, y a la voz de ¡tierra! surgió el Universo de la nada, con el hombre que fue primero arcilla, y luego tronco duro, y luego árbol ramoso; con la mujer de caña, y luego los cuatro hombres de carne y pensamiento, a cuya cabeza se sentaron las cuatro mujeres, coronadas de plumas de garza. Hoy era el mercado, de tejidos y diademas, y pórfidos y oros, y birretes y tobilleras del plumón más fino, y pitos y atabales; la boda era mañana, con danzas y convites, y las casas blancas festoneadas de orquídeas olorosas; o era que el rey pasaba, con su manto de pluma azul y la corona refulgente, cargado a hombros de nobles, en su silla de oro y pedrería; o vitoreaba

la multitud a los caballeros del torneo que a punta de flecha mantenían por el aire la mazorca de maíz; o volvían a sus hogares aterrados, porque venía el zutujil a sangre y fuego, el cazador que traía al cinto como un iris la pluma del quetzal, el atjije canoso, abrazado a los manuscritos de las leyendas, el coro de la escuela desbandada. El zutujil prendía a la tierra fuego, para que no anduviesen sobre ella los invasores. Vino el rubio de España, con el trueno en las manos; cayó con su aliado el cachiquel sobre las ciudades que el quiché alzó contra el chuzo y la flecha; y cuando pasó la nube de humo, resplandecía el sol indiferente en la caña y la pluma de las hecatombes.

Se bebió entonces, al sol de Pacaya, el vino de Valladolid, entre barajas y votos; y apuró el cacao de Soconusco, en los casucones levantados sobre indios, el deán que ensartaba con la tizona al alguacil que lo venía a prender. La calle era del oidor, de gorra y garnacha, o del encomendero desdentado, de casco y gamuza, o del presidente que echaba a desvergüenzas al buen obispo que le venía a pedir la ley para la indiada, sin más coraza que su lanilla de dominico, ni más miedo que el de no ser bastante brioso. A flechazos recibían aquellos cristianos a los obispos que no les firmaban los crímenes con la religión; tuteaban al rey, en cuanto les tocasen las encomiendas aquellos vasallos; y monseñor se gastaba la renta de la Catedral en festejos a los que salían a matar lacandones. San Francisco peleaba con Santo Domingo; el cabildo se le empinaba a la Audiencia; los encomenderos cansaban el mar con sus quejas al emperador; un Hernando cosía a puñaladas al obispo y con la daga ensangrentada escribía en el aire su proclamación de príncipe. Hasta que los competidores se avinieron en el mando y no hubo ya más Casas ni más Marroquines, sino que vivía en los palacios, con el nombre de la familia escrito en el zaguán con huesos, la prole de los conquistadores y las doce damas; y era la vida candil y procesiones, como aquella del certamen de la Universidad, sobre la "Contienda Amorosa de Italia, Francia y España", cuando iban delante los atabaleros, y luego en mulas los estudiantes e hidalgos, y los doctores y la clerecía, y luego un señorón de portaestandarte, con el tema muy floreado entre pinturas, y luego criados de librea, y luego soldados—a tiempo que entraba en la ciudad la hilera de indios, con la frente ya hecha al mecaval de la bestia de carga, y el ministril se llevaba preso a un criollo, porque leía el Quijote.

Se movió el mundo; vivió Carlos III; entró en la Capitanía la Enciclopedia, bajo una capa española; y de la mesa de un canónigo an-

daluz salió la juventud del señorío a ganar a la independencia la voluntad del general español; ¡y aún hoy es día de gala en Centroamérica, de gozo puro y sublime, aquel día de septiembre! Pudo más que la corazonada del primer carriño el interés de las localidades apartadas por la policía astuta de la colonia; pudo más lo real del país, hecho al gobierno familiar, que lo ideal que le querían poner, con más ardor que pericia, los innovadores desconcertados; pudieron unos idear canales y garantías, mientras mandaban otros cerrar las costas y espantaban de un bufido al buen sevillano que quiso enseñar álgebra; pudieron las Repúblicas, unidas por un artificio generoso, volver a la localidad de que no supo sacarlas la conquista, que sólo hubiera podido hallar excusa en el cumplimiento de esa ley histórica; pueden aún, con la mira en el Sol, padecer en la faena de ir acomodando a un pueblo novicio, criado en dos conquistas, las leyes acabadas de la libertad, o sacar de su misma composición, de modo que se la asegure, la ley aborigen que lo aquiete y levante; puede ser como levadura, por lo fervorosa, una de las Repúblicas,—y otra como un jardín, por el cultivo de la tierra y de las mentes,—y otra como academia de política y trabajo,—y otra como una casa de familia, con el retrato del abuelo orlado de ópalos,—y otra como universidad entre plantíos, que pone a reposar sobre el arado el tirso y el capelo; pero de la majestad y rebelión de su naturaleza de volcanes, del hábito de crítica aguzado en la larga esclavitud y de la lección aprendida en la prueba franca y dolorosa de hombres y sistemas, viene a aquellas Repúblicas un señorío mental, más verdadero que visible y más eficaz que ostentoso, por el que todas se reconocen y unen, y en donde entra por parte tan viva lo más fecundo de la fantasía, que pudiera un avezado a imágenes comparar aquella serena mente de Centroamérica a una casa solar, de portón de alto escudo, por cuyos balcones colgasen, pintorescas y amables, las enredaderas.

Allí por cuevas floridas, con el pecho lleno de un gozo de creación, se sube, como coronado, a los volcanes, desde donde se ve caer la tierra en declives cambiantes sobre la playa de la mar; allí, en cráteres orlados del jardín silvestre, chispean, sigilosas, las lagunas; allí, en la boca deshecha del Volcán de Fuego, revolotea la mariposa azul; y corren por las faldas, entre guijas de colores y anémonas y tréboles que lucen como lapislázuli y coral, ríos de un agua tan clara como la prosa de Marure, y con tal música en su curso, que parecen estrofas de los hermanos Diéguez. Así, en el goce continuo de aquel mundo ordenado y hermoso, nace, a despecho de las turbulencias de la vida, la felicidad que hace

al hombre bueno, y es, como la desgracia, una fuerza decisiva en la literatura. Así, entre sus jazmines del Cabo y su clavel de olor, sueltas las trenzas y el corazón prendado, crece sensata y fiel la esposa del país, con un juicio risueño que impera sin descoco, y unos cariños como plumón de ave. Así, ayudada por su misma dilación, que la salva de los tanteos decadentes y místicos del pensamiento nuevo que asoma ya sobre los hombres, va Centroamérica disponiéndose a acomodarse a su hora, con la fuerza venida del estudio de lo natural, a la época de mayor religión y literatura verdadera que por la tierra toda levanta, con potencia de himno, el conocimiento racional y amoroso de la Naturaleza. Por la enseñanza que de ellos recibe América, en virtud de su apego saludable a lo original y propio; por el valor con que han encarado sus problemas y la frecuencia con que los han abonado con su sangre; por la largueza con que dan agua y pan al peregrino, permitidme, vosotros que os gloriáis con la representación de aquellos nobles países, que los saluden en nombre de la América, cuya fe indígena proclaman y mantienen,—¡en nombre de la libertad, cuyo estandarte acribillado alzan por sobre sus cabezas,—en nombre de los peregrinos agradecidos!

NUESTRA AMERICA

VOCES¹¹

¹¹ Estas curiosas apuntaciones semánticas están escritas de puño y letra de Martí, en un pequeño cuaderno de 20 hojas, de 15 × 23 centímetros. Las abreviaturas que hay en el texto significan, evidentemente: *B.A.* o *B.Ay.*—Buenos Aires; *Col.*—Colombia; *Ec.*—Ecuador; *Guat.*—Guatemala; *P.*—Perú; *U.* o *Ur.*—Uruguay; *V.* o *Ven.*—Venezuela.

No es mi objeto hacinar en cuerpo horrendo corruptelas insignificantes de voces españolas, porque valdría esto tanto como hacer en España diccionario especial para la lengua de los mercados y los barrios bajos y los pueblos andaluces; sino reunir las voces nacidas en América para denotar cosas propias de sus tierras, y señalar las acepciones nuevas en que se usen palabras que tienen otra consagrada y conocida.

A

Armonía.—“Me hace mucha armonía” dicen los michoacanos.

Altillo.—Cuarto de sirvientes en lo alto de la casa, generalmente sobre la cocina o la cochera. (Ur.)

B

Bojote.—Ven.

Bulto, envoltorio, lio.

Buscar el frito.—Venezuela.

Buscar la vida: buscar el pan diario.— *El frito está escaso: El frito está ñongo: ¡Qué difícil está el frito!*

Bobo.—El sombrero alto, entre la gente baja de B. Aires.

Baqueano.—Ur. y Chile: Práctico de río y de tierra. Guía.

Bolero.—El sombrero de copa alta, en Guat.

Bagre.—Un pescado: por mujer fea, pasada de juventud; jamona. (Ur.)

Balsas.—¿Inventada por los peruanos? ¿Por la madera de que estaba hecha la *balsa*? Balsas con velas por la costa, antes de la conquista. En las balsas, casas, habitadas principalmente por negros y mulatos, en los ríos del Ecuador.

Bandola.—Tiple pequeño, en Colombia.

Bambuco.—Zamacueca, Cueca, Zapateado, Jarabe.

Bife.—Que te doy un bife, una bofetada. (Ur.)

C

Curucutear.—Venezuela.

Hurgar, registrar, buscar desordenando y con prisa.

Cubilete.—Colombia.

Sombrero de copa alta.—“Tome V. su *cubilete*”. “Olvida V. su *cubilete*”.

Cachifo.—Colombia.

Aplicado a personas mayores, es palabra depresiva. Significa muchacho de escuela,—ligero, sencillo, insignificante, poco serio.—Debe de venir de la gramática latina, que a todos los escolares se obligaba a estudiar, y que se llamaba *cachifa*.

Cucalón.—Chile.

Voz nacida en la guerra del Perú y Chile.—Individuos que sin ser militares, acompañan a los ejércitos como curiosos para presenciar las batallas, o como corresponsales diarios, o de modo análogo a éstos. Viene del apellido de un caballero limeño estimable, D. Ant^o Cucalón, que durante la guerra se embarcó en el *Huáscar* pa. asistir a las operaciones navales, y que al retirarse de Antofagasta al Callao el *Huáscar*, el día 3 de junio, cayó al agua y murió ahogado.

Callapa.—Venezuela.

Especie de camarilla formada entre varias personas con objeto de causar daño a otra. Muchos que van contra uno van en *callapa*.

Callapear, trabajar en cuadrilla.—Hacer la *callapa*.

Callapa de gente: cuadrilla de trabajadores.

Café cerrero.—Venezuela y Oriente de Cuba.

Cerrero:—poco dulce.

Café con poco dulce.

Un cerrero, especialmente en Venezuela, cocimiento de cacao sin dulce.

Canta.—Ven.

Tonada.—Canta llanera:—la guacharaca.

Compadre.—El chulo español, el bravo, el cobrararato, el *shintuó* de Chile, en la Plata.

Chopazo.—Bofetada, en Chile.

Colero.—El sombrero de copa alta en Chile.

Caña.—Como dificultad.—*Esa es la caña*. (Sto. Dom.) Eso es lo que hay que vencer.

Cielito.—La copla uruguaya, y el baile popular de que es parte principal el canto de ella.

Coccar.—(B. Ay.) Advertir. (Parreno no *coceaba* la jugada q. le hacía su mujer, pues ésta y Carreto eran tan disimulados en sus amores q no daban a comprender nada).

Coya.—(B. A.) Más misero que una *coya*.

Cachapa.—(V.) Torta delgada de maíz tierno hecha en el budare.

—El hombre cdo. se casa

Con una mujer formal

Se le ponen los cachetes

Como *cachapa de a real*.

(Se pone gordo y descuidado.)

Cepeda.—Colombia.

Nombre que comenzó a usarse entre los colegiales de Bogotá para designar esa especie de lacra que se caracteriza por el crecimiento o hinchazón extraordinaria de las piernas y los pies.—El nombre viene de Cepeda, músico de las milicias—tipo completo de la especie.

Chanduy.—Ecuador: brisa fría y fuerte que baja de la montaña del Chanduy.

Cholo.—El mestizo del Perú.

Chorrera.—Cascada corta (Ec.)

Chiflar.—De *chiflar*, (portugués) de chifre (cuerno) en P.

Chero.—¡Qué *chero*! del portugués: ¡qué *cheiro*! ¡qué mal olor! Lo he oído a venezolanos.

Corresca.—Llaman así, por el sombrero que usa, a la ventorrillera bogotana.

Chucho.—Canuto del bambillero de granos de maíz con que la gente llana de Bogotá acompaña sus músicas y cantos.—Chucho, bandola y *tiple* hacen la orquesta.

Chinaca.—(Méx.) La gente baja, el populacho.¹²

Chillango.—Tapado (abrigo) del indio patagónés hecho de piel de avestruz o de guanaco.

Cuarateador.—El postillón en Uruguay.

Chapinismo.—Modismo propio de Guatemala.

Chancho.—Llaman cerdo en Chile, Ur. y Arg.—*Coche* en Guatemala, y al lechón, *cochito*.

Cuadra.—(Chile y Perú) Sala de lujo, sala de recepción.

¹² Hay un recorte de periódico con las distintas significaciones de la palabra.

- Chocolate.**—(Cuba) Enjuague, cohecho, caso oculto y culpable.—En Chile: *Sácale el chocolate*, por pegarle.—También: *báscale fuerte*.
- Chincolito.**—Ponche que sirven en los *picholeos* de Chile.
- Chichigua.**—Nic. La criandera.
- Chasqui.**—El propio a caballo (Chile).
- Chinchulín.**—La tripa del buey asado. U.
- Cura.**—Embriaguez (Chile).
- Cielito.**—Baile de gaucho con acompañamiento de canto.
- Charqui.**—El tasajo (Ur. y Chile).
- Chipa.**—Pan popular del Paraguay hecho de harina de mandioca, queso y huevos. Como el francés, en figura.
- Cajetilla.**—El petimetre uruguayo.—El gaucho llama cajetilla a todo habitante de la ciudad. “Ya lo verá no más el cajetilla”.
- Cuero.**—(Arrastrar cuero). Echar pompa, alardear de rico o de valiente. Ven. Echar un cuero de tigre.—Ven. *Me echó un cuero de tigre*: Me obligó a darle prestado lo que yo sabía que no me podría pagar.

D

- Descocado.**—El huesillo sin hueso, o durazno pasa sin semilla (Chile).
- Decálitro.**—El sombrero alto en Chile.

E

- Escribir en letra de Catón.**—Ven. Imprimir.
- Encauchado.**—Poncho de goma en el Ecuador, impermeable.
- Equis.**—Serpiente grande y temible (mortífera) de las llanuras del Guayaquil. Tiene su nombre de unas marcas en forma de la letra X, que le dibujan todo el lomo.

F

- Fusuco.**—Ven.—Es un *fusuco*: es un azogue.—Especie de cohete,—cannuto cargado de pólvora y vidrio molido, o sustancia semejante.—Hombre activo, vivaz, inquieto, móvil.—¿De fuso (huso) y *uco* (huso pequeño, husillo) por su forma? Salió disparado—colérico—violento: *salió como un fusuco*.
- Furruco.**—Ven.
Barril pequeño, con una cubierta de madera, y otra de cuero, atra-

- vesado por un palo delgado, que al subir y al bajar produce un ruido brusco, sordo, monótono y desagradable.—Parece un agrandamiento de la zampoña.
- Fioli.**—Venezuela.
Sarao de gente pobre. *Añí hay un fioli*.
- Firmar con arenilla.**—De Val.
Por un chiste de un comerciante, Reverón, que esquivaba spre. las citas que se le hacían de los Juzgados.
- Funda.**—Llaman especialmente en el Ecuador a un forro de hule, rojo o amarillo con que se cubren el sombrero.
- Futre.**—El elegante en Chile, en la lengua de la gente baja. El *catrín* de México.—Y dejáis que te peguen, *futre* (Mart. Rivas). *Levántate, hom, no seas futre*. (M. Rivas).
- Flete.**—Caballo de lujo de los campesinos en el Río de la Plata
- Funcia.**—Colombia y Cuba.
Función—querrela.—Se armó la *funcia*.
- Fiar donde.**—Col. Ir a tomar *fiado en*.
- Facón.**—Cuchillo de campo.
El machete. Arg.

G

- Gamonal.**—Colombia.
Cacique, agente principal de elecciones en los pueblos.
- Guirizapa.**—Ven.
Batahola, algarabía, alharaca, bullicio.
- Guacharaca.**—Ven.
Canto mezclado de baile usado por los llaneros.—*Tóqueme una guacharaca*.—De guacharaca, esta ave sabrosa en comida y bullanguera.
- Galerón.**—Col. y Ven.
Cantar musicado de los llaneros.—Romance en agudo, como las *Rosas* de Timoneda.
- Guachafita.**—Desorden bullicioso.—Todo lo que tiende a juego, y a empequeñecerse.—*Aquello se volvió una guachafita*: vino a mal, se desordenó y se deshizo.
- Gallinazo.**—El *zopilote* de Veracruz, el *aura tiñosa* de Cuba, el *samuro* de Venezuela. (“That silent and greedy companion of death and decay”). *Gallinazo* en el Ecuador.

Gamalote.—Yerba de pasto en la costa del Ecuador. La hoja es como la de la cebada, y más áspera y espesa. Las hojas nacen de los nudos del tallo. Es curioso que esta yerba, que sienta bien al ganado de la costa, hace daño al de la cordillera. Está descrita en el "Viaje a Sud América (?)¹⁸" de¹⁸.

Güegüecho.—Gripe, coto. (Guat.)

Guanaquismo.—Modismo propio del Salvador y Nicaragua.

Galpón.—Barracón de trabajo. (U. Ch.) El *barn* de los americanos.

Quantón.—Ur.—Un revés, una bofetada.

Quantada.—Chi. Bofetada.

Galera.—Sombrero de copa en Ur.

Goma.—Borrachera en Guat.

H

Huaina.—Muchacho. Como *cachifo* en Colombia. Es un *huaina*: es un hombre que se ha quedado en muchacho.

Humita.—Choclo o maíz fresco, molido o pisado, envuelto en su propia chola y hervido. (U.) El tamal.

Huasca.—En Ch. el junquillo, el látigo, la *cuarta* de Cuba.

En U. la cuarta. Se picó la *huasca*. Le puso en ridículo. Le cortó la retirada. Cayó en sus propias redes. Se pasó de listo.

Huesillo.—Es durazno pasa (pelado y seco, con el hueso), *pesada*. Caldo dulce hecho del durazno pasa. (Ch.)

Huaraca.—Látigo de Chile.

Hachura.—El hígado, el corazón, los riñones y los chinchulines (tripa) en el momento en que se está haciendo los asados. Cuando se carnea, se dan las hachuras a los pobres.

J

Jalar.—En C. R. (del período que precede a los amores).

Jivaro.—Ecuador.

Indio de la provincia oriental del Ecuador.

De ahí viene sin duda el *jíbaro* cubano.

Joropo.—Ven.

Zapateado variadísimo.

¹⁸ Dos palabras ininteligibles.

L

Locro.—Maíz guisado de Ur.

Sopa de papa, huevos y pimienta, que se come usualmente en el Ecuador. Es el regalo que el arriero suele dar de noche a sus peones, cuando descansan de la jornada en los *tambos* del camino.

Lacho.—Chile.—El chulo, el amante de gusto de la entretenida.

Leso.—Ch. Tonto: *Lesura*: tontería.—Deja de lesura.

Lisura.—Perú. Atrevimiento.

Liso.—Atrevido.

M

Marmoleño.—Ven.

Color de caballo.—El moro empedrado de Cuba.

Maricela.—Ven.

Baile de los campos, semejante al zambe y al joropo.

Montera.—Guatemala.

Chispa, turca, embriaguez.—"Salí de aquí anoche tan distraído que me fui sin sombrero".—"Sí, ya lo creo: como que llevaba V. *montera*".

Matablanca.—Mosquito pequeño e imperceptible, cuya picadura produce hinchazón: (Costas del Ecuador).

Matahambre.—Cuba.—Dulce.

Matambre.—Urug. La porción delicada de la carne que va adherida a la piel de la res.

Mucama.—Criado o criada de mano, en Chile, Arg. y Ur.

Mote.—Ch.—Trigo candeal ablandado con ceniza y agua hasta que se descascara y hierve; y luego después de muy lavado, lo sirven con caldo de *huesillo*.

Manea.—Tira corta de cuero pa. atar las manos de los cabellos.

Maneador.—Tira larga de cuero sobado sin curtir, engrasado y flexible, pa. atar los caballos.

Mazamorra.—Maíz pisado y después hervido con leche. Es un plato de los gauchos.

—Tiene mala mano para sacar ahijados de la pila.—(Ur.)

Marraqueta.—Pan largo, como el pan francés.—(Chile).

N

Nonga.—Venezuela.

Erizado de dificultad.—Lleno de obstáculos.—*La busca está ñonga*.—*¡Qué ñonga está esto! ¡qué enredado está esto!*

Noshotros somos pobres también.

—*Entonhes* le iremos *ques* rico, fue (M. Rivas).

O

Ojetac.—Bolivia.

Especie de sandalias de cuero.

Orejano.—Caballo orejano. Ganado orejano. Sin marca.—Viene de cdo. marcaban los caballos o ganado del rey en la oreja; que ya nadie los podía marcar.—U.

P

Pira.—Venezuela.

Conjunto de vegetales cocidos:—plato de viernes santo.—El pisto de España.—De la yerba *pira*.

Ponerse chepita.—Venezuela.

Alegrarse. Romper los frenos. Estar en disposición de hacer locuras. Regocijarse con extremo y bullicio.

Pum-pá.—Venezuela.

El sombrero negro de copa alta y cilíndrica.—Viene el nombre de que se le llamaba antes *cañón* en Caracas; y queriendo los sombreros, que tenían gran acopio de sombreros bajos, desacreditar los altos pa. dar salida a su acopio, pagaron un gran número de muchachos que gritaran a todos los que llevaban sombrero alto: ¡Pum-pá! imitando las detonaciones de un cañón.

Plancha.—Venezuela.

Grupo de enamorados.—Dos amantes conversan en una ventana: *ahí está una plancha*.—En una sala hay amantes q. se buscan y forman grupos: *la cosa está hoy de plancha: están planchando*.—De ahí por ampliación el *hacer plancha* de Cuba; ponerse en ridículo, como dos amantes sorprendidos.

Pepitos.—Ven.

Petimetre. Niño que quiere hacerse hombre. Viejo que quiere ser mozo.

Pavón.—Ven.

Caballo negro con manchas blancas.

Peruana.—Ven.

Borrachera. *Pegarse una peruana*. *¡Qué peruana lleva ese tercio encima!*

Pasero.—Caballo de paso. (U. y B.)

Porotes.—Frijoles.

Poncho.

Pellón.—(Guatemala, Ecuador) piel suave para poner sobre la silla de montar; o simple cobertor de silla, de lana, algodón o crin.

Páramo.—Llanos situados a grande altura (en Perú), de vegetación escasa, y travesía difícil, por lo enrarecido del aire. Muchos viajeros suelen morir *emparamados*.—El páramo de Azuay, muy temible; el de Chimborazo; el del Puyal.

Pongo.—Pongo dicen en el Ecuador a la parte intrincada de un camino, por sobre precipicios, páramos, cuevas escarpadas, “of innumerable ruts, continually crossing and intersecting one another”.

Pasillo.—Baile popular de Colombia.

Picholeo.—Chile.—Baile de la gente de *medio pelo*.

Paco.—El policial de Chile, el salvaguardia de Cuba, el celador de Uruguay, el vigilante o gendarme de la Argentina.

Pije.—El cursi en Chile.—El que hace vanos esfuerzos por parecer elegante.

Pisto, pistillo.—Dinero, en Guatemala.

Una muchacha me ha dicho

Que me adora y que me estima:

Algún *pistillo* me ha visto.

Y le quiere caer encima.

Guat. C.

“Necesito un poco de *pisto*”.

Pandorga.—En B. Aires la corneta.

Q

Quena.—La flauta del indio peruano.

La tradición de Campo real.

R

Ranchada.—Ranchería.—Rancho de cañas y barro o cueros, con tejos de paja brava.

Redomón.—Caballo a medio domar. U.

Resbalosa.—El zapateado en Chile. En la Arg. “tocar la resbalosa” era degollar, porque lo hacían al son de ella, y también porque resbalaba el cuchillo. *Tocarle la resbalosa*, mandarle degollar. *Hubo violín y violón*: degollar: frase de D. Mariano Maza.

Ruana.—Colombia.

Poncho de paño grueso o *pañote* de lana, o de hilo, que usa constantemente, sobre todo en las comarcas frías, la gente del pueblo.—Todas las clases usan la ruana para montar a caballo.

Rochela.—Venezuela.

Rochelón.—Bullicio, desorden, algazara.

Rochelero.—Ven.

Bullanguero, travieso, pendenciero.

Rabona.—Perú y Bolivia.

La *soldadera* de México; mujer del pueblo que acompaña a su marido a los combates; le asiste; lo precede a su entrada en los pueblos para buscarle alimento, y le alivia de numerosas cargas, con valor y solicitud infatigables.

Ruano.—Ven.

Guajamón,—color de caballo.

Rucio.—Ven.

Color de caballo blanco. *Rucio ciraguó*: blanco amarillo.

Rente.—El rente, que usamos en Cuba, viene de los portugueses. “Está *rente*”, por “está *junto a*”.

Rebenques.—*Rebencazo*.—El látigo. Ur. y Ar.

Rebenque de lonja.—El látigo del gaucho que tiene una tira de cuero sin curtir.

S

Socabón.—Dicen así en el Ecuador a un túnel abierto en la entrada de una roca en el río; donde es éste difícil de pasar, para que tuerza por la abertura artificial y sea así fácil la travesía. En América fue invento de los indios. En el Ecuador hay muchos.

Sintico.—En Chile, escrito en el *Martin Rivas* de Alberto Blest Gana; es el *compadre* del Uruguay, y el *chulo* de España y Cuba.

Sácate esa pulpa (de carne) *de los dientes*.

Contesta a eso: *Chúpate ésa*. Uruguay.

T

Tambos.—Rancherías de los indios catequizados, inhabitadas la mayor parte del año.

Del timbo al timbo: del timbo al timbo.—Allí viven su aguardiente de plátano, y su chicha de yuca.

(Ecuador, Perú, Bolivia). Lugares de descanso sobre los Andes.

Tiple.—Guitarra corta de ocho cuerdas (Colombia).

Tamagás.—Serpiente de Honduras.

Tobola.—Serpiente del Salvador.

Titeo.—(Arg.) Hubo dificultad, conflicto.

Tarro, tarro de unto.—El sombrero de copa alta, en Chile y el Perú.

Tapalcutes. Tarantines.—Guat. Lo mismo que (spre. en plural) *trastos*, muebles, tarecos.

Toldería (?).—Pueblo de indios mansos en la Rep. Arg. (¿y en Ven.?)

V

Virote.—Venezuela.

Especie de rompecabezas, bala forrada al extremo de un cordel, q. se usaba para travesear en los días de tumulto. *Tonto—necio*.—*Juan Bimbo* y *virote*—tonto.—También en Sgo. de Cuba.

A tanto llegaron los *virotazos* en 'Semana Santa, que los ancianos iban cubiertos de una *totuma* (jícara), y encima el manto, para protegerse de los golpes.

Z

Zambé.—Venezuela.

Especie de zapateo: zapateo y escobilla.—Animadísimo y difícilísimo. El payaso Jn. González lo bailaba maravillosamente, con dos maracas pequeñas en la parte superior de los tarsos,—sobre un tablado.

Ziripá.—Santiago de Cuba.

El zapateo.

Zamarro.—Calzones de cuero,—las *calzoneras* de México los hacen buenos en N. Granada: cuero de tigre.

Zumangué.—Baile de Bogotá en que uno de los bailadores obedece las órdenes que le da cantando el compañero, que también las cumple.

NUESTRA AMERICA

HISPANOAMERICANOS¹⁴

¹⁴ En su carta testamento literario a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Martí le indicó que publicase un volumen con sus trabajos sobre los hombres de "Nuestra América", con el título de *Hispanoamericanos*. (Véase CUBA, *Política y Revolución*, tomo I, pág. 25.)

Con objeto de no deamembrar secciones o trabajos completos de Martí, no se han incluido en esta sección varios otros trabajos suyos sobre hispanoamericanos, tales como su famoso artículo "Tres Héroes", que apareció en *La Edad de Oro*, y otros.

DON MIGUEL PEÑA

Honrar, honra. Hubo, ha setenta años, sucesos tales en esta ilustre tierra, que sólo en atención a que la polvareda que los ejércitos levantan en su marcha elevase tan alta cuanto son ellos numerosos, pueden aún los que abrieron la gloriosa vía estar oscurecidos por el polvo del camino. Mas no a los ojos de los que en él andamos. Valencia erige hoy una estatua al doctor Peña; pues hoy paga Valencia lo que debe.

Aquel lidiador audaz que así movía la espada como la pluma, sin que la pluma fuera más extraña a sus manos que la espada; aquel tribuno apuesto que supo, de los paños de la casaca colonial, corta y estrecha, hacer túnica y toga; aquel héroe colérico, sentidor de lo grande, amador de lo propio, mirado siempre como igual y como enemigo terrible por los héroes; aquel que con su amor ayudó a fundar pueblos, y con su rencor a volcarlos; aquel en quien la pasión no perdió nunca los estribos del juicio, pero en quien, sobre los estribos del juicio, no dejó nunca de erguirse, implacable y ardiente, la pasión; el que rivalizó en pujanza con los grandes, y venció en astucia a los pequeños; el que, por una vez que sacó provecho desusado de las arcas públicas, trabajó siempre con fogoso empeño en defensa y provecho de la patria; el que llevaba a los senados, inquietos y encendidos, en aquellos tiempos de hervor y de batalla, un bravo corazón americano y el arma con que había de defenderlos, merece presidir, en aposento de bronce, los destinos de la ciudad que él supo hacer tumba de realistas, fortaleza de derechos y cuna de republicanos.

Era Peña hombre entero y erguido, ni medrado ni rico de cuerpo, importante de suyo y gallardo, con esa gallardía que viene de la alteza del espíritu, y da singular realce a lo vulgar, y disimula o trueca en bello lo mezquino.

Era de cara enjuta, aunque maciza; de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder de examen; de boca fina, como de hombre agudo; de frente alzada en cúpula, cual frente de letrado, azotada a menudo por

un guedejo de cabellos lacios, signo seguro de hombre indómito. Limpio de barba llevaba el rostro; ceñía a su talle grave casaca de elevado cuello, de entre cuyas solapas anchurosas rebosaba, sobre el chaleco de enhiestos costados, la rizada pechera, aquí y allí prendida con perlas lujosas.

Bullía en las aulas, en la primera década del siglo, señalado por su palabra risueña y flagelante, y expedientes fáciles, y ciencia de Ordenanzas y Novísimas, el que había de fatigar caballos, defender murallas, vestir disfraces, conmover congresos, apasionar ciudades, desatar y enfrenar iras y presidir a hombres ilustres. Gastados, más que por los propios pesares, por los ajenos; hijos de casas donde, con los vaivenes de los tiempos, son huéspedes de turno el fausto y la penuria, y ora se bebe en copa de Bohemia, ora no hay licor de que llenar la copa; nacidos en el lomo de un corcel frenético; mecidos, más que en cuna, en olas de la mar, son los hombres ahora a los veinticinco años, gigantillos cansados, jefes tal vez de familia numerosa, pálidos de alma y pálidos de cuerpo. Mas por entonces causó asombro que a los veintiséis de sus años agitados fuera Peña, con merma de sus fuerzas, por lo excesivo del trabajo, abogado relator de la Excelentísima Audiencia Española.

¡Tal freno era preciso, duro freno de leyes, a un hombre en quien la misteriosa Naturaleza parecía haber dado carne al odio sagrado y la cólera batalladora de América ofendida! Pasiones numerosas le agitaron, y, más que de perdón, supo de ira; pero no hubo entre ellas alguna que moviese su voluntad a más hazañas, ni su elocuencia a más esfuerzos, que la independencia de su América. Su mano buscaba instintivamente el bridón y las armas cuando, ya echado el señor, se le hablaba de reesclavitud. Anheló de milicia le posee; y, como en carta suya a Flemming, su pluma, que se divierte en los primeros trozos en discurrir, cual venadillo suelto, por entre los razonamientos de sus domésticos enemigos, truécase de súbito, no bien sabe que se trata de invasión probable, en lanza trémula, inquieta en el estribo; cuya asta azota impaciente el banderín de guerra.

Era su modo de hablar, como su modo de escribir, igual en lo alto. Las frases que decía, como los renglones que con mano firme trazaba, eran rectas y netas; sus letras, como sus pensamientos, aceradas, y como su imaginación, rematadas por rasgos airoso de amplio vuelo. Corría su palabra sin esfuerzo y sin movimientos convulsivos, ni desigualdad ni arrebató, ni fulgor boliviano, aquí segando y allí tajando, como de quien no quiere ver lo que taja ni siega. Nunca fue locuaz; por lo que

fue siempre elocuente. Ni rehuía combate, ni gustaba de provocarlo. Ni dejó nunca de adivinar el pensamiento de los otros, ni fue nunca posible adivinar enteramente el suyo. Vestidos de cristal estaban los demás para él; y él, para ellos, de sombra. Hecho al ruido de las armas, no le movía a miedo el de los parlamentos; y habituado a oír fieras, parecíanle pequeñas las pasiones. Serenamente hablaba, sin cuidar de ser galano ni correcto. No esquivaba, antes buscaba un chiste oportuno, y con la gracia de la aplicación redimía la vulgaridad del chiste. A sucesos grandes reservaba las palabras grandes; y era fuerte, porque en su odio y en su amor era constante y sincero.

Cuando ya ni el anhelo de desconcertar a sus contrarios le movía, sino el riesgo de la independencia de la patria o de la propia honra, henchíase su natural caudal, como río que recibiese inesperadamente aguas de montes, y con el sonar y atropellar de los torrentes caía sobre los absortos enemigos; aunque en lo tonante, no era abundoso. Saltábanle al encuentro imágenes gráficas y osadas, y aquellas palabras precisas y nervudas que hallaban tan fácilmente nuestros padres, hechos a batir a Encélado y a templar hierro en la fragua de Vulcano. Su discurso, a las veces, flamea: “¡Lo que debemos hacer es tocar a punto la reunión!” “¡Si vienen, suspenderemos nuestra contienda hasta que los hayamos acabado de enterrar, y sobre sus despojos cantaremos himnos a la patria, y con su sangre escribiremos nuestros derechos a la independencia, y continuaremos después la obra de la libertad!” Era su discurso como invisible constrictor que atraía, con hábiles artes, a sus víctimas, a su dominio peligroso; y oíase a poco el crujir de los contrarios argumentos, deshuesados y estrujados por la boa. Venía en lo común, sobre sus contrarios, como la ola de pacífico mar sobre la playa: se extendía con manso ruido y se hacía señora de la arena. Su réplica vivaz igualaba a su dialéctica contundente. La historia de otros tiempos y el espectáculo de los suyos daban a su estilo aquella singular elevación, que pareciera entre nosotros hipérbole ridícula, y era entonces único, propio y natural lenguaje. Volvió a saberse entonces cómo hablaban los cíclopes.

Con ellos estaba siempre en faena el doctor Peña. Con él nace, y por él muere, Colombia. De él teme Bolívar, que lo acaricia. El da pensamiento a la lanza de Páez. A Miranda lo acusa. Con Santander combate. A los jefes del llano los convence. Burla a Monteverde. Burla a Boves. Y cuando las almas fuertes, fatigadas de su grandeza excesiva, o de la

ajena pequeñez, desmayan, él, sobre el héroe dormido, alza al abogado. Luego de Cúcuta, Valencia.

El preside en todas partes, donde Bolívar no preside; en San Diego de Cabruta, donde acerca y confunde, en flamígera masa, las guerrillas del llano oriental; en el Congreso de Cúcuta, donde firma, en 1821, la primer Constitución de la República de Colombia; en la Alta Corte de Bogotá, donde salva, si no la vida de Leonardo Infante, su honor de magistrado; en el Ministerio de Páez, y en su ánimo; en el Congreso famoso de Valencia; en el Senado inquieto de 1831. Con él van siempre su tono personal, su voluntad precisa, su ánima batallante, su facilidad venturosa de ofrecer en sentencias breves ideas graves. A los suyos organiza; a los adversos desbanda. Severo en los primeros años de su vida, cuando la severidad es fácil, truécase en indulgente cuando tiene que serlo consigo propio; que no hay como vivir para aprender a tener compasión de los que viven. Fue tan hábil, que su habilidad mató su grandeza. La habilidad es la cualidad de los pequeños.

Así se sentaba él en la áspera silla del caballo llanero, como en aquellas de cordobán respunteado de seda de colores, ornamento preciado de las salas en aquellas épocas modestas. ¡Qué activo en todas partes! ¡Qué brioso en la Sociedad Patriótica! ¡Qué buen republicano en los primeros años difíciles de la República! ¡Qué bravo cuando acusa a Miranda! ¡Qué injusto cuando lo prende! ¡Qué útil en los llanos! En Cúcuta, ¡qué asiduo! En Bogotá, ¡qué fiero! ¡Qué pequeño en lo de los dineros de la agricultura! ¡Qué laborioso en su Ministerio! ¡Qué imponente en el Congreso de Valencia! Y en el Senado, ¡cuán discreto!

Hierve la Sociedad Patriótica en encontradas opiniones: Miranda es prudente; Bolívar es grande; Peña es osado; ni a Bolívar ni a Miranda cede. Con pujante discurso echa por tierra pareceres menguados. Desnuda su carácter. Arranca de Bolívar aquel clamor famoso, hijo de siglos que ha de durar siglos, sin que sea parte a su duración y fama justa esa opinión irreverente que, como ave de noche, suele enfriar el aire en torno nuestro, por cuanto es ley moral que las virtudes sean menos estimadas por aquellos que viven en constante contacto con los virtuosos; y, en pueblos, como en ríos, es fuerza, para juzgar del beneficio de las aguas, esperar a que se sequen, al sol del tiempo, los residuos limosos que la corriente deja en su camino. Su lengua, aquella noche, se hizo azote. Peña va a repetir su discurso, tonante como un monte que revienta, al seno del Congreso. Esto es el día 4. El día 5, el Congreso

declara independiente a Venezuela, ¡independiente a América! ¡Ah! ¡es que hay sucesos tales, que exigen tanta grandeza en los que han de soportarlos como en los que los realizan!

Asesor de Miranda es ya el conspicuo Peña. De sí arranca, y en Trinidad, donde le envió la colonia a asesorar a un abogado inglés, había fortalecido el instinto del gobierno propio. Opónese con brío a toda exigencia de órdenes sociales. Ve en el sacudimiento un cambio de esencia, y no de forma. Enamórase de esta palabra hermosa: ciudadano. Las plazas griegas y las juntas francesas lo hubieran reconocido como suyo. Miranda ha enfrenado en Valencia la soberbia realista; en su obra severa, júzgase alcanzado—en la persona de su padre—Peña. Ni ama al compañero, ni teme al jefe, ni quiere distinguir qué es valor, qué es cólera. Acusa a Miranda ante el Congreso. Velo inferior a sí, porque lo ve menos enérgico. Y ¡cuán bello eso de acusar con voz segura a un jefe poderoso que el pueblo ama! Respétalo la Cámara; el pueblo, airado, ruge; vese de su acusación, que no halla curso, lo imprudente, no lo valeroso.

¡Ah! ¿por qué firma Peña la orden de prisión de aquel anciano, de quien tenía el gobierno del puerto de La Guaira, en que lo prendía? ¿Qué es la grandeza, sino el poder de embridar las pasiones, y el deber de ser justo y de prever? Miranda, que en su capitulación con Monteverde desconoció el vigor continental e inextinguible de las fuerzas que estaban en su mano, no cometió más falta que ésta. Era él anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.

Cierra Casas, el compañero de Peña en el gobierno, el puerto a los emigrados, de orden de Monteverde, a quien acata; queda Miranda preso; huye Peña; ampárale Caracas; surge de nuevo acaudillando bravos, en los valles de Aragua. El resiste, él dirige, él mantiene. Boves, que algún nombre han de tener las fieras, cerca a Valencia. Mientras la espada tiene punta, esgrímenla los valencianos; rota ya hasta el pomo, cejan. A Peña, su hijo ilustre, acuden. El se encara al terrible; recábale franquicias; arráncale promesa de respeto a clero y seglares, a gentes de armas y gentes pacíficas; tómale de ello juramento por su vida, honra y Dios. Mas tal como los ríos, que han amontonado con ruido sordo nuevas aguas ante la enérgica represa, saltanla al cabo y quiebranla, y

se echan por el cauce y por los bordes, en crespas ondas roncadas, así la ola de sangre pasó sobre la mísera Valencia. Fueron horas frenéticas de bestia.

De casa de la dama valerosa, Vicenta Rodríguez de Escorihuela, salió, protegido de un disfraz, el defensor del cerco. Acá se finge clérigo, y leñador allá, y allá demente. No olvida lo que ve, ni lo que oye. Vencerle es preciso, puesto que le acaban de vencer. El lamento es de ruines cuando está enfrente la obra.

Llega, por fin, al campo de Zaraza, el jefe de los laureados de Rompelínea, el que en Maturín desaloja a Morales, en la Hogaza hiere a Latorre, en Quebrada Honda combate contra Quero, y remata luego a Boves en Urica. ¿Qué importa a Peña que el agua le venga ahora, no ya de la porosa piedra, ornada de frondosa yerbecilla, sino de la rústica tapara? ¿Que sea su lecho el colgante chinchorro, o el áspero cuero, y troncos de árboles su asiento, y cráneos de caballos? Con su palabra calurosa y la autoridad que en sí llevaba, crea rápidamente y sin auxilio, sobre las menudas rivalidades de caudillos, un Congreso en el llano. Acá monta; allí riñe; seduce a éste; a aquél convence. El hace de los rivales apretados amigos, y de las guerrillas un ejército. Reúne un haz de rayos, y pónelo en las manos de Monagas. Aquella obra está hecha, juntos aquellos miembros de gigantes, creada la República en el bosque. Allí arreciaba la persecución de los realistas; allí puso su esfuerzo encima del peligro.

Sale en busca de Bolívar, y atájanle las fiebres; que suelen mezquinas causas domar a hombres egregios. Se acoge en Trinidad, donde le quieren, y pronto cura. Aún le huelgan las carnes enfermizas, cuando vuelve a Guayana: que en tiempos de peligro, el pesar mayor es estar lejos de él. Su austeridad en los comienzos; su fortaleza en las adversidades; su prontitud en el consejo, le valen, a su vuelta, un puesto en Cúcuta. Hecho a las prácticas republicanas, por lo que admiraba y conocía las de la América del Norte; templado en sus ardores de convencional por sus tres años de relatoría; encendido en amor vehemente por la independencia americana, que sus sufrimientos recientes acrecientan,—combate con ligereza y sin fatiga, maravilla por la oportunidad de sus recursos, la madurez de sus juicios, la robustez y desenvoltura de su palabra. El Congreso le lleva a su presidencia, y desde ella anuncia a la Tierra habitada que Colombia ha nacido. ¡Ah, padre ingrato!

Envíale el Congreso a la ciudad histórica, donde a los cuatro vientos, retando a duelo singular a hombres y dioses, regó el polvo que le cupo

en el puño el altivo Jiménez de Quesada. De leyes sabe mucho, y lleva un cargo de leyes. Hay Alta Corte, que por ser alta es suya. Que la preside, dicho se está con verlo en ella. ¡Qué hervir el de su casa, en Bogotá! ¡Qué apretarse contra los dueños naturales de la Tierra, y qué mirarse en ella como perseguidos y expatriados! ¡Cuán poco puede el genio generoso contra la obra de la discordia de los hombres! ¡Todavía se alzan entre pueblo y pueblo aquellos muros que los españoles astutos levantaron! Sí, hubo falta en Bolívar: la de medir el corazón de todos los hombres por el suyo. Sí, hubo iniquidad en los conquistadores: la de amontonar obstáculos gigantes, de vientre de sangre, a la existencia de sus hijos. De ladridos de gozques fue aturcido, y de mordeduras de gozques, muerto, el formidable americano. Murió de amor de padre,—de ver morir a sus hijas.

Agitábanse en casa de Peña todos aquellos rencores que la colonia había animado y los que de la guerra y el Congreso de Cúcuta habían nacido, con la elección de Bogotá para capital y el nombramiento de Santander para Vicepresidente. Tales eran los muros, que no pudo fundirlos aquel fecundo sol de gloria. Arrebato de amor había sido el levantado pensamiento colombiano; lo que alcanzó el prestigio del héroe, lo destruyeron las vanidades e intereses de los hombres. ¡Oh! ¡qué dolor ver claramente en las entrañas de los siglos futuros, y vivir enclavado en su siglo! Por entonces, ni los venezolanos gustaban de ser mandados por los granadinos, ni éstos de ver a aquéllos en su casa; ni importaba al Vicepresidente de Colombia tanto ser teniente en un pueblo dilatado, como capitán en pueblo propio. De Caracas se quejaba Santander, y de Peña; y Peña, de Bogotá y de Santander. De la primacía de los bogotanos sufrían los de Venezuela, y los de Bogotá de la mayor gloria, inquietos talentos e incómoda presencia de los venezolanos. Ni al Vicepresidente gustaban la importancia y destreza del Presidente de la Alta Corte, ni a éste verse relegado a aquella condición oscura e ingloriosa, donde su férvida palabra—que es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo—pugnaba en vano por alzar el vuelo de aquel cerco menguado de procesos. El batallador quería batalla; húbola, al fin, siniestra.

Tenía monarca venezolano el barrio de San Victorino. Gastaba lujosísimo uniforme, sombrero de gala y sable sonador; y era lo cierto que no había bravo sin miedo, ni zagala en calma, desde que estaba en Bogotá Leonardo Infante. Como a tierra conquistada miraba él, más

apuesto de cuerpo que rico de cultura, el barrio en que vivía; y como a dolorosa humillación tenían la presencia del arrogante negro en la ciudad los bogotanos.

No se veían en la ciudad sus increíbles hazañas, sino sus desordenados apetitos. Burlaba a uno, ponía espanto al otro, reía de todos, codiciaba a casadas, pagaba a celestinas y vivía en poblado con aquel desembarazo primitivo, brusco donaire y altiveza salvaje del llanero. Tamaño heroico tenía el negro bizarro, y era de los que hizo Naturaleza para dar cima a cosas grandes.

De un caso de conflicto andaban en busca aquellas iras mal sujetas, de que eran muy principales teatros la casa de Santander y la de Peña; Osío, Pérez y Arvelo eran tenientes de éste; de Santander, Azuero y Soto. Colmo hallaron las iras por Infante. Muere un Perdomo; dicese, sin razón suficiente, que Infante lo había muerto. Los rencores bullentes se desatan; "¡San Victorino libre!" claman los pasquines que los barrianos fijan en las calles; alégranse los bogotanos de tener por reo a aquel héroe importuno; prepáranse los de Venezuela a su defensa. De un lado se decide la mala ventura de la víctima, y del otro ampararlo de ella bravamente.

No fue, por cierto, entonces cuando el doctor Peña cambió por otro más flexible y sombrío el carácter austero y poderoso de los primeros años de su vida.

A cóleras populares, y a más temibles cóleras, hizo frente. Las manos trémulas del apasionado defensor no alteraron los pliegues majestuosos de la toga viril del magistrado. Salvando urgentes trámites con extraña premura, sentencian a Infante dos jueces a muerte, uno a presidio; libre le quieren dos restantes. Llámase un conjuez, que vota a muerte. Pues entre tres votos a vida y tres a muerte, no hay sentencia de muerte. "¡No firmo esa sentencia!" A que firme le conmina el Vicepresidente. Que no puede conminarle arguye Peña. El Congreso le acusa ante el Senado; ¡arrogantísima pieza de oratoria, su defensa! Las indómitas iras que azotaban el pecho del lastimado venezolano no salieron a su rostro, ni a su lenguaje, sino con una amarga frase, preñada de dolor y de amenaza: "¡Yo abrigo la esperanza de ser el último colombiano juzgado por tribunales tan parciales!" Es una pieza esbelta y sólida, de oratoria de buena ley ricamente engranada, donde la ciencia llega al lujo, la disposición a la amenidad y el desprendimiento a la grandeza. ¡Con qué respeto debió oírsele, y qué respetuosa es toda ella! ¡Cómo ponía su orgullo herido por debajo del interés que la vida de Infante

le inspiraba! Sus frases, como aquellos dardos celtas, partían, robustas y aceradas, a clavarse en el trémulo escudo, que se doblaba a su gran peso.

"Inútil sería que un magistrado conociera la verdad y amase la justicia, si no tuviera la firmeza necesaria para defender la verdad que conoce y combatir y sufrir por la justicia que ama". Decíase que el doctor Soto, encarnizado enemigo de Infante, deseaba la toga de Peña.

"No he traído la toga para dejarla en este salón sagrado, y que la levante el que la pretenda o la haya pretendido, porque no fuese este acto mío tachado de soberbia".

Que la voz pública acusaba a Infante: "¡La voz pública, esa estatua risueña que con voz sonora habla a cada uno el lenguaje que le agrada!" ¿Será crimen ese vigor con que defiende a un hombre infortunado? "¡Mi crimen es mi gloria!" Oyesele esta sentencia admirable: "El pueblo, dice, amigo de novedades, previene el celo de la justicia y anticipa las decisiones de los jueces". "¡Condenadme!" acaba; "¡no hay poder humano sobre la Tierra que pueda hacer desgraciado a un hombre de bien!"

Argúyele el fiscal, a quien burla fieramente. Defiéndele con fraternal calor, "porque así lo haría ante un tirano", el severo Mosquera. Rebollo quiere que su desobediencia se le excuse. No lo quiere Hoyos. Con frío empeño y extemporánea destreza atácale Soto. Y Gómez. "Es modelo de buenos magistrados", prorrumpie Arosemena. "¡Ha retardado el golpe de la justicia sobre un criminal que ha ensangrentado en las venas de un hombre indefenso la espada que la República le había dado para defender sus leyes!" clama con fogoso ímpetu Narváez. Con grave continente y corteses frases levántase a acusarle Méndez. Malo añade a la acusación dilatada plática. "Su desobediencia al Tribunal Superior que declaró que había sentencia, es falta leve", dice el Vicepresidente del Senado. Se oye entonces a Briceño: "Por error o capricho procede, mas no debe afligirse a hombre tan digno y a patriota tan constante con la máxima pena". "Cierto", refuerza Márquez. "¡Máxima la merece!" clama, airado, Larrea. "Harto nos ha costado la República, para que miremos como falta leve un hecho que tiende a subvertirla". Con desenuelto modo, presidencial estilo y común frase, alístase entre los acusadores don Luis Andrés Baralt, que presidía. "¿Es culpable de una conducta manifiestamente contraria al bien de la República?" "¡No!" claman, de entre veinticinco senadores, veintitrés. "Pero es culpable de una conducta manifiestamente contraria a los deberes de su empleo",

declaran veintiún votos. Retacéale la pena, como si no hallaran manera de imponérsela; y luego de diversas votaciones, viene a quedar en un año de suspensión de su empleo, y en que de su sueldo se pague a su suplente.

Suplica Peña de la sentencia ante el Senado, y es aquel documento vigoroso, más que súplica, defensa previa de actos posteriores. Como su resolución está tomada, su tono es tranquilo; desdenoso, no airado; amenazador, con amenaza sorda. No es bueno despertar a los colosos, ni moverlos imprudentemente a ira. “¡A los grandes vencidos”—dice, seguro de su alteza—“se les mata o se les perdona!” “¿Qué fuera si así juzgarais a Santander, o a Bolívar? Sería más digno de su grandeza caer y morir, que someterse a las observaciones que un ministro haría a un alcalde”. “¡Un año me imponéis de suspensión; cumpliré vuestro decreto, senadores, aun más allá del tiempo señalado!” Como que quiere hallar un freno para su rencor, y se denuncia: “Ved que esta sentencia vuestra puede ser origen de facciones que lleguen algún día a turbar la paz pública”. Lastímale que como pena le hayan impuesto la de privación de unos dineros: “Por fortuna me habéis impuesto una pena pecuniaria, en lo que he sido bastante disipado”. Quiere dejar en Bogotá más de lo que de ella ha recibido: “Muchos saben que en cada año de permanencia en esta ciudad he gastado más de un doble de lo que valen mis sueldos”. “¡Reconoced que no podéis juzgarme, por mi bien y por el de la República!”

Y murió Infante diciendo cosas épicas a los senadores que lo condenaban y al pueblo que le oía; con lo que quedaron manchadas de sangre las cruces del libertador de Venezuela, y de Boyacá, que le colgaban del pecho; y rota la lanza que abrió paso por la tropa enemiga en Pantano de Vargas; y Peña, airado; sepultada la prudencia; empañada la justicia y traspasado de nueva y honda herida el pecho de la pálida Colombia.

Peña vuelve a Valencia. Reconocido de antemano, por pláticas y cartas y por su bravura en lo de Infante, como vehemente adversario de Colombia, y penetrado de la necesidad política de dar con ella en tierra, y en Venezuela con un gobierno independiente, no bien llega a Valencia, que seguía sus pasos con amor, y en él tenía confianza y orgullo, encabeza las no disimuladas cóleras que, sobre los celos de Bogotá y su dependencia de ella, encendían entre los venezolanos las disposiciones de Santander y sus amigos. Y aquí se confundieron de tal modo el hervor del rencor público y el del personal de Peña, que fuera injusto decir que

movió exclusivamente su resentimiento a aquellas rebeldías, y fuera nimio desconocer que sin él no hubieran sido tan rápidas ni pujantes.

Aquel público hablar; aquel caliente escribir; aquel humilde depender de un pueblo siempre tenido por menor; aquel haber de moverse conforme a la ajena voluntad y no a la propia, y aquel recibir leyes donde se las había dictado de continuo, puesto todo a bullir por el agravio potente de Miguel Peña, y su vivísimo amor al solar patrio, no habían menester de tanto para alzarse en rebelión, como de aquellas justicias exclusivas, que más parecieron voluntarias provocaciones, de la Cámara bogotana, con las que fueron Páez acusado de mal cumplidor de leyes, Carabaño y Pedro Díaz multados en mucho y rotados feamente Tovar y Mariño. De Páez fueron entonces los actos visibles; pero los invisibles y determinantes fueron de Peña. Ni halla, ni quiere hallar manera de suspender el cumplimiento de la orden que separa a Páez del mando. Por él se alza Valencia, y con Valencia Venezuela. El flagela, con su pluma temida, a su rival y enemigo Santander. De éste se sacude. A Bolívar se ofrece. No es, no, contra aquel hombre, “en quien él, más que en su patria, ve su patria”, contra quien alza armas, sino contra aquellas “leyes de circunstancias” de Cúcuta nacidas, y el que a su juicio las violenta y hace menos amables. Cuanto se escribe es suyo; cuanto se mueve, por él se mueve; él estuvo de pie de abril a diciembre de aquel año. De diversos factores se compuso aquella que, por quedar en poco, fue llamada la Cosiata; mas fue de él el arte de agruparlos y hacerlos producir. Sin lo de Ingante, lo habría hecho; mas lo precipitó por lo de Infante.

Y por aquel desdichadísimo negocio, que le valió nueva sentencia del Senado, que consistió en tomar de la Tesorería de Cartagena \$200,000 en onzas de oro, que a Venezuela tocaban en el repartimiento del empréstito agrícola de entonces, contada cada onza por \$16.00, y entregar \$200,000 en la Tesorería de Caracas como si cada onza valiese \$18.00. Hallan los hombres excusa a los actos censurables en la frecuencia con que éstos acontecen y en la impunidad en que queda el delito; de tal modo, que llega a causar asombro que se llame al crimen, crimen, por el hábito de verlo cometido. Créase una especie de honradez relativa, que no satisface a los espíritus viriles, pero atenúa y excusa la falta que durante su reinado se comete. Ni vale que no parezca delito legal el que es delito moral; que, si a la justicia ajena escapamos, no a la propia. Por esto, desde entonces—y por el necesario alejamiento en que su carácter, temido de Bolívar, y sus enérgicas gestiones en daño de las

ideas más caras de éste, le tenían de aquella excelsa criatura roída por el diente interior de su grandeza y por el agudo de los hombres,—no vuelven ya a notarse en obras ni en palabras, en el doctor Peña, aquella altivez sana y áspera fiereza con que dejó asombro en el Senado bogotano, para sacarlas luego mal heridas de la Tesorería de Cartagena.

Contra la voluntad de sus secuaces alarmados y de sus émulos envidiosos, vuelve Bolívar a Venezuela alzada, poniendo silencio, con la extensión de su grandeza, a cuantas palabras intenten celebrársela, a pedir cuenta a la rebelde hija, de aquel sacudimiento y devaneo. El, más fuerte que todos, fue más fuerte que las ansias de Páez y las iras de Peña. Ve en éste, carácter bravío, ambición defraudada, rencor que no cesa; mas gozaba su fúlgida mente, en la elevada del valenciano, desusado prestigio; y, aunque acusado Peña de émulo, y no reñido tal vez completamente—cuidando más de ser cauto político que irreprochable amigo—con sus malogrados propósitos, ni con el glorioso llanero que lo aseguraba, no parece que perdiera, a pesar de su prisión transitoria en Barquisimeto, la confianza de Bolívar, ni que él se la negara, pues sobre confesar en carta suya que tenía del Padre de Colombia misión, y la cumplía, es el tono de sus cartas a él de servidor humildísimo y apasionado; y por venirle de Bolívar, que quería gallardamente redimirlo del cargo de las onzas, acata el nombramiento que le envía a la apartada Ocaña, como miembro de aquella Convención precipitada para acallar las impacencias de los venezolanos y dar nueva y más sólida base a la unión de las secciones descontentas de la gran República. Ni Peña sabía olvidar, ni Santander. En vano con marcado esfuerzo, que llegó hasta invocar, en excusa de la falta de su diputado, faltas iguales y mayores de otros que ya tenían asiento en los estrados de Ocaña, escribió sus llameantes frases el Libertador, en la admisión de Peña muy viva y principalmente interesado. Con todas sus artes se revuelve Santander contra su temidísimo adversario, y lo echan—rechazado de la Convención, porque no debe entrar en ella hombre acusado de comercio impuro con los dineros nacionales,—a llorar, con impotentes iras, su inesperada y pública vergüenza, al puerto nacional de Cartagena, donde inútilmente espera que el crédito del Libertador le vuelva al suyo, y donde, abrumado al fin, piensa en esquivar el rostro ruboroso de la patria, que lo ve humillado.

Fortalece en Cartagena ánima y cuerpo, y vuelve de nuevo los ojos, que un instante tuvo fijos en Bolívar y en Ocaña, al ensayo del año 1826, y a Páez. No dice a Bolívar, a quien en agosto felicita por el término

súbito de la Gran Convención, y asegura que por él y sus hazañas de paz, más difíciles que las de la guerra, vuelven a abrazarse venezolanos y granadinos, cómo en julio, con la primera pluma que en tierra de Venezuela hubo en sus manos, escribió a Páez, en carta batalladora, que de grandes cambios era la época, por la que todos suspiraban, y de Páez la fuerza de mover aquella revolución unánime e indispensable que tenía consigo a los hombres que pensaban y a los que batallaban.

Ya, con la rara fuerza de acometimiento que debía a la Naturaleza, a todo acude y prepáralo todo para la cercana resistencia; porque él tenía las capacidades de ir poniendo en orden los elementos mismos que airaba y encrespaba, la cual es dote grandísima en tiempos de revoluciones; ya, con fulmineo arranque, pide a Bolívar que extermine a los malvados que a su vida atentan; ya, como para impedir a Bolívar que mancille su gloria, o para obligar a Páez a que se la respete, o para volver a ser él grande, halla en aquel suceso memorable y en aquel amor de compañero que a tanto hermoso guía, y su ardiente sentimiento americano, el alto tono histórico que realza el manifiesto que suscribe Páez en 7 de febrero, en encomio de las glorias del Libertador, que enumera y agrupa; ¡manifiesto que brilla y que batalla! No quería él, como tantos otros, celosos de glorias ajenas, o atormentados de no poseer el valor necesario para lograrlas, fundar, con exclusión de su sublime hijo, la independencia de la patria.

Estremece y conmueve aquella página vibrante en que, por entre las pasiones de vulgar orden que empujaban la mente del diestro valenciano, asoma aquel elemento grandioso que le dio brío en la Sociedad Patriótica, y que se fue en mala hora mermando, con la común merma de los hombres y los tiempos. Que los que se conservaron a su natural altura, como los hombres no perdonan nunca a los que les son reconocidamente superiores, perecieron. Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington, halla alguno a Bolívar semejante. En su paseo por la Historia, ha recogido los elementos útiles. Con su ojo penetrante reduce lo grandioso pasado a sus proporciones naturales; y como con igual seguridad ve lo que fue que lo que va siendo, compárale sin miedo, y unge grande al más grande. ¡Qué modo de decir aquél para acabar un admirable párrafo: “Ha tenido que lidiar con los cielos y con la Tierra; con los hombres y con las fieras; lo diré de una vez: con españoles y con anarquistas”!

Poblábanse por entonces los círculos políticos, grandemente animados a la separación de Venezuela, de los recién venidos a la vida pública o

de los que no habían ganado en ella gran prestigio, los cuales andaban temerosos de la importancia de los que habían sobre sus hombros alzado la patria. Erales fácil achacar a deslealtad el natural vaivén de los ilustres de Colombia, que, como Peña a veces, entreveían, enardecidos por la palabra fervorosa de Bolívar, mejora pública sin sacudimiento y sin artes de guerra. Es más fácil apoderarse de los ánimos moviendo sus pasiones, que enfrenándolas. No a celos parricidas enderezaba el ánimo de Páez nuestro abogado; ni sacó nunca criminal partido de aquellas amarguras del Padre de Colombia, ciego ya de dolor, que, con convulsivos movimientos, quería aún retener entre sus brazos a su rebelde y cara hija. Es fama que antes de la batalla queden los alrededores libres de curiosos; y luego del peligro y del triunfo, aparecen de súbito acrecidos los ejércitos con gran número de combatientes ignorados, que, temerosos de no gozar la fama que de fijo no merecen, la decantan y pregonan con altísimas voces, en tanto que los vencedores verdaderos, contentos de sí mismos, se sientan en los bordes del camino a enjugarse la frente y las heridas.

Fue en 1829 de los voceros el triunfo, y de la deslealtad se hizo atributo, y la mayor ingratitud fue el mayor mérito. A defender el nombre de Bolívar guía Peña la mano de Páez, aun en aquellos días de juntas, y actas, y clamores, y desconocimiento tempestuoso de la unión de Colombia, y de su magnánimo jefe; no lo guía a atacarlo. A declarar le lleva que mueve guerra al pensamiento político que en Nueva Granada tiene asiento, no a Nueva Granada; y al tender a sus adversarios despedazada la gloriosa acta de Cúcuta, tiéndele aún en blanco el acta generosa de la paz. Páez, astuto, déjase empujar por los voceros que lo exaltan; mas, bien seguro de la previsión extremada y eficacísimos recursos de aquel hombre incansable, que a su culpa de haber contribuido al desmembramiento de Colombia, reúne el mérito alto de haber preparado a Venezuela para su establecimiento, y enfrenado las cóleras primeras de sus hijos, asesórase de Peña. Que Peña, en tanto, por lo que estima su influjo, no cede en el propósito de ejercerlo, y por lo que ama a la patria y al humano derecho, no consiente que el jefe ande sin brida. ¡Leal fue a la libertad el que ya no lo era a Colombia, ni a su magnánimo jefe!

Así, con aquella palabra diestra y lisa, semejante a extendida llanura, cercada de altos montes, de los cuales cayera sobre el llano inesperadamente la hueste enemiga, el batallante Peña—que trueca por la labor desembarazada del Congreso, ya en 1840, la sujeta y oscura de su minis-

terio,—confunde, con grande honra suya, que ha de tenersele en cuenta, a los que quieren hurtar a aquella Nueva Granada, que él no ama, un retazo de tierra que de derecho a Nueva Granada pertenece; ¡como si en aquel pecho agitado no debiera extinguirse por completo aquella alma fecunda, en Vulcano templada y hecha a Encélado! Niégase a la ignominia de imponer al Gobierno bogotano la expulsión de Bolívar de tierra de Colombia. Alza fusta crujiente sobre los que pretenden dar carta de ciudad en el nuevo pueblo a los que intentaron manchar con su sangre ilustre el pueblo vecino. Siéntase como presidente, al lado de Picón, que aún vive. Cerca de él bullen Vargas, que lo auxilia; Yáñez, que observa; Gallegos, que calcula; Ayala, que condena; Osío, a quien intrigas de gobierno arrebataron el palio arzobispal; Angel Quintero, ávido de adueñarse del ánimo de Páez, y voceador famoso; Manuel Quintero, que había de amparar más tarde el honor de la República; Mariño, arrebatado y desprendido; y Tovar, respetado, y Michelena, íntegro. Y firma luego, como en Cúcuta, la primera Constitución de Colombia, la primera de Venezuela en Valencia. ¡Y también firma, rompiendo así el que venía a ser hermoso título suyo al póstumo respeto—a trueque de un influjo que no vale jamás el decoro a cuya costa se le adquiere comúnmente,—la proscripción de Bolívar de Colombia, y la clausura de sus hogares para sus servidores, aquellos dos decretos que él flageló con su palabra hermosa, y que suscribe ahora con tranquila mano, sacrificando al propio encumbramiento el placer fiero de amar a la desgracia, y respetar a los vencidos! ¡Oh! ¡qué airosa figura, clavando entonces en el papel rebelde la pluma avergonzada; o en su pecho aquel elegante puñalito, de cabo y contera de bruñida plata, que fue siempre en aquellos días de lidia y susto, su compañero en el Senado!

Así se va extinguendo, con su capacidad para la grandeza, aquella vida que comienza en monte y termina en llano.

Para amoldarse a los tiempos tuvo siempre aptitud maravillosa, y era de aquellas raras naturalezas que tenían en igual suma la dote de destruir y la de cimentar. Ya para 1831, él es el Presidente del Senado, que no sabe cómo entenderse con la vecina Nueva Granada; esquivada a Páez, que de él se esquivada; declarada, después de formidable lucha con Angel Quintero, capital a Caracas, acompaña a su jefe hasta las puertas de aquella Valencia que entrañablemente ama; y no va más allá, y Páez lo dice, “porque él es como el gato, que acompaña a su amo hasta la puerta de su casa”. Nuevos dueños va a tener Caracas; de Valencia, él es dueño. En su casa, allá en el barrio viejo de la Candelaria, al caer de

la tarde, al amor de aquellas copiosas enredaderas que dan sombra a su comedor elegante y afamado, bosquejábanse ternas para puestos públicos, viértense noticias, recibense inspiraciones, escúchasele cuentos incisivos, detiéndense sus oyentes asombrados de la profundidad de su juicio, de la gracia de su frase, de su ciencia de los hombres y de la energía de su infatigable pensamiento. Vese en él cómo el vivir de prisa, y no rehuir los halagos de la vida, ni ordenar sus hábitos, merman presto el cuerpo. Del trabajo, su reposo es el trabajo. De hacer la historia, descansa en leerla. Era de verle en aquellas conventuales noches, cercado de veneradores contertulios, habituados a hallar en él, en casos arduos, remedio a los achaques públicos; sentado en su cuarto de escribir, ante aquella amplia mesa, sobre la cual, en orden riguroso y en imagen fiel de su cerebro vasto, casa extensa de tanta idea precisa, campeaban entre escasos libros, abundantes papeles, y acá un voto, y allá un manifiesto, y allá una carta; y por entre todo, esperando el tajo diestro de su mano firme, un haz de blancas plumas, esponjeadas y como orgullosas de quien había de manejarlas. Era de ver cómo leía, con claridad extrema y con su voz reposada y distinta, encumbramientos y derrumbes de hombres y de pueblos, y mudanzas y lides de naciones, y sucesos enormes y pequeños; en lo que habían placer muy grande sus oyentes, y mayor cuando dejaba el libro de las manos, y fijando en ellos su mirada ahondadora, y sacando de la tumultuosa época en que había vivido, y de la misma en que vivía, enseñanzas y símiles, vestía, con animado comentario, el relato huesoso; o esclarecía, con deslumbrante crítica, el viejo caso oscuro.

Era dado al fausto, y en su mesa espléndido; y no había en las casas valencianas, ni más muelle sofá de negra cerda, ni sillas más costosas, ni más robusta mesa de su fanal colgante coronada; ni cuadros más valiosos que aquellos de la independencia norteamericana, que en sus trabajados marcos de oro eran adorno de su hermosa sala.

De sus adversarios muy temido; de los valencianos muy amado; de los amigos de las cosas viejas, visto como un atleta de las nuevas; dotado de áspera entereza en el carácter y de blandura sorprendente en el talento; nacido a dirigir, por ingénita valía, y a gobernar, porque sabía plegarse; grande primero, pequeño algunas veces, hábil, apasionado y elocuente siempre, murió al cabo, en el crepúsculo de aquella guerra fúlgida, que habrá de ser perpetua admiración de los humanos, aquel letrado brioso que se había rebelado contra un trono, dado vida y muerte a una república y cercenado de sus ruinas otra.

CECILIO ACOSTA

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fue casa; su Patria, aposento; la Historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores, cosas de familia que le piden llanto. El lo dio a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen; y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir a agasajos". El, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dio entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado, era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia

ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

El no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda y lo dejan que vuele, para hacer lugar a otro, como si no hubiesen a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes, veíanse en su torno; ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda se enseñaban, como auxiliares de memoria, voluminosos diccionarios; mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa; por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que, no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia, vertiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno, como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres, y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos. Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan, y como los soldados de la inteligencia; y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan, y como los legisladores de la mente. El desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales, y su perspicacia asombrosa para asirlas no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae y nada le ciega. La antigüedad le enamora, y él se da a ella como a madre; y como padre de familia nueva, al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo; sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la substancia de la vieja copa. Sus resúmenes de

pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie—¡singular energía, a muy pocos dada!—ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. “La antigüedad es un monumento, no una regla; estudia mal quien no estudia el porvenir”. Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. El exprime un reinado en una frase, y es su esencia; él resume una época en palabras, y es su epitafio; él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: “en pueblos como los nuestros, que todavía, más que dan, reciben los impulsos ajenos”. Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. El conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que temple el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindasvinto le fue tan familiar como Cambaceres; en su mente andaban a la par el Código Hermodiano, los Espejos de Suavia y el proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortaleza; y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahínco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años y ya había comentado en numerosos cuadernillos una obra en boga entonces: *Los eruditos a la violeta*. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de

Métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física y logra un título de agrimensor. La iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se oscurezca; y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quién lo dijera, que lo vio vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dio, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fue la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos, mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El *Teatro de la Elocuencia* de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él, encogido de carácter, y como él, terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no le dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura, y en lo profundo y vario de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón se postra. No halla rival para Gallegos y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydón, y Acates; él supo la manera con que Horacio llama a Telephus, o celebra a Lydia, o invita a Leuconoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propercio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebatava y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado; no el del Foro del

Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, o las *Obras y Días*, o el *Sí de las niñas*, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlomagno a Thibadieu, de Papiniano a Heineccio, de Nájera a las Indias.

Las edades llegaron a estar de pie y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro: así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras,—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas, y fallan en justicia. El ve a los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres; él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente; él estudia a Alejandro y Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingetorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarrotti, a Elizabeth y a Bacon, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrún, a Luis XVI y a Nécker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Edison. Lee de mañana las *Ripurias*, y escribe de tarde los estatutos de un montepío; deja las *Capitulares* de Carlomagno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche—que él no consagró nunca a lecturas—echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos; y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeadada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la mies rica y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fue un abarcador y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio; mas

¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio y dejaron atrás en el camino les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera a los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa; ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, “lo práctico y tangible”: las reglas internacionales, que son la paz, “la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos”; la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera y a enviar afuera, en buenas condiciones, los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno; “el progreso es una ley individual, no ley de los gobiernos”; “la vida es obra”. Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena: “el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentadas en su caja”. Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: “la conciencia humana es tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina”. Simplifica, por eso ahonda: “La historia es el ser interior representado”. Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia; él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo; él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: “los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, a humedecer todos los campos”. “La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde”. Quiere a los americanos enteros: “la República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud”. Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: “hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben

tratarse con blandura”. De América nadie ha dicho más: “pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos”. Ni de Bolívar: “la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas”. Ni del cristianismo: “el cristianismo es grande, porque es una preparación para la muerte”. Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: “y si han de sobrevenir decires, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión”.

Más que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada; con Roeder medita. Lee en latín a Leibnitz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier; a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreyra en portugués. Asiste a las lecciones de Bluntschli en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichmann. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello acendra su juicio; con todos suspira por el sosiego y paz del universo. Aplauda con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. El pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra, y el Comité de Amigos de la Paz, donde habla Stürm. El piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada a darnos fuerza para ir descubriéndonos a nosotros mismos,—lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los congresos anuales de Lorimer, o el superior de Hegel, o el Areópago de Bluntschli. En 1873 escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre; ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos y en sus menores detalles con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancias, de propiedad privada: de tanto sabe y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste a los congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten; y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente, con el Instituto de Derecho Internacional,

nacido a quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía; que, luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira o atildar un serventesio, abre a Lastarria, relee a Bello, estudia a Arosemena. La belleza es su premio y su reposo; mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón a expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquélla, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas o de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Esquilo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakespeare y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehová al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviese confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no le hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba a su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles, —fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecía bálsamo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen; o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos; y allí están claros. Y es que, quien desde ellas ve,

entre ellas tiene que hablar; hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya a menos tratar los publicistas! Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no le vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa; no es mucho decir que fue de virgen su decoro y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: "Lo que yo digo, perdura." "Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe." Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle; no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna; si es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! ¡y cuánto decoro perdido! ¡y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra; deseaba la holgura, mas por cauces claros; se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines o intereses sórdidos, que espantan el alma, sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, ¡y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! El era "hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonorosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro." Cuando imaginador, ¡qué vario y fácil! como que no abusaba de las imaginaciones y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado, ¡qué expresivo! su enojo es dantesco; sano, pero fiero; no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor; que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo. Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en

la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. ¡En su estilo se ve cómo desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió a ésta como en cumplimiento de sus deberes y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas *La Danza de la Muerte*, y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, o el entremés de los olivos. Nunca premio fue más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de académico con que se agasajó a Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero; y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que a la Península debemos y aún nos roen, y hacer enormes, para agradecerla, beneficios efímeros; sino que, sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, a quien nada parece bien para su dama. ¡Cuán justo fue aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente, del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó, coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡y aquella madrecita llena toda de lágrimas, que salió a los umbrales a abrazarle, y le dijo con voces jubilosas: “Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura”! Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, a este lado y aquel de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta a otras conmovedoras que le escribió, en son de pésame, Riera Aguinalgalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ajeno mérito, antes se daba prisa a enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad; era él un padre de la Iglesia, por lo que entrañaba en ella, sabía de sus leyes y aconsejaba a sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda un anciano arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde! sus palabras, que,—con ser tantas, que se rompían unas contra otras, como aguas de torrente,—eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun, visto de lejos, ¡era tan imponente! su desenvoltura y donaire cautivaban y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza; seducía el oído su lenguaje; ¡qué fortuna ser niño siendo viejo! ésa es la corona y la santidad de la vejez. El tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fue justo con los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen esta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que, sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. El era querido en todas partes, que es más que conocido y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, le veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos; Perú, cuya desventura le movió a cólera santa, le leyó ansiosamente; de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos a estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia; el premio de Francia le venía ya por los mares; en Italia era presidente de la Sociedad Filelélica, que llamó estupenda a su carta última; el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre; “acongojado hasta la muerte” le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males; luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas

confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó o cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita oscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando y Anauco sonoro, gala del valle, de la Naturaleza y de su casta vida. ¡Lo vio todo en sí, de grande que era!

Este fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vio por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se Hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. ¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

OLEGARIO ANDRADE

El hombre es bueno. Toda gloria humana le cautiva, y así como repele al cabo toda grandeza falsa, así acata sumiso, aunque lo haya mortificado con su duda, o lacerado con su abandono, toda grandeza verdadera. Y hay además en nuestra naturaleza como un amor vehemente y callado a la hermosura y un impulso de tierno agradecimiento a quien realza, para hacernos reentrar en deseos de vida, esta tierra nuestra cuya majestad a veces olvidamos, como olvida el viandante, torturado por los guijarros del camino, los tesoros de luz que se aposentan en las alas brillantes de las aves, y los cielos solemnes, no más vastos que el espíritu de los hombres que le aguardan para recibirlo en su seno, y acariciarlo como en la magna fantasía homérica, besa en la frente Jove amorosísimo el bravo Sarpedón, que cruza el aire azul y silencioso, en alas del sueño amigo y de la hermosa Muerte.

Ver grandeza es entrar en deseos de revelarla. Y ver grandezas patrias es sentir como que se la tiene propia. Hacer justicia, es hacérsela. Nacer en América es haber nacido en tierra donde en el corazón, como fuera de él, lucen astros nuevos, arden fuegos vírgenes, corren ríos oceánicos. Tal pujanza, tal frescor, tal brillo tiene Olegario Andrade, el poeta joven bonaerense. Su mérito es tal, que su nombre no se olvida, una vez leído. Es de esos bardos magnos, que se sientan en la cima de los montes a cantar los dolores y las esperanzas de los hombres. No es la fuente de su poesía una ánfora pulida llena de esencias ricas, como la fuente de la apacible poesía de Guido Spano, sino gran vaso de piedra, cargado de aguas de mar, que un hombre gigantesco lleva al hombro. Hace cantos poémicos, y hará poemas. Si algún defecto tienen su Prometeo, su Canto a Víctor Hugo, su Atlántida, su Noche de Mendoza, es que no sabe el hombre de Carlomagno, hecho a la gran hacha de armas, qué hacer con la flechilla de los indios. Otros tendrán que esforzarse para hacer poemas: Olegario Andrade tendrá que esforzarse por no hacerlos. Mas, hágalos sin miedo: ¡no es que los hombres no sepan oírlos! ¡Es que los poetas no saben ya hacerlos! ¡Ay! ni pueden:

no sale más entero del molino un grano de trigo, que sale de la vida en estos tiempos un corazón humano: ¿y qué ha de hacer el bardo, desoído, pletórico de fuerzas no estimadas, habitante de tierras tranquilas, devoradas de furores primitivos, andador de una vía que no se acaba, soldado de una batalla que no tiene tregua, sino sentarse, durante el ligero sueño del enemigo, a llorar sobre las ruinas de sí propio?

La poesía de Andrade no es esa flor de pasión, que en unas mismas manos nace blanca, como el sueño de un niño, y se torna en roja como si hubiese sido herida, y en lívida como lastimada de duros golpes, y en negra, como la sombra. No es esa miel rica y jugosa, que brota del alma conmovida, como a la presión de dedos suaves brota el jugo perfumado de los duraznos en sazón. Ni ese riillo de sangre que corre silencioso, como el Guadiana bajo las tierras andaluzas, bajo nuestra amarga vida. No posa su lira al retirarse de la faena diaria, sobre su corazón, a que se arome y nutra, sino sobre un monte, a que se la perfume la naturaleza, y a que vibre con el himno de los hombres. No canta desde el huerto florecido, o por veredas solitarias, sino ante la plaza de los griegos, donde los hombres se agitan como olas, o de pie sobre la roca de la playa, donde las olas hacen coro al canto, que va, como tritón pujante, en carroza de espuma. No nació su lira en el cáliz de una violeta, sino en el tronco de una ceiba. No canta afectos, sino mundos. No observa el curso de la pasión en las almas, sino el de los hombres en la vida. Sus personajes son los pueblos. Sus estaciones no son las del año sino las del Universo. No llora amores que mueren, sino naciones que se derrumban y crujen. Ve el Universo como torneo perpetuo, cuyos mantenedores son mares, tierras y cielos. Su espíritu no vive en la aldea patria, sino en toda la tierra. Sus damas son Corinto que llora; Roma elegida "por el destino misterioso" para su palenque permanente; y Cartago que es a sus ojos hoguera encendida para que batallasen a su luz las cohortes romanas. Para él, las pirámides egipcias, son colosales tiendas de campaña, abandonadas por gigantes que desaparecieron de la tierra; y el Coliseo es "centinela de piedra"; y Platón es el anciano que se sienta a ver hervir los mares, desde las rocas de Engina, y a colokuar con el espacio vasto, como con natural amigo y a vislumbrar en los lejanos siglos, surgiendo como entre colosales brumas tibias, la Atlántida fragante. Para él los continentes y las islas brotaron del mar frío, deshelado al primer beso del sol en la faz rugosa de la tierra; "como monstruos del mar, que van en rebaño confuso hacia la orilla"; y los montes, al compás de los acentos magníficos de la tormenta, despertaron entu-

mecidos de su sueño, y asomaron entre las aguas marinas su abrupta cabeza, ceñida de líquenes; y son las montañas, gigantes de coraza y casco de granito que aguardan de rodillas el supremo mandato, para "lanzarse a escalar", con sus manos de piedra, los espacios inmensos; y las Antillas, son una bandada de aves fugitivas, que van gimiendo; y "se secan al sol las alas blancas para emprender el vuelo a otras riberas". Como otro poeta se detendría a ver nacer a un niño, Andrade se detiene a ver nacer un arroyo. En él, un rumor que se siente, no es una hoja que pasa, ni un beso que vuela, ni un sollozo que se extingue, sino una raza que nace.

Ya una mariposa de luz que surge de una larva parda, es aurora que surge fresca y confiada "de la larva informe del abismo". La idea grandiosa en él es como ola invasora que, hinchada por oculta fuerza, viene a morir en pliegues arrogantes, ora bañando de espumas fulgurosas los riscos de la playa, como beso de vida nueva que refresca a cadáveres, ora rompiéndose contra las crestas de las rocas en columnas de polvo menudísimo, que brillan, entre el fragor del oleaje, como partículas de sol. Su frase opulenta,—como árbol de profundas raíces que extiende en la selva sus ramas poderosas y quiebra con su empuje incontrastable los menguados árboles vecinos,—avanza a modo de río hinchado que va a dar en mar hondo, donde parece morar la paz eterna. Su frase no tropieza, ni rueda, sino que se despliega, como un manto real. Y él cobija con ella a los pueblos que tienen frío, y a las razas que ya se desmigajan en las tumbas.

Cuando se acaba de leer su descripción del nacimiento de la tierra, parece que vienen los ojos de ver luz oceánica, luz confortante y nueva, y que acabamos de sentarnos en la mesa de roca, a cuyo torno, encullados sobre su manto de pieles, debieron hundir los cíclopes, con hambre gigantesca, su cuchillo de piedra afilado en las entrañas humeantes de la res. Es la poesía de "La Leyenda de los Siglos", en que el noble elemento humano ha reemplazado a la pueril canturía mitológica. Es la nueva poesía, que anuncia el mundo nuevo. Es la poesía del reinado ideal, que han entrevisto ya los hombres. No es la poesía personal, que da de sí el corazón, como si fuera vaso melodioso, que al romperse canta, ni poesía nacional, que nace de un grande y prolongado dolor público o de un gran odio: es la poesía humana, que nació, como el trilobites, en su cueva de fango, e irá a dormir, como los ángeles, en el seno de la luz. Es, en suma, esa poesía majestuosa en que los volcanes son an-

torchas, las nubes cenadales, las tormentas cunas, los pueblos soldados de la batalla perenne, que combaten y caen, y el poeta, espíritu profético, que se sienta en las nubes, a cantar la elaboración del Universo permanente, en su lira de rudos troncos de árboles, a cuyas cuerdas, hechas de las cadenas de hombres, no alcanzan las tímidas brisas, sino los vientos poderosos de las tempestades.

¡Afortunado aquel en cuyo espíritu grandioso surja, como dote sobrehumana, la facultad colosal de cantar a compás de la armoniosa naturaleza! ¡Es infortunado aquel que quiera, de su modesta lira de hombre sentidor, o de su guzla de amores, arrancar sonidos que sólo es dado producir a aquellos que han podido hacer callar el corazón propio, de modo de oír sin disturbios ni oscuridades el ruido del corazón universal! Porque si el poeta vive en lucha permanente con los malos caballeros de la vida, que abunda en malos caballeros, y con las pasiones, que están sentadas en su espíritu, como fieras famélicas, en espera de presa; y si asiste, monarca y circo de sí mismo, al combate perenne de que ha de ser el premio su ventura, ¿de dónde sacarán fuerza los ojos espantados para mudarse del propio espectáculo sangriento, y posarse fuera de él, donde los hombres rugen y batallan? Mano férrea ha necesitado el poeta grandioso para poder embridar a las pasiones que le roen las alas. O debió a la Naturaleza singular ventura, casi sobrehumana. O Naturaleza le dio como a hijo amado, porque padeciese menos, menos poder de sentir. O le dio tal poder de sentimiento que no le nutre su corazón de hombre, y sale de sí en busca del corazón universal. Porque el poeta, ya cante las escenas de su alma, ya narre de la tierra, ha de ser como la estatua melodiosa, y como las hojas de los árboles, que vibran a todo rayo del sol y onda del aire. ¡No durarán los poetas mentales!

Esa prescindencia de sí, y esa compenetración con lo hermoso eterno, distinguen a Andrade. Su imaginación, como fatigada a las veces de producir hijos pasmosos, crea fantasías vagas y sonoras, que son como nubes hinchadas de aire pesado, que no pueden alzarse de la tierra. Sabe de historia de dioses, y de hombres, y de ciencia moderna que es tan abundosa fuente de legítima poesía, y esto que sabe, y sus anhelos políticos, que son en él generosos y amplios anhelos humanos, no alcanzan en uno y otro lugar de sus cantos poémicos, a sacar de sí todo lo que cada acto humano, por menguado y humilde que parezca, lleva en sí de poético. Y desposa a Víctor Hugo, que descende al Mundo Nuevo como Orfeo, con la santa democracia; en lo que hay verdad de idea, pero no esa sana unidad pictórica que prohíbe que a cosa tan bella y actual como el ge-

bierno del hombre por sí mismo, se junte cosa tan rancia, y poco análoga a ella, como el maravilloso músico mitológico. Y en odio e instituciones caducas, y que mueren de sí mismas, las flagela con dureza que le es ajena, porque sabe más de amar que de odiar, sin ver que es de cazadores bravos dejar morir, sobre su lecho de hojas secas, al león herido. Cuando está poseído del espíritu de las épocas que dibuja, y sus aficiones hinchan cual generoso viento, la vela de la historia, en cuya barca, vuela por sobre los tiempos, ¡qué bien va la barca! Mas cuando no anda por mares poéticos, sino meramente históricos, no acierta siempre a realzarlos o a prescindir de ellos y pierde en unidad lírica lo que gana en unidad lógica. Así como debe cercenarse la poesía excesiva de la historia, así debe excluirse de la poesía la historia excesiva.

¡Pero qué poder de realzar lo grandioso, por el modo sencillo de decirlo! ¡Qué manera de asir el espíritu de las edades, y darles forma! ¡Qué lujo de fuerzas, como si estuvieran a su merced para construir esos palacios poéticos, los muros de Troya, y las luces de las primeras albas de la vida! ¡Qué pintar el resurgir de España, como dama de Italia que despierta en brazos de caballero godo, en una estrofa trémula y ardiente! ¡Qué dar carácter en una veintena de versos a Roma, y a todas sus conquistas, de manera que de esa estrofa que asombra, podrían salir a andar todos aquellos pueblos con sus arreos de batallar, sus altares y sus chozas! ¡Qué segar, como quien con hoz de oro siega mieses, todo lo que flota de poesía inmensa en el vapor de los mares, en el aliento de las tumbas, y en los himnos confusos de la tierra! ¡Qué hacer andar aparejados al Universo, que es hermoso, y al hombre que lo habita! ¡Qué hallar en todo lo vivo, todo lo poético! De la leyenda napoleónica da cuenta en una estrofa que parece, por lo relampagueante, veloz y potente, una jornada del robusto héroe, que murió en isla ruda, frente al mar alborotado ¡cual si fuesen aquéllos sillón y alcoba de morir, dignos de aquel espíritu pasmoso! Ya ve al Perú, que es para él la Roma de los Incas, cuando ha caído más por haber sido Capua que por ser Roma, sembrado el manto ensangrentado que hoy le ciñe, de ricas flores de oro, que serán las mieses que sus hijos, enseñados por mala fortuna, siembran en sus campos. Imagínese ver un cuadro de Alma Tadema: de aquellos cuadros en que pinta la recia tabla hendida en que los principillos se ensayaban en tirar sus dardos, y parecen pintados en ella, de puro llenos del alma de la época, cuando ve el generoso Andrade a Chile colgando, arrepentida de su labor sangrienta, las armas coléricas en el techo de su casa de labriego.

¿No ha de sernos querido el nombre de este poeta que ya ha dado honra a nuestras tierras? Las manos de los poetas cierran siempre las heridas que abre la ira de los hombres. Por eso en poesía no puede cantarse el odio, ni más ira que aquella sagrada de la indignación, que es una virtud y engendra otras. De que los poetas sean oídos, y se acerquen, y trabajen a la par, vendrá la paz humana: no poetillos de oficio, o de afición, ¡sino esos que llevan en el alma como una luz que se consume, de tanto como irradia! El nombre de Olegario Andrade merece ser amado. El es joven, como la poesía en que canta, el pueblo en que nació, y la nueva humanidad que lo inspira. En certamen de poetas reunidos para ensalzar a Víctor Hugo, él fue el premiado. En certamen reciente, citado a alabar glorias de América, de él fue el premio, y de todos el asombro, ante su obra pujante. En España no bien lo oyen, lo consagran altísimo bardo. ¡Bienvenido sea a la estima de los hombres el que es capaz de amarlos y maravillarlos!

La Opinión Nacional. Caracas, 1881

1. LA ESTATUA DE BOLÍVAR
2. EL CENTENARIO DE BOLÍVAR

LA ESTATUA DE BOLÍVAR

POR EL VENEZOLANO COVA

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos, disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente a los ingratos. No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.

Rafael de la Cova, joven de Caracas, ha amasado con sus manos piadosas e inspiradas, en un cuarto pequeño y oscuro, sin distancias, sin tiempo, sin luz acaso, a no ser la febril de la mente y la inquieta del ansia, la estatua monumental que en el buen taller de Bonnard se ostenta ahora, ganosa ya de emprender camino a la ciudad del héroe, adonde, para celebrar con su instalación el centenario del padre de pueblos, el Gobierno de Venezuela la destina.

¡Es brava estatua, de nueve pies de alto! Lleva traje de militar en ciudad; colgándole al cinto espada de gala; en una mano, que extiende en ademán modesto, la cuenta de sus hazañas; y puesta la otra en la espada que las alcanzó y mantuvo. Allí está el héroe en reposo, como en vida estuvo en el instante en que el escultor lo representa. En el patio del convento de San Francisco, que es ahora Universidad—por cuanto es bueno que se truequen en universidades los conventos,—va a ser erigida, en pedestal sencillo, la estatua de Cova; y Cova representa a su héroe, como cuando el día 2 de enero, ante su pueblo jubiloso y radiante, que creía ver en él astro humanado, narró, con su palabra grandiosa, sus victorias, en aquel mismo patio glorioso de San Francisco. ¡Hay de esos días, en que el Sol baja a la Tierra!

Ese es el Bolívar que el gallardo Cova eligió para su estatua: no el que abatió huestes, sino el que no se envaneció por haberlas abatido; no el dictador omnímodo, sino el triunfador sumiso a la voluntad del pueblo que surgió libre, como un águila de un monte de oro, del pomo de su espada; no el que vence, avasalla, avanza, perdona, fulmina, rinde; sino el que, vestido de ropas de gala, en una hora dichosa de tregua, el alma inundada de amores grandiosos y los oídos de vítores amantes, fue a devolver, sin descalzarse—porque aún no había míseros—las botas de montar, la autoridad ilimitada que le había concedido la República. En torno suyo aparecieron aquella vez las muchedumbres como deslumbradas, y los hombres ilustres noblemente postrados. De pie ante su pueblo; acariciando la espada fecunda; en la mano la memoria de su gobierno; en la faz la ventura que da el sentirse amado y la tristeza que inspira el miedo de llegar a no serlo, dio cuenta espontánea Bolívar de su dictadura a la Asamblea popular, nacida, como la América nueva, de su mente. Nada fatigó tanto a Bolívar, ni lo entristeció tanto, como su empeño férvido, en sus tiempos burlado, de despertar a todo su decoro los pueblos de la América naciente; sólo les tomó las riendas de la mano cuando le pareció que las dejaban caer a tierra. Ya, para aquel 2 de enero, dormía sobre almohadas de plumas que no vuelan el humilde comandante de Barranca. De un golpe de su mano había surgido ya Nueva Granada, y Venezuela de otro. Por sobre Correa enemigo, por sobre Castillo envidioso, por sobre Briceño rebelde, por sobre Monteverde confuso, entra en Cúcuta, abraza en Niquitao al glorioso Ribas, enfrena al adversario en los Taguanes, llora a Girardot en Bárbula, mueve el brazo vencedor de d'Elhuyar en las trincheras, de Campo Elías en Calabozo, de Villapol en Araure, ¡y baja un momento a contar a la madre Caracas sus victorias, mientras piafa a la puerta, penetrado del maravilloso espíritu de su jinete, el caballo que ha de llevarlo al Ecuador, al Perú, a Bolivia!

Y así habló, en el instante de reposo que Cova con su solemne estatua conmemora; habló como quien de tanto venía, y a tanto iba; habló, no como quien se ciñe corona, sino como quien las forja y regala y no quiere para su frente más que la de luz que le dio Naturaleza. No hablaba Bolívar a grandes periodos, sino a sacudidas. De un vuelo de frase, immortalizaba a un hombre; de un tajo de su palabra, hendía a un déspota. No parecían sus discursos collares de rosas, sino haces de ráfagas. Cuando dice ¡libertad!, no se ve disfraz de hambres políticas, ni trama encantada que deslumbra turbas, sino tajante que hunde yugos, y sol que nace.

La cabeza de bronce de Cova parece que encaja aún sobre los hombros del que la llevó viva. ¡Oh, cabeza armoniosa! La frente, noblemente inflamada, se alza en cúpula; al peso de los pensamientos se ha plegado; al fuego de aquella alma se ha encogido; súrcanla hondas arrugas. En arco se alzan las cejas, como cobijando mudos. Tiene fijos los ojos, más que en los hombres que lo oyen, en lo inmenso, de que vivió siempre enamorado. Las mejillas enjutas echan fuera el labio inferior, blando y grueso, como de amigo de amores, y el superior, contraído, como de hombre perpetuamente triste. La grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere.

El rostro de bronce, como el de Bolívar aquel día, está bañado de expresión afable; sentirse amado fortalece y endulza. La estatua entera, noblemente compuesta, descansa con la modesta arrogancia de un triunfador conmovido sobre su pedestal desnudo de ornamentos; quien lo es de un continente, no los necesita.

Tiene este bronce tamaños monumentales, pero ni la seductora cabeza perdió con ellos gracia, ni corrección ni proporción el cuerpo. Si algo difícil tiene la escultura, es una estatua en reposo; apenas hay poetas, ya hagan versos en piedra, en lienzo o en lenguaje, que acierten a expresar la perfecta belleza de la calma, que parece divina y negada al corazón atormentado, a la mente ofuscada y a las manos nerviosas de los hombres.

El alto cuerpo, vestido de gala marcial, se yergue sin embarazo ni dureza; el brazo derecho, que, por el uniforme de aquellos años épicos, parece enjuto, se tiende hacia el Senado, atento, que llenaba el día 2 de enero el patio de San Francisco; el izquierdo cae, como para sacar fuerzas del descanso, sobre el sable de fiesta; medalla de honor le cuelga al pecho; las piernas, siempre desgarbadas e innobles, no lo son esta vez, y las rematan, muy bien plegadas, botas de batallar; la mano que empuña el sable invita a acariciarla y a saludar al escultor; la que empuña el papel enrollado acaba airosamente, y con riqueza de detalles, el brazo derecho. El cuello encaja bien entre los duros entorchados. De lado ofrece el bronce un buen tipo de hermosura marcial. De espalda, oportuno pilar sobre el que cae la capa de combate en gruesos pliegues, oculta la que, con la casaca y ajustado pantalón que eran de uso en el alba del siglo, hubiera podido parecer menguada porción del cuerpo de tal héroe. El dorso se encorva gallarda y firmemente.

Y la cabeza, armoniosísima, sonríe.

Tal es la estatua hermosa que en cuatro meses de obra, apenado e inquieto, sin dar sueño a los ojos, ni sacar de la masa las manos, ha

trabajado sin ayuda, en un cuarto de tres varas en cuadro, Rafael de la Cova, genioso escultor venezolano, devorado de una sed que mata, pero que lleva a la gloria: la sed de lo grande.

La América. Nueva York, junio de 1883

2

EL CENTENARIO DE BOLÍVAR

Así como hacendosa dueña de casa interrumpe con gusto sus labores cuando recibe visita de su padre, así *La América*, exclusivamente consagrada a avivar el amor a la agricultura, promover las facilidades del comercio y estimular la fabricación, deja un momento en reposo sus usuales asuntos para tomar nota breve de la fiesta con que los hispano-americanos de Nueva York celebraron, con elevación de pensamiento y majestad de forma dignas de él, el centenario de Bolívar. Artes e industria deben bajar a tierra sus aperos, como los soldados las armas, al paso del caudillo singular y magnánimo que aseguró al comercio del mundo y a la posesión fructífera de los hombres libres el suelo en que florecen.

Ni reseña es ésta que hacemos, por no permitirnosla extensa el espacio que nos falta, ni la naturaleza de *La América*, a la cual sus columnas vienen siempre cortas para las novedades de su ramo, de que quiere tener impuestos a sus lectores.

Nunca con más gozo se reunieron tantos hombres entusiastas y distinguidos. No fueron, como otras veces a menores fiestas, llegando lentamente los invitados perezosos; sino que, a la hora del convite, ya estaban llenos los salones de gala de Delmónico, como si a los concurrentes empujase espíritu enardecido y satisfecho, de representantes de nuestras Repúblicas, de hombres de nota de Nueva York, de entusiastas jóvenes, de escritores y poetas de valía; notábase que en la fiesta nadie andaba solo, ni triste, ni encogido; parecía que se juntaban todos a la sombra de una bandera de paz, o que una inmensa ala amorosa, tendida allá en el cielo de la espalda que sustenta un mundo, cobijaba a los hombres alegres. Por los salones, llenos de flores, palmas y banderas, andaban en grupos, hermanando de súbito, hombres de opuestos climas, ya unidos por la fama. Peón Contreras, de México, de cuyo cerebro saltan dramas como saltan chispas de la hoja de una espada en el combate, iba del brazo

de Juan Antonio Pérez Bonalde, levantado y animoso, al encuentro de Miguel Tejera, poeta de vuelo, estudiador leal y feliz decidor de nuestra historia, y hecho a exámenes de límites y ciencias graves. El caballero Carranza, que con sus talentos sirve y con su encendido corazón patriótico ama a su próspera patria, la impetuosa Buenos Aires, cruzaba manos con Adolfo de Zúñiga, distinguido hondureño, que habla y escribe de manera que parece que le esmalta la pluma y le calienta el pecho el más brillante sol americano. Por todas partes andaba, justísimamente celebrado por el noble pensamiento con que inició la fiesta, y la discreción, energía y fortuna con que le dio remate, el señor Lino de Pombo, el cónsul de Colombia, que es digno de su patria y de su nombre. Ver al arrogante ministro Estrázulas, cuya palabra ferviente y alma generosa gana almas, era como ver aquellas majestuosas selvas, invasores ríos, dilatadas campiñas del Uruguay, su altiva patria. Hablábese en todos los grupos del señor Marco A. Soto; mas no con distingos y a retazos, como es uso hablar de gentes de gobierno; sino con cierto orgullo y cariño, como si fuera victoria de todos lo que este joven gobernante alcanza, sobre los años, de quienes no ha necesitado venia para dar prendas de desusado tacto y juicio sólido; y sobre las dificultades que, como evocadas a la sombra del Gobierno, surgen al paso de los que rigen pueblos no bien habituados aún al manejo de sí propios. Cerca de él recibían celebraciones, por el empeño desusado con que le secundaron, el benévolo y caballeroso señor Tracy, cónsul del Perú; Spies, entusiasta, del Ecuador; don Jorge A. Philips, cónsul de Venezuela; Obarrio, buen cónsul de Bolivia. No lejos andaban, saludados por todos, un orador y un poeta, hijos afamados de Cuba: Antonio Zambrana, de nombre ilustre, que él aún enaltece; José Joaquín Palma, de lira armoniosísima, cuyos versos parecen, si de dolor, pálidos lirios; si de ternura, frutas de ricas mieles. Es lira orfeica, de la que ya no se oye. Y la de Zambrana, palabra magistral y serenísima, que anda en cumbres.

Bruscamente hemos de rasgurar esta reseña. En mesa suntuosa, que llenaba la sala magna de Delmónico, profusamente adornada de banderas, oculta entre las cuales solía entonar las marchas de batalla e himnos de gloria una animada banda, se sentó como un centenar de hombres de América. Alegría es poco; era júbilo; júbilo cordial, expansivo, discreto. Presidía, como quien para presidir nació, Don Juan Navarro, con aquella fácil palabra, tacto exquisito y cultos modos que dan fama a los hombres de México. Y llegada la hora de los brindis, que otros diarios más venturosos que *La América* reseñan, adivinábase ¡qué más pudiera decirse,

ni es necesario decir! que del Bravo al Plata no hay más que un solo pueblo. ¡Con qué elegancia y señorial manera contestó, en robustos períodos, el poeta Pérez Bonalde, fraternalmente amado por los hispano-americanos de New York, al brindis de Bolívar! ¡Con qué fervor, como de hijos que ven bien honrado al padre, aplaudían los comensales al cónsul Egleston, a quien la alta palabra no es extraña, cuando, hablando en nombre de la ciudad de New York, como el colector Robertson acababa de hablar por los Estados Unidos apropiadamente, llamó a Washington el Bolívar de la América del Norte! ¡Con qué cariñosa atención fueron oídas las palabras sobrias, elevadas, galanamente dispuestas, con que al brindis por la América española respondió el Presidente Soto! Parecía aquel banquete, de Pombo nacido y por él y los cónsules de todas las repúblicas de Bolívar en breves días realizado, no fiesta de hombres diversos, en varias ocupaciones sociales escogidos y de edades varias, sino de hombres de Estado. Regocijaba ver juntos, como mañana a sus pueblos, a tanto hijo de América, que con su cultura, entusiasmo viril y nobles prendas de hombre le adornan. Eso fue la fiesta: anuncio. Eso ha sido en toda la América la fiesta. ¡Oh! ¡de aquí a otros cien años, ya bien prósperos y fuertes nuestros pueblos, y muchos de ellos ya juntos, la fiesta que va a haber llegará al Cielo!

Y otros hablaron luego. De España, trajo saludos a los países hispanoamericanos el señor Suárez Blanes. Por la prensa, leyó oportuno y caluroso brindis el señor José A. García, que dirige *Las Novedades*. De Colombia se oyó una voz simpática de joven: la del señor Zuleta. De México, ¡qué lindo romance escribió sobre la lista del banquete, y leyó entre coros de aplausos, Peón Contreras! Por San Martín y los bravos de los Andes vaciaron todos sus copas, movidos sin esfuerzo por las filiales y fervientes palabras del cónsul Carranza. Por el Brasil, dijo cosas de nota y de peso el caballero Mendonça, culto representante del Imperio. Cuba tuvo allí hijos: brindó Zambrana, en párrafos que parecían estrofas, por el encendramiento y mejora de las instituciones republicanas en América; y como quien engarza una joya en una corona, improvisó admirables décimas José Joaquín Palma. El mismo redactor de *La América*, llamado a responder al brindis "por los pueblos libres", tuvo algunas palabras que decir.

Y por sobre todo, y en todo, un espíritu de amor, una fervorosa cordialidad, una admirable discreción, una tan señalada ausencia de cuanto pudiera haber sido tomado a intereses de bandería, ni a halagos a gobernantes, ni a rebajamientos de súbdito, que de veras dejaron alto

el nombre de hijo de tierra de América y pusieron la fiesta muchos codos por encima de los banquetes de usanza vulgar.

No fue de odiadores, ni de viles, sino de hombres confiados en el porvenir, orgullosos del pasado, enérgicos y enteros.

La América. Nueva York, agosto de 1883

1. **JUAN CARLOS GÓMEZ**
2. **FRANCISCO GREGORIO BILLINI**

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna y llega a ser sencillo e invencible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al Sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la Tierra. Los apetitos y goces vulgares les parecen crímenes; los hombres que viven para su placer, insectos; la intranquilidad de sus amores, es lealtad a un tipo de amor buscado en vano; sus goces, blandos y espaciosos como la luz de la luna; sus dolores, bárbaros y penetrantes como aquellos hierros de punta retorcida, que no salen de la carne rota sino desgarrándola y amontonándola en escombros rojos. Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos. De estos hombres fue ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis. Dos pueblos, que no son más que uno, acompañaron a la sepultura su cadáver. Muerto, nadie dice que lo está; que todos lo sienten vivo. Los padres de aquellas tierras hablaron como hermanos al borde de su sepultura. Era llanto de los ojos y festejo de las almas. Es dado a ciertos espíritus ver lo que no todos ven; y allí se vieron como juramentos hechos al Cielo azul por espadas de oro; y lágrimas con alas. De esa manera ha sido sepultado, en hombros de todos los hombres buenos del Uruguay y la República Argentina, el que a los dos pueblos trabajó por unir, y en su corazón caluroso los tuvo juntos siempre; porque, como todo espíritu esencial y primario, que por merced de la creación arranca directamente sus ideas de la Naturaleza, no entendía que razonzuelas transitorias pudiesen estar por encima de las generosas razones naturales. Para otros la Tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; y los hombres,

acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen. Juan Carlos Gómez, que es el que acaba de morir, miraba a cada hombre como una porción de sí mismo, de cuya vileza era responsable, en tanto que no hubiese trabajado arduamente para remediarla. El amor era su ley; y para él, la Tierra entera debía ser un abrazo.

Sus versos flamean; sus párrafos son estrofas; su vida fue de polémica grandiosa. Parecía singular caballero, de blanca armadura, que a anchos golpes de espada lumínea defendía de la gente invasora el templo de la virtud abandonada. Porque no hay que estudiar a Juan Carlos Gómez como persona local y de accidente, que devuelve las luces que recibe y brilla en su tiempo porque lo refleja; sino como persona propia, que trajo luz consigo y no vivió para acomodarse a su época, sino para impedirle que se envileciera, y para enderezarla. Para él no hubo más templo digno de ver de rodillas al hombre que la Naturaleza; y vivió comido de sueños del Cielo y amores humanos. No cabían tampoco sus pensamientos en los moldes comunes, y creó sin sentirlo una prosa encendida y triunfante, que no parece de palabras concebidas y dadas a luz en dolor, como en él fueron, y en todo escritor honrado y sincero son; sino a manera de ríos de oro de solemnes ondas, que con natural majestad ruedan, agólpanse un momento,—para quebrarlo, u horadarlo, o saltar sobre él,—en torno al obstáculo que hallan al paso; y siguen su camino victoriosas, como si hubieran dejado tendido por la Tierra un estandarte. Hizo urna magnífica a su espíritu con su lenguaje fulguroso.

Los hechos de su vida quedan para biógrafos menudos. Nació en el Uruguay, cuando éste era del Brasil, en los tiempos penosos de la Cisplatina; y aunque apenas tenía cinco años cuando la Banda Oriental se salió de los brazos lusitanos, el pensamiento de la pasada esclavitud de su patria fue tan vivo en aquella alma nacida a la epopeya, que llevó durante toda su existencia la dolorosa memoria, como hubiera llevado un golpe en la mejilla. Estuvo en Chile. Vivió poco en su patria. Pasó la mayor parte de su vida en la República Argentina. Jamás obró por el provecho propio, sino porque no se mancillase el decoro humano. Sentía en sí al hombre vivo, y cuanto atentaba a la libertad o dignidad del hombre le parecía un atentado a él, y echaba sobre el ofensor su cólera magnífica. En dos diarios escribió su poema: en *El Nacional*; en *Los Debates*. Con igual ánimo imprecaba al hombre horrible que tiñó en sangre a Buenos Aires hasta los campanarios, y los árboles del campo hasta las copas, que a aquellos de su bando que, luego de abatir el poder del criminal en Monte Caseros, quisieron aprovecharse en demasía

de su triunfo. Cuanto hizo, nació de su pureza. Por donde iba, iba un pabellón blanco abierto. Del lado del derecho pasó toda su vida. Y más que de otros, sufrió de dos males: el de vivir, como un espíritu superior, entre la gente usual; el de vivir, dotado de un alma angélica y exquisita cultura, en una época embrionaria.

¡Oh, pena prolongada, incurable y cruentísima, la de un hombre de luz ayuntado a un pueblo que acaba de salir del seno de la fiera! ¿Quién no se maravilla, que piense hondo, de que con tanta prisa se estén nuestras nacionalidades de América fortaleciendo y transformando? ¿Qué tuvieron al nacer, sino indios desnudos, adoloridos y enajenados, al servicio de un señorío arrogante y fraileesco, en el que, como quien vacía la luz a torrentes, unos cuantos jóvenes generosos, con la enciclopedia en el cerebro y Washington en el alma, se vaciaron? ¿Qué manos, dignas de ser moldeadas en bronce y puestas en las plazas públicas a recibir los besos agradecidos de sus descendientes; qué manos no hubieron de ser aquéllas que de tierra tan ruin levantaron, a que el tiempo las puliese y la sangre las animase, estas firmes estatuas! Quedaron en lucha, a la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático, y el caballero de salón y libros, en cuyo espíritu brioso, nutrido del propio suelo, asentábase, aquilatada por todas sus experiencias y dolores, el alma europea. Y fue la lucha entre el apetito, que es la primera expresión humana, y la última, que es el derecho. ¿Qué trabajo, el de ir acomodando los empujes rústicos de la naturaleza rudimentaria e inculta a las sublimes concepciones y amorosos devaneos de las sociedades más adelantadas! ¿Cómo, sin convulsiones y catástrofes? ¿Cómo, sin sacudimientos tremendos y dolor enorme, concertar en un breve número de años estos dos elementos diversísimos, y del agraz sacar vino sedoso, y saltar en una mitad del siglo del hombre embrionario, batallador y egoísta de la Naturaleza, al hombre desinteresado y pacífico de la civilización? ¡Enseñad, enseñad, pueblos de América, como timbres de honor y certificados de grandeza, vuestras guerras y desgracias!

Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito, lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización, que en todo el resto de la Tierra se ha venido naturalmente edificando. De la rudeza patriarcal, por despacioso evolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose, y a su hora natural apareciendo en el árbol humano, después del riego costoso, las flores y frutas. ¡Y a los americanos se nos pide que, contra historia y naturaleza, pongamos los paramentos de oro fino al

caballo que trae aún en las crines los olores nuevos de la selva! A bien que, por fortuna, el sol de América es mágico, y como solar la mente americana; ¡y lo estamos haciendo!

Pero de este torneo maravilloso, en que a la arremetida de la lanza de a caballo oponen los contendientes, como un escudo, una idea, y están echando atrás la lanza; de este comercio de los caudillos fuertes que triunfan, imponen y pagan, y los hombres inteligentes, siempre al principio vencidos, que, por falta de ajuste entre sus conocimientos y tendencias superiores y el estado elemental de sus pueblos, viven en ellos como sin alimento ni trabajo propio; de este contacto del vencedor de guerra que corrompe, y el vencido de paz, que por su misma condición de inteligencia ama la vida holgada y fastuosa, o necesita de todos modos medios de vida; del aflojamiento en que en presencia de la fuerza y la riqueza caen, aunque la Naturaleza las haya marcadas con su sello de luz, ciertas almas; de todos estos lances e irregularidades de nuestro problema americano, habían de originarse apostasías, miedos y vilezas grandes. Cuál por deslumbramiento, cuál por amor a los goces de la fortuna, cuál por poquedades de ánimo, era frecuente que, como envuelve el toreador, para distraer al animal, su espada de matar en una capa roja, hubiera hombres de mente que diesen color de idea a los látigos y a las espadas; y pusieran la cabeza, como los cortesanos desnudos de los reyes de África, a los pies, a menudo ensangrentados, de los caudillos vencedores. Vuelcos de alma sentía Juan Carlos Gómez contra toda esa trailla de gente miedosa o traidora; y todavía vibra su pluma sobre las frentes que marcaba. Era en él el decoro como el pudor debe ser en las mujeres; y resistía toda tentación a su pureza y a la ajena, como resiste la sensual solicitud de un galán de calle una mujer honrada. Mientras mayor amenazaba ser este desvío de la virtud y desconcierto moral que fuera de sí veía y padecía en sí, como si fuese llaga encendida que le consumiera el cuerpo, era mayor su enojo sagrado, su discurso más alto y seguro, su polémica más avasalladora y animosa. Trozos de rayo, y no palabras, le salían de la pluma. Si le contendían, pronto estaba él solo, triunfante, como que peleaba en él el derecho, entre ideas cadáveres.

Que erró alguna vez, ha debido ser; nunca por interés ni por pasión, sino por engaño honrado. Un dolor parecido al frenesí le causaba la merma de la virtud en los hombres de su pueblo, y se le iba entrando por el alma la dolorosa aflicción que se la sacó al cabo del cuerpo. Porque vivía penetrantemente enamorado de la pureza y hermosura; y quedaba herido de todo golpe que sobre la faz de la Tierra se asentaba

al decoro humano. Es así la virtud, que, distribuida por el Universo equitativamente, siempre que en un espacio o localidad determinada falta en muchos, en uno solo se recoge, para que no se altere el equilibrio y venga a padecer la armonía humana; en uno solo, que el honor que en los demás escasea amontona en sí, y adquiere de ello profética indignación y elocuencia resplandeciente; y es todo vergüenza, por faltar en los demás; y es todo mejilla. De aquí, que en las épocas decorosas de libertad y paz sea menor, o menos perceptible, el número de hombres extraordinarios, por estar en ellas distribuidas entre todas las condiciones que, cuando es costoso poseerlas, se recogen en los espíritus sublimes, como en la tempestad una bandera en su asta. Ni la serpiente pudo nunca morder en la lima, ni la tentación en Juan Carlos Gómez. ¡Y sólo los que se los han sacudido de los hombros, como un manto de espinas encendidas, saben lo que cuesta rechazar los halagos de los tiranos!

Sin que dejara ése de ser motivo perpetuo de amargura y contienda para ese caballero de la virtud, duro y centelleador como el brillante, un nuevo dolor, tal como si sintiese que Mesalina se sentaba en su mesa de familia, cayó, como una mortaja, sobre su alma. La prosperidad que no está subordinada a la virtud avillana y degrada a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la Naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada a su patria infeliz, junto a la mesa llena de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana. A exaltadas imaginaciones y desconfianzas enfermizas le llevaba aquel nobilísimo desasosiego, y el pesar de creer que no podría detener este peligro le fue enflaqueciendo las fuerzas y vecinándolo a la muerte; por ser el morir de miedo ante la debilitación de la virtud, remate propio de aquella limpia vida.

Pero estas cosas no perecen, ni deja de haber quien las guarde. La perla está en su concha, y la virtud en el espíritu humano. Afirmase siempre,—por la soledad, náusea y hastío que el fausto desnudo produce,—la espiritualidad de la existencia. De la tumba en que parece sepultado, se alza con nueva fuerza el espíritu de amor, de desinterés y de concordia. Cuando los gozadores y egoístas, alegres de no ver ya en pie a quien con su exquisita pureza los molestaba y ofendía y por todas partes les iba detrás como un rayo de luz, vienen cantando, con su copa de champaña en las maños, del brazo de sus mancebas de regaladas carnes y suelta cabellera, a regocijarse frente a la tumba de aquel testigo enojoso, hallan en pie, sobre la tumba, armado de coraza radiante, a un hombre nuevo, con el estandarte del que murió enhiesto en las manos. La virtud crece. El honor humano es imperecedero e irreductible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo y desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro. ¡Ni qué eran, más que ejército de guardianes, los hombres ilustres y conmovidos que, en procesión seguida de gran número de gente, acompañaron a Juan Carlos Gómez a su tumba!

Cuanto recuerda y honra, cuanto ama y piensa, cuanto crea y esculpe, cuanto prevé y prepara, cuanto enseña y estudia, cuanto anda y protesta, cuanto labora y brilla en la República Argentina y el Uruguay, ante el cadáver de Juan Carlos Gómez estaba. En las calles, la muchedumbre silenciosa. En el cementerio, como el mejor tributo, leales damas. ¡Flores fueran las letras de la imprenta, y nosotros dignos de ofrecerlas, y por ese homenaje exquisito y valeroso se las ofreceríamos! Hasta las gentes comunes e indiferentes miraban con respeto y recogimiento el cortejo funerario, y el carro de coronas que iban en él; y se inclinaban los que todo lo sacrifican a la posesión de la fortuna, al paso de aquel que vivió y murió en pobreza por no sacrificarle nada; ¡cuando todo género de holguras le hubieran venido de torcer alguna vez la pluma! Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella; pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la Humanidad, y como su médula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dio honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo.

¡Oh, y qué armoniosa y soberana inteligencia acababa de volar de aquel hermoso cráneo! ¡Con qué claridad vieron sus ojos que la vida

es universal, y todo lo que existe mero grado y forma de ella, y cada ser vivo su agente, que luego de adelantar la vida general y la suya propia en su camino por la Tierra, a la Naturaleza inmensa vuelve, y se pierde y esparce en su grandeza y hermosura! Como a madre quería a la Naturaleza; que tal hijo no había de tener madre menor. En un cajón de pino mandó que le enterrasen, para que su cuerpo entrara más pronto en la tierra; que su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio. ¡Cierto aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! De pie estuvo toda la vida; ni acostado jamás, ni encorvado. Por la luz tenía un amor ferviente; y no amaba la noche sino como seno del día. Perseguía con los ojos sedientos un ideal de pureza absoluta, y tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes; y, de no ver a los hombres tan puros como él quisiera, una tristeza que parecía desolación. Campea mejor su pensamiento artístico en los peligros amplios y gallardos de la prosa que en la estrofa poética, por más que en analogía con su espíritu y el cielo y el río que veían sus ojos fuera su estancia usual ancha y pomposa; mas se ve bien su alma en sus versos; y ya es en ellos guerrero pujante, ya paje tímido y sencillo, enamorado de su doliente castellana; ya cruzado que pone a los pies de su señora su casco hendido y su bandera de colores, ya alma arrebatada y altiva que desdeña y rechaza a las interesadas e insensibles, y a la belleza inútil que no sabe consumirse en el amor, y como una copa de ámbar en los altares, expirar envolviendo en sus perfumes al ser que ama. Vese en todos sus versos, como en onda confusa, la idea gigantesca; se ve el lomo del monstruo, que sólo de vez en cuando alza, colgada de olas, la cabeza divina. La tristeza, que era en él lo más hondo, le inspiró sus más acabadas estrofas; porque venía en ellas el pensamiento tan verdadero y seguro, que se plegaba a él, vencida la forma, como a un coloso un carrizo. Y tiene a veces versos que parecen columnas de mármol blanco y elegante que alzan al cielo el capitel florido. A la Tierra la imaginaba llena de luz; a los hombres, con alas. Sentía náusea del placer frívolo, y odio de sí por haberlo gozado. Cayó en exageraciones románticas, porque éstas eran en su tiempo el símbolo y ropaje de la libertad, y una revuelta saludable contra la literatura de peluca y polvos, sustituida de prisa, en tanto que se adquiriría el conocimiento de la sana e inspiradora realidad, por una especie de realidad imaginaria; se desbordaba la inspiración romántica por los versos, como mar sacado de madre por las playas, y hacía colosales travesuras, y daba al Sol magníficos reflejos, para evaporarse ¡ay! casi

toda, por falta de esencia real y condensación en moldes sólidos; templo fue de oro y piedras preciosas, levantado en columnas de espuma. Pero aquel superior sentido suyo de armonía, y casto disgusto de lo vano y hojoso, trajeron pronto a Juan Carlos Gómez, con lo sincero de sus penas, a más vigoroso estilo poético, que solía alzarse, por lo ceñido y conciso, a verdadera majestad. La de su vida fue más igual, eficaz y serena; era de los que tienen a la vez la visión de lo por venir y la prudencia del presente, y por aquélla viven empujados y refrenados por ésta, sin que admitan que las transacciones con la inmoralidad, por mucho que se barnicen y disculpen, sean eficaces para los pueblos, que por ellas ven pospuestos sus intereses a los de los que van conduciendo sus destinos, ni sean honradas en quienes las cometen. Entendía que se fuese por la justicia relativa a la absoluta, pero no que, mermando aquélla, y con lo injusto transigiendo, se acelerase el triunfo de la justicia absoluta. Se le inflamaba el rostro y se le encendía la pluma cada vez que veía en peligro el honor del hombre, y caía sobre el transgresor, como si de la Naturaleza hubiera recibido encargo de abatir a todos los enemigos de la virtud. Nunca tuvo que pedir a Dios, como el árabe, que le hiciera ir por el camino recto, porque él iba y se detenía sólo a echar su luz, para detenerle o denunciarle, sobre el que se salía de él. Y en su sepultura pudieran grabarse aquellas tres palabras que grabó el duque de Weimar sobre la tumba de Herder: luz, amor, verdad.

Esplende, con la luz igual a la de la más hermosa escena histórica, la escena de sus funerales en la ciudad de Buenos Aires. Una promesa parecía hecha al Cielo. Los padres de aquellas tierras y los mejores jóvenes hablaron. Con su palabra de grandes círculos y atrevidas alas habló Mitre; habló Sarmiento con la suya inquieta, audaz y misteriosa, y Lucio López con su lengua de colores. Con acentos sacerdotales y proféticos dijo adiós a Juan Carlos, en nombre del Uruguay, el enérgico anciano Carlos Blanco; y con aquel comedimiento y serenidad de la generación que nace se despidió de él Manuel Herrero y Espinosa, como un hijo. No parecían aquéllas meras palabras humanas, sino que flameaban como banderas, apretaban como compromisos, resonaban como tablas de bronce y brillaban como coronas de plata. Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

En un día 25 de mayo, a los clamores de la noble gente moza que acababa de arrebatar de manos de French los trozos de cinta azul y blanca, llamados a ser luego el pabellón de la patria, surgió libre y gloriosa Buenos Aires de su Cabildo timorato. Llama era toda la plaza,

cuajada de gente; en hombros de sus amigos y llevados por los vivos, peroraban los ardientes chisperos; ola de fuego el pueblo parecía, y maza cada mano, cada palabra gloria, cada resistencia caña, coraza cada pecho; llegaba al Cielo el bravo vocerío; detrás se iba a la ola de los chisperos y manolos bravos; ¡es hermoso ver cómo nace la libertad, blanca y avasalladora, de los pechos humanos! Nació el sol de los pueblos orientales. Juan Carlos Gómez, que murió en día 25, se acostó en la tumba, y tenía derecho de acostarse a los reflejos de aquel sol de mayo.

La América. Nueva York, julio de 1884

2

FRANCISCO GREGORIO BILLINI

La República Dominicana, que en pruebas duras de la fortuna ha mostrado épicos alientos, acaba de elegir para su Presidente al General Francisco Gregorio Billini. Goza fama de bravo, desinteresado y modesto. Ha peleado en los bandos de su patria; porque en las sociedades nacies, víctimas siempre de los caudillos brillantes e intrépidos, el Derecho tiene, si no quiere morir de desuso, que ayudarse de la fuerza. Billini ha estado al lado del Derecho, y cuando ha triunfado, ha sabido esquivar los puestos públicos.

Nació en año famoso para los dominicanos, en que el noble Juan Pablo Duarte alzaba bandera de guerra contra la gente haitiana, y Santo Domingo requirió y ganó en Oloa su independencia. Cuantas veces se ha entrado luego Haití por tierras de Santo Domingo, ha vuelto atrás azotada.

Y cuando España se echó de nuevo sobre la isla indómita, soldados tenaces hubo; pero ninguno más que el joven Billini. Baní es tierra de bravos, y él fue jefe de Baní. El General Luperón hizo entonces de él su secretario. Cayó Billini en manos de las tropas de España, y fue canjeado a poco por prisioneros españoles.

Más que los naturales, los genios de la tierra parecían aquellos fantásticos soldados dominicanos. Dijérase que los auxiliaban en su campaña contra la invasión española poderes maravillosos. Las ramas de los árboles se volvieron soldados. Y si no hubieran tenido los dominicanos otras armas, se habrían arrancado los dientes. El pelear, de haber sido necesidad, se hizo vicio; y a la victoria contra el español siguieron las

guerras intestinas, en que no se encontró nunca a Billini del lado de los que sofocan el pensamiento, ponen la Ley debajo del puño de su machete, y concitan los ánimos de la gente ignorante contra los extranjeros laboriosos.

Obligado a dejar el país cuando Báez lo mandaba, se unió a Cabral tan luego como éste se alzó en armas, y con él peleó seis años, hasta que ocupó González la Presidencia, en que no pudo obtener que Billini ocupase empleo alguno.

Entró luego Espaillat a presidir, invocando la urgencia de aplicar a los trabajos de la paz liberal las fuerzas que los dominicanos venían consumiendo en guerras, en apariencia mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mando, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen. ¡No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Quien las mire por encima del hombro, medite en ellas. ¡Bien idas están y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países! ¡pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen acaso su mayor timbre de decoro! Allí donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados.

La gente de González tenía sitiada a la ciudad de Santiago de los Caballeros durante el mando de Espaillat, y a los habitantes en gran angustia; Billini puso en fuga a los sitiadores, y entró en triunfo con gran regocijo público en la ciudad libertada. Pero Espaillat vino abajo; y Báez después de largas guerras, entró en 1878 a la Presidencia. Billini movió a las armas a sus amigos y soldados de la ciudad de San Cristóbal, y al cabo de un mes entraba en la ciudad de Santo Domingo con el General Guillermo, bajo el cual fue Vicepresidente de la República y Ministro de Hacienda. Fue luego Presidente del Senado, y electo más tarde miembro del Congreso, abogó calurosamente porque se celebrase un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, cuyas instituciones ha observado de cerca, y cuyo progreso material estudia con empeño.

Escribe con facilidad y elegancia; novelas y dramas corren con nombre suyo, y quien visita su casa, al punto conoce, por el gran número de libros sobre educación que halla en librerías numerosas, que está

en casa de un hombre estudioso y sensato, que sabe donde reside nuestro mal, y trabaja por curarlo. Las matemáticas tienen su progresión geométrica, que acelera las cantidades y las sube a maravillosa altura: la naturaleza humana tiene la educación.

El Padre Meriño hizo a Billini durante su mando Ministro de la Guerra; y a juzgar por la animación con que ha apoyado su candidatura muy buena parte de los periódicos del país, el General Billini goza en la República de extensas y vivas simpatías. Nos las inspira a nosotros, no tanto por ser persona de espada, que sólo en defensa de la patria, de la libertad y del honor debe sacarse de la vaina, aunque es bien que repose mientras pueda en ella, cuanto por ser persona dada a las letras, cuyo culto suaviza y eleva. A menudo publican los periódicos dominicanos correctos trabajos del nuevo Presidente; y el título del periódico de que es fundador y propietario, y es por cierto excelente, *El Eco de la Opinión*, parece asegurar que el General Billini pertenece a ese grupo de hombres para quienes no es el Gobierno una granjería sino una comisión que debe cumplirse sencilla, imparcial y honradamente.

JOSÉ MARTÍ

La América. Nueva York, septiembre de 1884

- 1. JUAN JOSÉ BAZ, UN MEXICANO ILUSTRE**
- 2. ELOY ESCOBAR**
- 3. JUAN DE DIOS PEZA**

JUAN JOSÉ BAZ

UN MEXICANO ILUSTRE

México, el México vivo, el México que surgió de la sombra en 1857 con toda la fatiga y la gloria de la libertad, acaba de perder en el anciano Juan José Baz a uno de sus fundadores. La pasión de la justicia, que manda a unos morir, a otros aconsejar, a otros precipitar, a otros matar, en Juan José Baz, enemigo formidable del despotismo eclesiástico, se hizo estandarte y brazo. Cuando sus compañeros todavía estaban sentados, ya él estaba en pie, mesándose la barba, echando las palabras desmedidas, llamándolos cobardes. Veía como ladrones a los que, encubriendo con la defensa de la religión su amor al poder, no pueden mantenerse en él sino sobre los despojos del honor humano. Para él eran "pícaros" todos los enemigos de la libertad. Cuando la Iglesia se negó a entregarle, un Jueves Santo, las llaves del templo, como símbolo de acatamiento del culto al Estado en que se practica, entró en el templo a caballo, y se llevó las llaves; ¡quien no escribe poema en América, es porque no conoce a América! Amigo entusiasta, a veces hasta la imprudencia, de toda causa justa; joven constante, aun bajo sus canas; llano en el trato, y más con los humildes; dispuesto, sin mucho examen ni pregunta, a ayudar a los pueblos que batallan por su libertad; benévolo y cordial con el que, huérfano de patria, se amparaba en la suya; fiero, elocuente y acerado en el discurso, como Agrippa de Aubigné, flor de hierro, prez de Francia, Juan José Baz templaba su carácter heroico con la ternura inseparable de la verdadera grandeza, la indulgencia propia de la alta razón y la piedad regañona de un espíritu a la vez generoso y pintoresco.

Con acentos dignos de él y de la elocuencia americana, se despidió Francisco Bulnes, ante la Cámara de Diputados, de aquel que, con sus

exabruptos, con su lógica, con sus burlas, con su indómita fe, con su simple presencia, le daba ejemplo de razón marcial y la confortaba en sus horas de duda; ¿quién se atrevería a hacer traición a la libertad de la patria, o a cejar en su defensa, delante de Baz, delante de Prieto, delante de aquellos santos viejos que habían derrocado los siglos en sus días de juventud hermosa, y preferido la selva libre a la corte infame, y detenido la muerte con sus palabras?

“Recuerdo aún, señores,—decía ante la Cámara Francisco Bulnes, con su oratoria de centelleantes facetas,—que hace tres meses fue a colocarse junto a la tumba del Sr. Juárez, como poniéndose ya del lado de los inmortales. La petición solemne del Partido Liberal para que el Ayuntamiento de México no violase las leyes de Reforma fue redactada en su casa, y él puso la primera firma. Yo tuve el honor de presentarle la pluma; la manifestación al Sr. Juárez lo había conmovido profundamente, pero al leer la petición, sus ojos brillaron con suma intensidad, la enfermedad soltó su brazo, una última fermentación de su energía sosegó su pulso, firmó, y nos dijo con un acento capaz de rayar el diamante: ‘¡Siempre la Reforma!’ Pocos días después las sesiones comenzaron, y, siempre el primero en llenar su deber, vino a ocupar su asiento, con la muerte a la espalda, su renombre al frente, sus amigos a los lados. Su respiración está aún en la atmósfera, la alfombra hundida por sus pisadas, su nombre en la lista, su *Diario Oficial* en la puerta; está aun con nosotros; ¡saludémosle!

“¡Has muerto como hijo del pueblo, y el pueblo te entierra! ¡Ninguna pompa para tu democracia; ninguna práctica religiosa para tu conciencia de filósofo; nada de terrífico para tu ánimo valeroso; ninguna mentira para tu carácter honrado; nada de incienso para tu altivez de león! Bajo esta bóveda profana no suena el órgano con las notas clásicas del *De profundis*; lo hiciste callar hace treinta años; no hay cirios; los apagó tu soplo de reformador; no hay oraciones a peso la línea, ni se eleva el canto gregoriano medido por el oro de que se sacia la simonía; nada de ceremonias compradas, ni de esa angustia de tráfico a tanto por hora. Hay, sí, una Cámara, símbolo de la Nación, y tú en su seno; un ataúd, símbolo de la paz, y tú en su interior; corazones fuertes y leales, y tú su amigo; hombres libres que te veneran, hijos amantes que te lloran; y la prensa, con su voz dilatada y profunda, que te sostendrá en la Historia como a un gran ciudadano”.

El Economista Americano. Nueva York, diciembre de 1887

2

ELOY ESCOBAR

Cansado, acaso, de hacer bien, ha muerto en Venezuela Eloy Escobar, poeta y prosador eximio y tipo perfecto del caballero americano. Hasta el modo de andar revelaba en él benevolencia e hidalguía, porque iba como quien no quiere ser visto, ni tropezar con nadie, y por junto al poderoso pasaba como si no lo viese, no junto al infeliz, para quien salía a pedir prestado. Se entraba en sus paseos de mañana por las casas amigas, llevando a todas rosas con su palabra, que parecía ramillete de ellas, y luz con su alma ingenua, que acendró en la desdicha su perfume; era como una limpia vela latina, que al fulgor del Sol, cuando parece el Cielo acero azul, va recalando en las ensenadas de la costa. Aunque hombre de muchos años, tuvo razón para poner cierto afán en esconderlos, porque en realidad no los tenía. Era esbelto y enjuto, de pies y manos finas y vestir siempre humilde; los espejuelos de oro no deslucían la mirada amorosa y profunda de sus ojos pequeños; ostentaba su rostro aquella superior nobleza y espiritual beldad de quien no empaña la inteligencia con el olvido de la virtud, que se venga de quienes la desdeñan negando al rostro la luz que en vano envidia la inteligencia puesta al servicio del poder impuro. Era pálido, como su alma: “Musa mía de mi alma,—que en mi alma vives,—tú sabes que yo te amo—porque eres triste;—porque tu lira—tiene todas las cuerdas—de la elegía.” Le caía sobre el pecho en bosque la barba.

Fue de aquellos hombres excelsos a quienes el nacer en condición favorecida no estorba a conocer el derecho del humilde; ni la mente positiva que la cultura rudimentaria y falsa de las universidades y los dejos de la historia echan en los pueblos de Hispanoamérica sobre la mente natural, pudo entibiar nunca en aquel hijo de una casa ilustre el sano amor a la Naturaleza, que le revelaba el secreto del heroísmo americano, sin buscarlo en Gonzalos o en Cides, y le guió a estudiar de preferencia aquellos griegos que, más que los latinos, la conocieron y cantaron, y aquel Luis de León, que, por lo ingenuo del sentido y la forma, le parecía maestro cabal, de quien los que ven poco tienen a Escobar por mero imitador, cuando lo que quería él, enamorado de la poesía nueva de América como de la gracia libre antigua, era “promover una feliz

y concertada unión entre la literatura erudita española y la nuestra, tan desmayada de aquel vigor olímpico, y escasa también de los giros de una sintaxis más flexible y fuerte, y de tantos nobles vocablos que ya damos por seniles inconsultamente, y modos y frases adverbiales, y partículas que, como blanco aljófár, esmaltan la elocución poética de los príncipes del parnaso español, y tantas bellezas, en fin, y figuras y galas retóricas preciosas. Así es como pudo decir, celebrando en la lira de Fray Luis la novela india *Anaida*, de José Ramón Yepes:

*Y vuelve a la memoria
De la presente edad, el ultrajado
Inca de infausta historia,
El cacique esforzado
Y el dolor de aquel pueblo aún no llorado.*

La gracia, el infortunio y la virtud eran sus musas; y su don especial el de ver la elegancia del dolor, acaso porque llevaba el suyo como lleva el caballero de raza el guante blanco. De las flores, la violeta y la adelfa; del día, el crepúsculo; de las fiestas, la mañana de Pascuas; de los sucesos del mundo, jamás canta al amigo encumbrado, sino al que muere, ni al que llega, sino al que se despide; va por las calles siguiendo con el alma ansiosa la nube que se deshace o el ave que desaparece, y encuentra siempre modo nuevo, y como fragante, de comparar la pena humana a la de la Naturaleza, y sacar de ella el consuelo. Anticuaba sus giros de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas, o contra ese pampanoso estilo de la prosa heroica y altisonante que en nuestras tierras, so pretexto de odas y de silvas, ha llegado a reemplazar aquel candor, esencia y música, breves por su misma excelstitud, que son las dotes de la legítima poesía. El quería labrar ánforas de oro para guardar el aroma del amor, veteadas de sangre como los jacintos, y la gota de rocío, y la de llanto. No rehuía la pompa; pero había de ser esa que trae como ornamento propio la grandeza, y se trabaja años para que pueda durar siglos. Es su poesía como mesa de roble, de aquellas macizas y sonoras de la vieja hechura, donde se hubiesen reunido, por capricho del azar, una espada de 1810, un abanico de concha y oro con el país de seda y un vaso de flores.

No era de los que, deslumbrados por la apariencia multiforme de la sabiduría moderna, acaparan sin orden y de prisa conocimientos de mucha copa y escasa raíz, con lo que por su peso excesivo se vienen a tierra, como esos árboles de pega que suelen clavar en las calles de los pueblos los días de fiestas públicas, para que parezca alameda lo que no tiene álamos; antes era Escobar de los dichosos que entienden que sabe más del mundo el que percibe su belleza y armonía moral que el que conoce el modo de aparecer, lidiar y sobrevivir de las criaturas que lo habitan. Ni era de esos literatos de índice y revista, muy capaces de refreír en sartenes lustrosos materiales ajenos, pero menos conocedores de la belleza verdadera, y menos dispuestos para gozarla que los que, como Escobar, estudiaron la literatura con maestros depurados en el griego y el latín, no para copiar, como los que calcan un dibujo, sus imágenes, órdenes y giros, sino para aprender, como con lo griego se aprende, que sólo en la verdad, directamente observada y sentida, halla médula el escritor e inspiración el poeta.

Así se iba él, recordando y soñando, por aquel valle real, más bello que los de Claudio de Lorena, en que levanta, a la falda del Avila azulado, su pintoresco caserío Caracas; o "de codos en el puente", como Milanés, pasaba horas mirando a las hondas barrancas del Anauco jugueteón, que corretea por entre la ciudad, vestido de flores. como un pastor travieso; o engañaba los domingos en paseos amables por las cercanías, recordando, del brazo de un amigo, las hazañas de Páez, o los discursos de aquel otro llanero Sotillo, que no sabía hablar al pueblo sino a caballo y con la lanza, o los días de oro en que su amiga Elena Hahn, como aquella maga que sacaba flor con su mirada al ramo seco, reunía a sus pies el ingenio, el valor y la poesía, de cuyas fiestas y certámenes hablaba Escobar con la ternura con que el amante respetuoso alza del fondo del cofre de sándalo el ramo de violetas secas. Y fue lo singular que en aquella alma fina, tan mansa en la ternura como magnífica en la indignación, residían por igual, como en todo hombre verdaderamente superior, la poesía y el juicio, y la misma florida imaginación que compuso cuadros magistrales en la "Elegía a Vargas", o en la "Lira" al caballeresco Carlos Madriz, adivinaba con tal viveza los móviles de los hombres y el poder del interés en sus actos, que en el oficio de corredor a que lo llevó la fortuna no había quien combinase una proposición de remate de la deuda con más habilidad, ni comprador más cauto o consejero más feliz que este insigne poeta.

Pero lo que ganaba en este oficio, ¿llegaría a manos de aquellas hijas que eran la corona de su vejez, o se quedaría al paso en las manos de un amigo? En las del amigo solía quedarse, aun cuando no fuese menos la necesidad en la casa propia, donde, sin recordar lo que había dado, se preparaba, dando paseos y recitando versos, a salir vencedor sobre los negociantes de oficio en el remate de la tarde. Y era de ver cómo, cuando sentía el alma a sus anchas, padecía hasta llorar por las desdichas de sus amigos: "¡Que en esto se vean estas almas de príncipe!" "¡Que este hombre, que es la misma virtud, tenga que empeñar en su tierra el reloj para comer!" "¿Qué somos, sino sombras, los que no hemos tenido miedo a ser honrados?" "¡Me habría muerto ya de la tristeza que veo, si no fuera yo como los árboles, que tienen el corazón en el tronco!" "¡Busco, sí, busco, en emociones locas y ligeras, la satisfacción del anhelo mortal de la hermosura y el olvido de la pena pública!" "¿A tal? Sí, conozco a Tal; es como aquellas malezas que son por de fuera todo fragancia y verdor, y bajo cuya mentida lozanía, replegándose para saltar sobre el viandante con más fuerza, se esconde la serpiente." "Cuando entré en las bóvedas a ver a Heraclio Guardia, me parecía que se pegaban a la frente dos alas de búho." "¡Vengan, hijas mías. vengan a decir adiós a este huésped que se nos va de nuestra tierra; y dente para que se lleve lo mejor que tengamos!" Y la hija mayor entró en la sala conmovida, trayendo en las manos una caja de nácar. Así eran, ¡oh Carmen!, ¡los versos de tu padre! ¡así, pura en la adversidad, fue su alma egregia!

El Economista Americano. Nueva York, febrero de 1888

3

JUAN DE DIOS PEZA

Cuentan los diarios de México que, a su vuelta de Jalisco, que es todo un pensil, salió la ciudad a recibir a Juan de Dios Peza; los amigos con sus brazos, las sociedades con sus presidentes, las niñas de las escuelas con ramos de flores y la chinacas con sus sombreros de ala ancha, que saben ser hurras para los poetas y escudos para la libertad. Yo temblaba de gozo leyendo este homenaje al poeta favorito, al hijo leal, al padre infortunado, a aquel a quien durante dos años vi a mi lado trabajar y

pulir la prosa rica y sensible, nunca el verso, que fluía de su pluma como el agua de la fuente, rebotando al brotar, luminosa y excesiva, caracoleando al sol que la argenta o al aire que la empuja; desgranándose, como un collar, en la cuenca donde se mecen en el agua clara los lirios y nelumbios; o deslizándose a veces en venas silenciosas por entre el grupo de ángeles de piedra cubierto de moho fresco, tal como después le había de manar del corazón la sangre.

Aún me parece verlo, en aquellas mañanas de oro de la suntuosa Tenochtitlán, entrar por la redacción de "La Revista" con sus rollos de versos nuevos saliéndosele del bolsillo, gacho el sombrero, negro el cabello y la patilla a lo andaluz; risueños los ojos, la boca joven y encarnada; blanco como mármol el color. La prosa, no la había escrito; y con sus manos soñolientas empezaba a contar que en tal pueblo se había "inaugurado un puente" o que "nuestro licenciado...", todo con muestras de la mayor desdicha, y como puede sufrir una rosa coqueta en la noche que recata del mundo su hermosura: ¡era la poesía, aquella poesía suya agraciada y femenina, que no era aún fruta, sino flor, y fue la primera hija juguetona y mimada del que debía amar tanto a sus hijas!

La sonrisa no se le caía de los labios ni el sombrero de sobre los ojos. Cada gacetilla acababa en rimas, cuando no salía rimada toda ella. Y de cada dos, una había de ser un elogio de alguien, y mejor si el que había que elogiar era un poeta. Siempre le esperaba una cita de amor y de amistad; tal "china" que se ponía, para que él se lo viese, el vestido popular, lo único acaso que amaba el poeta en ella; tal Julieta, que le dejaría caer, al pasar, una hoja de magnolia o un jazmín del Cabo; tal caballero de la lira, entre quienes tenía él sus mejores amistades. Y volvía por la tarde, recitando los versos nemorosos, y como orientales, que había compuesto por el camino, y que decía como pidiéndonos perdón, riéndose de los ripios, sin fraudes ni énfasis, echado de codos sobre la vasta mesa donde momentos antes había puesto Guillermo Prieto, el "Maestro", fin a una oda lujosa al café, o comentario notable al último libro de economía, o maravillaba a sus oyentes con aquellos discursos improvisados sobre la historia y costumbres del país, que eran descargas de fusilería cuya bala graneada resonaba contra el muro, ya sombrero jarano lleno de piedras finas y galones de oro. Ni descuidado ni cuidadoso en el vestir, más amigo de estar en su puesto a las doce que a las diez, guardando para sí las santas penas de su casa, para los versos las cuitas y esperanzas de sus amores de mozo, para su compañero de diario

el título de "ruiseñor", que sólo a él cuadraba; para todo lo censurable una palabra de indulgencia, sólo para los duros de corazón uno que otro chispazo de cólera, ¿quién no quería a Juan de Dios Peza, que era como una flor entre los hombres? ¡Le acusaban de perezoso y no veían que cada mes llenaba un tomo de versos!

Su sonrisa callada era lo único que revelaba lo que, en la cabeza de su padre, cubierta del "polvo del camino de la vida", o en la suya propia, sabía del mundo; y por la bravura con que lo escondía mostraba ser digno del dolor. El poeta debe callar su dolor hasta la hora sublime en que el verso tallado en él busca salida, despedazando las entrañas, para consolar la pena de los hombres con la poesía misma que la pena inspira. Jugaba con sus versos, que eran en sus manos como bandadas de mariposas, que iban y venían por donde quería él que fuesen, a llevar recados, a traérselos, a posárselos sobre la pluma. Leía con poca fe y como quien roba, porque querer y cantar le parecían su deber único; ¿qué ciencia hay que el verdadero poeta no contenga en sí, ni quién que entienda que el plan universal ha de impedir a la fantasía su paso propio, que es el vuelo? La mente tiene, como la Naturaleza, sus leones pavorosos, sus tigres felinos, sus zorras aprovechadas y sus pájaros que vuelan y ven de alto; cada cosa, en sí, es suma y clave del conjunto de las cosas. La poesía de Juan de Dios Peza, coronada ya entonces en el teatro, la tribuna y el libro, era como esos árboles pomposos de la Primavera que no echan hojas, sino mazos de flores.

En Santander lo volví a ver, en la casa elegantísima del cónsul Agustín Lozano. "¿Ha estado Vd. en México?" me había dicho el Cónsul; "¡pues deme Vd. un abrazo!" Y a los pocos momentos, de vuelta de Madrid para su patria, entró Peza, con su hijo en los brazos. El mismo sombrero caído sobre los ojos y la misma patilla a lo andaluz; pero el color no era ya tan fresco, y en la sonrisa, más triste y apretada, se veía como cierto desgano de la vida; ¡no hay caza que fatigue más que la caza de la mariposa! Venía él de sus glorias madrileñas, que me lo han dejado demasiado agradecido; ¿qué sabe él, que en cada poeta ve un hermano, de los intereses impuros que los hombres sagaces levantan a la sombra de las ideas caballerescas y las reconciliaciones simpáticas? Los negociantes,—que son ahora de las dos castas amigables, aunque diversas, de financieros y políticos,—ríen a solas de las grandes virtudes de la gran palabra, de la gran poesía, que estimulan o pagan, según sea menester para el logro de sus planes, pues hay viles que poseen esas majestades, o la apariencia de ellas, y las venden. ¡Tal idea generosa

ha dado la vuelta al mundo, loada por el discurso y puesta en el mismo cielo por la lira, sin más objeto que el de establecer una nueva línea de vapores!

Juan de Dios Peza no ve del mundo más que lo que lleva en sí, que es la generosidad; si el hombre es malo, él no lo ha de decir, ni él lo quiere saber. ¡Todos los ogros del mundo no le comerán las rosas de su alma! ¿Qué importa que el Universo se cubra de luto si, más lucente mientras más es la cerrazón, florece perpetuamente a la aurora? El que lleva la belleza en sí, ¿cómo creará en lo feo del Universo? No; sino, como Peza, transformará en beldad la pena y devolverá en consuelo al mundo el pesar que de él recibe. El dolor embellecerá sus versos, como embellece los lirios del valle de Cachemira la luz de la noche; ¡por eso, porque padece, está haciendo versos tan hermosos! Padeecer es un deber, y, acaso, una necesidad de los poetas. ¿Cuándo, sino cuando ha pasado por el fuego, viene a ser transparente y como hecha de rosas la porcelana? ¿Con qué se escribe bien en prosa o verso, sino con la sangre? El que no la ha perdido, ni sabe escribir, ni sabe leer. Lo que escribe el dolor es lo único que queda grabado en la memoria de los hombres. Pero, ¿de qué dolor no te curará ¡oh amigo mío! ver que las niñas de tu ciudad, vestidas de blanco, salen a recibirte con ramos de flores?

El Economista Americano. Nueva York, 1888

P Á E Z

- 1. UN HÉROE AMERICANO**
- 2. PÁEZ**

UN HÉROE AMERICANO

TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DEL GENERAL JOSÉ A. PÁEZ DE NUEVA YORK
A VENEZUELA.—SOLEMNE DEMOSTRACIÓN.—PÁEZ EN NUEVA YORK

*Su vida.—El hato.—Primeras correrías.—Hazañas.—El ejército.—El
Coplé.—Las Queseras.—Carabobo.—Su negro.—Su caballo.—Mag-
nanimidad.—La primera lanza americana*

Nueva York, 24 de marzo de 1888

Señor director de *La Nación*:

¿Por qué este sol riente, estas calles concurridas, este fragor de artillería, este clamor de clarines, este ir y venir de los edecanes a caballo? Están llenos de coches los alrededores del cuartel del regimiento 12 de milicias. La mañana está fría; pero la concurrencia es grande. ¿Quién llega, que todo el mundo le abre paso, y nadie le saluda sin cariño? Trae en la mano el tricornio con una pluma negra; ¿cómo puede sostener sobre esas piernas infelices ese torso gigantesco?: lleva con trabajo su pecho hercúleo y sus espaldas anchas; las charreteras se encajan en los hombros, como las guardas de plata en la esquina de un misal antiguo; la cabeza es redonda, cana y al rape: quien ha visto los de un toro a punto de arremeter ha visto sus ojos; pero como se ha codeado de cerca con la muerte, como han caído a sus pies, sonriendo y aclamándolo, sus escuadrones, como ha conquistado en el peligro su grandeza, temple los ímpetus de su mirada una magnífica benignidad: los ojos son viscosos, turbios, como estrellados: le caen por ambos lados de la barba dos bi-

gotes mandarines, negros: ¿quién es, que nadie lo ve pasar sin admiración?: ¡es Sheridan, que como Sherman, el que ayudó a Grant a cerrar sobre Richmond la confederación exangüe;—como John Sherman, su hermano, candidato hábil a la presidencia;—como Sickles, el que de una arremetida arrebató a los confederados la victoria de Gettysburg, y volvió con una pierna menos, pero con la gloria; como Flower, que empezó de calles y es ahora poderoso empresario; como Hewitt, que disputa a Depew la representación del espíritu yanqui en la lucha vecina contra el europeísmo vencedor; como cien más, honra del congreso y la iglesia y la banca y el ejército y la república, han venido a acompañar, sin miedo al frío que muerde, hasta el muelle donde una lancha los llevará al buque de guerra que los transporta a Venezuela, los restos, harto tiempo solitarios, de José Antonio Páez, de aquel que sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más estrategia que el genio, ni más ejército que su horda, sacó a Venezuela del dominio español en una carrera de caballo que duró dieciséis años.

Allá va por la Quinta Avenida la procesión. Ayer estuvo su féretro expuesto con guardia de honor en la Sala Consistorial, que tiene de años atrás en sus paredes el retrato del llanero, vestido ya de persona mayor: la cabeza bien sentada, de pelo cano y crespo, boca benévola y sensual, y ojos radiantes y maravillosos: cadena de oro por toda la pechera: chaleco blanco: ¡no había sobre el ataúd más que cinco coronas! Allá va la procesión, que a las diez salió del cuartel, y a las cuatro llegó al muelle.

La policía montada la abre: la manda Sickles, desde un carruaje abierto, con su capa azul sobre los hombros, y su muleta al lado: siguen las baterías, con sus obuses relucientes; batallones de tropa de línea; regimientos de la milicia de la ciudad: Sheridan a la cabeza de los húsares: la milicia del séptimo, que es el lujo de Nueva York, guardando el carro fúnebre, el carro negro. Sherman y los comisionados de Venezuela, los generales, los magistrados, los representantes, los ministros, los cónsules, los neoyorquinos ilustres, los hispanoamericanos fieles, en doble hilera de carruajes. Las músicas vibran. Las venezolanas saludan desde un balcón con sus pañuelos.

Las aceras están llenas de curiosos. ¡Esa música heroica, ese estruendo de cureñas, ese piafar de la caballería, esos uniformes galoneados, esos carruajes de gente civil, son cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar en la defensa de la libertad los grados y riquezas que otros ganan opri-

miéndola y morir al fin recomendando a sus compatriotas que “como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen sus armas”! Erró después: creyó que el brazo es lo mismo que la frente, vencer lo mismo que juzgar, pelear lo mismo que gobernar, ser caudillo de llaneros lo mismo que ser presidente de república; pero ¿quién que sea digno de mirar al sol verá antes sus manchas que su luz? Cuando loan hoy aquí en lengua extraña sus hechos extraordinarios ¿no los loaremos en la misma lengua en que él dijo ¡Desnúdense! en el Coplé, y en las Queseras ¡Vuelvan caras! ¡Recuérdese a los héroes!

Bien lo recuerdan aquí sus amigos de antes, que son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos a la presidencia de la república, y oyeron con asombro en su mocedad las proezas del llanero épico que con la hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en Nueva York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. “Todavía nos parece verlo, dicen, cortés y verboso, más instruido en batallas que en leyes, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos”. ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombre que cargaban, como Sánchez, un cañón a cuestras, de aquellas mujeres que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: “Prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero”; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer el potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo.

Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza incansable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que con la redención de las Antillas coronara su obra.

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vio la luz a la orilla del agua en que había de librar en ella batalla de caballerías, como en la tierra firme. Que comer tenían sus padres; pero no más. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la Sra. Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares: cartuchos de pulpería

y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió a su tío el pulpero, de mancebo, y por la tarde le ayudaba a sembrar el cacaotal: pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se bañase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio: a lomo pelado, sin más rienda que las crines, salió a la doma del potro salvaje, rebotando, mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando: escarmenaba cerdas para los cabestros o echaba correas a la montura en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en su cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos: "yo no le pregunto si sabe nadar", le decía Manuelote, "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado": su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la "tapara" la bebida, y la cama un cuero seco; y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó a la puerta de su novia, en los domingos y en las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte: y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo o de la víbora enroscada, surgen a las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallido y chispazos, el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la Sra. Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye a lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río: se les va encima: los llama a pelear: les pica el belfo de los caballos: finge que huye: se trae a las ancas toda la caballería, "¡vuelvan caras!" dice, y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, ¡clavó contra la selva a seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza! Así venció en su primera pelea formal, en la Mata de la Miel: así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin jinetes, porque a lanzazos los sacó de las sillas,

todos los caballos de López! "¡A vengar a mi negro Camejo!" dijo en Carabobo: carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas las lanzas coloradas, ¡y es libre la América!

Tres años sirvió de soldado en la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que a sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro a treinta jinetes? ¿"el tío", "el compadre", "el mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba de un saetazo al puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba el toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, a ser capitán de los patriotas, que a poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño, ¡porque frente a frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: "¡A mí los más pesados!" Lo habrían matado de noche, como a todos los presos, a lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿Adónde irá ahora Páez? ¿a buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, a rescatar a sus compañeros! "¿Quién vive?" le grita la guardia. "¡El demonio, que pronto vendrá a cargar con ustedes!" Vuelve riendas: "¡Adelante!" grita a un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcaide dudoso. Saca libres a ciento quince presos. Abre otra cárcel, llena de mujeres.

Sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y a quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin afectar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, a levantar ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos: en los llanos, leales al rey; ¡pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar a los cinco reclutas cómo es verdad que tiene, por lo cercano, una compañía que nunca llega: topa con una banda de indios: los aterra: los hace echar al suelo las flechas: con todas ellas y los arcos ata un haz: y se lo echa a la espalda, y entra en el pueblo con los indios cautivos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía.

Con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los "Bravos de Páez"; con el aguardiente y sus palabras enardece de tal modo a los indios de Canabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de las heridas, y mueren abrazados a los cañones.

Cuando no tiene más, sale a campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? Si le faltan barcas con que defender el río, ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen a cañonazos, corriente arriba? por eso escogió Páez de pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son los caballos nadadores. ¡Ni los hombres, ni las bestias, ni los elementos le habrán de hacer traición!; porque él, que al empezar la pelea cae a veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir a recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate, se va detrás del enemigo con un niño por único compañero. mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga a sus lanzas de este modo en la Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto, lo paso por las armas!"; él no humillará jamás a un bravo, ni se enseñará contra el vencido. Al pujante Sánchez sí lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpe en palabras descompuestas e impropias del momento en que se hallaba", lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonor sus armas descabezando prisioneros indefensos, ya "al caer la quinta", no puede refrenar la indignación que lo sofoca; para al bárbaro, acude a su superior, defiende a los prisioneros delante de la tropa. "¡No; ni la más estricta obediencia militar,—escribió luego,—puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo!"

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de amigos traidores y jefes celosos, a la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le para el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva a la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar a los caimanes, por los esteros cenagosos, sacando a pujo de brazo su animal ahogado; por los llanos encendidos entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y

vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, a disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, cantando, afilando el chuzo de albarico, asegurando la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido". con unas calzas de bayeta roídas hasta media pierna.

Cruzan los ríos con las armas y la montura a la cabeza: al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero: si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan lo pesado dentro, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir a un yagual, descubren a un hombre encucillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra: tiene a sus pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula o clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite: un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido.

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aún tienen su plan en el cerebro, ya Páez está a sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardides del español, y calcula con exactitud los movimientos que deben hacer de sus defectos y virtudes. Obedece a sus presentimientos y se salva.

Al azar nada fía, y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo.

Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo a brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras, la de Carabobo!

Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se repliegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver a una sobre el enemigo dividido; vuelven a escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba a citar a combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba a la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie a tierra; va a venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche hundidos en el estero.

Vienen a cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan a la borda, se zambullen en cuanto luce la mecha del cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, a echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos a la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asaltan de noche a caballo por el mar, y lo toman. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez a Bolívar, quiere el héroe impaciente vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras", dice Páez: sus bravos se desnudan, y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano, y con la otra guían a su cabalgadura; llegan a las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo a la cubierta, ¡de la cubierta a la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando ijar contra ijar, con luces émulas, centelleándole los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo a los de Morales con el cuento de la lanza, cuando de herir a los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando señalándole al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos a su caballería desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas, a sus plantas: de un vuelo del brazo cita a los

jinetes que le quedan, ¡y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valence y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fue tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento de ser fiel a Bolívar: ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años a la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota o en las jaulas, venció—nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaula la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dio salida libre del castillo, a tambor batiente y bandera desplegada.

Ya llegó al muelle la comitiva, las calles levantaban las cortinas, para ver pasar al extranjero. Las calles pobres, de polacos, de italianos, de negros, se agolpan a oír la música, a "ver lo que es" a alegrar los ojos cansados con los colores de los uniformes, y los penachos, y la caballería. Los niños aplauden desde las ventanas a los veteranos mancos. A un negro colombiano, que se abrió paso al borde de la acera, le corren las lágrimas a hilos. Se forma en línea la milicia, las baterías, el escuadrón de húsares. ¿Es que lo quiere así el alma piadosa, o es que de veras, al sacar del carro fúnebre el ataúd, parece el aire como más luminoso, y los caballos no piafan, y no se oye más que el silencio? Ocho marinos lo cargan en hombros. "¡Cerca, mi Dios, de ti!" toca la banda: Sherman baja los ojos. Sheridan levanta la cabeza. ¡Todos los sombreros en las manos!

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 13 de mayo de 1888

2

PAEZ

Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciséis

años. En parada solemne fue escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regimiento de milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela. Abría la parada la policía a caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria: la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban el séquito con sus pañuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules. neoyorquinos e hispanoamericanos. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que, "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas". En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7º Regimiento, del fiel amigo Bèbus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. "¡Cerca, mi Dios, de ti!" tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro a la lancha, en hombros de ocho marinos. En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde,

en su destierro de veinte años en New York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. Sus amigos de entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos a la Presidencia de la República. "Aún lo recordamos", dicen, "cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano o en alguna centella de los ojos". ¡Aún recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, un cañón a costas; de aquellas mujeres, que decían a sus esposos, como la de Olmedilla: "prefiero verte revolver en tu sangre antes que humillado y prisionero"; de aquellos jinetes que amansaban al amanecer al potro salvaje con que a la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo. Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró a aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, a que coronara su obra.¹⁵

¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de "Junín", "que va magnífico", para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde Junín tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que "no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?" Bolívar si lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, ¡a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez si lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, ¡volvió a pedir su caballo y su lanza! ¡Oh, llanero famoso! tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan a sus

¹⁵ Por ser igual, salvo el cambio de unas pocas palabras aisladas, no se reproduce en este artículo lo escrito ya por Martí en su anterior crónica sobre Páez publicada en *La Nación* de Buenos Aires, o sea desde "Nadie comenzó su vida..." hasta "... bandera desplegada", que intercaló en este artículo de *El Porvenir*. Véase en este mismo tomo las páginas 213-219.

héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan en la guerra; ¡pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos! ¡Dondequiera que estés, duerme! ¡Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!

El Porvenir. Nueva York, 11 de junio de 1890

SAN MARTÍN

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fue sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: “¡Murcia!” Era el niño pobre de la aldea jesuita de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento a los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre a su espada, fue por Maipu a redimir el Perú; se alzó protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores. Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura, visible o disimulada, hasta que por sus yerros se vio minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, a la orilla de uno de los ríos portentosos de América; aprendió a leer en la falda de los montes, criado en el pueblo como hijo del señor, a la sombra de las palmas y de los urundeyes. A España se lo llevaron, a aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y a los doce años, el niño “que reía poco” era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinta y cuatro años, a pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crió en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan

y sistema por la independencia de América; y a las órdenes de Daoiz y frente a Napoleón aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original; contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más que la fama de su arrojo, ni pide más que "unidad y dirección" "sistema que nos salve de la anarquía", "un hombre capaz de ponerse al frente del ejército". Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. "No hay ejército sin oficiales." "El soldado, soldado de pies a cabeza." Con Alvear, patriota ambicioso de familia influyente, llegó San Martín de España. A los ocho días le dieron a organizar el cuerpo de granaderos montados, con Alvear de sargento mayor. Deslumbra a los héroes desvalidos en las revoluciones, a los héroes incompletos que no saben poner la idea a caballo, la pericia del militar de profesión. Lo que es oficio parece genio; y el ignorante generoso confunde la práctica con la grandeza. Un capitán es general entre reclutas. San Martín estaba sobre la silla, y no había de apearse sino en el palacio de los virreyes del Perú; tomó los oficiales de entre sus amigos, y éstos de entre la gente de casta; los prácticos, no los pasaba de tenientes; los cadetes, fueron de casas próceres; los soldados, de talla y robustos; y todos, a toda hora, "¡alta la cabeza!" "¡El soldado, con la cabeza alta!" No los llamaba por sus nombres, sino por el nombre de guerra que ponía a cada uno. Con Alvear y con el peruano Monteagudo fundó la logia secreta de Lautaro, "para trabajar con plan y sistema en la independencia de América, y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia"; para que, "cuando un hermano desempeñe el supremo gobierno, no pueda nombrar por sí diplomáticos y generales, ni gobernadores, ni jueces, ni altos funcionarios eclesiásticos o militares"; "para trabajar por adquirir la opinión pública"; "para ayudarse entre sí y cumplir sus juramentos, so pena de muerte". Su escuadrón lo fue haciendo hombre a hombre. El mismo les enseñaba a manejar el sable: "le partes la cabeza como una sandía al primer goda que se te ponga por delante". A los oficiales los reunió en cuerpo secreto; los habituó a acusarse entre sí y a acatar la sentencia de la mayoría; trazaba con ellos sobre el campo el pentágono y los bastiones; echaba del escuadrón al

que mostrase miedo en alguna celada, o pusiese la mano en una mujer; criaba en cada uno la condición saliente; daba trama y misterio de iglesia a la vida militar; tallaba a filo a sus hombres; fundía como una joya a cada soldado. Apareció con ellos en la plaza, para rebelarse con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros. Arremetió con ellos, caballero en magnífico bayo, contra el español que desembarcaba en San Lorenzo la escuadrilla; cerró sobre él sus dos alas; "a lanza y sable" los fue apeando de las monturas; preso bajo su caballo mandaba y blandía; muere un granadero, con la bandera española en el puño; cae muerto a sus pies el granadero que le quita de encima el animal; huye España, dejando atrás su artillería y sus cadáveres.

Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, "que gobernaba al gobierno", pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín con los hombres políticos: "existir es lo primero, y después ver cómo existimos", "se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos"; "hay que echar de aquí al último maturrango"; "renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos"; "háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres"; "esta revolución no parece de hombres, sino de carneros"; "soy republicano por convicción, por principios, pero sacrificio esto mismo al bien de mi suelo". Alvear fue de general contra los españoles de Montevideo, y a San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño a levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente a Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquél era su pueblo; de aquel destierro haría él su fortaleza; de aquella altura se derramaría él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército con que los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vio, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡Mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta con que ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo u otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba,

como todos ellos, por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja, y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que sólo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América, que lo llevaría a la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó a sus ojos las diferencias, útiles a la libertad, de los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía, como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza; y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo sólo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree e impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la comarca contenta se reconocía; y vino a ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo extremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar a América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria; pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía por que herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina,—entre el puchero y el cigarro negro,—dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra trajinada parecía un jardín; blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo; bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía; los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos a fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos tiradores, el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas a sus puertas; el que en los conflictos de

justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que sólo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: “aquí no hay más obispo que yo; predíqueme que es santa la independencia de América”. Al español: “¿quiere que lo tenga por bueno? pues que me lo certifiquen seis criollos”. A la placera murmurona: “diez zapatos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas”. Al centinela que lo echa atrás porque entra a la fábrica de mixtos con espuelas: “¡esa onza de oro!” Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que empuñó a los españoles: “¡se las desatará el último suplicio!” A una redención de cautivos la deja sin dinero “¡para redimir a otros cautivos!” A una testamentaria le manda pagar tributo: “¡más hubiera dado el difunto para la revolución!” Derrumbase a su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana. Venía Morillo; caía el Cuzco; Chile huía; las catedrales entonaban, de México a Santiago, el *Te Deum* del triunfo; por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como jirones. Y en la catástrofe continental, decide San Martín alzar su ejército con el puñado de cuyanos, convida a sus oficiales a un banquete y brinda, con voz vibrante como el clarín, “¡por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!”

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando a su gobernador, que parece ceder ante el que viene a reemplazarlo; que menudea ante el Cabildo sus renunciaciones de palabra; que permite a las milicias ir a la plaza, sin uniforme, a pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, a quien osa venir a suceder, con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene a Cuyo; al que no puede renunciar a sí, porque en sí lleva la redención del continente; a aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria; de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio; de los chacareros, que le traían orgullosos el maíz de siembra para la chacra de la tropa; de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín a los cuyanos, y la raíz que sale al aire paga contribución; pero les montó de antes el alma en la pasión de la libertad del país y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos

viejos: por acuerdo de los decuriones del Cabildo. Cuyo salvará a la América. “¡Denme a Cuyo, y con él voy a Lima!” Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el Cielo a quien le pone en el Cielo. En Cuyo, a la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos; dinero, el de los cuyanos; carne, el charqui en pasta, que dura ocho días; zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine; ropa, de cuero bataneado; cantimploras, los cuernos; los sables, a filo de barbería; música, los clarines; cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala a bala; las toma en peso; les quita el polvo; las vuelve cuidadosamente a la pila. A un fraile inventor lo pone a dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas; y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque “no hay ejército sin oficiales matemáticos”. Por las mañanas, cuando el Sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el campamento abierto en el bosque, a los chispazos del sable de San Martín, los pelotones de reclutas, los granaderos de a caballo, sus negros queridos; bebe de su cantimplora: “¡a ver, que le quiero componer ese fusil!” “¡la mano, hermano, por ese tiro bueno”; “¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!” O al toque de los clarines, jinete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: “¡recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen sólo se hacen en el campo de instrucción!” Echa los oficiales a torear: “¡estos locos son los que necesito yo para vencer a los españoles!” Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma a seis mil hombres. Un día de sol entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Virgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue a los tambores, el pabellón azul: “Esta es, soldados, la primera bandera independiente que se bendice en América; jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!”

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en pjaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de la artillería, con las dos mil balas de cañón, con los novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, a los flancos. Delante va Fray Beltrán,

con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar a los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escañando, pecho a tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van a caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco, como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. A los pies, en las nubes, vuelan los cóndores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer a su ejército reconcentrado! San Martín se apea de su mula, y duerme en el capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Soler, ganó, a son de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, lo había acorralado, colina a colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el mediodía cuando, espantado el español, reculaba ante los piquetes del valle, para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba a los artilleros sobre sus cañones. Caen todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió a Chile y aseguró a América la libertad, escribió San Martín una carta a “la admirable Cuyo” y mandó a dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; a Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, “porque tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político”; coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar a Lima mientras la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los “¡pobres negros!” que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara a su amigo O'Higgins, a quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina, desde su casa de triunfador en

Santiago,—donde no quiere “vajillas de plata”, ni sueldos pingües,—el poderío del virrey en el Perú; suspira, “en el disgusto que corroe su triste existencia”, por “dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza”; arenga a caballo, en la puerta del arzobispo, a los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Maipú.

Del caballo de batalla salta a la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia fuerza a Buenos Aires, azuzado por la logia, a que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar a uno de la logia a buscar rey a las cortes europeas,—a tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cochrane, ausente de su pueblo “por no verlo oprimido sin misericordia” por la monarquía,—a tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido a las demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando a O’Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cochrane le había, con sus correrías hazañosas, abierto el mar a la expedición del Perú; cuando iba por fin a caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y a asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires a rechazar la invasión española que creía ya en la mar, a defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, a apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la bandera chilena, a sacar al español del Perú, con su patria deshecha a las espaldas. “¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!”; de esta campaña “penden las esperanzas de este vasto continente”; “voy a seguir el destino que me llama”...

¿Quién es aquél, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Montegudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir la banda de las damas limeñas “al patriotismo de las más sen-

sibles”; el “emperador” de que hacían mofa los yaravies del pueblo; el “rey José” de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la “Sociedad Patriótica” cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba a Europa a un dómine a ojear un príncipe austriaco, o italiano, o portugués, para el Perú. ¿Quién es aquél, que sale, solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá, barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque “la presencia de un militar afortunado es temible a los países nuevos, y está aburrido de oír que quiere hacerse rey”; que deja el Perú a Bolívar, “que le ganó por la mano”, porque “Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra a los maturrangos”. Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega a Chile, con ciento veinte onzas de oro, para oír que lo aborrecen; sale a la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, a una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la ambición.

Se vio entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vio en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía a un amigo; legó su corazón a Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

1. IGNACIO ALTAMIRANO

2. MARCO AURELIO SOTO

IGNACIO ALTAMIRANO

Cuando la guerra; cuando se tuvo y desperdió el primer cariño de América por los héroes cubanos; cuando en una fiesta de circo las mexicanas, como cubanas, regalaban sus joyas para ayudar a la independencia de Cuba; cuando la América sagaz veía ya en la independencia de Cuba la de nuestro continente, inseguro sin ella, o con ella, por lo menos, mucho más seguro,—un mexicano de raza india nos amó y nos proclamó; un mexicano que ha muerto. El gesto imperante de Ignacio Altamirano parecía decretar, faz a faz de la historia, la suerte de una familia de pueblos libres.

Hoy, entre los lauros de París y la pena de los americanos, acaba de caer el indio precoz a quien declaró “ente de razón”, antes de los años de ley, la autoridad de su tiempo; el orador tonante de la Constitución, el guerrillero que picó las espaldas al imperio de Maximiliano, el magistrado disertador, el amigo de los estudiantes, el crítico fino y laborioso, el que puso a los versos que envió al puertorriqueño Betances, en memoria del 14 de Julio, su firma de “indio, americano y demócrata”; el que ha mandado que quemasen su cuerpo para que sus cenizas vuelvan a la tierra donde habló por la libertad y peleó por la patria.

Patria. Nueva York, 24 de marzo de 1893

MARCO AURELIO SOTO

Cuando entramos en el descanso necesario, allá por 1878, el mundo se puso oscuro para mucho hombre valiente, y mucho peleador salió a la mar sin más ropa que la que llevaba de limosna, ni más baúl que su amargura: ¿adónde asilar la mujer que con sus manos de amor curó tantos heridos, y en el silencio del bosque oyó sin miedo el fuego de

donde podía volverle muerto el esposo? ¿dónde, en las tierras extrañas, hallar trabajo con que dar pan a los hijos, a los hijos nacidos en campaña del amor imperecedero de los hombres que sabían morir, y de las mujeres que sabían amarlos? A veces, en aquellos sombríos días, un anciano ilustre cargaba al hombro, porque no tenía con qué pagar al cargador, agua para su familia; y su niño, un ángel de los combates, nacido con la vehemente luz de las criaturas que vienen al mundo en la hora desinteresada y conmovida del alma de sus padres, le decía, juntando hacia la tierra sus dos manecitas: "¡ay, papá, cómo te ha puesto la pobre Cuba!" Así andaban los héroes por la tierra, y un hombre amigo abrió, muy anchos, sus brazos de presidente, y acogió en ellos a los americanos infortunados. Fue Marco Aurelio Soto, que presidía entonces a Honduras. Ahora, de paso a París, pasa Soto por New York, para ver al hijo a quien tiene, estudiando realidades, en el colegio de Estrada Palma; y viene lleno de los cariños que con justicia acaba de tributarle Centro América, que no quita los ojos de él y lo ve crecer en su retiro. No tiene Soto, sin embargo, afecto más seguro en su propia tierra, ni familia más leal, que la que, rico o pobre, presidente o no, le guardan, creciendo con el tiempo, los cubanos agradecidos. Y luego, ¿no hemos de ser mañana, en liga amplia y prudente, una nación majestuosa, en que se una la laboriosidad que fomenta y disciplina las repúblicas al sentimiento que las conserva? Del orín de los coseletes y quiijotes, y de entre los indios que resucitarán, empieza a salir en América el alfabeto de luz.

Patria. Nueva York, 15 de septiembre de 1893

DISCURSO

*pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana
en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893*

Señoras, señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalon de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio, ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en

el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía, y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria";—mujer fue la colombiana, de saya y algodón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres;—mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: "jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes";—mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él;—mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador;—mujeres, las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes

era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebatada. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos. ¿cómo los desaharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas: y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos.—¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienas, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre: en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando:—¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!—Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vio, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Tupac Amaru: el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma: dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva: en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo: y Berbeo pasa, más muerto que ninguno,—aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo,—porque para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria: ¡y, de esta alma india y mestiza y blanca hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez con ella; en la hermandad de la

aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas: ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura:—de las eternas nieves, ruedan, desmontadas, las aguas portentosas: como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos: por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española: los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado: ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido: otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el bello encendido la bandera libertadora. ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el

gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza, a ver a Páez en las Queceras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

... Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienas enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: “¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?” Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los celos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo: acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redañó, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas: erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos,

cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! “¡José! ¡José! vámonos, que de aquí nos echan: ¿adónde iremos?”...

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliendo por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al

héroe,—y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

Patria. Nueva York, 4 de noviembre de 1893

1. LA FIESTA DE BOLÍVAR EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA
2. PAEZ Y UN CUBANO
3. EL DÍA DE JUÁREZ
4. FEDERICO PROAÑO, PERIODISTA

LA FIESTA DE BOLÍVAR EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este modo o de aquel y les bañara los cascos con cocuiza, y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones: con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico: y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto malhumorada, de las causas por que cayó la primera república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate: andar, hasta vencer: el que anda, vence.

Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia: su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural: mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo, y obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agradar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *cholo* del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo, pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada, envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo, hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo, abrazándose en Guayaquil con San Martín entristecido, presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca, entrando de lujo al Potosí, a la cabeza de su ejército conquistador, mientras los pueblos y montes le saludan, y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar: ¡los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

La "Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York" convidó el 28 de octubre a una fiesta en honor de Bolívar, y fue la ocasión digna del héroe. Hinchido estaba el salón histórico de la Sociedad. Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos, de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fue, cargada de flores, a la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló tal vez mejor que nunca cuando anunció la libertad a "las hijas del Sol". Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo, y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene, que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular, y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo e inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fue sobrio y majestuoso tributo al creador americano: era como

rosa de oro cada luciente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el descendiente de un hombre que astilló mucha lanza española cuando Bolívar, el general Domingo Monagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído a la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera propia de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realzada por conceptos felices de la obra del Libertador, fue la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo, calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Calcaño, aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de "¡Fuego!" La cercanía de *Patria* a José Martí prohíbe decir más ahora que la ternura visible con que, de sus labios de cubano, oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América: de él sólo recuerda *Patria* estas palabras: "Quien tenga patria, que la honre: y quien no tenga patria, que la conquiste: ésos son los únicos homenajes dignos de Bolívar." ¡Y eso, y no palabras, es lo que bulle en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche!: ésta es hora de andar, más que de decir: el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló las flores de Bolívar.

Patria. Nueva York, 31 de octubre de 1893

2

PÁEZ Y UN CUBANO¹⁶

Mucho recuerdo hay en que andaa juntos el general Páez y los cubanos, y a no ser por los vecinos del Norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador. Cubanos lo rodeaban siempre en su destierro: Luis Felipe Mantilla fue muy su amigo, y como el secretario de su literatura: a los cubanos, cuando ya apenas podía tenerla, ofreció de buena voluntad su lanza: los cubanos lloraron largamente al héroe, más grande que los errores políticos con que sus interesados consejeros estuvieron a punto de manchar su gloria.

¹⁶ Véanse también los trabajos *Un héroe americano* y *Páez*, en este mismo tomo, páginas 211 y 219.

Días atrás, hablando de él, y del cariño que tienen por Cuba los venezolanos nuevos, recordaba un cubano de años cómo y cuándo acompañó a Páez en días difíciles. Y el cuento es de interés, porque pinta al hombre—y a los hombres. Fue cuando en aquellas luchas en que la gente solariega de su país, que Páez por su sencillo origen miraba con supersticiosa e inmerecida consideración, quiso valerse de su espada y engolosinarlo con un mando ficticio, para oprimir la libertad naciente, so capa de defender la autoridad social. Entró Páez en Caracas, derrotado, de vuelta de Petare, sin sombrero, rojo como la sangre, con tal empuje, que subió a caballo los siete u ocho peldaños de la escalinata. El pueblo lo aclama, pide que salga al balcón, sale Páez, y echa entre la gente la vaina de su sable. “Mi espada no se envainará—les dijo—hasta que el pueblo no me devuelva la vaina, después de que lo lleve a la victoria”. Y calmó la exaltación desesperada. Pero no era aquella vez la de vencer, porque ya no defendía a América, caballero lanceador a la cabecera de la cuna, como en las Queseras y en Carabobo: ya deslucía la insigne gloria, poniéndola al servicio de la oligarquía que en la independencia sólo vio el modo de despojar a los españoles del poder, para sentarse, sobre el lomo de la patria recién nacida, en los sitios de cordobán vacíos. No era la de vencer, sino la de huir. La noche antes de la salida escribió su hija al cubano del relato que su padre quería verlo. “Llame—decía la esquela—aunque encuentre la puerta cerrada”. Estaban solos, solos, aquellos alrededores, tan cortejados veinticuatro horas antes. “¡Ah, amigo cubano: quiero que me acompañe esta noche a casa del ministro inglés!” Y salieron de noche, Páez y el amigo de Cuba; “y el negro Carmelita y otro oficial negro guardándole la espalda”. Todos los que hallaban al paso: “Buenas noches, señor Don Domingo.” Nadie saludaba a Páez.

Patria. Nueva York, 14 de julio de 1894

3

EL DÍA DE JUÁREZ¹⁷

México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encona y descompone el vecino del Norte. Las dos magnas dificultades que la vida americana ha tenido—en la brevedad de medio siglo—que vencer, fueron

las grandes distancias, que permitían el fomento impune de los caudillajes ambiciosos,—y el poder del clero revolucionario, que con las masas fanáticas mantenía, a guerras azuzadas, el gobierno de los privilegios señoriales. A los hombres de hoy tocó resolver, con los ferrocarriles que el dinero inglés tendió por México, el problema de las distancias, que traía a la zaga el de las rebeliones, grave en tiempo y comarca en que el clero desposeído andaba siempre a la busca de rebeldes que le fuesen dóciles. Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente. El, el tabaquero de New Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera, él, con los treinta immaculados, sin más que comer maíz durante tres años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país. Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus caballos son águilas y sus ojos son flechas. Caen como una avalancha, lancean el aire y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte. El general Escobedo, que luego había de prender en Querétaro a Maximiliano, andaba en apuros por la frontera, y fue a tratar con el cacique libre y a pedirle su ayuda contra el emperador. “¿Y por qué, cacique de dos colores,—le respondió el indio—me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese blanco barbón; peléenla tus blancos. Tú te sometiste; echa a tu amo tú. Yo no me sometí; yo no tengo amo”.

Y ésa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza; ésa es la luz que se ve brillar en los rostros, de blancos y de mestizos y de indígenas; ésa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón, y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho, el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos a cubrir de flores, y a honrar virilmente con la pasión indómita de su independencia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada a los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América—hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten.—Cada

¹⁷ Véase también el trabajo *Juárez*, en el tomo 7, pág. 327.

año es más entusiasta en México el día 18 de Julio.—Y es que la tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte a tiempo, salvó la libertad, y la América acaso; porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo—con su derecho creciente de república trabajadora y natural—su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.

El 18 de Julio estará colgada de banderas la ciudad de las estatuas de bronce y de las casas de azulejos. Los niños de las escuelas marcharán como soldados. Las niñas, vestidas de blanco, llevarán al mansoleo del indio ramos de flores. El pensamiento y la riqueza de la ciudad irán a pie a la tumba, detrás del Presidente que prepara el país híbrido para la república real y sensata. Las mujeres hermosas de Puebla y de Guadalajara, de Monterrey y de Veracruz, aplaudirán a los marciales “cuerudos”, a los soldados fieles a la libertad. El sol republicano caerá del cielo azul. Y brillará, como si fuera de luz, el monumento que, con sus manos flacas de ético, labraba, al sol de la mañana, el mexicano Islas, de barba rubia. La mano sudorosa podía apenas blandir el cincel; y él, pálido de la muerte, golpeaba, de pie ante el mármol, mientras duraba el primer sol. “Me durará la vida hasta que le acabe la figura a mi salvador.” Y le duró.

Patria. Nueva York, 14 de julio de 1894

4

FEDERICO PROAÑO, PERIODISTA

“Anoche dejó de existir nuestro queridísimo amigo Federico Proaño: tengo el alma desgarrada: ¡usted sabe que lo queríamos tanto!” Así anunció José Joaquín Palma, el poeta cubano que sólo ama a los justos, la muerte del incisivo periodista ecuatoriano a Joaquín Méndez, luchador de los buenos por la América criolla y definitiva. Y así era Proaño, que salvó el fresco ingenio de la fatiga y vergüenza del periodismo de oficio en las repúblicas rudimentarias. Es América la taza enorme, hervidero nuevo de las fuerzas del mundo, que llevan a las espaldas unos cuantos héroes y unos cuantos apóstoles, comidos, como de jauría, de todos los

egoístas cuyo reposo turba la marcha de la santa legión: la pelea eterna del vientre contra el ala. A veces el censor tacha, como pudo tacharse a Proaño, que el natural de Guayaquil, a quien echó un déspota a andar descalzo sobre breñas y torrentes por el destierro hasta el Perú, halle mal lo que la tiranía trama en el Perú o el Salvador, y diga su censura, con ira y con fuego, en la tierra extranjera; pero en América, a mirarlo bier, el único extranjero,—imperante aún por la fuerza de su ordenación, y terquedad de agonía, de la teocracia que lo fomenta,—es el espíritu de amo, ridículo y aborrecible y deshonoroso espíritu, que aún nos queda de los tiempos viejos. El descendiente de un presidiario de Palos, de un matón de Flandes, de un mercenario de Nápoles, de un machetero de Aviñón, se cree, por rara heráldica, y maravilla del blanco pigmento, superior al inca y al chibcha, al criollo quemado por su sol nativo, al hijo del pueblo robado y asesinado, a su propio hijo. Las autoridades se buscan y se ayudan: los de alma de amo se juntan: la iglesia, que bebe Málaga y se echa sobrinos, mantiene a los volterianos redomados que en público fungen de carmelitas y dominicos, para que con el consejo a las almas le ayude el clero, en premio del respeto y la paga de la oligarquía agradecida, a poder y mandar sobre las clases inferiores,—¡que ya serán iguales y felices en la claridad del cielo!

Con estas desverguenzas se ha estado gobernando a la América. Es necesario cambiar. Venérese a los hombres de religión, sean católicos o tarahumaras: todo el mundo, lacio o lanudo, tiene derecho a su plena conciencia: tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silba a un católico. Hállenos de escudo suyo el criollo a quien se impida negar,—y el católico a quien se impida afirmar. El hombre sincero tiene derecho al error. El gobierno es la equidad perfecta y la serenidad; y a quien merme facultad alguna de las que puso en el hombre la naturaleza, ¡guerra como la de Proaño, guerra de día y de noche, guerra hasta que quede limpio el camino! Cuando se va a un oficio útil, como el de poner a los hombres amistosos en el goce de la tierra trabajada,—y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo,—si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño a un lado, o se le abre en dos, y se pasa: y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino. El hombre no tiene derecho a oponerse al bien del hombre. Esto es lo mismo en Lima que en Quito, y en Guatemala que en San José: quien ve al hombre mermado, pelee por volverlo a sí, como Proaño peleó. Eso sí: si ha de ofender por la paga, o porque le manda el anfitrión ofender, rompa la pluma pura sobre la

mesa vil: se puede defender la libertad, pero de la defensa de ella no se ha de sacar pretexto para vivir de tábano o de turiferario. Sin embargo, la pelea es tremenda: Proaño tendría a veces, con tal de que no le faltase pan o cátedra, que defender, con la pasión de los pueblos primerizos, a amigos lerdos o culpables. Es culpable el que ofende a la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios, y más si los ofende en nombre de la libertad. Pero no hubo mucha pluma, por lo castiza e intencionada, por lo liberal y fecunda, por lo magistral y fresca, por lo aguda y revoloteadora, como la de Federico Proaño.

El hombre anduvo por la América Occidental, con la pluma a cuestaa. Caía en un país, Perú o Costa Rica o Salvador o Guatemala, y ya, Figaro y Veuillot, iba la pluma ampollando. No podía él vivir sin la letra impresa. Todo, hasta el pecado, por el pensamiento libre. Corona a la idea, no coronilla. Quien desame la mala religión, la despótica e intrusa, hasta el derecho tendrá de pagarle la pluma: ¡ésos son los servicios de la guerra! Proaño, en *La Nueva Era*, azota a García Moreno, que lo destierra por el desierto, gran maestro de literatura, y lo echa a padecer, que es cátedra magna. En Bogotá, publica su *Times*, tamaño como un colibrí, y lo ama Adriano Páez, que fue alma de mieles, y escribe en su pro Montalvo, que fue gigantesco mestizo, con el númen de Cervantes y la maza de Lutero. En Costa Rica creyó que había que barrer, y publicó *La Escoba*, y *El Otro Diario* y *El Maestro*. Por los Altos vivió en Guatemala, donde Palma lo quiso, y publicó, siempre ameno y picante, *El Diario de Occidente*. Reía, no sin amargura; y en verdad su risa era como la vaiua de los sables, toda lustre por fuera, y plata u oro donde juega el sol, y dentro rugosa sombra. Risa es crítica. Pero Proaño no podía ver pájaro preso sin darle libertad; ni castigar a una bestia sin tundir a quien la castigase; ni merma alguna del hombre, sin que se le encrespase la pluma, como al quetzal, de ojo de oro, cuando se ve la esclavitud encima. El bravo Eloy Alfaro, que es de los pocos americanos de creación, lo nombró, cuando triunfó con él en el Ecuador la libertad, Ministro de Hacienda. De diputado a Guayaquil no quiso ir, porque "aquello iba a ser un concilio". Para los enemigos del albedrío del hombre, y de su franco empleo en América, no tenía más que uña y diente. Y su pluma, fina y fuerte, esbozaba de un rasgo, iluminaba de un revuelo, clavaba de un picotazo, se abría, como en dos alas, ante las majestades del hombre y de la Naturaleza. Duerma el ecuatoriano en suelo guatemalteco, donde lo amó un poeta cubano. Es una la América.

Patria. Nueva York, 8 de septiembre de 1894

NUESTRA AMERICA

DE "LA AMÉRICA", NUEVA YORK¹³

¹³ En esta sección se incluyen principalmente artículos de Martí relacionados con nuestra América, "revista mensual de industria, comercio y agricultura e intereses generales hispanoamericanos", publicada en Nueva York, de la cual fue en un tiempo redactor y director.

A V I S O S ¹⁹

¹⁹ Estos dos avisos de Martí, publicados en *La América*, ofrecen un cuadro exacto de cómo en sus artículos estudiaba y divulgaba cuanto podía contribuir al progreso y al bienestar de los pueblos de nuestra América.

- 1. A LOS LECTORES DE "LA AMÉRICA"**
- 2. LOS PROPÓSITOS DE "LA AMÉRICA" BAJO SUS NUEVOS PROPIETARIOS**

A LOS LECTORES DE "LA AMÉRICA"

Los Editores de *La América*, muy cargados de trabajo, me encomiendan que anuncie al público que desde hoy tomo una parte más directa y empeñosa en las faenas de este periódico.

Ni me ha parecido bien que ellos me anuncien, porque la cortesía no los obligase a excesiva bondad, ni cosa tan sencilla como la entrada de un hombre sincero en un periódico útil, merece más espacio que el necesario para dar prenda, una vez más, del ferventísimo amor del que esto firma a las tierras a cuyo bienestar y gloria este periódico va encaminado.

Queda así encargado de la parte que pudiera llamarse de letras en *La América*

JOSÉ MARTÍ

La América. Nueva York, junio de 1883

LOS PROPÓSITOS DE "LA AMÉRICA"
BAJO SUS NUEVOS PROPIETARIOS

Entra *La América* con este número en buenas manos, y en un nuevo período. Los Sres. E. Valiente & Co., que la fundaron, la acreditaron y lograron ponerla en campo aparte de esas fugaces publicaciones de anuncios, que hechas en todas las lenguas y por todos los medios, han venido a hacer trabajosa la existencia de un periódico serio de este género,—entregan *La América* a la asociación que se ha creado para ir

haciendo de ella, con aquella lentitud y cuidado que la prudencia aconsejan, el auxiliar fidedigno de los productores de la América del Norte y de los compradores de la América del Sur,—el observador vigilante de los trascendentales y crecientes intereses de la América Latina en la América Sajona, el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur; la respuesta a todas las preguntas importantes que sobre este país pueden hacerse los nuestros; el punto de reunión y cita, en suma, de los intereses y pensamientos de las dos Américas.

Ambicionar es; pero nada menos que eso es lo que se necesita.

La América, que a pesar de no haber sido hasta ahora más que una empresa embrionaria y como un periódico de retazos, por no permitirle más su estructura, tiene ya muchos amigos,—no puede ser aún lo que éstos quieren que sea. Y está muy distante de ser lo que sus mismos Editores desearían.

De unas tierras le piden que sea periódico exclusivamente literario. Hermoso sería un periódico de este género; pero los tiempos son graves, y acaso temibles, y ni un ápice menos que críticos. Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América:—piden los tiempos algo más que fábricas de imaginación y urdimbres de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia.—El Mundo entero es hoy una inmensa pregunta.

De otras tierras desean que *La América* se convierta en el exponente serio, en el avisador prudente, en el explicador minucioso de las cuestiones fundamentales, y ya en punto de definición, que se presentan impacientes y dominantes a la América Española. Y escriben y tratan a *La América*, con afecto, con ternura a veces, que ella agradece mucho, como si fuese ya lo que pudiera ser. Pero hoy por hoy, por razones de cautela, de conservación y de origen, *La América* no será más que como el germen y la preparación de éste, en tanto que acentuará de una manera compendiosa y práctica, su carácter de periódico industrial y comercial, de lo que podría llamarse “periódico útil”.

Los países de la América del Sur, que carecen de instrumentos de labor y de métodos productores rápidos, experimentados y científicos, necesitan saber qué son, y cuánto cuestan, y cuánto trabajo ahorran, y

dónde se venden los utensilios que en esta tierra pujante y febril han violentado la fuerza de la tierra, y llevado a punto de perfección el laboreo y transformación de sus productos.

Los productores de la América del Norte, que por engañosas leyes prohibitivas han venido a producir más artefactos de los que el país requiere, sin que el costo de producción, por lo subido de la tarifa importadora, les permita sacar sus artefactos sobrantes a los mercados extranjeros,—están hoy en necesidad urgente y concreta de exhibir y vender a bajo precio a los mercados cercanos de América lo que en el suyo les sobra, y con la nueva producción, sin demanda correspondiente que la consuma, ha de continuar acumulándose sobre el actual sobrante.

Los de acá, pues, necesitan quien les exhiba sus productos.

Los de allá, quien les explique y señale las ocasiones y ventajas de las compras.

La América, viene a punto de dar satisfacción a ambas necesidades, con una misma empresa en que ambas se encuentran y confunden. Viene a servir de intermediario y explicador entre el productor que necesita vender y el consumidor que necesita comprar.

Y como gran parte de útiles y eficaces artefactos americanos, de maquinaria sencilla y efectiva, de materiales de construcción, de objetos de todo orden, que existen en esta parte del Norte de la América, son muy necesitados, pero casi desconocidos o desconocidos del todo, en los países de la otra parte,—*La América* viene a servir, en el momento que ambos hemisferios se acercan y hacen preguntas mutuas, de introductor en la gran América ansiosa y embrionaria, de los productos que con la sazón y sales sagradas de la libertad, han acelerado a punto maravilloso la madurez de la América Inglesa.

A los norteamericanos les hemos dicho, que responderemos, sin cargo alguno, a cuanto nos pregunten de nuestra América Española.

A los hispanoamericanos venimos a decirles que, sin cargo alguno, por mayor y más natural razón, responderemos sobre cuanto nos pregunten de la América del Norte.

Tal libro se publica, que es interesante para la agricultura, industria o comercio de nuestras tierras: lo extractaremos.

Tal instrumento de cultivo, de laboreo de minas, de cosas semejantes, se anuncia en nuestras columnas de avisos:—lo explicaremos en las columnas de lectura.

Tal proposición de alcance mercantil o final trascendencia americana, se presenta en el Congreso o se debate en los periódicos: la expondremos y dilucidaremos, en cuanto el espacio y el ingenio nos lo permitan.

Tal corresponsal o periódico amigo quiere que le ayudemos a salir de una duda sobre todas esas cosas, o tratemos una cuestión determinada que se roce con lo que llevamos apuntado: nos daremos prisa, puesto que tales investigaciones serán de interés general americano, a tratar la cuestión solicitada.

Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,—y en apariencia sólo,—maravilloso de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable!—en nuestros países; es decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia la preocupa, e irlo diciendo con el mayor provecho general, con absoluto desentendimiento de toda pasión o provecho de personas, y con la mira siempre puesta en el desenvolvimiento de las artes prácticas, y el comercio inteligente, bases únicas de la grandeza y prosperidad de individuos y naciones:—he ahí los propósitos presentes, y como el alba de los propósitos futuros, de *La América* en su nueva condición.

Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano.

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir.

Creemos que tenemos mucho que hacer: y pedimos a los países americanos que, con su ayuda cordial y efectiva, nos pongan en condiciones de hacer cuanto pensamos, y es preciso.

De nuestra sinceridad, nuestro acento responde.

De la oportunidad de nuestra empresa, nos dan garantías el afecto y apremiantes solicitudes de que hemos venido siendo objeto.

De nuestro alcance y futuros servicios, en pro del espíritu americano y de los brillantes países que engendra,—decidirá la acogida que nos vaya dando nuestro público.

No periódico queremos solamente que *La América* sea: sino una poderosa, trascendental y pura institución americana. Este es nuestro periódico de anuncios.

Nuestro número de hoy va anunciando que en él se empieza a introducir, con los nuevos y ya más vastos propósitos, que a sus propietarios animan, las mejoras para llegar a realizarlas.

Los nuevos propietarios de *La América* ruegan a las personas ya suscritas a este periódico, o a los que reciban este número y deseen suscribirse, que se sirvan indicarlo así a los agentes respectivos, o comunicar su deseo por carta a la casa editorial, 756 Broadway.²⁰

²⁰ Este artículo de Martí se publicó en *La América*, en el número de enero de 1884, cuando la revista, cuyos editores propietarios eran E. Valiente y Co., pasó a ser propiedad de "La América Publishing Co.", teniendo como presidente a R. Farrés y como director a José Martí.

EDUCACIÓN

1. A APRENDER EN LAS HACIENDAS
2. EDUCACIÓN CIENTÍFICA
3. ESCUELA DE MECÁNICA
4. ESCUELA DE ELECTRICIDAD
5. ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS
6. TRABAJO MANUAL EN LAS ESCUELAS
7. MAESTROS AMBULANTES

A APRENDER EN LAS HACIENDAS

Nuestras tierras feracísimas, ricas en todo género de cultivos, dan poco fruto y menos de lo que debían por los sistemas rutinarios y añejos de arar, sembrar y recoger que aún privan en nuestros países y por el uso de instrumentos ruines.

Surge de esto una necesidad inmediata: hay que introducir en nuestras tierras los instrumentos nuevos; hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos.

¿Qué valla quedará en pie, qué competencia no será vencida, qué rivales mantendrán sus fueros cuando los instrumentos modernos, y las mejores prácticas ya en curso, fecunden las comarcas americanas? Buenos Aires sabe de esto, Buenos Aires que está sacando cada mes de estos puertos cuatro o seis buques cargados de instrumentos de agricultura.

Mas ni todos nuestros pueblos gozan de la misma próspera condición que el de la Plata, ni en todos es posible la introducción cuantiosa de los nuevos y, por el tiempo y labor que ahorran, generosos aperos de labrar; ni la mera introducción de ellos en tierras no preparadas para recibirlos y hacerlos útiles, basta a cambiar como por magia, el estado rudimentario de nuestros cultivos.

Ni se tienen en todas partes los capitales importantes que la compra de nuevos aperos de cultivo necesitan; ni es suficiente que se entren por las tierras los instrumentos si no entra con ellos quien los maneje y acondicione el suelo para aprovecharlos; ni aun con los especiales halagos que las Exposiciones brindan, se atreven siempre los fabricantes de ellos a enviar sus productos a pueblos donde temen que la venta no compense los costos del envío.

Si los instrumentos no van, pues, es preciso venir a buscarlos.

Pero ya lo dijimos: aun cuando los instrumentos vayan, no van con ellos las nuevas prácticas agrícolas que los hacen fecundos. Esto no se aprende o se aprende mal, en libros. Esto no puede exhibirse en las Exposiciones. Esto, sólo en parte, y con grandísimo dispendio, podría enseñarse en las Escuelas de Agricultura. Hay que venir a aprender esto donde está en pleno ejercicio y curso práctico. Se manda—locamente acaso—a los niños hispanoamericanos, a colegios de fama de esta tierra, a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que,—en el conflicto de la civilización infantil, pero delicada que viene con ellos,—y la civilización viril, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera,—salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíticos, descoloridos, deformes y enfermos.

Pues así como se manda a los niños de Hispanoamérica a aprender lo que en sus tierras, por elementales que sean, aprenderían mejor, con riesgo de perder aquel aroma de la tierra propia que da perpetuo encanto y natural y saludable atmósfera a la vida; así como se sirve en oficinas de comercio, a adquirir tras largos años un puñado de prácticas vulgares que caben en una cáscara de nuez, y que se aprenden de igual modo en la casa propia, sin perder lo que se pierde, siempre en la ajena, así sin tanto riesgo y con mayor provecho, deben enviar los Gobiernos a agricultores ya entendidos; y los padres, a los hijos, a quienes quieran hacer beneficio verdadero con enseñarles en el cultivo de la tierra la única fuente absolutamente honrada de riqueza; y los hacendados, a hombres capaces de llevar luego a sus haciendas las mejoras que en las de acá vean, a estudiar la agricultura nueva en los cultivos prósperos, a vivir durante la época de una a varias cosechas en las haciendas donde se siguen los sistemas recientes, a adquirir en todos sus detalles, sin lo que no es fructífero, el conocimiento personal y directo de las ventajas de los métodos e instrumentos modernos.

Urge cultivar nuestras tierras del modo que cultivan las suyas nuestros rivales.

Estos modos de cultivo no viajan.

Hay que venir a aprenderlos, puesto el ancho sombrero y la blusa holgada del labrador, al pie de las labranzas.

Es acaso el único medio fácil, fecundo y perfecto de importar en nuestros países las nuevas prácticas agrícolas.

Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria, en lo que se hace bien: mándense, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas.

La América. Nueva York, agosto de 1883

2

EDUCACIÓN CIENTÍFICA

¿Cómo no hemos de ver con placer que aquello por que *La América* desde hace meses aboga, está siendo hoy confirmado por la calurosa discusión y especial atención de los más notables periódicos de Industria, Mecánica y Comercio de los Estados Unidos? Se han hecho dos campos: en el uno, maltrechos y poco numerosos, se atrincheran los hombres acomodados y tranquilos, seguros de goces nobles y plácidos, que les dan derecho de amar fervientemente el Griego y el Latín; en el otro, tumultuosos y ardientes limpian las armas los hombres nuevos, que están ahora en medio de la brega por la vida, y tropiezan por todas partes con los obstáculos que la educación vieja en un mundo nuevo acumula en su camino, y tiene hijos, y ven a lo que viene, y quieren libertar a los suyos de los azares de venir a trabajar en los talleres del siglo XIX con los útiles rudimentarios e imperfectos del siglo XVI.

De todas partes se eleva un clamor, no bien definido acaso, ni reducido a proposiciones concretas, pero ya alto, imponente y unánime; de todas partes se pide urgentemente la educación científica. No saben cómo ha de darse; pero todos convienen en que es imprescindible, e irrogable, que se dé. No hallan remedio al mal todavía, pero ya todos saben donde reside el mal, y están buscando con vehemente diligencia el remedio.

Bradstreets, el más acreditado y sesudo periódico de Hacienda y Comercio que New York publica; *Mechanics*, el más leído por los que se dedican a las artes del hierro; *The Iron Age*, "La Edad de Hierro", excelente revista de los intereses mecánicos y metalúrgicos de los Estados Unidos, abogan en este mes de agosto con vivísimo empeño porque se haga de manera que llegue a ser general, común, vulgar, la educación técnica. El orador en una fiesta de Universidad, de esas muy animadas con que los colegios celebran en junio su apertura de cursos, dijo, con

palabras que han recorrido entre aplausos toda la nación, algo semejante a esto: en vez de Homero, Haeckel; en vez de griego, alemán; en vez de artes metafísicas, artes físicas.

Y esta demanda es hoy como palabra de pase, y contraseña de la época, en todo diario bueno y notable revista. Se sabe un hecho, que basta a decidir la contienda: de cada cien criminales encerrados en las cárceles, noventa no han recibido educación práctica. Y es natural: la tierra, llena de goces, enciende el apetito. Y el que no ha aprendido en una época que sólo paga bien los conocimientos prácticos, artes prácticas que le produzcan lo necesario para satisfacer sus apetitos, en tiempos suntuosos fácilmente excitados,—o lucha heroica e infructuosamente, y muere triste, si es honrado; o se descorazona, y mata, si es débil, o busca modo de satisfacer sus deseos, si éstos son más fuertes que su concepto de virtud, en el fraude y en el crimen.

Mal pelean los reclutas novicios en las batallas contra los veteranos aguerridos: quien ha de batallar, ha de aprender muy de antemano, y con suma perfección, el ejercicio de las armas.

Se siente la necesidad, pero no se da aún con el remedio. Ya Inglaterra ha nombrado sus Comisionados Reales para el estudio de la educación técnica y ha establecido muy fructuosas escuelas científicas; pero que haya escuelas buenas donde se pueda ir a aprender ciencia, no es lo que ha de ser. Que se trueque de escolástico en científico el espíritu de la educación; que los cursos de enseñanza pública sean preparados y graduados de manera que desde la enseñanza primaria hasta la final y titular, la educación pública vaya desenvolviendo, sin merma de los elementos espirituales, todos aquellos que se requieren para la aplicación inmediata de las fuerzas del hombre a las de la naturaleza.—Divorciar el hombre de la tierra, es un atentado monstruoso. Y eso es meramente escolástico: ese divorcio.—A las aves, alas; a los peces, aletas; a los hombres que viven en la Naturaleza, el conocimiento de la Naturaleza: ésas son sus alas.

Y el medio único de ponérselas es hacer de modo que el elemento científico sea como el hueso del sistema de educación pública.

Que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública.—Que la enseñanza elemental sea ya elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué, se enseñe la de la formación de la tierra.

Esto piden los hombres a voces:—¡armas para la batalla!

La América. Nueva York, septiembre de 1883

3

ESCUELA DE MECÁNICA

Para que aprendan pequeñas artes de oficina, y la ciencia de un dependiente de comercio, que cabe en un grano de anís,—no parece natural que se saque a los jóvenes de nuestras tierras de América de bajo el ala paterna, a correr calles, desamar la patria, y habituarse a vivir sin ella en la ajena, que no lo ama ni prohija.—De la América española no se debe venir para eso, que es fútil y pernicioso, a la América del Norte; pero a aprender cultivos en las haciendas, como abriendo propaganda nunca iniciada, decíamos en nuestro número anterior; a aprender mecánica en los talleres; a aprender, a la par que hábitos dignos y enaltecedores de trabajo, el manejo de las fuerzas reales y permanentes de la naturaleza, que aseguran al hombre que lo conoce un sustento permanente y real, a eso sí se debe venir a los Estados Unidos.

Por esto llamamos la atención sobre una compañía de San Luis, "The Excelsior Manufacturing Co.", que educa bien a aprendices mecánicos. Merece ser conocida. En nuestros países ha de hacerse una revolución radical en la educación, si no se les quiere ver siempre, como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes, como el monstruo de Horacio: colosal la cabeza, inmenso el corazón, arrastrando los pies flojos, secos y casi en hueso los brazos. Contra Teología, Física; contra Retórica, Mecánica; contra preceptos de Lógica,—que el rigor, consistencia y trabazón de las artes enseña mejor que los degenerados y confusos textos de pensar de las escuelas,—preceptos agrícolas.—Como quien señala, pues, una vía, señalamos la Compañía Excelsior de San Luis. Ni por la resistencia que oponen a los aprendices los obreros crecidos, temerosos de quedarse sin trabajo, es cosa fácil hallar hoy talleres donde sean recibidos de buena voluntad, y enseñados cumplidamente, los jóvenes aprendices.

En la Compañía Excelsior todos los trabajos son hechos por los aprendices. Cuantos jóvenes desean aprender el arte de la fundición, son recibidos en la fábrica, con tal que posean la necesaria robustez. Como los que viven lejos de sus padres suelen gustar demasiado de los privilegios vulgares y costosos de andar sueltos, la fábrica prefiere a los que viven con sus padres, o tienen quien cuide de ellos. Los que aún no tienen bastante edad, entran en el aprendizaje regular; los que la tienen

ya, se obligan por contrato a trabajar en la fábrica durante tres años. A cada aprendiz nuevo lo ponen a trabajar al lado de uno adelantado ya en el ramo que el nuevo va a aprender, lo que auxilia grandemente las explicaciones teóricas y prácticas de los instructores. Los instructores son allí un cuerpo perfecto, regido por un Superintendente, que encabeza y ordena este departamento de maestros, y cuida de la buena enseñanza y trato de los aprendices. Si a las dos semanas ha demostrado el principiante buenas condiciones, ya lo colocan entre los trabajadores regulares, con cuyo contacto entra de lleno en la febril y saludable actividad del trabajo de estas grandes fábricas, cuyo asombroso movimiento, que produce al principio asombro, llena luego a los que viven en él, de confianza y osadía.—El espectáculo de lo grande templó el espíritu para la producción de lo grande.

Si a las ocho semanas se notan en el aprendiz las mismas buenas disposiciones, ya empiezan a encomendarle pequeños trabajos, y a pagarle por ellos. Como la fábrica desea, y necesita, que los aprendices se conviertan pronto en buenos mecánicos, es regla muy cuidada que en todo se facilite, y en nada se estorbe o demore, la educación del aprendiz. El instructor está obligado a satisfacer sin demora y extensamente cuantas consultas le haga el principiante, cuyos progresos van siendo anotados como en nuestras escuelas públicas, por el maestro, y sometidos al Superintendente, capacitado así para premiar con distinciones y aumento de salario a los aprendices aventajados.

En este cuadro de notas de cada instructor, algo semejante a las hojas de servicios de los militares, hay cinco diversas columnas, en cada una de las cuales va una nota. En la columna "Puntualidad" se apunta el número de veces que el alumno ha faltado a su labor. En la columna "Adelantos", cuyas notas se basan en el examen de los trabajos hechos por el aprendiz, se resgistran los méritos progresivos de su obra. En otra columna va la nota de conducta. En otra, si cuida o no bien de sus instrumentos. Y en otra, si cuida bien de los modelos y del espacio del taller que está a su cargo. El aprendiz que alcanza el número 1 en cada columna, es sobresaliente. El que al cabo de seis u ocho semanas no ha alcanzado el tipo medio, tres a cuatro, es despedido y reemplazado por otro que pueda ser más apto.

La fábrica exige especialísimamente la puntualidad en los alumnos. Quiere que el trabajo sea para ellos, no una carga, sino una naturaleza: que el día que no trabajen se sientan solos, descontentos y como culpables.

Cada semana se examinan y califican los trabajos: y cuentan que es hermoso ver cómo se celan, y noblemente rivalizan, los aprendices por hacer el trabajo mejor.

De 18 a 19 años cuentan casi todos los aprendices de la fábrica, aunque los hay de 16.

En cuanto a salarios, la fábrica no abusa; paga cuatro pesos y medio por semana a los principiantes, y cinco y seis después, hasta que, como generalmente sucede al cabo de dos meses, puedan hacer ya piezas, que les valen una paga mayor. Y los libros de la Compañía muestran que hay muchos de aquellos aprendices que al cabo de siete meses producen tal y tan buena cantidad de trabajo como el más antiguo fundidor. Maestros buenos, vigor de juventud, estímulo y acumulación de enseñanza hacen el milagro.

Y por esta clase de talleres, donde la tarea es ruda, y la mayor dificultad vencida, deben pasar todos los que aspiren a una sólida educación mecánica.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

4

ESCUELA DE ELECTRICIDAD

Al mundo nuevo corresponde la Universidad nueva.

A nuevas ciencias que todo lo invaden, reforman y minan nuevas cátedras.

Es criminal el divorcio entre la educación que se recibe en una época, y la época.

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida.

En tiempos teológicos, universidad teológica. En tiempos científicos, universidad científica. Pues ¿qué es ver una cosa, y no saber qué es? Con agrupar silogismos "Baralípton", y declamar "Quosque tandem" no quedan los hombres habilitados para marchar, mundo arriba, a par de

estos caballeros de la nueva usanza, que montan en máquinas de vapor, y llevan como astas de sus lanzas un haz de luz eléctrica.

Para tales campañas, escuelas de luz eléctrica se necesitan.

Cuando los pensadores se dan a pensar en la capacidad del adelanto permanente y real, — que es cosa distinta del brillante, postizo y pasajero, — de cada pueblo, y en la relativa solidez y fuerza medular de las naciones de la tierra, Inglaterra les asombra. Ella domina los mares. Ella vierte por el mundo, desde sus rocas carboníferas semiexhaustas, barcadas colosales de baratos y útiles productos. Ella va del mundo viejo al nuevo con paso más seguro que pueblo alguno vivo. Ella fabrica cuchillos y recita clásicos. Con hacer el arte industrial, y la industria artística, esparce el amor por la belleza, que es mejorar hombres. Así como una habitación espaciosa invita a la majestad, un objeto bello invita a la cultura. El alma tiene su aire: y lo echan de sí los objetos bellos.

Inglaterra, prudente y activa, que no vocea, anda.

Y al pie de cada descubrimiento, funda una escuela.

Londres, Cambridge, Liverpool, Bristol, Nottingham, Glasgow tienen de tiempo ha en sus universidades cursos especiales para la enseñanza minuciosa y práctica de los nuevos agentes físicos, y los aparatos que los utilizan. Viena, Munich, Berlín, San Petersburgo, todas han establecido ya cursos semejantes. ¡No todos hacen oficio de cerrar sus puertas a la luz que viene!

Pueblos hay de murciélagos, y buena copia de murciélagos en todo pueblo, que viven de la sombra, y son reyes de ella; mas a esta luz hermosa que traspasa muros, ¡es en vano cerrarle las puertas!

Y no está la reforma completa en añadir cursos aislados de enseñanza científica a las universidades literarias; sino en crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias; en llevar el amor a lo útil, y la abominación de lo inútil, a las escuelas de letras; en enseñar todos los aspectos del pensamiento humano en cada problema, y no, — con lo que se comete alevosa traición, — un solo aspecto; — en llevar solidez científica, solemnidad artística, majestad y precisión arquitecturales a la Literatura. ¡Sólo tales letras fueran dignas de tales hombres!

La literatura de nuestros tiempos es ineficaz, porque no es la expresión de nuestros tiempos. ¡Ya no es Velleda, que guía a las batallas; sino especie de Aspasia!

Hay que llevar sangre nueva a la Literatura.

Estas que hemos venido llamando universidades científicas empiezan a ser llamadas en Europa “escuelas técnicas”.

Darmstadt tiene una perfecta, de la que se sale graduado en toda ciencia nueva, — no a llevar, como de tantas universidades nuestras, existencia de abogado picapleitos o de trovadores esquinados, imísero destino de grandísimas almas!, sino a ocupar con natural derecho de productores útiles un asiento en nuestra edad creadora.

Para ser recompensado, se necesita ser útil.

Y a esta buena escuela técnica de Darmstadt se ha agregado ahora una subescuela electrotécnica. ¿Qué se enseña en ella? Lo que va diciendo el nombre: ciencias eléctricas. En cuatro años se saldrá de ella maestro. Emplearán los alumnos los dos años primeros en estudiar en la escuela matriz ciencias naturales y matemáticas. Y en los dos años restantes, que pasarán entre cuanto aparato y máquina eléctrica existe y vaya existiendo, aprenderán, en doctrina y en aplicación, tanto cuanto importa saber sobre el agente nuevo.

¿Quiere leerse el programa de la nueva escuela? Los nombres mismos serán desconocidos para hombres que gozan esparcida fama de ilustrados: ¡ni los nombres sabemos de las fuerzas que actúan en nuestro mundo!

He aquí el programa:

“Magnetismo y electrodinámica.

Máquinas magneto y dinamoeléctricas: transporte de la fuerza.

Alumbrado eléctrico.

Principios de telegrafía y de telefonía.

Teoría del potencial con aplicación especial a la ciencia de la electricidad.

Señales eléctricas para caminos de hierro.

Caminos de hierro eléctricos aéreos.

Práctica electrotécnica; trabajos galvánicos, determinaciones de diferencias de potencial; de fuerzas de corrientes y de resistencias.

Lámparas de arco e incandescentes.

Investigaciones sobre los cables.

Determinaciones del trabajo transmitido por los motores a las máquinas eléctricas.

Investigaciones fotométricas.”

Y ésas no son más que las materias del primer ejercicio del pro-

grama.—¡Tal parecemos viajeros perdidos en un bosque inmenso—por tantos otros hombres habitado!

La América. Nueva York, noviembre de 1883

5

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Nicaragua acaba de festejar bien el aniversario de su independencia: en él abrió una Escuela de Artes y Oficios. Ya Guatemala tiene la suya. El Salvador, va a tenerla. Chile anda buscando modelos para una. La de Montevideo, da celos a las mismas de Europa.

Las Escuelas de Artes y Oficios ayudan a resolver el problema humano, que se establece ahora con datos nuevos, desde que van faltando aquellos árboles antiguos, Monarquía e Iglesia, bajo cuyas ramas tenían cómoda vida tantos hombres. Ya, ni cortesanos, ni frailes. Los tiempos están revueltos; los hombres están despiertos, y cada cual ha de labrarse con sus manos propias la silla en que se sienta al festín de la Fortuna. Ya no hay aquellas clases estables y hechas por donde se entraban las vidas como por cauces abiertos; ya no hay legiones de descalzos mendicantes; ni colmnares de pretendientes,—¡aunque de éstos aún hay!; ni regimientos de caballeros de matar, hurtar damas y servir; ni manadas de lacayos.

Ya cada hombre, al nacer, puede ver cómo flota sobre su cabeza una corona: a él, el ceñírsela. A los pueblos previsores, el poner los medios del coronamiento al alcance de estos nuevos ejércitos de reyes.

Un oficio o un arte, sobre traer al país donde se profesa el honor de la habilidad de los que en ellos sobresalen; sobre dar a los que los estudian conocimientos prácticos de utilidad especialísima en pueblos semidescubiertos, casi vírgenes; sobre asegurar a los que lo poseen, por ser constante el consumo de lo que producen, una existencia holgada;—es sostén firmísimo, por cuanto afirma la independencia personal, de la dignidad pública.

La felicidad general de un pueblo descansa en la independencia individual de sus habitantes.

Una nación libre es el resultado de sus pobladores libres.

De hombres que no pueden vivir por sí, sino apegados a un caudillo que los favorece, usa y mal usa, no se hacen pueblos respetables y duraderos.

Quien quiera nación viva, ayude a establecer las cosas de su patria de manera que cada hombre pueda labrarse en un trabajo activo y aplicable una situación personal independiente.

Que cada hombre aprenda a hacer algo de lo que necesiten los demás.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

6

TRABAJO MANUAL EN LAS ESCUELAS

Acaban de presentar informe de sus trabajos en el año anterior los colegios de agricultura de los Estados Unidos, y se ve de todos ellos que no son tanto las leyes teóricas del cultivo las que en estas escuelas se enseñan, como el conocimiento y manejo directo de la tierra, que da de primera mano y claramente, y con amenidad inimitable, las lecciones que siempre salen confusas de libros y maestros.

Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual.—Y ese hábito del método, contrapeso saludable en nuestras tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas, y la mano segura. Se ve que son éstos los que hacen el mundo: y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto. Más, más cien veces que entrar en un templo, mueve el alma el entrar, en una madrugadita de este frío de febrero, en uno de los carros que llevan, de los barrios pobres a las fábricas, artesanos de vestidos tiznados, rostro sano y curtido y manos montuosas,—donde, ya a aquella hora brilla un periódico.—He ahí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.

El Director de la Escuela de Agricultura de Michigan defiende calurosamente las ventajas del trabajo manual en las Escuelas. Para el Director Abbott, no hay virtud agrícola a que no ayude el trabajo manual en la Escuela. El cultivador necesita conocer la naturaleza, las enfermedades, los caprichos, las travesuras mismas de las plantas para dirigir el cultivo de modo de aprovechar las fuerzas vegetales, y evitar sus extravíos. Necesita enamorarse de su labor, y encontrarla, como es, más noble que otra alguna, aunque no sea más que porque permite el ejercicio más directo de la mente, y proporciona con sus resultados pingües y constantes una renta fija y libre que permite al hombre vivir con decoro e independencia. ¡Oh! a oír nuestro voto, junto a cada cuna de hispanoamericano se pondría un cantero de tierra y una azada.—Necesita el agricultor además conocer de una manera íntima, en sus efectos y modo de obrar, las ciencias que hoy ayudan y aceleran los cultivos. Y como la naturaleza es ruda, como todo lo verdaderamente amante, el cultivador ha menester de salud recia que el sol no acalore y no refleje la lluvia, lo cual sólo con habituarse a ésta y a aquél puede conseguirse.

Con el trabajo manual en la Escuela, el agricultor va aprendiendo a hacer lo que ha de hacer más tarde en campo propio; se encariña con sus descubrimientos de las terquedades o curiosidades de la tierra como un padre con sus hijos; se aficiona a sus terruños que cuida, conoce, deja en reposo, alimenta y cura, tal y de muy semejante manera, como a su enfermo se aficiona un médico. Y como ve que para trabajar inteligentemente el campo, se necesita ciencia varia y no sencilla, y a veces profunda, pierde todo desdén por una labor que le permite ser al mismo tiempo que creador, lo cual alegra el alma y la levanta, un hombre culto, diestro en libros y digno de su tiempo. Está el secreto del bienestar en evitar todo conflicto entre las aspiraciones y las ocupaciones.

Páginas se llenarían con la enumeración de las ventajas de este trabajo manual en las Escuelas de Agricultura, que demuestra el informe.

Y para que el trabajo de los estudiantes de agricultura sea doblemente útil, no lo aplican sólo en las Escuelas al laboreo de la tierra por los métodos ya conocidos, sino a la prueba de todas las reformas que la experiencia o la invención van sugiriendo; con lo que las Escuelas de Agricultura vienen a ser grandes benefactores de las gentes de campo, a quien dan la reforma ya probada, y evitan arriesgar las sumas y perder el tiempo que el experimentarla por cuenta propia les hubiera costado. Y con esto, además, la mente del alumno se mantiene viva y contrae el hábito saludable de desear, examinar y poner en práctica lo

nuevo. Hoy, con la colosal afluencia de hombres inteligentes y ansiosos en todos los caminos de la vida, quien quiera vivir no puede sentarse a descansar y dejar en reposo una hora sola el bordón del viaje: que cuando lo quiere levantar y tomar la ruta de nuevo, ya el bordón es roca. Nunca, nunca fue más grande ni más pintoresco el universo. Sólo que cuesta trabajo entenderlo y ponerse a su nivel: por lo que muchos prefieren decir de él mal, y desvanecerse en quejas. Trabajar es mejor, y procurar comprender la maravilla,—y ayudar a acabarla.

En una Escuela, la de North Carolina, han analizado los abonos, los minerales, las aguas minerales, las aguas potables, el poder germinador de las semillas, la acción de diferentes sustancias químicas en ellas, y la de los insectos sobre las plantas.

En general, los trabajos prácticos de las Escuelas se dirigen al estudio y mejora de los granos y tubérculos alimenticios; a la aplicación de los varios y mejores métodos de preparar el terreno, sembrar y cosechar; a la comparación de los abonos diversos y creación de otros, al modo de alimentar bien los animales, y las plantas, y de regar y de preservar los bosques.

Tienen además cursos en que los alumnos aprenden las artes mecánicas, no del modo imperfecto y aislado, en que de soslayo y por casualidad llega a saber un poco de ellos el agricultor atento y habilidoso, sino con plan y sistema, de modo que unos conocimientos vayan completando a otros, y como saliendo éstos de aquéllos. La mente es como las ruedas de los carros, y como la palabra: se enciende con el ejercicio, y corre más ligera. Cuando se estudia por un buen plan, da gozo ver cómo los datos más diversos se asemejan y agrupan, y de los más varios asuntos surgen, tendiendo a una idea común alta y central, las mismas ideas.—Si tuviera tiempo el hombre para estudiar cuanto ven sus ojos y él anhela, llegaría al conocimiento de una idea sola y suma, sonreiría, y reposaría.

Esta educación directa y sana; esta aplicación de la inteligencia que inquiere a la naturaleza que responde; este empleo despreocupado y sereno de la mente en la investigación de todo lo que salta a ella, la estimula y le da modos de vida; este pleno y equilibrado ejercicio del hombre, de manera que sea como de sí mismo puede ser, y no como los demás ya fueron; esta educación natural, quisiéramos para todos los países nuevos de la América.

Y detrás de cada escuela un taller agrícola, a la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase su árbol.

De textos secos, y meramente lineales, no nacen, no, las frutas de la vida.

La América. Nueva York, febrero de 1884

7

MAESTROS AMBULANTES

“¿Pero cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de *La América*, del año pasado que tengo a la vista?”—Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cumulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partírselos con los demás, y sólo piensa avariciosamente en

beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera,—insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en éstas se encuentra sabor.—Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: “¡Hasta verte, Cristo mío!” ¡Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar su trabajo para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del Africa, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras días tras días de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los effluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob: ¡qué hermosas poesías tiene la Biblia! Si acurrucado en una cumbre se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturdidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesan llegar, de

tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre, de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarle lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y ésta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés; — que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruida que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen éstas y demostraran aquéllos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones, como cuentan los indios del Ama-

zonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

La América. Nueva York, mayo de 1884

AGRICULTURA

- 1. LA AMÉRICA GRANDE**
- 2. ABONO.—LA SANGRE ES BUEN ABONO**
- 3. MÉXICO SIEMBRA SU VALLE**
- 4. CONGRESO FORESTAL**
- 5. PLANTACIÓN DE LA VID**

LA AMÉRICA GRANDE

Se entrevé la América Grande; se sienten las voces alegres de los trabajadores; se nota un simultáneo movimiento, como si las cajas de nuevos tambores llamasen a magnífica batalla. Salen los barcos cargados de arados: vuelven cargados de trigo. Los que antes compraban tal fruto en mercados extranjeros, hoy envían a ellos el fruto sobrante.

Se opera en silencio una revolución formidable. Sale de lo común el número de máquinas agrícolas que de los Estados Unidos están yendo, buque tras buque, a los países de la América del Sur. No sale buque que no las lleve. Buenos Aires acaba de hacer abundante provisión de maquinaria de cosechar; Uruguay no le va en zaga.

Calcúlase que Uruguay tiene por cada 500 hombres una trilladora; y en estos últimos años, estimase que han entrado en el país diecisiete mil arados de acero. De que están ocupados, no hay duda: ¡qué alba, el día que toda esa labor fecunda salga a flote! He ahí la garantía de la paz para todos nuestros pueblos: la posesión agrícola. El guerreador de oficio halla cerradas las puertas del agricultor próspero; así como en los pueblos desocupados, el agricultor sin ocupación ni porvenir se trueca en guerreador de oficio: los espíritus más ardientes y fecundos, que, puestos a trabajar la tierra, le sabrían sacar maravillosos frutos, se van al logro fácil y brillante que los combates y las contiendas políticas prometen.

Ya se espera con gozo la obra imponente de esos diecisiete mil arados de acero que rompen ahora las fértiles tierras uruguayas. La vid crece allí de manera, y da tan ricas uvas, que, con poca labor de vinería, van a obtenerse sólidos y gratos vinos.

Pero el resultado primero de esta invasión magnífica de los arados, ha sido éste: el Uruguay importaba antes toda su harina de trigo de

este país: y ahora, produce en casa toda la que consume, y manda el sobrante afuera. El dinero que a otros pagaba, queda ahora en su bolsa, o le es pagado.

A los niños debiera enseñárseles a leer en esta frase:

La agricultura es la única fuente constante, cierta y enteramente pura de riqueza.

La América. Nueva York, agosto de 1883

2

ABONO.—LA SANGRE ES BUEN ABONO

En agricultura, como en todo, preparar bien ahorra tiempo, desengaños y riesgos. La verdadera medicina no es la que cura, sino la que precave: la Higiene es la verdadera medicina. Más que recomponer los miembros deshechos del que cae rebotando por un despeñadero,—vale indicar el modo de apartarse de él. Se dan clases de Geografía Antigua, de reglas de Retórica y de antañerías semejantes en los colegios: pues en su lugar deberían darse cátedras de salud, consejos de Higiene, consejos prácticos, enseñanza clara y sencilla del cuerpo humano, sus elementos, sus funciones, los modos de ajustar aquéllos a éstas, y ceñir éstas a aquéllos, y economizar las fuerzas, y dirigirlas bien, para que no haya después que repararlas. Y lo que falta no es ansia de aprender en los discípulos: lo que falta es un cuerpo de maestros capaces de enseñar los elementos siquiera de las ciencias indispensables en este mundo nuevo. No basta ya, no, para enseñar, saber dar con el puntero en las ciudades de los mapas, ni resolver reglas de tres ni de interés, ni recitar de coro las pruebas de la redondez de la tierra, ni ahilar con fortuna un romancillo en Escuela de sacerdotes Escolapios, ni saber esa desnuda Historia cronológica inútil y falsa, que se obliga a aprender en nuestras Universidades y colegios. Naturaleza y composición de la tierra, y sus cultivos; aplicaciones industriales de los productos de la tierra; elementos naturales y ciencias que obran sobre ellos o pueden contribuir a desarrollarlos: he ahí lo que en forma elemental, en llano lenguaje, y con demostraciones prácticas debiera enseñarse, con gran reducción del programa añejo, que hace a los hombres pedantes, inútiles, en las mismas escuelas primarias.

Alzamos esta bandera y no la dejamos caer.—La enseñanza primaria tiene que ser científica.

El mundo nuevo requiere la escuela nueva.

Es necesario sustituir al espíritu literario de la educación, el espíritu científico.

Debe ajustarse un programa nuevo de educación, que empiece en la escuela de primeras letras y acabe en una Universidad brillante, útil, en acuerdo con los tiempos, estado y aspiraciones de los países en que enseña: una Universidad, que sea para los hombres de ahora aquella alma madre que en tiempos de Dantes y Virgilio preparaba a sus estudiantes a las artes de letras, debates de Teología y argucias legales, que daban entonces a los hombres, por no saber aún de cosa mejor, prosperidad y empleo.

Como quien se quita un manto y se pone otro, es necesario poner de lado la Universidad antigua, y alzar la nueva.

A esas reflexiones nos ha llevado, por no poderse dejar de decir lo que se cree útil cuando asoma a la pluma,—aquella primera que hicimos sobre la necesidad de estudiar esmeradamente los abonos.

Quien abona bien su tierra, trabaja menos, tiene tierra para más tiempo, y gana más.

En abono, como en todo, la superstición acarrea males. No hay que creer que todo abono que se recomienda es bueno, porque cada puñado de tierra tiene su constitución propia, y acaso lo que conviene a la Martinica, no estará bien en la Isla de Trinidad.

Y como de abonar la tierra con ciertas substancias suelen venir males irreparables, no debe el agricultor, sin probarlo bien antes en un pequeño espacio de terreno, decidirse a usar de un abono desconocido en sus cultivos.

Ahora se recomienda mucho la sangre como abono. Y como es novedad que va logrando crédito, *La América* cuida de decir lo que sabe de ella a sus lectores.

Ya en julio hablamos de esto.

¿Por qué, ya que por ser la sangre tan preciosa no es abono de que puedan servirse los agricultores todos, no han de aprovecharse los que pueden del fertilizante excelente que todas nuestras ciudades han dejado hasta ahora perdido en sus mataderos públicos? Puede ir a flor y a fruto lo que hasta ahora ha ido a estancamiento y a miasma.

No es preciso regar con sangre pura la tierra; sino que, luego de tener ésta bien arada, basta regarla con mezcla de agua y sangre, si es

que no se quiere llevar la misma mezcla por las fosas de abono, o mezclar la sangre con tierra, poniendo por cada seis o siete partes de ésta una de sangre.

Al maíz le está muy bien este abono, como a casi todas las plantas que sirven de alimento en nuestra América. Los frijoles aprovechan mucho de este abono; y los chícharos, los garbanzos y las papas, tanto como ellos.

Hay que estar, sin embargo, en guardia contra un riesgo que puede venir del uso immoderado o torpe de este abono. El riesgo es sencillo de evitar, puesto que con no poner más de una parte de sangre por cada seis de tierra, o una porción equivalente cuando se la usa en agua, ya se consigue que la tierra no tenga en grado excesivo el fecundo calor que da este abono. Si se pone demasiada sangre, consume y a veces quema las raíces y los retoños.

Como que en donde más abunda la sangre, y más se pierde, es en los mataderos públicos, el consejo más eficaz es el que indica el modo de aprovecharla. Este consiste en amasar, con sangre y cal en la proporción de un 32 por 100 al peso de la sangre, una mezcla que se convierte a poco en un aluminato de cal insoluble.

Hay aquí, pues, una ventaja para los agricultores,—y una industria nueva, de posible y provechoso comercio.

La América. Nueva York, agosto de 1883

3

MÉXICO SIEMBRA SU VALLE

Sucede a los pueblos como a los hombres: son locamente pródigos en la juventud de las fuerzas cuyo valor no entienden y por cuya reparación suspiran en la madurez. Repoblar los bosques está siendo para España cuestión vital, que trae preocupados, muchos años hace, a aquellos inteligentes ingenieros forestales que estudiaron a la sombra del recio castillo de Fernando en la alegre Villaviciosa. México, aparentemente tan sobrado aún de bosques, atiende con afán a repoblar de arboledas frondosas, que ayudarán al cultivo, y harán más salubres los enfermizos pueblos del contorno, el hoy más rico en paisajes solemnes, que pinta muy bien Velasco, que en bosques y siembras,—el señorial valle de México.

Dice el *Financier*, periódico americano que suele estar bien enterado de estas cosas, que el Gobierno mexicano, a quien animan sin duda propósitos serios y definidos de mejora patria, ha celebrado un contrato para la plantación de dos millones de árboles en el valle de México. Dentro de cuatro años que comienzan en marzo del que viene, debe quedar la siembra hecha.

Importa a nuestros Gobiernos y a nuestros agricultores una breve noticia del contrato:

Cada año, en los lugares que el Gobierno designe, plantará el contratista 500,000 árboles. En los varios semilleros que el contratista se obliga a establecer y cuidar, habrá determinado número de cada una de las clases de árbol de que ha de quedar cubierto el valle. Cada plantación tendrá como de 50 a 100,000 árboles, y el contratista se obliga a mantenerlos por dos años después de sembrados.

Otras cosas excelentes tiene el contrato. Una de ellas es que a cada uno de los semilleros irán cada año tres alumnos graduados de la Escuela de Agricultura a aprender, podando, injertando y escarbando, la ciencia forestal. Otra es, que el contratista mantendrá semilleros de árboles frutales y plantas adaptables al clima y útiles, que se distribuirán gratuitamente entre los que las soliciten.

Curioso ítem del documento es éste, y muy celebrable: el contratista se obliga a traducir cada año, durante cinco consecutivos, una buena obra alemana de arboricultura. Y como el Gobierno de Alemania goza fama merecida de mirar paternalmente por el esplendor y crecimiento de los bosques de la tierra, y tiene para ello y hace cumplir, muy sabias leyes, también traducirá el contratista todas las leyes alemanas que se refieren al modo de preservar de talas salvajes o decaimientos ruinosos los bosques y montañas.

Por todo lo cual el contratista recibirá del Gobierno mexicano \$200,000.

Viene a cuento republicar aquí, por que se vea cuán grande es la importancia de los arbolados, lo que sobre ellos dice el autor de una Memoria recientemente escrita para empeñar a algunos prohombres en el cultivo de ese ventajosísimo y gallardo árbol, el *eucalipto gigantesco*.

Dice así, con razón, don Balbino Cortés:

“En todos los países la ciencia agronómica ha hecho comprender la gran importancia que tiene la repoblación del arbolado, no sólo urgentísima bajo el punto de vista de la salubridad, puesto que es sabido

que modifica las condiciones climatológicas; sino por los beneficios que reporta el capital empleado por los particulares en dicha repoblación.

Si la plantación de árboles cuesta bastante, cierto es que cuando están crecidos dan frutos, resina, corteza y después madera y leña cuando se cortan, todo lo cual paga con exceso el sacrificio que se hizo para criarlos, siendo un gasto reproductivo.

Ellos hacían en otros tiempos fertilísimas y saludables regiones enteras, que hoy vuélvense estériles e insalubres, y en otras donde la facilidad de los riegos en los ardientes veranos constituía una perenne fuente de riqueza, ya se ven disminuir y a veces secarse antiquísimos manantiales, al propio tiempo que los ríos y torrentes desbordados truecan en un momento algunas de nuestras más pingües y fértiles comarcas en áridos arenales.

Las masas de árboles favorecen las lluvias, dan humedad al aire, evitan que la tomen de las plantas agrícolas y las agosten; sujetan las tierras y las aguas, evitan los hundimientos, los arrastres, las inundaciones y los torrentes; dan frescura al suelo y permiten así que crezcan buenos pastos; forman abrigos en las regiones meridionales para preservar los cereales del viento solano o levante, en el período crítico de la granazón; son, en una palabra, los árboles, además de un gran elemento de riqueza, los mejores amigos de la agricultura y de la ganadería”.

La América, Nueva York, agosto de 1883

4

CONGRESO FORESTAL

He aquí una cuestión vital para la prosperidad de nuestras tierras, y el mantenimiento de nuestra riqueza agrícola. Muchos no se fijan en ella, porque no ven el daño inmediato. Pero quien piensa para el público, tiene el deber de ver en lo futuro, y de señalar peligros. Mejor es evitar la enfermedad que curarla. La medicina verdadera es la que precave.

La cuestión vital de que hablamos es ésta: la conservación de los bosques, donde existen; el mejoramiento de ellos, donde existen mal; su creación, donde no existen.

Comarca sin árboles, es pobre. Ciudad sin árboles, es malsana. Terreno sin árboles, llama poca lluvia y da frutos violentos. Y cuando se tienen buenas maderas, no hay que hacer como los herederos locos de grandes fortunas,

que como no las amasaron, no saben calcular cuándo acaban, y las echan al río; hay que cuidar de reponer las maderas que se cortan, para que la herencia quede siempre en flor; y los frutos del país solicitados, y éste señalado como buen país productor.

Es moda, aunque vulgar e injusta, pensar que lo que no hace un pueblo práctico, o que goza fama de tal no es práctico. Y las verdades suben de punto, cuando, luego de haberlas dicho labios latinos, las repiten labios norteamericanos.

La América, que sabe cuán cruel y locamente se cortan en los países hispanoamericanos sus magníficos bosques de maderas ricas; que ve cómo, a pesar de una que otra ley desobedecida o mal cumplida, casi en parte alguna resiembran lo que arrancan, sin pensar que, como en algunos lugares acontece, las maderas son la única riqueza de la comarca; *La América*, que ha venido aconsejando el cuidado y resiembra de los bosques, y acaba de celebrar a México por ello, ve ahora con gozo que como ella, piensa el Congreso Forestal Americano, reunido recientemente en el Estado de Minnessota.

Tal importancia se da a este asunto, que para estudiarlo bien, y resolver en él con prudencia, se ha reunido, y no por la primera vez, un Congreso.

Preocupa a los hombres cuerdos congregados en la ciudad de San Pablo, el alarmante decaimiento de la riqueza forestal en los Estados Unidos, que adscriben a la tala brutal y avariciosa de los especuladores, que no ven que la fortuna rápida que hoy acumulan criminalmente, y a expensas de la fortuna pública, arrebatada a la nación una fuente de riqueza permanente, no tanto por la esencial que traen en sí los bosques de buenas maderas cuanto por la protección y amparo que dan los bosques a las comarcas agrícolas.

Se quejan los diputados al Congreso de la falta de Academias Forestales, que enseñen a cultivadores instruidos el modo de cuidar y resembrar los bosques.

Y como es inútil señalar el mal, lo cual es tarea fácil que a todos se alcanza, si no se da aparejado el remedio, lo cual ya no se alcanza a tantos, los del Congreso recomiendan el establecimiento de estaciones forestales para experimentación; acuerdan rogar calurosamente a las Legislaturas de los diversos Estados que sin demora funden estas estaciones, y busquen modo de hacer saber el peligro que se corre con el corte desordenado de los árboles; y desean que en las nuevas estaciones se imite el plan de la de Ohio, que está dando excelentes resultados.

Solicita además el Congreso la creación de un centro forestal de experimentación en los colegios de agricultura, y pide que, como guardianes de la prosperidad pública, se nombre un cierto número de comisionados que atiendan de una manera especial y directa al cuidado de los bosques.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

5

PLANTACIÓN DE LA VID

Nuestra América, apenas lo quiera, producirá buenos vinos. Por qué los californianos no son mejores, es difícil de explicar; paradoja parece, pero es cierto; los productos tienen las condiciones del hombre que nace en la tierra en que aquéllos se crían: y el hombre, en pago, tiene las condiciones de los productos entre los cuales nace, y de los cuales se nutre. Para vid buena, espíritu caliente y sol brillante. Casi no hay país de Hispanoamérica que no esté poniendo especial atención al cultivo de la vid. Chile y Perú dan vinos, ya no malos; de la frontera del Norte, van a México unos vinillos suaves y rojizos que auguran una excelente industria. Guatemala se enorgullece con razón de sus uvas de Salamá, que parecen ciruelas de las famosas de Fontainebleau. Montevideo tiene comarcas enteras, plantadas de cepas. En Buenos Aires, allá en los confines de Bolivia, ya hemos dicho en *La América* que cunde la afición al cultivo de la vid.

Vino, a todos gusta. Los franceses, tan industriosos y útiles, suelen volverse de nuestros países a Francia, porque hechos al vinillo retozón o al vinazo azul que los alegra y alimenta, no pueden habituarse a vivir donde no hay vino, o lo hay muy caro. Y los mismos que no hemos nacido en Francia, entendemos sin dificultad este culto pagado a las generosas uvas. Hay en la vid algo del espíritu del hombre. Los alcoholes abominables agobian y embrutecen. El vino, sano y discreto, repara las fuerzas perdidas.

Y no haya miedo en emprender en América este cultivo. Su uso está ya bastante generalizado en nuestros países para que no esté asegurado el consumo de cuantos vinos produzcamos, apenas comencemos a prepararlos bien. Hay que educar la uva, y que aprender a hacer vinos corteses y ligeros.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

LETRAS

1. **TRES LIBROS.—POETISAS AMERICANAS.—CAROLINA FREYRE.—LUISA PÉREZ.—LA AVELLANEDA.—LAS MEXICANAS EN EL LIBRO.—TAREA APLAZADA**
2. **BIBLIOTECA AMERICANA**
3. **LIBRO NUEVO: “LOS RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO”**
4. **LIBROS DE HISPANOAMERICANOS Y LIGERAS CONSIDERACIONES**

TRES LIBROS.—POETISAS AMERICANAS.—CAROLINA FREYRE.—
LUISA PÉREZ.—LA AVELLANEDA.—LAS MEXICANAS EN EL
LIBRO.—TAREA APLAZADA

Hay tres notables libros en la mesa humildísima de *Orestes*. Llámase uno *Poetisas americanas*, y está impreso en París. Son los otros *Páginas de Versos*, de Antenor Lescano, y *Datos para el estudio de las rocas mesozóicas de México*, por Mariano Bárcena. Garantizan estos dos últimos nombres lo que hacen, y autoriza la colección de *Poetisas* José Domingo Cortés, muy distinguido publicador de buenos libros de América, y él, a su vez, atildado y pulcro hablista. No ha dado espacio a sus tareas Cortés desde que comenzó en ellas en París: colecciona y da a luz cuanto de bueno se ha publicado en las repúblicas sudamericanas, y hoy mismo fatiga las prensas con un lujoso Diccionario Biográfico Histórico de hombres y cosas de América, que tendrá de seguro en los países meridionales hermanos, la aceptación que es ya usanza que allí tenga todo lo que hace José Domingo Cortés.

Pero, ¿anduvo tan escrupuloso como de sus talentos y buena práctica era de esperar en la colección de *Poetisas americanas*, que en una edición bellísima presenta? ¿No ha olvidado en el libro a algunas poetisas distinguidas? ¿No ha sido la fama pública consejera un tanto ciega, en vez de lo que de una nueva e inteligente colección hubiera sido de esperar? Un tanto confuso habría de verse Cortés, a haber de responder a estos justos cargos; que hay en su libro espacio en demasía para las unas, breve e injusto espacio para otras, y para muchas un tanto desacertada y desfavorable elección. Quejárase, por ejemplo, con derecho bonísimo, la Sra. Carolina Freyre de Jaimes, muy elegante escritora en prosa,

y a las veces inspirada y no común poetisa: hay de ella en el libro de Cortés una mediana poesía religiosa, de inspiración difícil y vaga, de forzada y dura entonación, que no da por cierto idea de la hábil y seductora manera con que maneja la escritora peruana el habla riquísima española.

Ni fueran infundadas las querellas de una poetisa de Cuba, Luisa Pérez de Zambrana, si tuviera su alma delicada costumbre de reproches y resentimientos. Es Luisa Pérez pura criatura, a toda pena sensible y habituada a toda delicadeza y generosidad. Cubre el pelo negro en ondas sus abiertas sienes; hay en sus ojos grandes una inagotable fuerza de pasión delicada y de ternura; pudor perpetuo vela sus facciones puras y gallardas, y para sí hubiera querido Rafael el óvalo que encierra aquella cara noble, serena y distinguida. Cautiva con hablar, y con mirar inclina al cariño y al respeto. Mujer de un hombre ilustre, Luisa Pérez entiende que el matrimonio con el esposo muerto dura tanto como la vida de la esposa fiel. ¡Cuán bellos versos son los suyos que Domingo Cortés copia, inferiores, sin embargo, a muchos de los que Luisa Pérez hace! Llámense los del libro de *Poetisas*, "Dios y la mujer culpable"; pero a fe que no es esta paráfrasis la que debió escoger Cortés para su libro: ¿no ha leído el hablista americano "La vuelta al bosque", de Luisa? Ramón Zambrana había muerto, y la esposa desolada pregunta a las estrellas, a las brisas, a las ramas, al arroyo, al río, qué fue de aquella voz tranquila que le habló siempre de venturas, de aquel espíritu austero que hizo culto de los ajenos sufrimientos, de aquel compañero amoroso, que tuvo para todas sus horas castísimos besos, para sus amarguras, apoyo, y para el bien de los pobres, suspendidas en los labios, consoladoras palabras de ciencia. Y nada le responde el arroyo, que corre como quejumbroso y dolorido; lloran con ella las brisas, conmovidas en las rumorosas pencas de las palmas; háblanle de soledad perpetua los murmullos del bosque solitario. Murió el esposo, y el bosque, y los amores, y las palmas, y el corazón de Luisa han muerto. ¿Por qué no copió Cortés estos versos de una pobre alma sola que oprimen el corazón y hacen llorar?

Cortés llena, en cambio, muy buena parte de su libro con las composiciones más conocidas de la poetisa Avellaneda. ¿Son la grandeza y la severidad superiores en la poesía femenil a la exquisita ternura, al sufrimiento real y delicado, sentido con tanta pureza como elegancia en el hablar? Respondiérase con esta cuestión a la de si vale más que la Avellaneda, Luisa Pérez de Zambrana. Hay un hombre altivo, a las

veces fiero, en la poesía de la Avellaneda: hay en todos los versos de Luisa un alma clara de mujer. Se hacen versos de la grandeza, pero sólo del sentimiento se hace poesía. La Avellaneda es atrevidamente grande; Luisa Pérez es tiernamente tímida.

Ha de preguntarse, a más, no solamente cuál es entre las dos la mejor poetisa, sino cuál de ellas es la mejor poetisa americana. Y en esto, nos parece que no ha de haber vacilación.

No hay mujer en Gertrudis Gómez de Avellaneda: todo anunciaba en ella un ánimo potente y varonil; era su cuerpo alto y robusto, como su poesía ruda y enérgica; no tuvieron las ternuras miradas para sus ojos, llenos siempre de extraño fulgor y de dominio: era algo así como una nube amenazante. Luisa Pérez es algo como nube de nácar y azul en tarde serena y bonancible. Sus dolores son lágrimas; los de la Avellaneda son ferezas. Más: la Avellaneda no sintió el dolor humano: era más alta y más potente que él; su pesar era una roca; el de Luisa Pérez, una flor. Violeta casta, nelumbio quejumbroso, pasionaria triste.

¿A quién escogerías por tu poetisa, oh apasionada y cariñosa naturaleza americana?

Una hace temer; otra hace llorar. De la Avellaneda han brotado estos versos, soberbiamente graves:

*Voz pavorosa en funeral lamento,
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia: tristemente
En son confuso lo dilata el viento:
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste a mi mente.*

Y cuando alguien quiso pintar a Luisa Pérez ornada de atributos de gloria y de poesía, aquella lira de diecisiete años tuvo estos acordes suaves y modestos:

*No me pintes más blanca ni más bella;
Píntame como soy; trigueña, joven,
Modesta, sin belleza, y si te place,
Puedes vestirme, pero solamente
De muselina blanca, que es el traje
Que a la tranquila sencillez del alma
Y a la escasez de la fortuna mía
Armoniza más bien. Píntame en torno
Un horizonte azul, un lago terso,*

*Un sol poniente cuyos rayos tibios
Acaricien mi frente sosegada.
Los años se hundirán con rauda prisa,
Y cuando ya esté muerta y olvidada
A la sombra de un árbol silencioso,
Siempre leyendo encontrarás a Luisa.*

Lo plácido y lo altivo: alma de hombre y alma de mujer; rosa erguida y nelumbio quejumbroso; ¡delicadísimo nelumbio!

No pudo ser México olvidado en la colección de José Domingo Cortés, y son sus poetisas el ornato mejor de este libro, tan precipitado como hermosamente hecho.

Allí se leen versos bellos de Ester Tapia de Castellanos, de Mercedes Salazar de Cámara, de Dolores Guerrero, de Isabel Prieto de Landázuri. Y ¿no podría la inspirada Soledad Manero reclamar un puesto distinguido en este libro de las Musas, que con la muy notable suya indudablemente hubiera honrado?

Léense en las *Poetisas* dos odas de Ester Tapia, entre nosotros conocidísimas y justamente renombradas: "Al Genio", una, y "A Dios", otra; allí hay, de Isabel Prieto, su tierna "Caída de las Hojas"; de Dolores Guerrero, lindos pensamientos "A una estrella"; de Mercedes Salazar, sonoros versos "Para el álbum de Ofelia Prisé".

En verdad que, con haber andado con tanto desaliño en la elección, todavía fuera difícil a las poetisas de otras repúblicas competir con las muestras que de las inspiradas mexicanas trae el libro. Hay entre las de Chile, una oda valentísima de Mercedes Marín de Solar; hay entre las colombianas, los versos de Edda enamorada, que a vueltas con el tiempo inflexible parecen ser obra del poeta Rafael Pombo, el de los versos al Magdalena de rumor blando; el fácil bardo de la patria de Gregorio González, el muy fiel y cariñoso amigo de nuestro buen pintor Gutiérrez.

Recuerdan a Cuba en la colección, no solamente la Avellaneda y Luisa Pérez, sino Julia, la hermana de Luisa, con una muy bella oda a la tarde; Merced Valdés Mendoza, la de versos fáciles y llenos; Ursula Céspedes, ora valiente y correcta, ora desaliñada y quejumbrosa; Luisa Molina, de poesía doliente y mediatunda.

Muéstrase Colombia rica en hijas que la honran: Josefa Acevedo, Leonor Blander, Isabel Bunch, Ubaldina Davila, Amelia Denis, Elena Lince, Carmen Ballen, Agripina Montes, Mercedes Párraga, Samper de

Ancizar y Mercedes Suárez: grupo bello, en verdad, en quien suple la inspiración fácil y suave, lo que en lo común tiene en su estilo de amanerado e incorrecto.

Y seguiría aquí enumerando el boletinista cuanto digno de leerse y recordarse tiene el libro, si no pensara que ha de ser para sus lectores cosa mucho más agradable que su ligerísima reseña, haber por sí propios conocimientos de las bellezas que se callan, en este libro de *Poetisas* que tan bien ha de estar en toda biblioteca de mujer.

Ni espacio había tampoco para más comentarios. Pensó *Orestes* al comenzar que diría de Antenor Lescano todo lo bueno que sus *Páginas* merecen, y de Mariano Bárcena, elogios afectuosos y merecidísimos; pero es ésta tarea agradable que se reserva para cuando le quepa en turno dar quehacer fatigoso e inútil a sus pacientes y benévolos lectores.

Revista Universal. México, 28 de agosto de 1875

2

BIBLIOTECA AMERICANA

Nos llena de orgullo todo libro nuevo publicado en nuestras tierras americanas: parece como salido de la propia mente, y lo es en parte, por ser todo hombre como átomo de la raza con cuyas cualidades brilla, de cuyo honor y fuerza se alimenta, de cuyo espíritu es soldado y depositario. La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres las patrias pequeñas que de la raza madre se derivan. La raza es un altar de comunión: y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella,—desertor es,—traidor como el que pliega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes.

La raza es vara de mago, rosa mística, calor en el invierno, pueblo inefable, y resurrección de la misma muerte en medio de la soledad: en tierra extraña se cae en brazos de un desconocido de nuestras propias tierras sollozando de júbilo, como se caería en brazos de un hermano.

Cada libro nuevo, es piedra nueva en el altar de nuestra raza. Libros hay sin meollo, o de mero reflejo, que en estilo y propósito son simple exhibición en lengua de Castilla de sistemas inmaturos o violentos, extranjeros, e introducción desdichada en nuestras tierras nuevas, ingenuas,

aún virtuosas y fragantes, de excrecencias, iras, degregaciones y deamoniamientos de países llagados en la médula. Tales libros, como aquellos huevos de un pájaro que nace en nido de otro, no son americanos. Son ramos de adelfas o mazos de hojas secas. Son libros inútiles.

De los libros honestos, piadosos y fortalecedores hablamos, que con espíritu americano, estudian problemas de América. No tanto de libros pomposos y retóricos, y de conocimientos abstractos universales,—cuanto de esos otros concretos y beneméritos, escritos al calor de nuestro sol, y en el fragor de nuestras luchas generosas, sangrientas como todas las entrañas. Hablamos de esos libros que recogen nuestras memorias, estudian nuestra composición, aconsejan el cuerdo empleo de nuestras fuerzas, fían en el definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano, y tienden a la saludable producción del hombre trabajador e independiente en un país pacífico, próspero y artístico.

De tales libros hará *La América* su biblioteca. A sus autores los pide, para extractarlos con cuidado y presentarlos con cariño.

Cada mes, hablaremos de un libro.

De más pudiéramos: pero al amor pone rienda el espacio.

Y tendremos que decirlo todo en compendio, y de prisa, como esto mismo que vamos diciendo, como a caballo sobre un relámpago,—por no darnos ocasión a más nuestras columnas, bien estrechas para nuestros propósitos.

La América. Nueva York, enero de 1884

3

LIBRO NUEVO

"LOS RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO"

(The Recollections of an Octogenarian)

Por *Henry Hill*

MEMORIAS DE LA INDEPENDENCIA

San Martín, O'Higgins, Cochrane, Blanco, Carrera

¡Qué encanto tienen los cabellos blancos! Parece que viene de alto que viene de ellos. Las puerilidades mismas están llenas de gracia en los ancianos. Se les ve como a veteranos gloriosísimos que vuelven

heridos de una gran campaña. Los defectos, los delitos mismos, parece como que se funden y desaparecen en la majestad de la vejez. ¡Qué hombres esos que han vivido ochenta años! Aun cuando hablen con voz trémula y anden con paso tardo, se les ve como a titanes, ¡La vida llevaron a cuestas, y la sacaron a la orilla! A fuego lento se les ha ido blanqueando, como la corteza al hierro en la fragua, los cabellos.

Llegan ahora a la mesa de *La América*, en un libro impreso para unos cuantos amigos, "Los Recuerdos de un Octogenario"; un octogenario que vio el alba del siglo, y la de la libertad, en Suramérica; que vio al Sol en los Andes, y a San Martín antes de Maipú, y después de Chacabuco; que conoció a Cochrane, a O'Higgins, a Carrera, a Blanco; que, luego de cincuenta años de reposo propio y visión de catástrofes y maravillas en su tierra, no escribe de ellas cuando, al dejar ya en manos de sus hijos y amigos el bordón florido, recuerda y cuenta; sino de los hombres que vio, montes que ladeó, himnos que cantó y cosas que admiró en la época de revuelta y nacimiento de la nueva América, como si aquéllos hubieran sido sucesos y hombres que con su tamaño dominasen y con su luz eclipsasen cuanto tras de ellos, en sus fatigas de trance y conatos de reacomodo, ha trabajado nuestro siglo. Y en verdad, en verdad, fue como si de moradas profundas hubieran de súbito aparecido, descubierta la cabeza, los pies calzados, la espuela de diamante, y en la mano—como porción de ella—la espada, hombres hechos de fuego que con el empuje de sus espaldas rompieron, arrastraron tras sí y cambiaron de lugar la tierra. Ahora no se ve bien; se verá luego. Los siglos se petrifican y se hacen hombres; pero para eso es necesario que pasen siglos. Después, a gran distancia, se observan mejor su tamaño y su obra. El que vio hervir en tacho burdo el hierro de que se hizo el primer clavo, no imaginó la fogueante y hendente locomotora, que cabalga en los montes y los lleva a rastras.

Henry Hill se llama el antiguo comerciante, misionero y cónsul de los Estados Unidos en la América del Sur, que publica ahora sus recuerdos. No escribe como un entusiasta, ni como un pretencioso, ni como un censor; sino como quien vio con buen juicio y alma sana, y a los sesenta años esboza. Su libro no es de opiniones; ¡pobre librito cariñoso!; sino de simples y honradas reminiscencias. No llega a doscientas páginas en octavo, pero deja ver un corazón puro, en quien larga y dichosa vida en la América del Norte no ha entibiado el amor y respeto que en su época heroica le inspiraron los héroes, naturaleza y hazañas de la naciente América del Sur.

Deja ver a Carrera, al inquieto Presidente de Chile, de arrogante apariencia, de buena casa, inteligente, avisado, culto; pero ambicioso, descontento entonces, lleno de enojo por no ver fácil su preponderancia en Chile; a O'Higgins, patriota sincero, soldado bravo, hombre amable, sensible y fidedigno; al almirante Blanco, perfecto caballero, de militar cultura y raras y seductoras facultades; a Cochrane, a Cochrane impetuoso, terco y de genio vivo, capaz y pendenciero; muy perspicaz, pero menos discreto; amigo de mandar e impaciente del mando de otros, natural señor y consejero de señores, alto, combado, desgarrado, la mirada movible, pecoso el rostro, el pelo rufo; a San Martín, a San Martín grande y sereno, alto y de tez oscura; de soberanos, penetrantes ojos; de selvoso y negrísimo cabello; la nariz prominente y aguileña; los labios finos, llenos siempre de enérgicas y vívidas palabras, y en su levita azul con charreteras y pantalones de galón de oro, militar imponente, austero y culto, de tan visibles dotes, que con oírle hablar aparecía su superioridad considerable entre sus contemporáneos, y tan tierno y profundo en sus afectos, que, de ver tan grande hombre, se consolaban los demás de serlo.

Henry Hill fue a la América del Sur a bordo de aquel buen barco, el "Savage", que llevó en muy buena hora rico cargo de guerra a los patriotas del Perú y de Chile.

Era en los magnos días en que las paredes de la casa sagrada de Tucumán dibujaban aún, como gloriosas de haberle dado sombra, las imágenes de los atrevidos diputados del 9 de julio; en que el "Censor", enemigo de monárquicos, andaba en manos hechas al hierro sublime; en que Manuel Belgrano, con hazañas y humildades, sacaba la cabeza por encima de los héroes griegos. Fue en los tiempos en que a la boca del Plata libre ondeaba en el mástil del velero *San Martín* la bandera bonaerense; en que cruzaba el mar, Carrera, embarcado con jóvenes oficiales norteamericanos a bordo del "Clifton", a la cabeza de la expedición que, ayudado de algunos mercaderes del puerto, logró armar en Baltimore. En esos tiempos estuvo Hill en Sud América en que, del paso de los Andes, San Martín reposaba en Chacabuco; en que repuestas, al mando de Osorio, las tropas españolas, con tres mil hombres del Perú, no vinieron sobre Valparaíso bloqueado tan de prisa que no tuviera San Martín espacio para salirles al encuentro en Maipú, y revolverlas y abatirlas; los tiempos eran en que los hombres sabían castigar, con las coronas mismas que les ofrecían, a los soberbios o menguados que se las fabricaban; en que O'Higgins, herido en una mano en Tacahuano, con un

rasgo firmaba sus decretos; en que, para libertar al Perú, que San Martín con maña había animado a la revuelta, se embarcaban juntos en Valparaíso, aunque no anduvieron siempre juntos después en pareceres, San Martín y Cochrane; y en que conversaban San Martín y Bolívar.

Henry Hill conoció a lady Cochrane, aquella dama afable y bulliciosa, por cuya alma se había entrado, como una amable locura, el sol de América; y todo era junto a ella canciones escocesas, paseos con banda marcial por la bahía, riesgosas expediciones a caballo. En casa de San Martín estuvo Hill, en casa de San Martín en Santiago; ¡qué noches; que parecían haber bajado a las almas las estrellas! Una vez por semana se reunía en el salón de San Martín toda la gente santiaguera. De batallas, de altos hechos, de esperanzas magníficas se hablaba. Llama parecía la conversación, que a todos envolvía, e iba y venía con lenguas de oro entre todos. Cuando era ya la hora de irse, poníanse en pie mujeres y hombres, y con vibrantes y apasionadas notas cantaban en coro: "¡Oid, mortales, el grito sagrado!" De patria se iban llenos; y San Martín montaba a caballo, y se iba a ver a sus soldados negros.

Grande como los hombres, cuenta Hill, cónsul por aquel entonces de Norteamérica en los países nuevos del Pacífico, que vio la Naturaleza. La luz, el color, la exuberancia, el ala abierta, la cumbre, el peligro; caos atributos vio en la América el sencillo viajero. Cabalgó, sobre los lomos de los Andes y de su mula, largos meses. De Buenos Aires fue por mar a Chile; y de Chile, por tierra, a Buenos Aires. En su viaje de mar leyó la Biblia a los marineros, e hizo de ellos fervorosos catecúmenos. En el de tierra leyó a la Naturaleza. Costeó las tierras lóbregas y fangosas de la Patagonia y las montañas del Continente. De un guanaco almorzaba un día; y al otro dejaba caer absorto las riendas sobre el cuello rollizo de su montura, al ver pasar, tendidas las alas corvas, una bandada de altos avestruces. Cruzó el Maipo revuelto, acrecentado con las nieves derretidas de las cordilleras, sobre el puente bamboleante de cuerdas de cuero y trémula calzada de troncos y bambúes; espantábanse los animales; temían los viajeros. Cubierto vio el lago Aculco hermoso de aves acuáticas, de rosados flamencos, blancos patos, vivaces agachadizas y mil aladas criaturas de rico plumaje. Nadó en el plácido Angostura, afluente manso del rapante Maipo; no fue perdida, a fe, la expedición al Sur de Chile.

Y de Santiago a la Plata, ¡qué peligro y qué hermosura! Detrás quedaron los amigos buenos; O'Higgins, benévolo y modesto; el almirante Blanco, que se adueñaba de los hombres; pero delante estaban Chacabuco,

la "cumbre", las "laderas", el "peñón rasgado", el Aconcagua. En la "cumbre", la nieve los envuelve y duermen en el hueco de una roca; se siente un frío puro: el de toda altura. Serpentean falda abajo, con gran riesgo. Asómbrense del puente de los Incas, maravilloso capricho de la Naturaleza. Cobran apenas brío, para perderlo todo en las laderas; ruge en lo hondo el Mendoza enfurecido, que con estrépito tremendo arrastra piedras, en lodo envueltas; ramas, troncos de árboles; en lo alto, ya revelando sus secretos, vagan nubes; y caballeros y animales van subiendo, del ruido mismo de palabras y pasos temerosos, por la vereda fina abierta a pico, que circunda la costra de la roca; abajo, a quinientos pies, el río. Pero luego, aunque suben por el camino en que Carrera, airado por la sentencia a muerte de sus dos hermanos, vino a morir él mismo de triste modo, viajan con más calma y contento. La caza abunda. La ciudad de Mendoza, afamada por sus dulces uvas y buen vino, les parece, ya para entonces, hermosa. Por todas partes, caballos salvajes que se venden a cuatro pesos; pampeanos fornidos que con gran destreza cautivan en su lazo a guanacos y avestruces. Allá, una culebra, de venenoso diente, asoma; ahora, con sus secantes alas abiertas, viene encima, abatiendo árboles y destechando casas, el pampero; después los frescos higos, cogidos en la higuera; la extensa hacienda, el hospitalario reposo, la amable y pintoresca ciudad de Buenos Aires, de gran río esposa, de prósperas llanuras rodeada, llena de gentes buenas.

Y del libro en que, como vivo que se va, cuenta Henry Hill muy de prisa todo esto, surge, como de aquel mismo grandioso panorama surgía entonces, la figura férrea, solemne, vigilante; la patriarcal figura del hijo de Tapeyú, docto en mundo, tierno en familia, recio en mando, maestro en virtud difícil, menos grande que desinteresado: José de San Martín, padre de América.

La América. Nueva York, febrero de 1884

4

LIBROS DE HISPANOAMERICANOS
Y LIGERAS CONSIDERACIONES

Sobre la mesa tenemos, esperando turno, un grupo de libros de autores hispanoamericanos, que a cualquier pueblo fueran motivo de honor. Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos

que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego. Sólo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aun cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo, así, para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta templa lo ilusorio surgirá en el porvenir de la América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalaria.

La *fascēs* romana se ha clavado en la tierra, y, al calor de la América, enramado y florecido; a su sombra se juntan los hombres. Mucho pensar es, de tener unos cuantos libros sobre la mesa; pero los libros son serios y buenos, y dan orgullo y gozo; y luego, que en meditando en América, los pensamientos se inflaman, relucen, triunfan y caracolean, y son bandera, palma y lava.

Este, ¿qué libro es éste? En tierras en que se habla el castellano, como el alma tiene más de mariposa que de bestia famélica, y vive de mieles, y el suelo da lo que se necesita, y lleno el espíritu de generosidad y ternura, del suelo se necesita poco, han escaseado las ciencias. hijas de las necesidades humanas, que obligan a la pesquisa y a la observación, y de cierta disposición tranquila de la mente, que entre ojos negros y palmeras de sombra calurosa, no anda casi nunca desocupada. Hambre e invierno son padres de ciencias. Por lo que no hay que buscar en castellano muchos vocablos científicos; y el industrioso y erudito cubano Néstor Ponce de León hace bien en injerir, con discreción y propiedad, la lengua corriente y necesaria de la industria y el comercio en el idioma español, para expresar los estados del alma muy propio y rico, pero lastimosamente escaso de la verbología moderna. Y como no se ha de decir que para vivir entre los hombres es bueno desconocer su lengua, sino aprender a hablarla, y hoy los hombres se han apeado del caballo de batalla y se están montando sobre arados y ruedas dentadas, es libro de mucho alcance y servicio el *Diccionario Tecnológico*, que con miras y materias más vastas que las de todos los diccionarios de ciencias o artes hasta ahora conocidos, escribe desde su librería de Broadway el cubano Ponce de León. Ya se anuncia el *Diccionario de Regímenes*,

de un hablante ilustre, que es el colombiano don Rufino Cuervo, notabilísimo filólogo, y como un verdadero filósofo del idioma.

Buena lengua nos dio España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos; quien quiera oír a Tirso y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos: búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama "galán" a un hombre hermoso; o en Caracas, donde a las contribuciones dicen "pechos"; o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, "hacer la lucha". Y en cuanto a las leyes de la lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores; lo cual no quita lustre al habla en que con singular donosura dicen literarios pensamientos los varones del Guadalquivir y Manzanares, ya como Hartzbusch la acicalen y enjoyen cual a moza en fiesta; o como Guerra y Orbe, bruñan y saquen lustre a la plata antigua; o como Alarcón, le den matices árabes; o como Galdós, la hagan llorar, y tener juicio a par que gracia con Valera.

Mejor será, antes que entre en regalos la pluma, decir los títulos de los libros que están esperando turno en nuestra mesa.

De García Merou, de la República Argentina, están aquí los *Estudios Literarios* en linda edición de Madrid, de casa de Fortanet. Hacen bien al alma, y dan gusto a los ojos, esos libros impresos en letras redondas, y a la usanza antigua. Recuérdanse los tiempos pasados, que por muertos ya son buenos, y parece como que se acaricia la barba blanca de un abuelo hermoso. Merece el libro de García Merou esta edición artística, y se desborda de ella, como de un cesto de plata, un ramo de flores. El estilo, con matices franceses, es buen estilo de España, tiene del vino la generosidad, la transparencia y el aroma, y las burbujas, tornasoles y rumor discreto de la espuma. Es un hombre ingenuo que estudia, con mente culta y ánimo libre, la literatura poética, no en lo que rima y halaga los ojos, ni en lo que la literatura tiene de rubensiano y carnal, sino en las penas desgarradoras, esperanzas inocentes y aladas aspiraciones que la animan. García Merou sabe llorar y cincelar, y aquél y éste son méritos que van cayendo en desuso, y sobre todo aquél. Conocimiento amoroso y sazonado de las buenas literaturas revela este libro, y esa fuerza de decante y juicio directo que señala a los literatos de raza. He ahí un escritor que se levanta.

Juan Ignacio de Armas, de Cuba, que en pocos años ha ganado renombre de buscador ingeniosísimo y esmerado poeta, registra ahora

a Parras y Bernáldez, y Cabezas de Vaca y Garcilasos, y con todos estos venerables pergaminos desmiente, contra lo que San Jerónimo creyó ver, y pintó en su globo Martín Behem, que haya habido antropófagos jamás. Alegato ameno es esta *Fábula de los Caribes*, y no hay que decir que es victorioso, porque el que está con la naturaleza humana, está en lo cierto. Los datos que tantos otros historiófilos abalumban y revuelven sin orden, aquí van diestramente conducidos, como si los llevase capitán amaestrado, hasta que llegan a dar de sí, como sin esfuerzo y de manera inevitable, lo que el historiófilo quiere que digan. Y de vez en cuando, una sutil ironía aguza un pensamiento, y otras veces, una severa justicia realza un detalle minucioso. Este Juan Ignacio de Armas vivió en Caracas unos cuantos años, entre los grandes de la mente de todas las edades; y de andar entre libros, llegó a tener su color y sabiduría. Es perspicacísimo de naturaleza, y de aquellos que tienen la noble y desusada capacidad de poner por encima de sí mismos, y sacar salvo de todo, su amor al estudio; títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros. Las ideas purifican. Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío. Una adementada angustia se apodera de la mente en el primer instante del choque. Y se sigue caminando adolorido, hasta que se ve al fin que los hombres son buenos y se está bien entre ellos.

La América. Nueva York, junio de 1884

INDIOS

1. ANTIGÜEDADES MEXICANAS
2. ARTE ABORIGEN
3. EL HOMBRE ANTIGUO DE AMÉRICA Y SUS ARTES PRIMITIVAS
4. AUTORES AMERICANOS ABORÍGENES
5. UNA COMEDIA INDÍGENA: "EL GREGUENCE"
6. REUNIÓN PRÓXIMA DE LA BRITISH ASSOCIATION
7. LA CRONOLOGÍA PREHISTÓRICA DE AMÉRICA

ANTIGÜEDADES MEXICANAS

Un hallazgo notable tiene en regocijo a los arqueólogos de México;—se ha descubierto en un pueblo de Veracruz una colosal piedra, en la que en perfiles huecos está esculpida una gran figura de indio, que tiene al pie un pescado y un conejo, como en símbolo de la caza y de la pesca, y en la mano la flecha tendida.

Pronto estará la monumental reliquia en el valiosísimo Museo mexicano, que publica ahora muy ricos *Anales*, donde en lengua galana cuentan los estudiadores de México ya los libros del Padre Sahagún, que a no haber sido benemérito de la iglesia, lo fuera de la historia mexicana; ya las raras bellezas de aquellas ruinas misteriosas de Xochicalco, que unos tienen por templo, y por un fuerte otros; ya las venerandas profecías de aquel moisiaco apóstol que fue como el Confucio de los yucatecos, Chilam Balam, anciano y virtuoso.

Muy rico en ruinas es este suelo de Yucatán, donde los descubridores afortunados hallan piedras cuyos jeroglíficos extraños parecen decir que en los tiempos en que las vírgenes de Chichén se arrojaban alegremente, al compás de las plegarias de los sacerdotes, al pozo sacro cuya boca mortal escondían humos aromáticos, los hombres acaso conocían ya el modo de usar de la electricidad para cruzar mensajes; dos figuras de iguales arreos y apariencia, háblanse en una piedra de Chichén, a poca distancia, mas no con inscripciones en figuras sino con rayos, que salen de los labios de ambos. Y los palacios de Chichén, todos están llenos de figuras murales, de armoniosas líneas curvas, ricamente coloreadas.

Débese buena porción de esos hallazgos a un hombre enfermo que parece caballero empobrecido de las Edades Medias, y es hermano de un poeta eminente, que teje lindos dramas: José Peón Contreras;—y al Dr. Le Plongeon, anciano activo y revoltoso, que se está haciendo notorio por la buena fortuna con que persigue y descubre ruinas de monumentos

y estatuas de los mayas, y por el indiscreto lenguaje y exagerada ambición que acompañan a sus descubrimientos. Como cuatro años hace, descubrió, y quiso apropiarse, una colosal estatua de un personaje indio, que él llamó Chac-Mool, el "Rey Tigre", una soberbia estatua recostada, sobre el dorso, con las piernas encogidas, con la cabeza alta, y vuelta hacia el Oriente, y con las manos sobre el pecho, sosteniendo un plato lleno de piedras preciosas, según se afirma,—que las piedras no han aparecido,—y de una sustancia extraña, como polvo, que Le Plongeon supone que fuera sangre del mismo personaje en cuyo honor se erigió esta estatua, que es la pieza más completa y grande que se conoce de la escultura mexicana. El descubridor quiso quedarse con el descubrimiento y lo ocultó en los bosques; pero el gobierno, en virtud de la ley que prohíbe la extracción del país mexicano de ningún tesoro histórico ni artístico de México, se apoderó de la valiosísima reliquia, que, luego de haber sido llevada en triunfo a la capital de Yucatán, fue transportada con gran pena de los yucatecos, que la querían para su museo particular, al museo nacional de México.

Poco hace volvió Le Plongeon, a quien acompaña en sus exploraciones su esposa, joven, instruida y discreta dama inglesa, de las islas de la costa mexicana donde andaba desenterrando templos y viviendo en cabañas de palma en el fondo de los bosques o a la orilla de los mares, a Uxmal, la ciudad magnífica de los mayas, cuyos contornos están llenos de maravillas de incalculable valía para la Historia americana. Allí, excavando, ha encontrado un busto del dios Cay, con una inscripción en lengua maya, en la que se lee, que el dios es Isaa. Cerca del busto estaba un altar con signos cabalísticos. Otros muchos restos históricos, ha hallado el intrépido norteamericano, que a su juicio se asemejan mucho a las reliquias encontradas en Heliópolis y Memphis. Le Plongeon cree haber hallado vestigios de palabras caldeas en las inscripciones de una piedra que hoy figura en una logia masónica.—Los indios, con los cuales está el doctor en riña permanente, y que creen una profanación digna de la muerte, que se atente a los restos, propiedades y viviendas de sus mayores, le amenazan y le han atacado alguna vez; pero el doctor ha puesto en torno de los lugares en que excava, y de los en que guarda sus monumentos, minas de dinamita. Harto crédulos, sin embargo, son los indígenas. Le Plongeon mismo asegura que pudo inducirles a que le revelaran el lugar donde estaba enterrada la colosal estatua de Chac-Mool, merced a la semejanza que con su larga barba y perfil correcto tenía a un guerrero barbado esculpido en una de las piedras de un monumento

indio, cuya reaparición, como la de un Mesías de quien había de venir la redención, aguardaban pacientemente los indígenas de las cercanías de esas dos grandes ciudades desaparecidas, Uxmal y Chichén.

La América. Nueva York, junio de 1883

2

ARTE ABORIGEN

A ninguno de nuestros lectores ha de fatigar una reseña breve de los objetos de manufactura de indios que se exhibían en la fiesta de artes organizada en beneficio de la obra del pedestal de la estatua de Bartholdi.

El indio, que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la formidable presión blanca o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.

El indio es discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura. De todos los hombres primitivos es el más bello y el menos repugnante. Ningún pueblo salvaje se da tanta prisa a embellecerse, ni lo hace con tanta gracia, corrección y lujo de colores.

De una mirada podía verse el arte indio moderno de las tribus norteamericanas. Los vestidos son de pieles, cubiertos de canutillos y de cuentas. Los adornos son de plumas. No hay pieza de vestir ni de armadura, que no esté plenamente ornamentada. Todo, todo está cubierto de canutillos de colores dispuestos en combinaciones caprichosas y variables, ya rombos, ya romboides, ya cuadrados, ya triángulos. La línea recta, en proporciones artísticas y geométricas y en agrupaciones elegantes, predomina en todos los dibujos. Cuando la línea curva, lo cual es raro, aparece, es imperfecta. Los canutillos cubren los borceguines, las polainas, el cinturón, una especie de ridículo saco de mano largo y ancho, las mangas y las piernas abiertas de los vestidos.—Los trajes, extendidos, tienen aún, a pesar de todos sus aderezos, la forma de piel de fiera. Se nota esto en todos los pueblos primerizos: luego, cuando entran en su segunda época, ya los trajes tienen forma de ave, con las

alas tendidas.—Aman los indios la piel blanca; y la curten tan hábilmente que parece suavísima badana. A las piernas de los vestidos de sus *squaws*, sus valerosas mujeres, cuelgan los Tuscaroras unos como alamares sonantes o piramidillas huecas de latón, de menudo tamaño y en gran número, que parecen flecos de plata y cascabelean alegremente.

En todo resalta el vehemente y ordenado amor del indio al color y al ornamento. Su escudo de batalla lo envuelven en piel curtida, adornada con plumas.—Con plumas de águila fabrican sus arreos marciales los guerreros.—Se ciñen a la frente, una banda, en cuyo torno se yerguen, abriéndose hacia arriba como el penacho de una palmera joven, plumas de águila duras.—Y de este casco les cuelga por la espalda una piel larga y estrecha, por cuyo centro corre a la larga hasta la tierra, sobre pana roja, una cresta de plumas erguidas.—El *tomahawk* es como el indio: esbelto, aquilino, terrible, diestro. Siempre hubo semejanza entre los hombres y las armas que usan. El burdo bretón gastaba brutal maza. El indio, delgado y veloz, la flecha rápida y aguda, el *tomahawk* de mango fino y elegante y de hierro largo y estrecho, encorvado en el filo como el pico del águila.

Y si a la cerámica se mira, aunque de esto había poco en la Exposición, nótase la misma espontánea tendencia a la forma bella, el mismo desamor a las extensiones vastas y desnudas, la misma afortunada pasión por el adorno. No hay jarra de los indios de Puebla, por elemental y primitiva que sea, que no ostente, ya en barro rojo, ya en blanco, ramazones, raros caprichos, garras y alas, nubes y soles, trazados con líneas negras.

En las muestras groseras de escultura, en lava de volcán la una, en granito otra, las más en barro cocido, notábase la fidelidad excesiva en los detalles que distingue el arte de los pueblos primitivos y los primeros dibujos de los niños,—y un singular poder—parece pertenecer sólo al arte aborigen americano entre todas las artes de pueblos rudimentarios,—de dar perfecta expresión y significación espiritual a las facciones irregulares, y a veces a la figura entera.—Una mujer sentada, una figura en reposo reclinada de espaldas y un cómico diosillo del dolor, hecho en barro que brillaba como si tuviese arenas de oro, eran las tres esculturas más notables.

En la figura de la mujer, todo lloraba; los ojos entrecerrados, las mejillas plegadas, las trenzas deshechas en la espalda seca, los senos candentes. En la del hombre, reclinado, figura que adornó acaso un sepulcro, se veía la afable sonrisa de un espíritu que se exhala satisfecho, y

el reposo aún tibio de la muerte nueva. El dios del dolor, de arte modernísimo, hacía reír involuntariamente, no tanto por lo elemental del dibujo y labor, cuanto por la chispeante y afortunada burla del hombre blanco que revela. La estatuilla, sin ropas, se lleva las manos al vientre; la cabeza empinada en un lánguido cuello hace una mueca que recuerda al Luis XIV desnudo de Thackeray:—que cuando Thackeray se ponía a hacer caricaturas, las hacía tan buenas como sus novelas.—Y el escultor indio ha adornado la cara de su Dios de barro con un par de bigotes de estopa que, hirsutos y rubios, añaden comedia a la traviesa figura.

De arte antiguo, había poco, y todo lo que había, era hecho de los objetos más cercanos que ofrece al hombre primitivo la naturaleza, y en la hora misma en que el arte civilizado discurre medios e inventa adornos que parece que no han de ser ya superados por artifices humanos. En una misma época, y a un mismo tiempo unos hombres trabajan y convierten los elementos más rebeldes y recónditos de la naturaleza, y otros emplean apenas los más superficiales y burdos. La edad de piedra subsiste en medio de la edad moderna. No hay leyes de la vida adscritas a una época especial de la historia humana. Dondequiera que nace un pueblo nuevo, allí renace con él,—nueva, grandiosa y feral,—la vida. En una sala se veían los cuadros de Passini, que pinta la luz, y otro de Fortuny, que pinta el aire ambiente: en la de arte aborigen, centenares de flechas de sílex, labradas casi a nuestros oídos, algunas tan diminutas y bien trabajadas que parecían bellas.

Y por sobre todos estos objetos, que parecen los útiles de una época de transición de la fiera al hombre, de la nerviosa y esbelta fiera americana al inquieto y brillante hombre de América moderno; sobre los armarios llenos de borceguies, cintos, tahalies, vainas de cuchillos, delantales completamente cubiertos, cuando no exclusivamente fabricados, de cuentas de colores; por sobre la curiosa parafernalia de la danza del Sol, hecha toda de muñecos de cartón pintado de colores, con grandísimas e intrincadas ramazones colocadas como un halo alrededor de la cabeza,—flotaba, como símbolo de la época de donde vienen y del tránsito a aquella en que se confunden, la bandera blanca, con sus ocho estrellas rojas y sus tres puntas rojas y azules, de los viejos y ya domados Tuscaroras, miedo un tiempo y azote de las tierras hoy prósperas de la Nueva Carolina.

Y en medio de la bandera rectangular de lienzo blanco, por encima de una hilera de animales,—oso, caballo, perro, pato, tortuga, recortados

en paños de colores, y supercosidos,—un águila, con las alas abiertas, se remonta por el cielo, apretando entre sus garras a una horrible serpiente.

La América. Nueva York, enero de 1884

3

EL HOMBRE ANTIGUO DE AMÉRICA Y SUS ARTES PRIMITIVAS

Cazando y pescando; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrando de una embesitada de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, harpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre sólo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra. Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes.—Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí, son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vezere las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el cocodrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan, aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahon-

daban y anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vezere cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo sólo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravios y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres,—hoy mismo, ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras?—No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desenvolviendo el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie Basse, como los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la Naturaleza.

Las rocas fueron antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznable.—De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura, pero de la arquitectura, en pleno medio día. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean, bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la faz de la piedra, o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más ensalzada y rica que el más sutil tejido de esterera fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella lucen, y por ella pecan el carácter movable, la política prematura y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quiriguá, no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; sólo

al hombre de América es dable en tanto grado vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en ciernes,—que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,—no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza.—¡Robaron los conquistadores una página al Universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea “el camino de las almas”; para quienes el Universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron como los hebreos a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; ¡sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!

La América. Nueva York, abril de 1884

4

AUTORES AMERICANOS ABORÍGENES

La pompa de los samanes, la elegancia de las palmeras, la varia y brillante fronda que viste a los montes americanos, lucen en los restos de obras de autores indios que se salvaron de manos de obispos Landas y Zumárragas. No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda, que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplía como un manto, la frase india. Lo negará sólo quien no haya leído un cuento de batalla o un título de propiedad de los indios guatemaltecos. El Mahabarata es más sentencioso; el Schahnameh, más grave; las profecías de Chilam Balam el yucateco, más reposadas y profundas; las odas de Netzahualcoyotl mexicano, más sublimes; más apasionados los dramas peruanos: el Apu Ollantay, el Uska Pankar acaso; resplandecen las tradiciones de Tingal, como túnica cuajada de diamantes; pero como arroyo, como caballo nuevo de paso alado y

crines de colores, como cinta de mago que en incontables vueltas se entrelaza y crece, como mar recién hecho que fulgura a una luz sana y virgen, o como a sol no enrojecido por los vapores de la sangre, brillaría en mañana de agosto un ejército parlero de indias coronadas de campanillas azules e indios cubiertos de penachos plumados; como río de joyas, o como si sus pensamientos desatase, sobre el riachuelo limpio de la selva, una doncella pura, brillan las pintorescas relaciones de aquellos quichés y zutujiles que sorprendió y domó en hora de querellas el tremendo Jonatín, el bello Alvarado. Cuando un pueblo se divide, se mata. El ambicioso ríe en la sombra. Ni ¿cómo pudiera ser, dado que literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la Naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea; cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana? Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios como a un lirio roto; precisamente escribimos estas líneas para dar noticia del libro curioso en que un autor norteamericano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquellas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo. ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡Qué bravos, Mayapán! Teotitlán, ¡qué escuelas! Copán, ¡qué circo! México, ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala, ¡qué templos! Los Andes, ¡qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. ¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas! Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Sólo cuando son directas, prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se

ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

Los Estados Unidos tienen muy buenos americanistas, y Daniel S. Brinton es de los mejores. Ahora acaba de publicar en libro una buena memoria en que contó el año pasado a los americanistas congregados en Copenhague todo lo que se sabe de obras indígenas. Demuestra cuán amplio, apropiado y flexible era el vocabulario de los aborígenes. Descubre en ellos, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo hacían con abundancia y gracia. El color les fue siempre necesario, y como accidente indispensable de sus cuentos. Campean en cuanto se conoce de los indios un alma ingenua y una imaginación vívida. Vese en sus ruinas, como en sus manuscritos, su gusto por la simetría y el ornamento. Sus Atreos y sus Niestes tuvieron los griegos, y voluble Europa; también los indios los tuvieron, y luchas entre las familias y casas rivales, que a juzgar por las escasísimas páginas interpretadas en sus letras y signos, con más lujo y pasión están contadas en sus pergaminos y sus piedras que las de Atridas y Pelópidas en el glorioso romance griego. ¡Qué augusta la *Iliada* de Grecia! ¡Qué brillante la *Iliada* indígena! Las lágrimas de Homero son de oro; copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias.

En el libro de Brinton no hay sólo hechos y deducciones, sino lista de documentos: ha unido al libro un índice de todo lo que hoy se conoce y se tiene como escrito por autores indígenas. En el Norte, ocupado de ampararse de las fieras y del frío, apenas tuvo el indio tiempo para dejar memoria dibujada o escrita de sus combates; y en guerra siempre, como pueblo pobre, y en marcha sobre los pueblos cálidos, más escribió con la flecha que con el pincel. Pero en las tierras calientes, adonde vendrán al fin a abrigarse todos los hombres, la poesía que nace del reposo y la imaginación, suntuosa en los pueblos de naturaleza rica, con todos sus colores vistosos florecieron. ¡Manto admirable echó Naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime el día que se sienta con fuerzas, y despierte. ¡Qué franjas, nuestros ríos! Nuestros montes, ¡qué rosas! ¡Qué bordados, nuestros pensamientos! ¡Nuestras almas, qué águilas! ¡Manto admirable echó Naturaleza sobre los hombros de la América!

UNA COMEDIA INDÍGENA

"EL GREGUENCE"

Librería de literatura aborigen por Daniel G. Brinton.—El "Ollantay" y el "Rabinal Achi".—El teatro indígena

Se sabe poco de la literatura de los indios de América; y como eran pueblos nuevos, es seguro que no la tuvieron muy perfecta, sobre todo en la dramática, que requiere complicados afectos y varia vida social, de cuyos conflictos se engendra y es copia; aunque los que con el buril fabrican escenas en la piedra, ¿cómo puede ser que no diesen en el arte más fácil de representarlas con el pincel o la palabra? Porque el teatro lo hacen los afectos, y el aparato y la pompa; y es claro que en existiendo éstos, ya buscan salida y quieren perpetuarse, y cuando en la piedra se ven, como en los palacios de las ciudades mayas y en sus pinturas murales, claro está que los había, que es lo esencial, y que de alguna manera se expresaron, por ser el salirse afuera y grabarse en algo la tendencia de todo lo que existe. Y la literatura no es más que la expresión y forma de la vida de un pueblo, en que tanto su carácter espiritual, como las condiciones especiales de la naturaleza que influye en él, y las de los objetos artificiales sobre que ejercita el espíritu sus órganos, y hasta el vestido mismo que se usa, están como reflejados y embutidos. Pero con tan bárbaro rastrillo nivelaron la tierra india, a voces de Valverdes y Zumárragas, los conquistadores, y tan bien se juntaron el afán de éstos de extinguir a los vencidos y el encono fiero de los clérigos vulgares contra la gente hereje, que no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los ymetes, y en el Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuatlés sabios. Centroamérica guarda todavía, en ciertos títulos de propiedad de la época prehispana aún no publicados, y en los escasos manuscritos que le dejó el abate Brasseur de Bourbourg, más materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india, que lo que hasta ahora va presentado en los Comentarios Reales y libros de Sahagunes y Clavijeros. ¿Qué pueblo que, como el de México, tenía elevadas, a mirar al cielo, tan subidas torres, que no sacaría de ellas

por las condiciones mismas que a fabricarlas lo movieron, los cánticos y la sabiduría que inspiran la atmósfera profunda y el encendido cielo?

De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando, poquísimo se sabe, a no ser lo que revelan el *Rabinal Achi*, diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios nahuatlés, que el abate Brasseur descubrió y sacó a luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos, y el *Ollantay*, escrito en quechua, en que andan en curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano, de una parte discretos y sabrosos donaires de estilo que parecen salidos del mismísimo corral de la Pacheca, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español, aun cuando viviese mucho entre indios y escribiese de ellos; y de otra parte, unos caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar, porque lo de español por todas partes le asoma, no con ciertas niñeces y asperezas que a un castellano pueden en justicia atribuirse, por no ser natural que el hijo de un pueblo y miembro de una civilización no esté tan penetrado de su espíritu que, al sacarse un drama del caletre, pinte las cosas propias suyas, y de su raza, que él mismo lleva en sí, como un sacristancillo mestizo pudiera dislocar y trabucar los ejercicios de la misa, si fuera puesto a decirla en vez del cura propietario.

En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados, y en México, que hubo por lo menos complicadas pantomimas; pero de esto mismo se deduce que la pantomima debió subir a comedia; porque de mudo no peca el pueblo americano, que de la Naturaleza misma tiene la elocuencia; y no es dable suponer que pueblo hecho como el de México a reunirse en las plazas y a discutir sus negocios públicos, y nombrar sus senados, y a perorar en éstos, la cual práctica era tan extensa, que hasta las mujeres la gozaban en Tlaxcala en representación de sus maridos ausentes o muertos, no adicionara con chistes imprevistos, que pararían en diálogos enseguida y en trama luego, las ocasiones propicias que para lucir la mente les ofrecían las escenas que representaban. Que no se haya salvado comedia alguna de México nada quiere decir, puesto que no era de fiijo tan fuerte como la piedra el pergamino en que estaban escritas; y de iglesias, y palacios, y talleres, y mercados, y escuelas públicas, y torres, estaba México lleno, de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, sino que la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas. Llorar hemos visto a un patriarca indio en las cercanías de México sobre los

cimientos arrasados de uno que debió ser gran pueblo, en las cercanías de Tlacotalpam; y ahora enseña sus raíces de piedra, sustento un día de espaciosas moradas, y tristes hoy y solas, como una elegía.

Daniel G. Brinton publica en Filadelfia una *Librería de literatura americana aborigen*, de la que lleva ya sacados cuatro tomos; y el último nada menos es que una traducción cuidadosa del *Gregüence*, comedia maestra escrita después de la conquista en un dialecto burdo, mezcla de castellano bajo y náhuatl corrompido, en que con diálogo unas veces, y con danzas otras, se cuentan a grandes risas y con chistes gordos, cuando no picantes a más de rastros, las ingeniosidades, invenciones y astucias con que uno de los americanos de la tribu burló a un alguacil, ante quien fue traído para que sufriera la pena de alguna supuesta o real bellaquería. Parece que el *Gregüence* tiene notable música, lo que hace de él una como zarzuela india. Brinton la pone como la única comedia original de autores indios conocida, y con examen minucioso y citas oportunas demuestra que en espíritu, trazo, estilo y desarrollo, la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje. Y para que no queden a ciegas los lectores, explica el publicador, en una introducción ordenada y copiosa, todo lo que se sabe del *Gregüence* y sus tiempos, y quiénes eran los nahuas y los mangües de Nicaragua, con descripción de sus bailes de teatro, forma natural de éste en pueblo nuevo, que solían ser coreados como entre los griegos del Tragos y de Thespi; todo lo cual enriquece Brinton con muchos detalles sobre la música de los nahuatlés, que era animada y buena, y los instrumentos con que acompañaban sus danzas y canciones.

La América. Nueva York, junio de 1884

6

REUNIÓN PRÓXIMA DE LA BRITISH ASSOCIATION

ASUNTOS DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA

La asociación científica que ha alcanzado fama con el nombre de "British Association", tiene una de sus secciones consagrada al estudio de Antropología: y como en nuestros países latinos, que abundan tanto en gente ilustre desconocida que en lugar y atmósfera apropiadas brillarían con luz poderosísima, hay conocedores de estas cosas que de

seguro no van en zaga a los más letrados de la Asociación Británica, es oportuno decir que la próxima sesión del grupo de Antropología se celebrará en Montreal, y no se tratarán en ella más que asuntos americanos, sobre los que habrá discusión larga. Por cierto que un caballero distinguido de nuestros países, que acaba de presidir una república, está escribiendo un libro de historia primitiva americana, que en muchos puntos se roza con lo que va a discutirse en la sesión de Montreal.

No diremos el nombre del ex presidente, que sobre lo que lleva en su mente, ha comprado ya una rica librería de obras sobre América; sino los asuntos de debate en la sesión, que serán éstos:

Las razas nativas de América, sus caracteres físicos y su origen.

La civilización de América antes del tiempo de Colón, con especial estudio de las relaciones primitivas de América con el Antiguo Continente.

Arqueología de Norteamérica: cuevas, habitaciones y aldeas: arquitectura de piedra de México y Centroamérica.

Lenguas nativas de América.

Colonización europea y sus efectos en las tribus aborígenes.

En julio próximo es la sesión, y en Canadá la celebran por ser tierra rica en reliquias y pruebas visibles de los asuntos cuyo estudio intentan.

Bien harían los gobiernos de Centroamérica en ofrecer una de sus capitales, cercanas a tanta ruina maravillosa, para la reunión del próximo congreso de algunas de las sociedades que en investigar la historia de América se ocupan.

La América. Nueva York, junio de 1884

7

LA CRONOLOGÍA PREHISTÓRICA DE AMÉRICA

DANIEL G. BRINTON

A Brinton, de Filadelfia, debemos mucho los americanos. Por el respeto entra el amor: a quien se desdenea, no se puede querer: los pueblos de indios, como casi todos los de América, con ellos han de andar, o andarán poco contra ellos. Brinton, con lo mucho que sabe de Etnología y Arqueología, lleva publicados en su "Biblioteca de Literatura Aborigen" libros donde se ve que esta que por el mal trato de los españoles y la desidia nuestra parece raza bárbara, tuvo desde el nacer lengua

admirable, rica imaginación, fiestas floridas. De nuestra América ya lleva Brinton publicadas "Las Leyendas Mayas", una "Gramática de la lengua Cakchiquel", y "El Gregüence, baile—comedia en el náhuatl—español de los primeros tiempos de la conquista", donde resaltan la gracia y orden, naturales en aquella gente ingenua. Lo último de Brinton, que acaba de leerlo ante la Asociación de Adelanto de las Ciencias, es su "Noticia de los Datos Actuales para el Estudio de la Cronología Prehistórica de América". El es maestro en el asunto, como se conoce, entre otros libros, por sus "Autores Aborígenes de América, y sus Obras". Tan cierto es para él que la raza americana es de remota antigüedad, como probable que el hombre no apareciese en América: "el hombre no pudo proceder de ninguno de los mamíferos fósiles conocidos en el continente; acaso vino del oeste de Europa por el puente de tierra preglaciar que la unía a América, y de Asia luego". Pero en todo ve Brinton demostrada la antigüedad de la estirpe humana en América:—en los depósitos de conchas y huesos de especies distintas donde se han hallado restos de cerámicas y útiles de piedra pulidos con relativa habilidad, y en los arenales de Trenton y lugares varios, ricos en residuos paleolíticos que revelan la existencia del hombre americano en la época glacial, cuando no antes;—en lo esparcido del cultivo del maíz y del tabaco, que en edad remotísima se cosechaban, desde el Canadá hasta la Patagonia;—en las doscientas o más lenguas aborígenes diferentes de raíz en Norte y Sud América, lo que acusa una edad muy lejana, pues sólo por la duración de ella pudo parar en esas opuestas ramas una raza cuyo común origen se comprueba por la identidad de los cráneos hallados en los depósitos cuaternarios más antiguos;—y en el descubrimiento de útiles de labor en los depósitos glaciares, lo que remonta la existencia del hombre en América hasta la época del hielo, hace unos treinta y cinco mil años.

El Economista Americano. Nueva York, agosto de 1887

EXPOSICIONES

1. EXPOSICIÓN DE ELECTRICIDAD
2. LA EXPOSICIÓN DE BOSTON
3. LA EXPOSICIÓN DE MATERIAL DE FERROCARRILES DE CHICAGO
4. LA EXHIBICIÓN DE CABALLOS EN NUEVA YORK
5. LA EXPOSICIÓN DE LOUISVILLE
6. UNA INDICACIÓN DE "LA AMÉRICA"
7. EXPOSICIÓN DE ALGODONES EN NEW ORLEANS
8. EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS AMERICANOS
9. LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE NEW ORLEANS

EXPOSICIÓN DE ELECTRICIDAD

Edouard Fournier, que fue a la par escritor de Francia muy galano, buscador infatigable de hechos olvidados, halló singulares analogías entre las cosas de ciencia que posan ahora plaza de nuevas, y otras de antaño olvidadas de las que las nuestras no son más que como hallazgo y renuevo.—*Le Vieux Neuf* se llama el libro de Edouard Fournier, que no ha de faltar en mesa alguna de hombre pensador. La ciencia del espíritu, menos perfeccionada que las demás por estar formada de leyes más ocultas y hechos menos visibles, ha de construirse sobre el descubrimiento, clasificación y codificación de los hechos espirituales. Para estudiar las posibilidades de la vida futura de los hombres, es necesario dominar el conocimiento de las realidades de su vida pasada. Del progreso humano se habla tanto, que a poco más va a parecer vulgaridad hablar de él. No se puede predecir cómo progresará el hombre, sin conocer cómo ha progresado. Aquel buen libro de Fournier, cuyo saber vasto y pintoresco envidió tanto Balzac, muestra, como tantos otros libros, que en todo tiempo, al aparecer el hombre en la vida, ha aparecido con todas e iguales armas, y que esta ansia de saber, a veces coronada, que consume y engrandece a los hombres de ahora, consumió y engrandeció y solió coronar a los de antaño.

Pero en época alguna, por no haber vivido aún bastante los hombres para ser dueños completos de sí, y por no haber transcurrido aún tiempo suficiente para acumular todos los hechos que la ciencia prudente necesita como base, han sacado los hombres de sí propios tanto empuje, tanto afán, tal movilidad, aptitud de analizar hechos aislados, poder de clasificarlos y capacidad de deducir leyes de ellos. El siglo XVIII fundó

la Libertad: el siglo XIX fundará la Ciencia. Así no se ha roto el orden natural: y la Ciencia vino después de la Libertad, que es madre de todo.

Los hombres parecen estatuas de oro que juegan con fango. Tienen celos unos de otros, y con el ruido que hacen sus querellas, no se oyen las voces pacíficas del ejército de sabios. Pero éstos crecen, como el sonido en la onda del aire, y van llenando ya toda la tierra. Será el día de la paz, hija última, y todavía no nacida, de la Libertad.

Años hace, la electricidad era fuerza rebelde, destructora y confusa. Hoy obedece al hombre, como caballo domado. De lo que hace decenas de años era apenas grupo oscuro de hechos sueltos, se hace ahora muchedumbre de familias de hechos, cada cual con campo y tienda propios. que tienen aires ya de pueblo y ciencia. Ya no basta a los descubridores del elemento nuevo la Exposición de Sydenham, ni la de Munich, ni la de París, que fue tan brillante, ni la de Londres, que lo está siendo hoy. Ya anuncian para agosto de este año la Exposición nueva. Será en Viena, la ciudad del Prater, paseo vasto y solemne, donde de un lado envuelven la tierra las brumas alemanas, y cuanto de místico y fantástico viene con ellas,—y de otro haces de luz del mediodía, que llenan las venas de chispas de fuego y espíritus alados.—Será en Viena, ciudad de hombres corteses, y mujeres esbeltas y mágicas.

Se averigua tanto, se acumula cada nuevo día tanto hecho nuevo, dan de sí tanta luz los hechos cuando se acumulan—como cuando chocan espadas bien templadas,—que los investigadores de las maravillas de la Electricidad auguran buen éxito a la Exposición de agosto, que durará hasta el 31 de octubre. Habrá menos celos que en la de París, porque no habrá premios: y no querellarán tan ásperamente sobre la propiedad de uno y otro descubrimiento norteamericanos y franceses. No habrá jurado, como no lo hubo en Munich; una comisión de hombres de ciencia hará experimentos con los inventos presentados, y extenderá certificados de los resultados obtenidos. Así, pues, el premio irá en el hecho, y no en el favor de los jueces. La disposición de los objetos anuncia ya el hermoso desenvolvimiento y futura amplitud de la Ciencia Eléctrica. Parece, leyéndola, que se ven los cimientos de un gran edificio luminoso. En un grupo irán las máquinas magnetoeléctricas y dinamoeléctricas. En otro, las entrañas fecundas donde se elabora la electricidad: las pilas y todos sus accesorios. Lo de telegrafía, en otro departamento, y en otro, lo de telefonía. El sexto grupo será el de la luz eléctrica. Ya el séptimo comprende mayor maravilla: el modo de encerrar en una botella de cristal el rayo: todos los medios conocidos de mover la electricidad,

almacenarla y llevarla de un lado a otro. De cables, hilos y cuanto haga relación a ellos, será otro grupo. Se reunirán, en división especial, todas las aplicaciones de la electricidad a la Química, a la Metalurgia y a la Galvanoplastia. Luego, las aplicaciones de la electricidad al arte militar, que llegarán a ser tantas, que harán la guerra de puro excesiva y tremenda, imposible.—Luego, las aplicaciones de la electricidad a los caminos de hierro, en lo que no se ha adelantado a la par de los demás ramos. El departamento en que hemos de tener puestos con más cuidado los ojos los latinoamericanos, es el de las aplicaciones de la electricidad a las minas y a la agricultura: en este departamento entrarán también los inventos aplicables a la navegación. De un lado se verán los usos de la electricidad en la medicina y en la cirugía: de otro, todos los modos de servir de la fuerza eléctrica a la Meteorología, a la Astronomía y a la Geodesia. Curiosísimo va a ser el departamento de aplicaciones de electricidad a las cosas de la casa, a las menudencias domésticas de alumbrado y de cocina, a ciertos objetos de arte, y a modos de adorno. La mecánica en junto, las calderas, las máquinas de vapor, las de gas, los motores hidráulicos, y cuanto luz echan sobre ellos las investigaciones en la ciencia nueva, atraerán grandemente la atención en agrupación aparte. Y al fin, como índice y fuente, y como ejes de mayores vueltas de esta rueda de fuego que nos gira en la mente, cuanto va escrito sobre Ciencia Eléctrica, y sobre el modo de enseñarla, y trocársela en industria, y en beneficio práctico del hombre.

Los expositores nada pagarán por el local que ocupen sus inventos: la fuerza motriz que necesiten para hacer funcionar sus aparatos les costará sólo cincuenta céntimos por caballo y por hora. El primero de junio comienzan a recibir los objetos: el 15 de julio se cerrará la recepción. El primero de agosto se abrirá al público el nuevo Palacio de tantas maravillas.

La América. Nueva York, marzo de 1883

2

LA EXPOSICIÓN DE BOSTON

Boston abre el 3 de septiembre su exposición notable. Los muelles están llenos de buques que de todas partes de la tierra traen al noble certamen,—a la batalla moderna,—productos de todos los continentes.

Catálogo de productos universales parecería la enumeración de los que ya se sabe que figurarán en los hermosos salones del Palacio de la Exposición de Boston.

Allí ha mandado Italia sus estatuas esbeltas y transparentes, que más parecen de nube cuajada que de mármol blanco; sus cuadros, en que brilla la ardiente luz amarilla de sus costas volcánicas, y aquel azul violáceo de su cielo; sus tapices de antaño, tanto como los de Aubusson famosos; sus mosaicos, tan notables hoy como aquellos de Pompeya, de los que cabían 250 piezas en el espacio de una pulgada cuadrada. Italia envía sus encajes, en que logra de nuevo la fama universal que un tiempo tuvo; sus tejidos de paja, de que se hace en sombreros consumo tan grande; sus vinos, que recuerdan aquellos pastosos, dulcísimos y perfumados de la antigua Grecia; su pintoresca y notable cerámica. Manda Italia cintas muy bien hechas, filigranas de Génova, menos bellas y finas que las de México, y trabajos de concha, que siempre en Italia fueron buenos.

Llenas van a estar las salas alemanas de cuadros de que, por engalanar la Exposición de Boston y honrar la tierra de Arminio, se han desprendido temporalmente las galerías famosas, que viajero alguno debe dejar de visitar, de Düsseldorf y Stuttgart, y la de Munich, corte perpetua de caballeros, músicos y poetas, donde acaba de hacerse ahora Exposición de pinturas notables. Pero no se contenta Alemania, que en tanto trabaja, y con ojos tan abiertos mira los productos y provechos ajenos, con enviar cuadros; sino que manda numerosísimas muestras de todas las labores en que empeña su tenacidad y su ciencia. Alemania, que a veces carece del empuje de la creación, a todos los pueblos, con excepción del pueblo chino acaso, aventaja en la paciencia de la copia.—Aunque a los mismos chinos sacan codos los chilenos, porque al decir de industriales europeos que han tenido ocasión de competir con émulos de Chile, el chino se apodera de lo que ve, y lo imita rápida, precisa y servilmente; y el chileno, cuanto ve lo hace suyo y lo mejora.—De Berlín y de Bremen vienen muchas muestras de artefactos de Alemania.

Por primera vez entra, con derecho y nombre propio, y no como sierva de Inglaterra, la laboriosa y simpática Irlanda en los certámenes de la industria. Envía Irlanda a Boston encajes, que son buenos y originales, telas de hilo y de seda ligeras, estatuas y cuadros.

Inglaterra hace, como ella sabe y usa, alarde formidable de su supremacía industrial. Entre otras cosas, lo que más alto ha puesto el arte industrial, o la industria artística, en Inglaterra, es el sistema de grandes

Institutos de Bellas Artes, aplicadas a los propósitos de la manufactura, que desde hace algunos años priva allí con admirable éxito.—En porcelana, en trabajos de loza, en relojes, en útiles de trabajo, en instrumentos científicos. en objetos de plata, en todo presenta obras maestras. En instrumentos de agricultura no, que en esto le ganan los Estados Unidos. Ni en carruajes, que son los ingleses más pesados y menos esbeltos que los de Francia.

Francia también alcanzará especiales honores en esta exhibición, —puesto que envía telas de sus pintores, los más perfectos y elegantes, ya que no los más inspirados y mejores coloristas de la tierra; y envía la gala y flor de sus magníficos y variadísimos talleres, y muestras escogidas de sus vinos, que aun “cortados”, “azucarados”, “procedidos” y “plastrados” triunfan en las mesas de todas las naciones sobre sus desdeñados y menos bien preparados rivales.—No está todo en producir, sino en saber presentar. Dama gallarda, parece mejor sin afeites, pero con aseado aliño. En envolver bien está a las veces el único secreto de vender mucho. El hombre es por naturaleza, y aun a despecho suyo, artista; cuanto halaga a su naturaleza, aun cuando no se dé él cuenta de ello, tiene venta segura.

De Persia vienen a Boston lujos, esmaltes, pedrería, perfumes. Ni España, que ya va mejorando sus talleres; ni Portugal, que no pone todavía bastante atención en ellos; ni el Japón, nuevo hermano, y no el menos meritorio ni brillante, de los pueblos modernos; ni Corea, con sus labores solicitadas y pintorescas de marfil, madera, paja, sedas y drogas; ni la honrada Bélgica, en cuyos campos todo es fruta y jugo; ni Holanda altiva, de afamados telares; ni Suecia, Noruega y Dinamarca pintorescas, faltan en el certamen bostoniano.

De Madera, vinos; de las islas Sandwich, azúcar; de Austria, que es como una Francia de Alemania, muchos productos acabados de artes e industrias. De todas partes, todo. Cuba, México y Brasil, han ofrecido poner allí ante los ojos de los visitantes los frutos de sus campos, y sus adelantados productos fabriles.

Ya las Exposiciones no son lugares de paseo. Son avisos: son lecciones enormes y silenciosas: son escuelas.

Pueblo que nada ve en ellas que aprender, no lleva camino de pueblo.

LA EXPOSICIÓN DE MATERIAL DE FERROCARRILES DE CHICAGO

Mucho perdió el mecánico o interesado en cosas de ferrocarriles, que no vio la exposición de éstos y sus materiales, en Chicago. No fue aquella, como otras, exhibición muda, más curiosa que útil, de la que sacan los visitantes mayor asombro en los ojos que novedad activa en las ideas y provecho en la mente: fue una exhibición explicada, práctica, de utilidad inmediata, acrecida por la reunión y vecindad de todos los materiales del mismo ramo que se ayudan y completan. Al pie de cada rueda había un hombre inteligente que explicaba sus funciones. Junto a los productos de cada fábrica, un comentador diestro y activo que hacía resaltar sus ventajas, y las ponía en juego a los ojos de los visitantes, menos numerosos, sin embargo, que los que atrae un circo, o un certamen de extravagantes perros. Y sin embargo, ¡qué hermoso misterio es una máquina! Se adivina, con ver cada una de ellas, que es una presa nueva que el hombre hace al cielo, y una estrella más que clava a la tierra. Ver una máquina, llena de orgullo; orgullo de ser igual en forma a quien la hizo. Se busca instintivamente con los ojos a los trabajadores, para estrecharles la mano. ¡Qué hermosos conquistadores, éstos de manos callosas, tez bronceada y espaldas fornidas! Tienen los contornos, la manera de mirar, y la de reposar, de los antiguos héroes.

Pero aunque los visitantes curiosos fueron pocos, aquellos a quienes la Exposición podía aprovechar en algún modo, fueron a ella en masa. Y al lado de la Exposición, las asociaciones de constructores de carros, de ingenieros mecánicos, y de maestros mecánicos celebraban congresos. Ese es el hombre moderno: de pie junto a las ruedas de trabajo, mira serenamente a lo futuro. Y estudia la vida, y analiza sus elementos. Hasta que los obreros no sean hombres cultos no serán felices. La pasión hace a veces odiosa la misma justicia. La razón es como un brazo colosal, que levanta a la Justicia donde no pueden alcanzarla las avaricias de los hombres.—A los obreros ignorantes, que quieren poner remedios bruscos a un mal que sienten, pero cuyos elementos no conocen, los vencerá siempre el interés de los capitalistas, disfrazados, como de piel de cordero una zorra, de conveniencias y prudencias sociales. A los

obreros razonadores, mesurados, activa, lenta y tremendamente enérgicos, no los vencerá jamás, en lo que sea justo, nadie. Salúdese con gozo estos Congresos de Obreros.

Tuvo la Exhibición de Chicago tanto de pintoresco como de útil. Allí estaba la rueda y la poesía de la rueda. Allí estaba la antigüedad, que es siempre poesía. Y el cambio mañoso y sorprendente de la máquina larva a la máquina águila; que es ya poema. En la sección de "Antigüedades" empleaban los visitantes horas: deteníanse, como se detienen los pensadores ante una madre anciana. ¡Qué templo, una mujer que ha dado hijos! ¡Qué luz la que emerge de un rostro añoso! ¡Qué saludable alegría, engendradora de ímpetus, la de ver, como en entrañas maternas, aquellos fetos inmensos de madera y de hierro en la ancha sala, aquellas deformes e imperfectas masas mugientes de que, como el niño del entozoario, ha nacido la magnífica moderna locomotora! Y de tal manera ¡oh pasmo! ha adelantado esta invención de las locomotoras, que aún están en perfecto orden, al lado de sus hijas lucientes y crecidas, y pudieran como ellas correr por los caminos, aquellas lentas y pesadas fábricas rodantes con que se hicieron, por sobre rieles de madera, los primeros ensayos.

Casi conmovía, como conmueve un viejo, el espectáculo de aquellas máquinas antiguas. ¡Cuán simples y lisos los carros, como el antiguo carácter puritano: porque el alma del hombre, como el cielo en el agua del mar, se refleja siempre en su obra!

Entre los sueños del hombre, hay uno hermoso: suprimir la noche. ¡Y parecía esto conseguido en los monumentales salones de Chicago! ¡Qué terrible la noche sobre un campamento de soldados! ¡Qué expansiva, risueña y hermosa la luz eléctrica sobre un campamento de máquinas en acción, de ruedas girantes, de émbolos veloces, de pistones jadeantes, de campanas sonoras, de inmensas palas de vapor que para hacer hueco a los rieles levantan a mordidas potentes de la tierra el barro y la pedrada! ¡Cómo en las altas horas de la noche, por Edison vencida, parecían los atentos visitantes que cuchicheaban junto a las máquinas en función, hormigas luminosas o pequeños dioses!—Por un lado, un carro movido por electricidad, cargado siempre de pasajeros gozosos y sin miedo: por otro, un molino de viento, por la electricidad también movido: por otro, como senos de nube deshecha, muestras cegadoras de colores vivos, usadas en señales y decoraciones: por otro, una pala de vapor colosal, precisa, discreta, admirable, casi inteligente, que descendía sobre el banco de tierra, como un alcastraz sobre la presa que vislumbraba en la superficie

del mar, hendía en el banco su gran diente cóncavo, lo alzaba ya cargado, lo volvía hacia el carro que a su lado esperaba la carga, y lo vaciaba en él.

Cuanta manufactura notable de artículos de hierro y acero, de carros para locomotoras y para caballo, de instrumentos necesarios para la construcción y conservación de los ferrocarriles hay en los Estados Unidos. estaba en la exhibición. Las Obras de Acero de Ohio (Ohio Steel Works) enseñaban sus buenas planchas de acero de un cuarto de pulgada de espesor, 56 de ancho y 372 de largo: y una caldera de 72 pulgadas de diámetro, cuya plancha del fondo es de una sola lámina de acero, que en su parte de arriba mide de lado a lado 70 pulgadas. Lo extraordinario del tamaño no había dañado a la perfección de las tres planchas de la caldera. Y exhibían otra, de acero también, con tres aberturas con borde exterior, adaptables a las bocas de la hornilla, y ancho ribete alrededor del tope y de los lados.

La "North Chicago Rolling Mill Co." ostentaba satisfecha un excelente riel de acero, tan bien hecho, que sólo pesaba 65 libras por yarda: y de tal modo trabajan las máquinas poderosas de esta Compañía, que tal riel fue hecho, desde su primer estado hasta el perfecto en que se exhibía, ¡en una hora y media! Había allí rieles de esta casa de 120, 90 y 80 pies.

En carros, había riqueza. La "Central Support Car Truck Co.", de San Luis, presentó un carro de carga sobre tres grupos de ruedas, los dos usuales de ruedas delanteras y traseras, y uno nuevo en el centro, sobre ocho rodadoras de fricción (friction rollers). El cuerpo del carro es totalmente independiente del rodaje. Setenta mil libras caben en el carro, que pesa 32,300, dos toneladas más que los carros comunes, por el peso del tercer grupo de ruedas, y tiene de largo 33 pies.

J. C. Brill & Co., de Filadelfia, sacó a luz un carro lindo y nuevo, para un caballo, con su departamento para fumadores. ¡Carro cortés!

De vagones lujosos había copia. La suntuosidad de los vagones de Pullman es uno de los lugares comunes de nuestra época: se habla de ellos ahora como se hablaba en otro tiempo del águila de César. La Compañía Pullman exhibía en Chicago un carro-comedor de tan severa belleza y tan rica y abundantemente aderezado, que bien se entiende por qué Adelina Patti y Sarah Bernhardt prefirieron a veces, en sus viajes a través de los Estados Unidos, continuar habitando sus carros de camino, a recibir incómodo hospedaje en los hoteles de descanso de la vía. La Compañía Harlan y Hollingsworth sacaba, sin embargo, ventaja

a la de Pullman con otro carro-comedor, iluminado de manera que parece sala real en noche de fiesta. Y más rico aún era otro carro-sala.

De donde no apartaban sus ojos los mecánicos era de la sección de instrumentos. ¡Qué taladros tan poderosos y perfectos, y qué martillos de vapor tan nuevos y acabados, los de la Morgan Engineering Works, de Alliance, Ohio! Mejor aún parecía a todos el taladro (universal drill) de la casa Niles, de Filadelfia, hecho de manera que ajusta a todos los lados de la máquina y puede abrir agujeros en todos los ángulos y direcciones. Todas las piezas de esta potente máquina son automáticas. Un solo hombre ha taladrado con ella en diez horas 137 ruedas. Pero esto interesa poco a nuestros países que no hacen aún locomotoras.—Salvo México que no sólo las construye desde hace años, sino que las perfecciona, aligera y embellece. A criar animales, a montarlos, a utilizar los ricos desperdicios de las minas, a muchas cosas más, han aprendido los norteamericanos de los de México. Viendo lo que se ve, no causa asombro que México haya hecho poco, sino que tan escasa y trabajada población de hombres blancos, entre seis millones de indios, que le alzan valla formidable, haya creado tan hermosa nación, y sembrado, cultivado, descubierto e inventado tanto. Los artesanos de México hubieran visto con gozo en las salas de Chicago las formidables acepilladoras de Pratt y Whitney, las cortadoras de hierro y pulidoras, las veloces cortadoras de tornillos, que trabajan la espiral en la masa del hierro con suavidad y presteza iguales a las de un diestro escultor, que de un golpe de su palillo rebana en la pupila de barro de su estatua el tajo que ha menester para dar al ojo limpidez y mirada. El eje flexible de Stow, tan útil para volver esquinas y trabajar en ángulos difíciles y en curvas, lucía frente al hierro acepillado de W. D. Wood & Co., tan liso y pulido como la mejor plancha de hierro de Rusia. No había ruedas mejores que las de Thatcher & Co.; ni más curiosas que las colosales ruedas de papel de la Compañía de Ruedas de Papel para Vagones, de Allen: allí se veía esta rueda novísima, sólida y ligera, en todos sus estados, desde la delgada hoja de cartón en que comienza, hasta la obra ya acabada y pronta a salir sobre los rieles. El papel lleva ya a sus espaldas el hierro y el acero, y el vapor rugiente: ¡cercañas del ala!

Llamaron la atención las bandas de cuero de la "Chicago Rawhide Manufacturing Co." La misma máquina que comunicaba fuerza a las brillantes lámparas eléctricas de Brush, movía las recias bandas de 26 pulgadas de ancho y otras muchas de tamaños varios. Banda había allí que ha estado en uso constante durante tres años sin deteriorarse. Y

había grandes cuerdas de cuero, trenzadas como si estuvieran hechas de abacá de Filipinas o henequén yucateco. Es lo notable de estas bandas que no son de cuero curtido, sino curado al uso de Krueger, y que la manufactura nivela de manera que hace desaparecer de él todo nudo o punto duro. Dicen que la humedad no afecta estas bandas que trabajan mejor que otra alguna en lugares que son a un tiempo cálidos y húmedos. Halláronse excelentes bandas y cuerdas y tan flexibles éstas como las cuerdas más blandas, de tal modo que una cuerda de cuero crudo de una pulgada y cuarto, cede y se dobla con más docilidad que una de igual tamaño de henequén. A Cartago y a la reina Dido hace recordar con sus trabajos esta Compañía: con un cuero de buey hacen 800 pies de banda de media pulgada.

Otro aparato notable era el de secar la madera. Trabajada por el método Noyes, la madera se pliega y obedece como a las manos de los persas y bohemios el *meerschbaum*, esa linda masa blanca absorbente en que se tallan las pipas de fumar. Por este método se seca la madera con tal rapidez, que en la Exhibición se vio en perfecta condición de sequedad, recto y libre de vicio, un trozo de caoba de 21 pulgadas de ancho, 20 pies de largo, y media pulgada de espesor, secado por este sistema en seis horas. Maderas como el ciprés, que tienden a encorvarse y se resisten al secador, se veían allí planas, lisas, perfectamente rectas.

En altas pilas veíanse cerca de las maderas, aliñadas y pulidas como juguetes, grandes tercios de cuerda de alambre y de hierro, y entre ellas muestras de alambres gloriosos. Honrados paseaban de boca en boca, como en estos tiempos y en los que vienen pasearán, los nombres de los Roebling, los ingenieros del Puente de Brooklyn, de cuyos elegantes cables se exhibía allí una sección. Y otra de cada uno de los cables usados en los puentes colgantes que construyó el osado prusiano: el de Covington y Cincinnati, el de las cataratas del Niágara.

Entre las palas, las mejores parecían las de Hussey Binas & Co. Entre los instrumentos de acero, que pocas hacen bien, brillaban los de Hussey, Howe & Co.

Donde había constantemente núcleo de visitantes, era frente a las venerables reliquias de la época infantil de las locomotoras. Veíase en los rostros lucir algo como ternura y agradecimiento. Mirábase como a bienhechores aquella ruda máquina de Stevenson, con su tanque ya roído de orín, y su carro con retranca de madera; aquella otra máquina ya sin ruedas, como elefante dormido, que en 1813 fabricaban en Killingworth Colliery; aquella benemérita caldera, que ardió en las entrañas

del “León de Stonebridge”, la primera locomotora que rodó con buen éxito en tierra americana. Y en acuarelas piadosas y en buenos dibujos lucían copias de todos aquellos informes ensayos, ora bautizados con nombres bíblicos, como “Sansón”, ora con nombres patrios, como “Washington” y “Franklyn”.—Los maquinistas llegan a amar a sus máquinas, y a conocerlas, y a acariciarlas, y a ahorrarles fatiga como el árabe a su caballo: el hombre, siempre y por sobre todo bueno, infunde su alma en cuanto toca. Esposa llega a parecer a veces al maquinista su máquina. E hijos de aquellas locomotoras viejas y despedazadas parecían los visitantes de la Exposición, por el cariño con que las miraban. Una máquina se llamaba “El Mejor Amigo”, otra “Experimento”, otra “Robert Fulton”. ¡Qué formidable coloquio, el de aquellas masas rudas, desencajadas y deformes! ¡Tal parece que aquéllas fueron las entrañas de que ha surgido este pasmoso pueblo! Allí estaba la “Horacio Allen”, construida en 1831 en la fundición de West Point; allí una máquina construida en 1838, ya con grandes adelantos, por la fábrica famosa de Baldwin, premiada ahora en la Exposición con medalla de oro.

Cierre una breve noticia de los principales premios esta reseña rápida.

Fuera vulgaridad querer encomiar con innecesarias palabras ciertamente importante, útil y majestuoso. Algo más que hombres parecían los trabajadores activos que, entre los aparatos en movimiento, explicaban aquellas maravillas. Campamento de ejército moderno, con grandes capitanes de negra y alta pluma y coraza luciente de ariete, parecían las salas de Chicago. Y aquellas hermosas máquinas antiguas, reyes sentados.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

4

EXHIBICIÓN DE CABALLOS EN NUEVA YORK

CASTAS Y PREMIOS

New York prepara un certamen hípico, a que hicieran bien en venir los criadores de los países vecinos que aún tienen tiempo de ello. Es para el 22 de octubre, y durará cuatro días. Nunca ha habido cosa semejante en New York, y la idea está siendo muy acariciada por el público. Como los caballos americanos, de las crías buenas de Kentucky,

han solido vencer a los ingleses en las carreras de estos últimos años, ya miran a sus caballos los americanos como a héroes de la patria, y ponen en ellos ese amor ardiente con que los hijos leales calientan y acatan todo lo que sale de su tierra madre, o echa luz sobre ella. La fiesta toma tamaños de un suceso nacional.

Todos los pueblos que tienen buenos caballos, como la Argentina y México, debieran celebrar a menudo certámenes semejantes. Y si se alega que son costosos, aunque en nuestras tierras no han de serlo tanto como en ésta, que en todo quiere alientos de gigante, luminarias como cráteres y circos como llanos,—hágase del modo con que aquí se ha hecho.—Cien mil pesos se necesitaban para la fiesta: lanzáronse mil acciones de cien pesos al mercado, y todos los poseedores de grandes cabaillerizas, todos los interesados en las carreras anuales de otoño, todos los criadores y buen número de ricos que ven con gozo cuanto tienda a crear ramas prósperas al país de que con regio orgullo se proclaman hijos,—agotaron en poco más de horas las acciones,—de tal modo que ya sobra el dinero para los premios que los iniciadores ofrecen a los mejores animales.

No menos de 450 caballos se aguardan para esta fiesta. Los habrá de sangre entera, ya padres selectos, de cuatro o más años, y de tres y de dos, y potros de un año; ya yeguas en cría, con su crianza al pie.

Allí habrá árabes finos, que han venido a los Estados Unidos,—como en otro tiempo fueron a Inglaterra, bien hace ya quinientos años, a crear con las especies más recias del país, ligeras y aristocráticas especies nuevas.

Se espera animadísima competencia de trotadores, por sobresalir grandemente los caballos americanos en lo firme y abierto de su trote. Es cosa diaria que un buen animal de tiro haga una milla en dos minutos y quince segundos. Y hay aquí ya guiadores tan diestros que cuentan en el aire el tiempo, y llegan a la meta a segundo fijo.

De seguro que estará en la Exposición el honrado Johnny Murphy, famoso jockey y guiador, a quien su antecesor y maestro en artes hípicas legó su tradicional honradez de esta primitiva e ingenua manera:—como tenía gran fama, que miraba él como cosa solemne, de soplar de entre sus labios una paja a larga distancia, sin que errase jamás el punto, llamó a Murphy a la hora de morir:

—¿Nunca has vendido una carrera, como esos otros jockeys bribones la venden?

—Nunca la he vendido.

—Mira esa mancha en la pared.

—Miro.

Y con sus labios tenaces de sajón moribundo, envió como una saeta de tirador danés sobre la plancha de roble, una paja al punto mismo señalado.

—Pues, Johnny, dijo el viejo maestro; tan seguro como que me has visto dar en el punto con la paja, saldré de mi sepultura y te perseguiré eternamente si vendes jamás una carrera.

Y Johnny no ha hecho jamás traición a los que le fian sus caballos en las lidias hípicas.

Pero no serán, por cierto, caballos de carrera y trote los que figuren en la Exposición de octubre: allí habrá también caminadores, que han de tener para entrar a certamen no menos de siete cuartas de alzada y de 1,000 a 1,150 libras de peso y parte de buena sangre.

Habrán caballos de todo trabajo, por lo que entienden aquí un animal de suficiente peso para tirar bien de un carro ligero de ciudad, o servir en las faenas del campo. Y de éstos habrá secciones de sementales o padres, y receptoras o madres, y castrados.

En la sección de caballos de tiro, que promete ser buena, y que a ambas Américas es muy interesante, habrá especies de tiro pesado, y los clydesdales fuertes, pero poco garbosos, y los arrogantes percherones. Magníficos animales tienen en estas secciones los Estados Unidos: mucho ayuda a entender ciertas aparentes dificultades de la época de la conquista, y la acción de los bellos y ferrados castellanos sobre la mente infantil y contemplativa de los indios, el asombro mezclado de veneración con que los campesinos de Guatemala, ya mestizos, recuerdan ciertas bucefálicas mulas texanas que hará unos ocho años atravesaron de lado a lado el continente.

Y habrá caballos diversos, tales como convienen y han de ser, con potencias y caracteres desiguales y variamente repartidos, para los diversos géneros de coches, para el landó señorial, o el tándem rápido, o el cuatro en mano, para el cupé discreto o el peculiar *brougham*.

La América. Nueva York, octubre de 1883

LA EXPOSICIÓN DE LOUISVILLE

EXPOSICIONES PERMANENTES DE FRUTOS SUDAMERICANOS

Louisville es notable ciudad del Estado de Kentucky, donde antes se hirieron el pecho como enemigos, y ahora se lo estrechan como hermanos, los hombres de los Estados del Norte y del Sur. Ya parece que se va, camino del olvido, la nube de la guerra. Ya no hablan de revancha, sino de fusión, aquellos dos tremendos bandos rivales. Ya se visitan, se devuelven las armas con que pelearon, los trofeos que del puño ensangrentado se arrebataron: ya anhelan cambiar productos y máquinas. Los plantadores del Sur quieren enseñar a los mecánicos del Norte cómo son sus productos tan valiosos, y tan fecundas y dóciles sus comarcas, que en país alguno pudieran emplear mejor sus caudales, ni a cultivador alguno fiar, ni en tierra alguna fundar fábricas, que en aquel Sur ya pacífico, que ve al cabo de veinte años trocados en senadores, en reverendos, en enviados diplomáticos a sus esclavos, y se saca del pecho el odio, única bandera que le quedaría para la guerra, puesto que aquella de la protección de los derechos autonómicos del Estado no vino a ser más que antifaz decoroso de la defensa de los intereses de los propietarios de hombres.

Aún quedan lastimaduras de la guerra, y de vez en cuando, respetado por su sinceridad, mas no seguido, habla de reencendería uno que otro apóstol fanático; pero los pueblos, y sobre todo los pueblos formidables, no se desquician sino cuando los empujan grandes razones. Y hoy todas las razones grandes empujan al Sur a la paz. Ya no puede reconquistar sus esclavos, razón de la pelea. Tiene campos abandonados: trabaja con máquinas pobres: no tiene caudales con qué atraer a los inmigrantes: vencido en la producción por los países que le echaron el paso adelante durante la guerra, anhela medios de dar recio empuje a sus cultivos desmayados o desatendidos, por falta de fe pública, dineros y brazos, y dar a sus frutos las múltiples aplicaciones industriales de que son capaces.

Y a esto vino la Exposición de Louisville: a poner ante los ojos del Norte todos los productos del Sur, y la buena y sincera voluntad de paz de sus habitantes: a poner a los ojos del Sur todas las máquinas del

Norte que pueden convertir en productos industriales exportables los frutos del Mediodía.

La de Atlanta vino a lo mismo, y preparó el camino a la de Louisville. Así como en lo antiguo precedía el postillón a la silla de posta, así ahora preceden las exposiciones a la paz.

Y ¡cómo vuelven los tiempos sobre sí propios, y reaparecen los mismos fenómenos, como los cometas en el cielo, mas cada vez con mayor perfección y trascendencia, como viajeros que van adquiriendo experiencia y riqueza en el camino! ¡Piénsase involuntariamente cuando se ven estas exposiciones de ahora, que no vienen a ser más que muestrarios dignos de la producción y comercio de estos tiempos, en aquellos otros muestrarios menos vastos, mas no menos famosos, que los habitantes de las comarcas ricas y traficantes del Mediterráneo mantenían perpetuamente en aquellos puertos antiguos de Roma y de Grecia, vigilados siempre de cerca por empinado monte, ceñido de impenetrable fortaleza!

Se mandan agentes viajeros a recomendar los frutos: debieran enviarse los frutos, a recomendarse a sí propios. Adonde hay un mercado para un producto, allí debieran ir, a mostrarse perennemente, todas las variedades del producto. Serían exposiciones constantes, mantenidas a poco costo por las contribuciones mínimas de todos los productores de frutos que los sacan de sus países para su venta. No en gobiernos se piense para estas cosas; que de acudir al Gobierno para todo, viene luego que el Gobierno crea con cierto asomo de justicia, que no se puede pensar, ni creer, ni obrar sin él. No se puede estar siempre invocando al tutor por una parte, y rechazarlo cuando no nos place, por la otra. Esto fuera del beneficio de todos los cultivadores, de todos los vendedores, de todos los compradores: todos podrían ayudar a ello.

¡Qué bueno y útil sería que en cada gran mercado de Europa y de América, se mantuviesen perpetuamente abiertas casas de exhibición de los productos americanos!

Y si esto todavía no, por requerir mayor organización y tiempo, ¿quién niega que sería cosa excelente celebrar, una vez al menos, en cada uno de esos centros compradores, en una época favorable del año, una exhibición de nuestros productos?

Porque el que está interesado en vender, es el que está interesado en enseñar.

Y mientras no sepan lo que tenemos, no podrán ir a pedirnoslo.

¡Quién viera, como pudiera verse en New York, una Exhibición de los productos de las repúblicas hispanoamericanas!

La América. Nueva York, octubre de 1883

6

UNA INDICACIÓN DE "LA AMÉRICA"

Ha parecido bien el artículo del número de octubre de *La América*, en que de pasada se señala la posibilidad y ventajas de celebrar en los países consumidores de los frutos de Hispanoamérica, exposiciones de nuestros productos.

Entusiasta hay que ha querido abrir campaña con tal propósito por propia cuenta.

—Es que pagaría, nos dice, aun como negocio del que lo intentara. Son tantos los productores de frutos, son tantos los frutos nuestros consumidos en el extranjero,—que con poco que pusiese cada uno, la Exhibición,—que no tenía por qué no ser modesta,—cubriría sus gastos y daría margen a provechos.

—Muy bien que nos parece esta idea de tener aquí constantemente abierta, o abrir por cierto tiempo al menos, una Exhibición de lo que producimos. Hasta cuadros traería yo de México. No ya del original y culto pintor Ocaranza, que murió; pero de una parvada de excelentes artistas que aún quedan: de Velasco, el paisajista; de Felipe Gutiérrez, pujante; de Rodrigo Gutiérrez, el eximio dibujante; de Parra, que concibe cosas grandes; de Job Carrillo, que tiene estudio en New York y merece éxito; de una muchedumbre de buenos pintores. Siempre he creído que no hay más que exhibir en tiempo y lugar oportunos lindos cuadritos mexicanos, de aquellos paisajes calientes y vaporosos, de aquellas escenas peculiares bañadas en luz, de aquellos tipos tan originales y brillantes,—para crear, aquí donde se compra tanto cuadro por los vanidosos y por los inteligentes, un mercado seguro y ventajoso. Si yo fuera pintor mexicano, convocaría a certamen a mis compañeros, y a escote, si de otro modo no pudiera ser, enviaríamos a persona adecuada y activa en New York una colección buena y típica de pequeños cuadros, que son los que ahora se venden, para que en momento y local oportunos revelase al público nuestros lienzos perfectos, brillantes y baratos.

—En pinturas, como en todo, el que no anuncia no vende.

—Y el que anuncia vende.—Un químico de la América del Sur, que año tras año anduvo buscando en vano cómo dar salida en su tierra a una magnífica preparación de substancia nutritiva que había hallado,—envió un agente a los grandes compradores norteamericanos, que ya han puesto hombros a la empresa, y la sacarán pronto a luz, vociferando por millones de anuncios.

—¡Cuánto ingenioso invento, cuánta preparación útil, cuánta mejora mecánica, cuánto mérito artístico, cuánta teoría brillante, quedan desconocidos, y mueren como si no hubieran existido nunca, en nuestras tierras de América, por falta de aire industrial, de capitales para el tiempo de la prueba, de exposiciones que sancionen con sus premios el invento, de talleres donde puedan perfeccionarse, de espíritu brioso que afronte los riesgos de sacarlos a plaza!

—Pues todo eso pondría yo en la Exposición Hispanoamericana en New York: Artes, productos del cultivo, muestras de las industrias incipientes, que servirían por lo menos para revelar a los capitalistas lo que se puede hacer de nuestras materias primas.

Y como ahora lueven preguntas sobre los países de Sud y Centro América,—En la Exposición se venderían, en inglés por supuesto, libros preparados con arte, para que, sin exceso de datos inútiles y voluminosos que excitan a no leer, quedasen presentados en cada uno de ellos, de manera diestra e incitante, los recursos de cada uno de estos países, y lo que hoy se saca de ellos, y lo que se pudiera sacar.

—Y podría, además, establecerse en la Exposición un departamento de consultas, en el que mientras la Exposición durase se respondería gratuitamente a todas las preguntas que se nos hicieran sobre nuestros países.

—Monografías en la prensa,—libros vulgarizadores,—los juicios que la prensa hiciera necesariamente de la Exhibición, cuyo alcance continental no se escondería a estos periódicos sensatos,—el despertamiento de la curiosidad de esta tierra de recursos poderosos que buscan empleo, y la satisfacción inmediata, copiosa y cortés de la curiosidad despertada: ya veo sin esfuerzo,—añadía otro platicante,—todo lo que pudiera salir de semejante Exposición.

—Más, más sería—dijo otro.—Necesitamos inspirar respeto; necesitamos ponernos en pie de una vez con toda nuestra estatura, necesitamos reivindicar por la fama de nuestras Exposiciones lo que hemos perdido por la fama de nuestras revoluciones; necesitamos, para que sirva de

coto y reflexión saludable, presentarnos como pueblo fuerte, trabajador, inteligente e intrépido, a este otro pueblo que abunda en estas condiciones, y sólo respeta al que las posee.

—Se nos tiene por una especie de hembras de la raza americana, y va siendo urgente que nos vean en trabajos viriles: sobre todo cuando es cierto, que, dados medios iguales, en condición ninguna de actividad, laboriosidad e ingenio nos sacan ventaja los hombres del Norte.

—Pues seguiremos pensando en la Exposición Artística e Industrial de Hispanoamérica en New York.

—Yo escribiré a mi Gobierno la idea de *La América*.

—Ya yo he enviado unos cuantos números a mis amigos hacendados.

—Yo he rogado a nuestro mejor diario que demuestre las utilidades que podría traer esta fácil empresa.

La América ha oído con júbilo las animadas pláticas que ha despertado su ligero artículo.

Y una Exposición como la que nos parece buena, al fin se hará.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

7

EXPOSICIÓN DE ALGODONES EN NEW ORLEANS

Va a hacer cien años que salió de los Estados Unidos, que entonces comenzaban a serlo, la primera partida de algodón.—La América del Norte se prepara a celebrar este acontecimiento con una Exposición de algodones y frutos generales de cultivo, para la que han invitado ya solemnemente y con desusado empeño a todas las naciones importantes.

En New York se quiso hacer para este año una Exposición Universal, pero se vio a tiempo que no tenía elementos de éxito y se decidió no intentarla. Boston, celosa siempre de New York, vio en este proyecto abandonado ocasión de hacerse aún más famosa, y convocó a la Exposición Universal que ahora, más que celebra, ayuda a bien morir. Se han enviado de acá y de acullá frutos curiosos; pero ni el mundo ha mostrado prisa por acumular sus productos en la ciudad de los colegios, los poetas y los sabios; ni los Estados Unidos han dado a conocer el menor deseo de ir a Boston a ver la desmayada Exposición.

Es que cada cosa debe venir en su momento; y una Exposición, como un negocio de comercio, como una revolución política, como un periódico, debe aparecer cuando hay demanda para ella.

Por esto precisamente aparece la Exposición de algodones de New Orleans, que ya desde ahora se anuncia para fines del año 1886.—La necesita el Sur entero, que quiere dar con ella testimonio gigantesco de sus capacidades de trabajo,—y exhibir las materias primas en que abunda, para que no tengan miedo los ricos del Norte de poner sus dineros en tan fecundas empresas. La desean los Estados del Norte, que en las Exposiciones previas de Atlanta y de San Luis, han visto como no tienen necesidad de ir a emplear en negocios atrevidos sus capitales fuera de los Estados Unidos, cuando en su propia casa, y con todas las ventajas del dominio en la propia nación, pueden colocarlo en industrias pingües. Inglaterra, que tanto algodón consume de los Estados Unidos, y en tales cantidades lo reparte manufacturado por todo el mundo, ha de tener sus grandes y penetrantes ojos abiertos sobre esta Exposición algodонера, temerosa de que nazcan de ella tales conciertos entre los fabricantes ricos del Norte y los productores del Sur, que a poco que les ayude la baja en los derechos de introducción, pueden llenar los mercados europeos, asiáticos y americanos de algodones más baratos que los ingleses.—Y por lo que hace a nuestras tierras de América, de personas que la representan dignamente en ésta sabemos que se empieza a considerar la Exposición de New Orleans como un certamen industrial y agrícola de no común trascendencia, que ha de llamar poderosamente la atención universal, y atraer a Boston mercaderes prominentes de los grandes mercados americanos y europeos, por lo que es de utilidad máxima que estén presentes en todo su lujo y en la Exposición neorleanesa tanto fruto valioso, tanto fruto industrial, que en su estado primo abunda en nuestros países.

Afortunadamente, no cabe en esta Exposición la razón que para no acudir a otras se ha dado, y es la pobre figura que nuestros productos casi burdos, y principalmente naturales, harían al lado de las maravillas fabriles y artísticas de las demás naciones.—De frutos como los nuestros va a ser precisamente la Exposición de New Orleans; no de artes y oficios, en que aún andamos tan sobrados de ingenio como pobres de mercado patrio y talleres. Es una Exposición de frutos primos;—de los frutos de la tierra.—Y en esto, si nos damos maña para presentar con garbo todo lo que tenemos, de fijo que no hemos de quedar, ni aun en algodones, a la zaga de nadie.

No es cosa, pues, de dejarlo para luego. Se nos presenta una nueva ocasión, la más propicia acaso, de revelar sin encogimiento, ni pujos de ficción o violenta cultura, la importancia agrícola, y por tanto industrial, de la América Latina.

Bueno sería aprovechar esta ocasión,—de memorable manera.

De manera que imponga respeto.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

8

EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS AMERICANOS

Nos da gozo ver que con nuestro espíritu latino prevenimos y aconsejamos cosas que meses más tarde vienen también a parecer muy buenas a los sesudos y laboriosos neosajones. Acaso los asiduos lectores de *La América* recuerden cómo, hace cosa de un año, abogábamos porque se establecieran en Europa y los Estados Unidos exhibiciones permanentes, u ocasionales a lo menos, de nuestros productos del Centro y Sur de América.

Industrias no tenemos; o las tenemos tímidas y avaras, para utilizar y transformar nuestros productos; pero con prodigiosa variedad, no menos notables por su novedad que por su variedad, en los que la nerviosa industria europea y norteamericana puede ver fuentes nuevas de riqueza. Más oro y plata que en nuestras minas tenemos en nuestras plantas textiles, en nuestra farmacopea vegetal y en nuestras maderas tintóreas y aromáticas. Pero nadie compra a vendedor que no se anuncia, como no va a buscar la Fama al hombre de mérito que no saca de sí palabra ni obra. Los frutos fáciles, azúcar, café, cueros, por su misma abundancia van muriendo porque como con poco esfuerzo rendían ganancias pingües, todos se han dado a producirlos, y aún se darán: de manera que en todos ellos, con raros accidentes, los mercados rebosan, y en pocos años, vendrá a tierra el precio de estos frutos. La caña de azúcar, hasta en el tallo del maíz, en la calabaza y en la papa está teniendo competidores: el café viene a barcadas de la India. Países industriales ni somos, ni en mucho tiempo podremos ser: necesitamos, pues, mejorar constantemente nuestros cultivos, ya que nuestra tierra

está saturada de estas plantas, y con buena labor las producirá mejor que sus rivales: necesitamos crear cultivos y explotaciones nuevas.

Cuando de estas Exposiciones de cosas de América hablábamos, ¿qué presentaremos, se nos decía, sino trozos de árbol, retazos de piedras y plantas secas? Pues eso, replicábamos contentos, eso presentaremos. Y eso, más y con mayor cuidado que otra cosa alguna, van ahora a presentar en Inglaterra los Estados Unidos: se han prendado los diarios de esta idea, y la estimulan y ensalzan: "Sobre todo, dicen, lo que hemos de cuidar, y lo que por fortuna tendrá prominencia en la Exhibición, es el departamento de productos naturales".

Se ve, por tanto, cómo esta nación próspera, industrial, rival en fábricas de todas las grandes naciones, acreditada y admirada, no sólo no recibe con desdén, sino con ardor y prisa, la idea de ir a exhibir a otros países industriales los productos de su naturaleza.

Envían las casas de comercio por sobre la redondez de la tierra agentes viajeros que les recaben órdenes: no bien se acredita un telar en Birmingham, una cuchillería en Manchester, una región en Borgoña, una fábrica de electroplata en los Estados Unidos, mandan hombres despiertos a los más lejanos países a que vulgaricen, recomienden y exhiban el producto nuevo.

Pues las naciones deben hacer como las fábricas y como los viñedos. El que no enseña, el que no anuncia, el que no ofrece, no vende. Nadie compra lo que ignora. En los pueblos industriales, dotados ya de rica y completa maquinaria, despierta un producto ideas y empresas que en nuestros países no despertaría, faltos como están por lo común de la ciencia, la maquinaria o el caudal para intentar una nueva industria.

En todos los mercados, activos, en todas las ciudades comerciales y manufactureras de Europa y Norteamérica, debieran sostener los países americanos una exhibición permanente de sus productos.

Podría mantener una propia el Gobierno de cada país.

Podrían, y esto sería más eficaz, duradero y deseable, mantenerla, con pequeño sacrificio personal, los productores y comerciantes unidos de cada país.

Podrían todos los Gobiernos en común contribuir al mantenimiento de esas pequeñas exposiciones permanentes.

Podría, mientras una exposición permanente se organizaba, establecerse exposiciones ocasionales.

En cada una libros, monografías, pruebas de lo que con esos productos hacen nuestras artes imperfectas.

Y en la prensa, esta ala, trabajadores constantes.

Un cónsul de Venezuela exhibió hace poco en París y en el Havre una buena especie de café, que entendemos se llama café Bolívar: en los diarios de principio de año nos hallamos con que a los pocos meses ya el café es famoso; y se vende en cantidades grandes y a buen precio, recomendada en artículos especiales y pintorescos por el *Figaro*, una mercadería, que hace un año era enteramente desconocida en Francia.

Con el concurso de los comerciantes y productores de cada país podrían organizar los gobiernos o aquéllos con el concurso de éstos, o sin él, esas exposiciones de productos naturales en que no desdennan tomar parte los Estados Unidos.

Todo París bebe ahora, y paga bien, el café Bolívar.

La América. Nueva York, abril de 1884

9

LA PRÓXIMA EXPOSICIÓN DE NEW ORLEANS

A los gobiernos, municipios, Escuelas de Agricultura y hacendados de la América Latina

Los hacendados debían venir, los gobiernos, los municipios y las escuelas debían enviar comisionados a la vasta exposición de productos naturales y todo lo relacionado con ellos, que se abrirá en New Orleans el primer lunes de diciembre del año corriente, y durará, para que todos los visitantes puedan sacar provecho de ella, hasta el 31 de mayo de 1885.

No es excitación vana esta que hacemos a hacendados, gobiernos, municipios y escuelas. Ningún libro ni ninguna colección de libros, puede enseñar a los maestros de agricultura lo que verán por sus propios ojos en los terrenos de la Exposición.

Las ideas vagas que en sus viajes por Europa y Norteamérica recogen las distinguidas personas de nuestros países que llegan a tener influencia en los periódicos o puestos en los Municipios, no pueden producir resultados tan completos en la disposición y adorno de los parques

públicos, alamedas y jardines, ni en otros asuntos relacionados con la hermosura y salubridad de las ciudades, como el estudio ordenado y sistemático de las secciones que con esos objetos, y otros muchos que les auxilian, ofrecerá la sección de Horticultura.

Aunque se tiene por Gobierno, con error que no por ser compartido por gente ilustre deja de ser craso, el manejo de las corrientes de opinión de un país, con tendencia a determinadas soluciones políticas, la verdad es que Gobierno no es eso, sino la dirección de las fuerzas nacionales de manera que la persona humana pueda cumplir dignamente sus fines, y se aprovechen con las mayores ventajas posibles todos los elementos de prosperidad del país. En los pueblos que han de vivir de la agricultura, los Gobiernos tienen el deber de enseñar preferentemente el cultivo de los campos. Se está cometiendo en el sistema de educación en la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, y no se les prepara para la vida campesina. Y como la vida urbana sólo existe a expensas y por virtud de la campestre, y de traficar en sus productos, resulta que con el actual sistema de educación se está creando un gran ejército de desocupados y desesperados; se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga. Y cada día, con la educación puramente literaria que se viene dando en nuestros países, se añade a la cabeza, y se quita al cuerpo. Por todas esas razones decimos que, como cuanto se tiene aprendido y se está ensayando en agricultura va a estar expuesto durante tiempo suficiente para estudiarlo en la Exhibición de New Orleans, nada sería más acertado que aprovechar esta ocasión para que vinieran a aumentar sus conocimientos los escasísimos maestros agrícolas a que en nuestras tierras se está dando empleo, y a prepararse o adiestrarse los cuerpos nuevos de profesores de agricultura que en todos nuestros países urge crear.

Y a los hacendados les convendría también mucho venir. No es desusado, ni tan frecuente por desdicha como debiera, el hallar por estas tierras, una de esas probas personas, delgadas de cuerpo, atildadas de vestido, en todo muy señores y de mirada muy curiosa, que tienen fincas en Centro o Sud América, y vienen por vía de viaje a ver qué mejoras cazan en su excursión desordenada por estos países, que pudieran ser de alguna ventaja en sus haciendas: y sucede que como el país es tan vasto, el conocimiento de él difícil, los viajes a los Estados, largos y costosos, el carácter de la raza diverso y la lengua hostil e insuperable,

ve muy poco el hacendado viajero, o se fatiga, a las primeras expediciones; o como ve sin orden ni idea fija, se cansa y aturde, o rehúye ante el costo de los viajes y la necesidad de ir a ver un carnero en Ohio, un algodón en Luisiana y una vid en California, sin que por muy enérgico, inteligente y adinerado que sea, logre por fin averiguar más que una porción mezquina de lo que necesita, y esto a gran precio; o sin que, como con más frecuencia acontece, saque del país más ideas que las que la casualidad le va inspirando con los objetos que se encuentra al paso, o los que, por ventura, están cerca. La exhibición de New Orleans por su objeto y arreglo, ofrece al hacendado, sin más costo, incomodidad ni fatiga que la de ver una sola ciudad, todas las ventajas de un dilatado, escudriñador y concienzudo viaje por todos los ámbitos de los Estados Unidos. Todo cuanto en los Estados Unidos se cultiva, y todas las maneras de cultivarlo; todo lo que se refiere al campo y sus necesidades, y sus caprichos y sus enfermedades, y sus remedios; todos los procedimientos industriales empleados en la preparación de los productos agrícolas; los sistemas todos de aprovechar las maderas, labrarlas, y utilizar los demás productos de los bosques; los procedimientos todos en virtud de los cuales los filamentos de las plantas textiles en que nuestra América es tan rica, se convierten en telas blancas y estampadas, en géneros sedosos y en alfombras; todo lo que las minas dan, y cuanto con sus productos puede hacerse; todo, en suma, lo que en cualquier forma y ambos climas, frío y cálido da la tierra, con las industrias en que se transforman sus productos, y gran exhibición de animales agrícolas además, y sus diversas especies cruzadas y mejoradas, va a estar expuesto durante seis meses en la ciudad de New Orleans. Jamás acaso volverán a verse todos los Estados Unidos, con todas sus mejoras de una sola vez, y a tan poco precio.

Y quien quiera saber con más detalles todo lo que podrá aprender en la Exhibición Neorleanesa, pida a E. A. Barke, Director General, New Orleans, La., un reglamento en castellano que la Comisión Directora acaba de publicar, y va encabezado de este modo: "Exposición Industrial Universal y Centenario Algodonero".

Dicen que han solido venir ciertas gentes de nuestras tierras a ofrecer a los Estados Unidos, en cambio de este o aquel apoyo, pedazos de nuestro territorio; y saber sería bueno quiénes fueron, para hacer una picota que llegase a las nubes, y poner en ella su nombre en letras bien negras.

A eso no se debe venir a los Estados Unidos. A la Exposición de New Orleans sí; que nos llaman con cariño y no hay riesgo de venir, sino provecho.

La América. Nueva York, mayo de 1884

INMIGRACIÓN

- 1. SOBRE INMIGRACIÓN**
- 2. INMIGRACIÓN**
- 3. INMIGRACIÓN ITALIANA**
- 4. TRABAJADORES FRANCESES**
- 5. DE LA INMIGRACIÓN INCULTA Y SUS PELIGROS**

SOBRE INMIGRACIÓN

Inmigrantes, dieciocho mil más han pisado este año tierra bonaerense que el año anterior: y son gente de Italia campesina, de ojos ardientes y manos callosas, que no van a vender desde innobles rincones de ciudad dulcecillos y frutas, sino a enriquecer las siembras. Savia quieren los pueblos y no llagas;—de Massachussetts, y de todos los Estados Unidos, echan hoy a páuperos ruines que, como insectos enojosos, suelen sacudir sobre América los pueblos de Europa.—¡Da gozo ver entrarse, sonrientes y serenos, por los campos solemnes y fragantes de Buenos Aires a esos poéticos trabajadores italianos! Y traen calor de alma, como de quien vive cerca de volcanes, y en tierra que fue dos veces alma universal:—que no hay inmigración buena, cuando, aunque traiga mano briosa, trae corazón hostil y frío. Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

La América. Nueva York, junio de 1883

INMIGRACIÓN

99,000 inmigrantes entraron en los puertos de los Estados Unidos en el mes de Mayo.

De Alemania vinieron los hombres laboriosos, sesudos, invasores y temibles, con sus hábitos sobrios, con su educación esmerada, con su pujanza silenciosa, —en número enorme: de estos 99,000 recién venidos, 30,000 han sido alemanes; huyen de la esclavitud: de la conscripción: del sistema de gobierno que les priva de ese sumo y viril goce, a todos

los de la tierra preferible, y sin el que ningún otro lo es: el goce de sí propio. Huyen en miríadas.

De Bélgica, en cambio, libre y próspera, con sus campos bien cultivados, con su propiedad bien repartida, con sus garantías personales bien seguras, sólo han venido, al apetito de mayor fortuna que enardece las cabezas locas, unos 300.

Irlanda, esclava, llena de sus hijos preocupados y poco hábiles el vientre de hierro de los inmensos buques: 15,000 ha mandado ese solo mes.

Francia, fiera, 400.

Suecia, pobre y fría, tanto como bella y original, 7,000.

De mayo del 82 a este mayo, han llegado a los Estados Unidos, 517,000 inmigrantes.

Pues ¿quién se maravilla, después de esto, de esta acumulación de riqueza, que de ser tal y tanta hace temer a veces un conflicto tan tremendo y espantoso que ha de parecer que los cielos se derrumban, y la tierra se abre?

Pero no, no hay contradicciones en la naturaleza. La tierra basta a sustentar todos los hombres que cría.

El conflicto vendría de acumular población excesiva en los centros grandes, plétóricos y lujosos de población, que no necesitan de ella.

Hay aún mucha selva desierta, mucha llanura no labrada, mucha comarca impaciente de cultivo.

Debiera exigirse a cada hombre, como título a gozar de derechos públicos, que hubiera plantado cierto número de árboles.

Lo dicen los árabes, que hablan con el sol,—maravillosos sabios:

“Escribe un libro: crea un hijo: planta un árbol.”

La América. Nueva York, septiembre de 1883

3

INMIGRACIÓN ITALIANA

30,000 inmigrantes italianos espera New York este año: nueve años hace, no llegaba a seis mil el número anual de inmigrantes de Italia a New York.

New York no lo celebra.—No halla que el trabajo italiano sea tan varonil y fructuoso como lo necesita un pueblo nuevo. No cree que la

ciudad gane con acumular centenares de hombres indiferentes y estacionarios en mefíticas viviendas, ni con erigir en cada esquina un puesto de manzanas. Cree que es más de hombres sembrarlas y recogerlas que venderlas. Y es verdad que apenas ver gañanes barbudos con un órgano al hombro, llevando a la zaga con coro de blasfemias, una dura mujer de malas trazas, y uno o dos pequeñuelos alquilados.—La holganza es crimen público. Como no se tiene derecho para ser criminal, no se tiene derecho para ser perezoso. Ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella.

Pero los italianos hacen algo más en New York que estos oficios vergonzantes. La construcción de ferrocarriles y canales ocasiona trabajos burdos, que requieren más fuerza de músculos que conocimientos industriales. Se ha de sacar tierra de unos lados y de amontonarla en otros. Se ha de cavar, terraplenar, desecar lagunas y pantanos. El italiano, que vive de poco, se presta a hacer todas estas labores a menos precio que el irlandés, que con exclusión de hombres de otra nacionalidad las hacía antes. Casi todos los ferrocarriles nuevos, o que se están ahora construyendo, los están llevando selva adelante estos italianos humildes sobre los hombros.

Duele ver que gusten tanto de oficios femeniles, y de viviendas desaseadas, y de dejar su espíritu sin adelanto y pulimento. Tienen de árabe y bohemio, y parece que acaban de salir del seno de la naturaleza. Se encienden tan súbitamente, al amor o a la cólera, como un montón de paja: y su fuego se extingue con igual presteza. Dados de naturaleza a lo irreal y maravilloso, y a lo vasto y libre, prefieren los ejercicios ambulantes y de ruín producto que les aseguran el ejercicio de sí, que otros oficios mayores que les rindan beneficios que acaso no ansían, por tener ellos a suficiente fortuna la libertad de sus actos y pensamientos, y el señorío de una mujer. Pero estas romancescas cualidades que a los ojos de un pensador clemente son su excusa, a los ojos de un economista, o fundador de Estado, son su culpa. Nadie debe vivir entre los hombres que no los honre, y añada a ellos. Mientras que todo no esté hecho, nadie tiene el derecho de sentarse a descansar. Es peligroso para un pueblo que nace el espectáculo y el contacto de una agrupación de hombres inactivos que no crea ni aspira. Las virtudes entran por los ojos, como entran por los oídos. Lo que se ve, se tiene en la mente. La mente se habitúa a lo que ve; y no debe tenerse delante de los ojos lo que no se quiera que quede en la mente. Debiera obligarse a todo hombre, como a enviar sus hijos a la escuela,—sobre todo a una escuela

más práctica y humana que las usuales—, a vivir en una casa limpia:— para exigir lo cual, debieran las ciudades proveerse de casas aseadas que ofrecer a los pobres al mismo precio—¡que bien se pudiera!—que hoy tienen que pagar por casas malsanas y fétidas.

Pero a la par que se señalan esos perniciosos hábitos de la pobre gente de Italia que arriba a estas playas, debe tenerse en cuenta cómo prestan con mansedumbre y en silencio esos servicios de zapa y caverna, de cimientó paciente y penoso, sin los que no se alzarán luego a pasmar a los hombres estas ciudades que parecen sueños de rey asirio; estos canales por donde como el pulmón echa la sangre por las venas, echa este país sus magnas barcadas de productos; esos ferrocarriles, guerreros únicos dignos de guerrear con la inexplorada selva, y de vencerla. Se debe abominar a los perezosos, y compelerlos a la vida limpia y útil; mas no se ha de ser injusto con los buenos y silenciosos trabajadores, humildes insectos humanos, que como los verdaderos insectos las capas de la tierra, labran ahora la ciudad venidera del espíritu.

La América. Nueva York, octubre de 1883

4

TRABAJADORES FRANCESES

De un hermoso vapor de la Compañía Trasatlántica desembarcaban pocos días hace en New York unos cuantos hombres de faz abierta y franca, cabellera abundante y rebelde, y manos fuertes y rojas. Daban idea de novedad e ímpetu. Parecían alegres invasores, que no dañan donde invaden. Era la comisión de trabajadores franceses que el municipio de París, celoso de la supremacía artística e industrial de su ciudad, envía a estudiar en la Exposición de Boston, y en los talleres de Norteamérica, el estado, ventajas y modos de fabricación de los productos americanos.

París, pueblo industrial, envía a sus trabajadores a examinar en los pueblos extranjeros las industrias rivales: así la América del Sur, comarca agrícola, debiera enviar sus cultivadores a aprender el cultivo agrícola en las comarcas en que está perfeccionado.

El municipio de París hace con eso cosa que llena de regocijo a los amigos de Francia. Por harto generosa parece Francia imprudente: pero los que la estudian bien, saben que es prudente,—que la cordura y un supremo buen sentido van en ella a la par de ese hermosísimo desinterés humano, con que viene de viejo dando sin miedo y sin vacilación su sangre por devolver al hombre a sí.—Ningún pueblo reúne en tanto grado las condiciones ideales a las prácticas. Ninguno goza tanto, ni trabaja más.—Ninguno piensa más ni produce más belleza.

Pues estos trabajadores que sin pompa ni anuncio, y como quien hace viaje natural, vienen a estudiar prudentemente los detalles y adelantos de las manufacturas rivales, ¿no son lo que ha dado en llamarse, con generalización pueril y ligera,— como si el buen sentido no fuera de dominio universal,—una “concepción sajona”? ¡Librenos el que libra, de los pueblos hemipléjicos, que sólo de un lado se desarrollan, y del otro quedan atáxicos! No hay pueblo en la tierra que tenga el monopolio de una virtud humana:—pero hay un estado político que tiene el monopolio de todas las virtudes:—la libertad ilustrada: no aquella libertad que es entendida por el predominio violento de la clase pobre vencida sobre la clase rica un tiempo vencedora—que ya se sabe esa es nueva y temible tiranía;—no la libertad nominal, y proclamaría, que en ciertos labios parece—y son por desdicha los que más la vociferan—lo que la cruz de Jesús bueno en los estandartes inquisitoriales;—sino aquella libertad en las costumbres y las leyes, que de la competencia y equilibrio de derechos vive, que trae de suyo el respeto general como garantía mutua, que libra su mantenimiento a ese supremo e infalible director de la naturaleza humana: el instinto de conservación.

Tal estado político, sí hay que envidiar; y por él, y no por ninguna especial virtud de raza, brillan como pueblo magno los Estados Unidos, —que por la ignorancia y falta de espiritualidad de sus masas a veces se opacan.

Pero actividad, pero brío, pero perspicacia y cordura mercantil, sutil ingenio y elegante gracia, pero estrategia financiera, pero amor febril al trabajo—los tienen en grado igual, cuando no en grado mayor, latinos que sajones. ¡Cuándo vendrán de Suramérica comisiones como esa francesa!

La América. Nueva York, noviembre de 1883

DE LA INMIGRACIÓN INCULTA Y SUS PELIGROS

SU EFECTO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hablando de esos inmigrantes sin educación industrial y sin familia, espuma turbia de pueblos viejos y excrecencias de cueva, que de Europa vienen a los Estados Unidos en bandadas—demuestra una estadística reciente que no hay alimento más abundante para las cárceles, ni veneno más activo para la nación, que estas hordas de gente viciosa y abrutada. No embrutecida, no: abrutada.

Aparece de la estadística que si de la embriaguez habitual nace, como de la noche la sombra, el crimen,—de la falta de ocupación regular e instrucción especial en un arte u oficio determinado, como que no permite al inmigrante torpe, cergado de apetitos, satisfacerlos por corrientes seguras en un mercado de trabajo conocido y fijo, se producen tentaciones y necesidades de delitos, no menores en número e importancia que los que la embriaguez estimula.

Una vez quisieron saber en la Penitenciaría del Estado de Pennsylvania cuántos de los presos sabían oficio: 705 eran los presos: sólo 93 habían recibido educación industrial. Lo mismo averiguaron en 1880 en la Penitenciaría de Maryland: de 591 presos, no sabían oficio más que 68.

Self se llama un escritor norteamericano que sabe de inmigrantes. No hay, a juicio de Self, peligro mayor para un pueblo nuevo que esas barcadas de hombres rudos, sin aptitudes y con vicios, llenos de odios y vacíos de conocimientos agrícolas, mecánicos e industriales. La langosta hace estragos en los campos; pero no más que semejantes emigraciones en las ciudades. Es como hacerse una pierna de lodo: una nación fuerte no podrá mantenerse sobre ella.

De los inmigrantes que vienen a los Estados Unidos, los alemanes, gente laboriosa, aunque poco expansiva, no comida de grandes amores humanos, sino principalmente preocupada del logro del bien personal—traen consigo por estas condiciones,—consigo y con sus numerosos hijos, porque todo alemán es padre Nilo,—menos condiciones de disturbio y más partículas agrupables al cuerpo nacional que otro emigrante alguno. Con más artes prácticas, traen más capacidades cons-

tructivas. Suelen gustar demasiado del comercio, que da ganancias más fáciles y rápidas que cualesquiera otros empleos; pero de todos los inmigrantes, los alemanes son de los que traen a los Estados Unidos mayor número de gente artesana. De ser criados, no gustan, lo que no se ha de tener a mal, porque la virtud no se hizo de alma de lacayo; ni de servilletas y delantales se hacen buenos escudos para las naciones. No son amigos del campo, donde no hay anchas salas resonantes con las tocatas estruendosas del órgano, en que a la sombra de las águilas coronadas o de los miembros montuosos del Hércules germánico, se vacíen en monótono silencio hondas y toscas jarras de cerveza. Ni francés sin vino, ni alemán sin casino. Los alemanes se aglomeran en las ciudades; pero con su inteligencia disciplinada y con sus profesiones mecánicas producen lo que consumen, y crean hijos amigos de su país y del trabajo.

De los irlandeses Self escribe: “Menos de la mitad del término medio de las demás inmigraciones, es el número de los inmigrantes irlandeses con alguna habilidad u oficio. Todo un octavo de la inmigración total en los Estados Unidos componen los irlandeses; y con no ser más que un octavo de la inmigración, proporcionan una mitad del número total de criados y jornaleros sin oficio. Un cuarenta y seis por ciento de la inmigración irlandesa vive en las cincuenta ciudades principales”. Son parásitas; no plantas de propio crecimiento. Viven en las hendidias y las grietas. No tienen la pujanza ni el valor de la creación, que da al más burdo hombre de campo o de minas, cierta apariencia simpática y augusta. El comercio con la naturaleza hermosa y fortalece.—Y dignifica: de un pueblo de agricultores no se hará nunca un rebaño.

Entre los suecos, que suelen venir en familias, se cuentan pocos artesanos, y forzudos y útiles agricultores.—Sólo un diecisiete por ciento de los inmigrantes suecos viven en las ciudades.

Menos noruegos se hallan aún en las ciudades que suecos. Vienen con los brazos llenos de hijos. Son sobrios, inteligentes, trabajadores.

De los franceses, cada uno trae un arte. Pocos vienen, y por causas más o menos políticas casi todos. En las casas de arte, en las relojerías, en los hoteles, en todas las industrias que requieren refinamiento, ingenio e invención, se hallan franceses. Se nota, apenas se ahonda un poco, que en los Estados Unidos hay dos corrientes intelectuales diversas:—autóctona la una, perspicaz, preocupada, a veces ingenua y brutal a veces: la corriente puritánica;—y movible, brillante, perfilada, más culta, más artística, menos concreta la otra, que es la que, no vencida por cierto por el espíritu del país, ha crecido con el acendramiento

y mezcla de las varias corrientes intelectuales de Europa.—En la obra americana genuina, se ven las botas del tío Samuel, y los pantalones recortados. ¿Quién dijera que los periódicos mismos norteamericanos, los más notables y típicos, están llenos de extranjeros? El agudo cronista de la Bolsa, de la abominable Bolsa, que entorpece, extravía y amaligna a los hombres; el crítico de teatro; el biógrafo de los hombres notables que mueren, de fijo es extranjero. Lo que representa en el periódico americano color, movimiento, gracia, variedad y vida, está hecho por manos francesas, italianas, alemanas, inglesas:—o por una cohorte nueva y brillante de periodistas jóvenes del país que han abjurado, como de los vestidos de paño tosco, de la descolorida y encuellada prosa yanqui.—Y de la mezcla de los doz espíritus, del penetrante, frío y factuoso del país—y del artístico, depurado, amplio, vario y brillante espíritu europeo, se está haciendo un periódico nuevo, que a poco tendrá, con toda la amenidad de un diario parisiense, variedad mucho mayor, y seriedad y alcance más grandes. No es ya pequeña en los Estados Unidos la inmigración de los artesanos de la pluma.

Se piden inmigrantes en muchas de nuestras Repúblicas. Los pueblos que tienen indios, deben educarlos, que siempre fructificarán mejor en el país, y lo condensarán más pronto en nación, y la alterarán menos, los trabajadores del país propio que los que le traigan brazos útiles, pero espíritu ajeno. Porque esa es la ley capital en la introducción de inmigrantes: sólo debe procurarse la inmigración cuyo desarrollo natural coincida, y no choque, con el espíritu del país.—Vale más vivir sin amigos, que vivir con enemigos. Importa poco llenar de trigo los graneros, si se desfigura, enturbia y desgrana el carácter nacional. Los pueblos no viven a la larga por el trigo, sino por el carácter.

En inmigración como en medicina, es necesario prever.

No se debe estimular una inmigración que no pueda asimilarse al país.

Pues ¿quién se sienta sobre las minas que lo han de hacer saltar?

En cambio, no hay cosa más hermosa que ver cómo los afluentes se vierten en los ríos, y en sus ondas se mezclan y resbalan, y van a dar en serena y magnífica corriente, al mar inmenso.

La América. Nueva York, febrero de 1884

VARIOS

1. EL GIMNASIO EN LA CASA
2. PLUMAS DE AVESTRUZ
3. EL FERROCARRIL ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS
4. "EL GOBERNADOR"
5. COMISIONADOS NORTEAMERICANOS PARA ESTUDIAR LA AMÉRICA LATINA
6. LOS LIBROS QUE DEBE ESTUDIAR UN BUEN MECÁNICO

EL GIMNASIO EN LA CASA

En estos tiempos de ansiedad de espíritu, urge fortalecer el cuerpo que ha de mantenerlo. En las ciudades, sobre todo, donde el aire es pesado y miasmático; el trabajo, excesivo; el placer, violento; y las causas de fatiga grandes,—se necesita asegurar a los órganos del cuerpo, que todas esas causas empobrecen y lastiman, habitación holgada en un sistema muscular bien desenvuelto, nivelar el ejercicio de todas las facultades para que no ponga en riesgo la vida el ejercicio excesivo de una sola, y templar con un sistema saludable de circulación de la sangre, y con la distribución de la fuerza en el empleo de todos los órganos del cuerpo, el peligro de que toda ella se acumule, con el mucho pensar, en el cerebro, y con el mucho sentir en el corazón,—y den la muerte. A los niños, sobre todo, es preciso robustecer el cuerpo a medida que se les robustece el espíritu. Hoy las pasiones se despiertan temprano, los deseos nacen desde que se echan los ojos sobre la tierra, y saben todos tanto que es fuerza aprender pronto mucho, por arte de maravilla, para no quedar oscurecido en la pasmosa concurrencia, y revuelto en el polvo en el magnífico certamen. Estas consecuencias de la vida moderna hacen urgente ese esparcimiento de la fuerza, aglomerada en llama en el cerebro desde los primeros años de la vida, y la preparación oportuna y previa del edificio que ha de sustentar tal pesadumbre —del cuerpo que ha de ser teatro de tales batallas del espíritu.

En esta misma plana publicamos hoy grabados diversos de un gimnasio doméstico, que ha de ser mirado, más que como artículo de comercio, como una buena obra. Y en la Habana, en casa de los agentes de “La Agencia Americana”, señores Amat y Laguardia, puede verse.

No tiene término la enumeración de sus bondades. Es útil, y es artístico, que es otra manera de ser útil. Hay en el ser humano deseos

vehementes de gracia y armonía, y así como se lastima y queda herido de no verlas realizadas, así se alegra y queda fuerte, cada vez que las halla. El color del aparato es blanco y agradable a los ojos. El aparato es esbelto, y a la par que sirve, adorna. Con ser un gimnasio completo, cabe en un cuarto pequeño, entre los demás juguetes de los niños; o en una vara de pared, o en un recodo del jardín, o en un rincón del patio. Lo tiene todo: hasta trapecio para hacer locuras. El trapecio, aunque no sea el más útil de los ejercicios, es una sabiduría del gimnasio: porque el hombre no se interesa en lo que no le parece brillante, y le ofrece peligro. Pero aquí el trapecio no ofrece riesgo mayor, porque está a una vara de tierra. Lo tiene todo: barras paralelas que se quitan y se ponen, y sirven para anchar bien el pecho, y desenvolver los músculos de los brazos y los hombros: barras paralelas y perpendiculares, que fortalecen brazos, pecho y muslos; barra horizontal que ayuda a la elasticidad de la cintura y poder del brazo; todos los múltiples ejercicios de las poleas, que son tan varios y tan beneficiosos, porque desde los pies al cuello, no hay parte del cuerpo que no saque provecho de ellos, y que en este aparato benefician mejor que en otro alguno, porque las pesas de las poleas, que pueden usarse además como pesas separadas, no caen súbitamente, sacudiendo el brazo fatigado que se esfuerza por retenerlas, y arrastrando el cuerpo detrás de ellas, con lo cual el ejercicio cansa pronto, sino que descienden suavemente por un plano inclinado, dejando así en reposo el brazo en la segunda parte de cada movimiento y permitiendo por lo tanto que éste se renueve con más descanso, utilidad y placer, mayor número de veces. Las correas de las poleas pueden, sin complicación alguna, alargarse o acortarse, y están dispuestas de manera, que con ayuda de ellas sentado en el piso del aparato en una cómoda banqueta que corre sobre ruedas bien seguras, y los pies puestos en pedales fijos, se hacen todos los hermosos y sanos ejercicios que pueden hacerse con los remos, los cuales, a más de dar gracia notable al cuerpo, y de invitar a ir por mares y ríos a gozar aire puro, tienen la ventaja de no dejar músculo alguno en inacción, y de desarrollarlos todos a la vez. Con las mismas poleas, sujeto por las manos de la barra horizontal, que remata por arriba el aparato, y sentado en otra barra paralela a ésta, sostenida entre las dos perpendiculares, pueden hacerse todos los movimientos que requiere el velocípedo. Si se padece de curvatura de la espina, el gimnasio doméstico tiene una tabla flexible que se ajusta encorvándola hacia afuera, entre el tope y el piso del aparato, y sobre ella se acuesta regaladamente el enfermo, que hace allí sin

ningún esfuerzo su saludable ejercicio de poleas. Para poner la sangre en buena circulación, el piso del gimnasio está hecho de tablillas móviles saltando ligeramente sobre las cuales, se siente a poco el provecho del ejercicio. Para desenvolver los hombros, dar poder de impulsión al brazo, y ponerse en actitud de defenderse de algún ataque brusco de puños ajenos, el aparato tiene un saco pequeño que se cuelga de la barra horizontal, y donde el puño cobra fuerzas dando golpe tras golpe. Como las muñecas necesitan desenvolverse, el aparato tiene un rodillo enlazado con las pesas, dedicado exclusivamente al desarrollo de las muñecas. En suma, no hay ejercicio corporal, ya de los suaves que llaman calisténicos, ya de los más recios que se enseñan como gala en los gimnasios, que merced a este excelente y airoso aparato de Gifford, no pueda hacerse sin incomodidad alguna en la propia casa. Para nuestras mujeres pudorosas, a quienes simpáticas razones vedan la asistencia a los gimnasios públicos, y que necesitan, sin embargo, tan grandemente de estos ejercicios, el Gimnasio Doméstico es de inapreciable ventaja: sin exponerse a ojos extraños, y en su propia habitación, pueden ejercitarse diariamente en todos los movimientos saludables que aumentarán la fortaleza de sus músculos y la armonía y gracia de sus formas.

La tisis siega en flor nuestros jardines:—¡cuántas menos flores nos arrebataría la tisis, que viene muchas veces de que el pulmón que busca desarrollo no cabe en el pecho apretado y endeble, si se hicieran un hábito en nuestras niñas y entre nuestros jóvenes, los ejercicios gimnásticos!—Esta necesidad es especial en nuestras tierras, donde la preocupación por una parte, y la santidad de las mujeres por la otra, las retrae de las calles y paseos—que al cabo ayudan a fortalecer el cuerpo, y las confinan a la casa, donde el cuerpo más robusto se torna a poco pesado y enfermizo.

Para los niños, el aparato de Gifford es un deleite, porque no sólo pueden remar y andar como en velocípedo, sino jugar a lo que en Cuba llaman cachumbambé, y en otras partes “sube y baja”, merced a una tabla en cuyos extremos se sientan los dos niños, la cual descansa sobre una barra baja sujeta por las perpendiculares. Y no es éste el único juego del aparato: también tiene el Gimnasio Doméstico un columpio, que se cuelga de la barra alta, y lleva a los ángeles juguetones hasta donde ellos quieren ir siempre que juegan, aunque hagan temblar y llorar a los que los ven: ¡hasta el cielo!

¿Qué más? Hasta para caballete de cuadros sirve el aparato: se quitan de él poleas y rodillos, y queda como atril sencillo y garboso en

que no descansaría mal un cuadro de Melero en la Habana, de discípulo de don Felipe Gutiérrez, en Colombia; de Ocaranza, Rebull, Parra o Pina, en México.

Y todo eso que va dicho cabe en una cáscara de nuez. En un espacio de dos varas de largo y tres cuartos de vara de ancho, puede alzarse esa pequeña fábrica mágica, que es en verdad fábrica de vida, y reúne todos los aparatos y permite todos los ejercicios para cuya práctica han sido hasta ahora necesarios vastos patios o grandes salones. Este gimnasio ni es caro, porque su baratura pasma; ni engañoso, porque sus maderas son tan recias como finas; ni necesita maestros, porque enseña solo; ni es peligroso, porque está todo en él a flor de tierra.

No hay escuela que no desee tener un gimnasio; pero aun los colegios ricos vacilan ante los gastos que acarrea su establecimiento, y la dificultad de hallar maestro oportuno, y los costos de mantenerlo. Ahora, con quince pesos que cuesta el aparato sencillo para fijar a la pared; o con treinta y cinco pesos que cuesta el aparato completo, que cabe bien en medio de una habitación pequeña, no hay escuela que no pueda hacerse de un gimnasio. En los colegios mayores, de diez a veinte aparatos bastarían, con más bello aspecto de la sala, mucha mayor ventaja y riesgos y precios mucho menores, a reemplazar al más complicado y costoso de los gimnasios.

Por eso dijimos que el Gimnasio Doméstico es una buena acción. Es preciso dar casa de buenos cimientos y recias paredes al alma atormentada, o en peligro constante de tormenta. Bien se sabe lo que dijo el latino: "Ha de tenerse alma robusta en cuerpo robusto". ("Mens sana in corpore sano").

He aquí lo que acaba de escribir en *The North American Review* el profesor Hall, que es pensador norteamericano prominente:

"Tengo a la higiene por necesidad capital en la educación de los niños. Y lo que primero les enseñaría acaso, y con más ardor, sería el desarrollo de sus músculos. Pocos conocen la relación estrechísima que existe entre la debilidad física y la maldad moral, cuán imposible es la saludable energía de la voluntad sin que la sostengan los fuertes músculos que son sus naturales órganos, y cuánto dependen de un buen desarrollo muscular cualidades tan preciosas como la abnegación, el dominio de sí propio, y la serenidad en las desgracias".

La América. Nueva York, marzo de 1883

2

PLUMAS DE AVESTRUZ

Gran comercio se ha hecho con ellas en estos últimos diez años en Africa, y buena utilidad han rendido los primeros felices ensayos a los que, ya en respetable escala, han emprendido la cría de avestruces en Buenos Aires.

México, no hecha por cierto para ir a la zaga de los demás pueblos, y presa ahora de generosa impaciencia por ponerse a par del que más ande, proyecta, a lo que parece, experimentar esta productiva industria.

Por clima no ha de dejar de ser, porque el de México les conviene, sobre que el avestruz no es animal muy sensible a los encantos de un lugar determinado y muda de patria sin gran conmoción, a tal punto que todos los países le están bien, a no ser severamente fríos.

El precio no puede arredrar tampoco a los introductores del ave en México, porque los pichones se compran por muy pequeña suma en el Cabo de Buena Esperanza.

Por cada macho que se compre, pueden comprarse dos o tres hembras, ya de buena edad. Las hembras son fecundas. Los pichones, de cría fácil. Apenas tiene un año, ya dan plumas,—y tantas, que resarcen con exceso el costo de los padres.

"El Exportador Hispano-Americano" dice que no hace mucho estableció esta industria en New York un hombre emprendedor, y que le ha producido resultados tales, que exceden a cuanto se pudo prometer.

No hay que decir que las plumas de avestruz de México se venderían en los Estados Unidos con ventaja sobre las que viniesen, como en tan gran número vienen, de pueblos más distantes de éste que el de México. Los menores gastos de fletes asegurarían a las plumas mexicanas, contra las de Africa y Sud América, el mercado.

La América. Nueva York, agosto de 1883

3

EL FERROCARRIL ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Se sabe ya, por ser acontecimiento trascendental que todo el mundo ha celebrado, que de México a New York, como a cualquier otro lugar de los Estados Unidos, se puede venir por ferrocarril. Este es aconte-

cimiento grato, si del lado latino de la frontera viene acompañado por una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo.

El *Journal of Commerce* de Chicago, en que visiblemente ponen la mano gentes latinas, publicaba poco tiempo hace datos minuciosos sobre el ferrocarril.

Durará el viaje desde México a New York o Boston seis días, de la manera siguiente: Desde México hasta la frontera en El Paso, dos días, poco más o menos, pues la distancia es de 1,958.4 kilómetros, ó 1,224 millas. En El Paso la conexión más íntima del Central Mexicano en dirección al Este, será la línea de Atchinson, Topeka y Santa Fe hasta la ciudad de Kansas, y de allí por la "Gran Ruta Burlington", o sean los ferrocarriles Hannibal y San José y Chicago, Burlington y Quincy, hasta la ciudad de Chicago.

Parece que se ha celebrado un contrato para que en todos los trenes expresos del Ferrocarril Central Mexicano haya carros-dormitorios de Pullman, y por tanto, buena comida y lujosa cama durante el largo viaje. En dos días después de salir de la ciudad de México se pondrá el viajero en El Paso: las estaciones donde se servirá cena y desayuno o comida serán San Juan del Río, Silao, Jiménez y San José. En El Paso no habrá más dilación que la indispensable para que la aduana examine los equipajes.

El ferrocarril Atchison, Topeka y Santa Fe llevará a los viajeros remontando el Valle de Río Grande por Albuquerque, el paso de la Glorieta, las Vegas con las fuentes termales muy cerca. Trinidad, las llanuras vastísimas del Estado de Kansas. De allí se irá a Topeka, capital del Estado, y llegando a la ciudad de Kansas, se efectuará en la estación Unión otro cambio de carros dormitorios de Pullman, tomando el ferrocarril Chicago, Burlington y Quincy. Una comodidad apreciable ofrece a los viajeros este ferrocarril, y es el carro fonda de la "Gran Ruta Burlington", en el que, mientras corre uno sobre rieles perfectamente nivelados, le sirven por precio moderado manjares buenos y con todo el lujo de un restaurant de primera clase. En unas 18 horas se llega a Chicago, donde hay conexiones inmediatas con todos los ferrocarriles troncales del Este, y se despachan trenes expresos limitados a Filadelfia, Nueva York, Boston y otras ciudades importantes.

"EL GOBERNADOR"

No vendrá mal a los que hablan lengua española saber que con nombre español va a ser bautizada la locomotora más grande que corre sobre rieles por el mundo. La están haciendo en la ciudad de Sacramento, allá en la corpulenta California, donde tiene sus hornos colosales, sus olímpicas fraguas, sus cavernosas y vastas techumbres la Compañía de ferrocarriles que se llama de nombre inglés "Central Pacific". Ha quedado siempre por saber quién invadió más, o quién fue el invadido, cuando los rapaces nómadas del Norte se entraron por las calurosas, regocijadas, bellas y débiles ciudades latinas: acaso el Mediodía entró en el Norte, y lo refinó, en mayor grado que el Norte entró en el Mediodía y lo oprimió.

No viene ahora a cuento, aunque no está tampoco absolutamente fuera de cuento, que compare *La América* el caballo de Alarico con aquella locomotora norteamericana que en una novela simbólica sin duda, publicada en Nueva York hace un año, entra triunfante en tierras de México por sobre el lindo cuerpo despedazado de una indefensa y amorosa virgen, la mestiza "Niñita".—No, no está bien que entremos todavía en estas comparaciones; pero es hecho curioso, que sólo se apunta aquí por imaginación literaria, que la pujante draga de enormes caninos que de cada dentellada saca del fondo del mar un tajo de isla o una cabeza de monte, la más poderosa draga conocida, en los Estados Unidos se hizo hace poco, para ayudar a las labores de limpia en nuestro istmo de Panamá;—y la mayor máquina jamás fabricada, en los Estados Unidos y en el mundo todo, va a llamarse ahora con un nombre de nuestras tierras débiles: "El Gobernador". El elefante albino, que con gran ruido y fama trae ahora el admirable empresario Barnum de Burma, puede sentársele holgadamente a "El Gobernador" en un estribo.

Se hablaba antes de Godofredos y Bucéfalos; pero ahora "la ocupación de Otelo", como reza el drama del gran Shakespeare, es ida; y en vez de aquellos héroes viejos, es justo hablar de estos nuevos, que los sustituyen: entre los caballeros, Peter Cooper; entre los caballos, la locomotora del San Gotardo, que apea a la Francia, entre resoplidos gigantescos y vorágines de humo, a las puertas de la Suiza y la "Masto-

donte", de las fábricas de Baldwin, que por cada libra de presión arrastra doscientas veintiséis de peso, y "El Gobernador", de doble fuerza que la de San Gotardo, que va a escalar, hendiendo nubes, las prominencias de la sierra, montada en un carrillo de diez ruedas, con un millón de libras a la zaga. ¡Es la serpiente nueva, que ya no va a coger, como en los tiempos de la Biblia, la fruta del saber en el árbol de un llano; sino arriba, en las manos mismas del que la siembra, en la copa de un monte!

Los ingenieros ya la quieren, como a su hija más hermosa. Palacios de hierro se hacían; y ahora se hacen de hierro palacios rodantes.—El huésped tiene un buen nombre, de rey nuevo, que no consiente ya otros reyes: el espíritu humano.

¿Quién niega que aun a los ojos de los monárquicos mismos, y sobre todo de aquellos que ven de cerca los dientes careados y los huesos podridos de las monarquías,—parecen los reyes de ahora que no sean ese rey nuevo, sereno y radiante, personillas de reír, necesarias para evitar males, pero como meros entes de comedia, y niños vestidos de actores, y estatuas de cera animadas? Eso viene del manto de luz y solemne estatura del rey nuevo.

Veintiocho carros va a arrastrar "El Gobernador", y en cada uno cuarenta mil libras. Y como si la razón no fuese distinta, que no ha de serlo, cuando obra sobre la industria de cuando en problemas sociales obra,—la nueva máquina no echará, como hasta ahora venían las máquinas echando, todo su peso sobre las ruedas delanteras, sino que distribuirá con equidad su pesadumbre entre todas las ruedas del carrillo en que monta. Carrillo le llamamos, como si ese camión rodante de cinco ejes que a "El Gobernador" soporta fuera cosa pequeña. Antes, un siervo, azotado acaso una hora hacía, o desdeñado en aquel mismo instante, que era mayor azote, traía descubierto y trémulo el caballo arrogante a que lo montara el castellano,—y el caballo, vestido de paramentos de oro, parecía y era en verdad, llevado de la mano por el escudero de sayo burdo, el señor del hombre. Ahora el hombre libre ha puesto en rieles al caballo mudo, y tiene el estribo, frente a las cordilleras abatidas, al vapor que monta.

Estas inquietudes y vehemencias se nos perdonen. Es que estamos entrando en mayo, mes de flores.—Y nos place que la locomotora mayor del mundo sea nombrada con un palabra de la lengua que hablamos. Ya le tenemos cariño a ese escalador de montañas, a "El Gobernador".

La América. Nueva York, abril de 1884

5

COMISIONADOS NORTEAMERICANOS PARA ESTUDIAR LA AMÉRICA LATINA

No se habla bastante en la América Latina de un proyecto de que se habla ya con mucha frecuencia entre políticos de nota en los Estados Unidos, del proyecto de unir por medio de un ferrocarril a través de la América los Estados Unidos del Norte y la República Argentina.

No recordamos esto ahora como motivo de conversación con nuestros lectores; ni como alarma embozada: que otras cosas con algunos de nuestros países sí la necesitan; pero ésta no. Lo recordamos porque están estos asuntos actualmente sujetos, en los que se estiman sus preliminares, al debate y voto de la Casa de Representantes.

En cumplimiento de una orden de la Comisión de Relaciones Exteriores, el representante Stewart de Texas tiene preparada en forma de proposición, la idea de diputar cierto número de viajeros oficiales que durante un tiempo fijo estudien sobre el campo los países hispanoamericanos, sus riquezas naturales, las ventajas o desventajas que ofrezcan para su cultivo y el comercio que viene de ellas, la constitución social y política de aquellos países, las vías de tráfico que existen y las que habría que crear,—todo lo que pueda contribuir, en suma, a dar a los Estados Unidos del Norte un conocimiento exacto del alcance, significación y constitución de nuestras tierras y las ventajas comerciales inmediatas que podrían los negociantes de Norteamérica irse procurando con el desarrollo de las relaciones entre las dos razas que habitan el continente.

Esta es la substancia del proyecto: los comisionados serán tres. Su viaje durará dos años. A pagar los gastos de este viaje se dedicarán \$70,000, y de éstos se sacará el sueldo de \$5,000 que disfrutará durante la excursión cada uno de los comisionados. La Comisión tiene los objetos generales que arriba quedan apuntados, y el especial de investigar las posibilidades o dificultades que ofrezca la comunicación por ferrocarril de los Estados Unidos del Norte y los países de Centro y Sud América. La Comisión visitará a México, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, la República Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil.

LOS LIBROS QUE DEBE ESTUDIAR UN BUEN MECÁNICO

El pensamiento de construir un ferrocarril dorsal que de Norte a Sur atravesase, con ramales a ambas costas, toda la América, fue al principio la concepción de un entusiasta, que ofreció premios y los pagó, a los ingenieros que probasen su posibilidad, a los pensadores que encareciesen con razones claras su influencia, y a los poetas que mejor lo cantarían.—Hoy la idea, que nunca pareció completamente ilusoria, sin tener por qué parecerlo, puesto que no es más que una obra de tamaño, y el hombre gusta de acometerlas y entra sin miedo a construir toda obra que pueda serle útil; hoy la idea, decimos, es ya informe del representante Stewart ante la Casa Americana.

Y habla de esta manera del proyecto del ferrocarril que hemos llamado dorsal:

“La idea de construir un ferrocarril desde los Estados Unidos hasta la República Argentina es algo sorprendente para los que no han pensado nunca en el asunto; pero no hay obstáculo insuperable para la realización de esta empresa. Pocas dificultades encontraría en su camino un ferrocarril conectado con el que va de los Estados Unidos a México, y que de éste siguiese a través de la América Central, pasara a lo largo del Istmo de Darien, y continuase por el Este de los Andes, cruzando toda la América del Sur hasta la República Argentina. No excedería el trayecto de 6,800 millas; y comenzando el ferrocarril en la ciudad de México, la distancia quedaría reducida a 6,000 millas, lo que no causaría trastorno, pues ya México está en conexión con ferrocarriles a varios lugares del Norte. Créese con fundamento que los obstáculos para la realización de esta vía no son más formidables que los que tuvieron que vencerse veinte años hace en la construcción de la primera línea trascontinental americana. Y tan extraordinarias ventajas vendrían a nuestro comercio de la existencia de esa vía a través de la América, que predecirlas sería hoy imposible”.

Indudablemente no se trata de una empresa irracional ni antipática. Y es cierto que en los Estados Unidos, gente sensata, rica e influyente la ayuda.

Parece también cosa acordada el envío de los tres Comisionados a los países de nuestra América.

La América. Nueva York, mayo de 1884

Hay en los Estados Unidos la excelente costumbre de dirigirse a los periódicos pidiendo consejo para alguna situación difícil, guía para alguna carrera, respuesta para alguna duda.—Supónese, con razón, que en una redacción de periódico concurren aptitudes varias y supremas, como que en las redacciones de periódicos es donde hierve ahora el genio, que antes hervía en cortes, en conventos y en campos de batalla. Y los periódicos, los mercantiles y los científicos sobre todo, responden a los solicitantes, ya en las columnas de la publicación, cuando la respuesta puede ser de interés general, ya en carta privada que suele ahorrar gran trabajo, poner en buen camino y servir de mucho al preguntador.

Muchos periódicos hay que tienen constantemente abierta una sección de respuestas. Uno responde a toda pregunta literaria, y con gran lucimiento: se llamaba *The Critic* antes; pero por agradar más al vulgo y lograr más ventas se llama ahora *El Crítico y Buena Literatura*. Otro, que es el *Journal of Commerce* responde con opiniones que son verdaderas sentencias de tribunal a toda pregunta sobre asuntos mercantiles, o de cualquiera otro género, que sus suscriptores comerciantes le hagan. Otro que es el *Scientific American* contesta a todos los que quieren resolver algún punto dudoso sobre maquinaria o ciencias.

“¿Cómo llegaría yo a ser un buen ingeniero mecánico? ¿Qué libros tendría yo que estudiar?” Así inquiere de uno de esos periódicos un joven de buena voluntad: y nosotros copiamos aquí, para que la lean y aprovechen algunos jóvenes de nuestra América, la respuesta del periódico:

“Muy varia y sólida instrucción necesita tener si ha de ser bueno un ingeniero mecánico. Más que todo, necesita aprender la mecánica en las máquinas. Los textos que se estudian en nuestras escuelas mecánicas, son éstos, entre otros:

“Mecánica Elemental” (“Elemental Mechanics”), por De Volsen Wood.

“Materiales de Ingeniería” (“The Materials of Engineering”), por R. H. Thurston”.

La América. Nueva York, mayo de 1884

MISCELÁNEA²¹

²¹ Aunque algunos de estos trabajos no estén directamente relacionados con los países de nuestra América, se incluyen aquí porque es evidente que Martí también los escribió teniendo en cuenta el progreso y el bienestar de nuestros pueblos, al igual que en casi toda su producción de la revista *La América*.

1 8 8 3

1. INTERESANTE EXPERIMENTO
2. EL HORÓGRAFO.—INVENTO RECIENTE
3. ARBOS SENIOR
4. INVENTO MUY ÚTIL
5. UN MASTODONTE
6. OBSERVACIONES SOBRE EL HÁBITO DE FUMAR CIGARRILLOS DE PAPEL
7. HECHOS NOTABLES
8. ULTIMOS ADELANTOS EN ELECTRICIDAD
9. EL GLOSÓGRAFO
10. BOTES DE PAPEL
11. LA EXPOSICIÓN DE CABALLOS

INTERESANTE EXPERIMENTO

La doctrina de que la tierra no debe considerarse como propiedad individual, tendrá aplicación, como prueba, en la Nueva Zelandia, donde el Gobierno se prepara en la actualidad para hacer arreglos con los colonos de modo que los terrenos vengan a ser al fin propiedad del Estado. Esta aplicación práctica será estudiada sin duda con interés por otras colonias nacientes.

El plan en proyecto consiste en el arrendamiento de las tierras por el Gobierno, por el término de veinte años, en vez de venta, compensando a los poseedores por las mejoras introducidas si se anula el contrato al expirar este término. El objeto es dar al Gobierno dominio sobre la tierra, con el valor adquirido por ésta y el correspondiente aumento de la renta. La ventaja del colono consistirá en la facilidad con que se podrán obtener los terrenos y las compensaciones por los adelantos en ellos introducidos.

También se trata de un seguro forzoso en la misma colonia; cada hombre debe ganar 66 £ antes de tener 23 años de edad, o dos chelines por semana durante doce años, con el objeto de asegurarse 15 chelines a la semana si es soltero, y 22 si es casado, mientras esté enfermo; y 10 chelines por semana en su incapacidad por vejez, después de los 65 años. Ambas medidas serán de provecho para el público y el Gobierno al mismo tiempo; y en pocos años gozará la colonia de una sólida prosperidad.

2

EL HORÓGRAFO.—INVENTO RECIENTE

A veces no se pone atención en cosas importantes, porque parecen demasiado sencillas. Sin embargo, importa mucho,—tanto como tender rieles cuando se trata de hacer andar ferrocarriles,—enseñar a los niños hechos fundamentales, que les ahorren trabajo útil y les preparen a conocimientos mayores. Es innumerable la cantidad de niños que dicen de coro trozos de Cicerón o tocan en el piano melodías de la Traviata, sin saber todavía conocer la hora en el reloj. Se acaba de inventar un instrumento colocado sobre un pie simple, que se conoce con el nombre de “Horógrafo de Mathey”, para enseñar a los niños el movimiento del reloj, a la vez que la esencia de la división en Aritmética, y el uso de los números romanos. El reloj es un disco sencillo, cuyo minuterero y horario giran hacia atrás o adelante por medio de un tornillo. Son numerosísimas, las explicaciones a que se presta el horógrafo. Con él pueden los profesores llenar a un tiempo muchos objetos y entretener en amena y muy provechosa conversación a sus alumnos. En Francia, todas las escuelas se han hecho del horógrafo. En los Estados Unidos el invento está siendo prontamente aceptado. La grandeza de los pueblos no depende acaso sino de aceptar a tiempo y sin demora, todo lo útil:—y en educar racionalmente a los niños.

La América. Nueva York, marzo de 1883

3

ARBOS SENIOR

Arboles ha habido muy viejos, como estos de California, en cuyo tronco danzan cien parejas; o el ahuehuete de los alegres almuerzos en el bosque canoso de Chapultepec, antes mansión de aztecas reyes, y ahora de Presidentes de la República de México;—o el sicomoro aquel que hasta 1636 elevó su misteriosa copa en las cercanías de El Cairo,—y a cuya falda es fama que en su fuga por Egipto, se cobijaron del sol María y su hijo, no lejos de aquella mata de bálsamo aromosa, que cuentan los creyentes que nació de gotas de agua caídas de los pañales que puso a secar, bien lavados por sus manos blancas, la linda madre de Bethlem.

Pero el *Knowledge*, que es un buen diario inglés, dice que más que todos esos árboles californianos, y los sabinos de los aztecas, es viejo otro árbol que aún mece su ramaje venerando en la ciudad sagrada de Amarapoorah, en Burma fantástica, testigo todavía de la devoción solitaria y estéril de los brahmanes, empeñados en escaparse de su propio cuerpo al divino, como al calor del sol un vaso de esencias. Este árbol de la ciudad india estaba ya cargado de ramas 288 años antes de Cristo.

En Inglaterra hay un sabio en árboles, Sir Terment, que aunque mira con amor al roble de Windsor, anciano de cien años, afirma que hay razón para creer en la suma vejez del árbol de Amarapoorah, en tanta prez tenido, que parecería como poner mano en padre ponerla en el árbol, del cual guardan con respeto los peregrinos que por la comarca pasan, las hojas que el viento, a modo de bendiciones patriarcales de gigantesco sacerdote, arranca a las ramas gloriosas.

La América. Nueva York, junio de 1883

4

INVENTO MUY ÚTIL

Notabilísima como fue la última Exhibición de Ferrocarriles en Chicago, de que *La América* de este número da acaso la única noticia que de ella anda en lengua de Castilla,—no tuvo, sin embargo, en sus salones el último invento de George Bedlinger. Distinguiéronse los tiempos feudales por su modo de ahondar fosos: y estos tiempos por cegarlos. Distinguiéronse los reinados de Enriques y Franciscos por la fabricación de pesadas armaduras y mortíferas catapultas: y el reinado del hombre, que comienza, distínguese por enemigo de la muerte. Aún se mata; pero se fabrican ya más locomotoras que cañones.—Y a nadie extrañe que demos así las noticias, y que con la máquina que describimos, y como surgiendo de ella misma, vaya el comentario que inspira. Ciencia y literatura han de copiar a la naturaleza en la que lo útil va siempre acompañado de lo trascendental. Ha de tenderse a desenvolver todo el hombre y no un lado del hombre. El mero progreso mecánico, si no encajase en el glorioso movimiento universal, sería como la habilidad estéril de un cigarrero chino. El árbol de la naturaleza está cargado, como todos los árboles, de frutos y de flores,—que llevan la semilla de los frutos. Flor sin fruto viciaría el árbol, que se iría todo en hojas:

—fruto sin flor, no podría ser. La imaginación es la vanguardia y como el profeta de la ciencia. La idea, madre del hecho. La flor, cubierta maternal del fruto.

Hace daño a la inteligencia de los hombres quien les cuenta un hecho desnudo, y no lo engrana con los demás hechos humanos. Y quien lo hace, ahorra tiempo, desbroza el juicio, fertiliza la mente, la deja limpia y preparada, con más seguro conocimiento de la importancia de las cosas, a mayor obra.

La invención de Bedlinger viene a hacer menos fáciles los choques entre ferrocarriles, ya por falta de aviso oportuno, ya por error en el cálculo del tiempo, ya por imposibilidades de mutua comunicación.

En Erlanger, Kentucky, se ha dado a luz el invento. Es éste un aparato eléctrico de señales para telegrafiar entre los trenes en camino, o entre los trenes y las estaciones, manteniendo así a los encargados de la salida de los trenes en conocimiento permanente de la marcha de los trenes de su línea, con lo que pueden evitar todo choque o conflicto. Y los trenes quedan al habla entre sí.

Consiste el aparato en un conductor ligado (*jointed conductor*) que rompe la conexión por presión, y cuya corriente pasa por el carro por medio de cepillos. Cada tren lleva su propio operador e instrumentos. Y como para completar esta invención, se anuncia otra ya en boga en Inglaterra, sencilla y de resultados beneficiosos, como que tiende a mejorar el sistema de señales por luces en las vías férreas, sistema que a veces hacen peligroso, cuando no inútil, las curiosas enfermedades de la vista que suelen afligir a los conductores de trenes. Debe ir siempre un maquinista de ferrocarril como arrebatado, como montado sobre llamas, como fascinado. ¿No se les ve en los ojos, por menguada persona que a veces sea, cierta serenidad grandiosa, luz extraña y heroica osadía? —Pues se las da el contacto constante con el espacio grandioso,—y el hábito fiero y saludable de enfrenar, acariciar, desatar, graduar una de las fuerzas locas de la naturaleza. Ver grandeza, hace grande:—quien entre en un taller norteamericano, donde las máquinas ruedan y rugen, y susurra el vapor y cuchichea, y pasan hombres con montes de artefactos a la espalda, y asciende el elevador, moderno recadero, como un espíritu sutil por entre las paredes, y hormiguean centenares de trabajadores, y no cesan el ímpetu, el esfuerzo, el movimiento frenético y fantástico, la labor regular y colosal, la maravilla de tamaño y tiempo—no se asombra de que tales aprendices de taller hayan hecho tal pueblo.—Lo maravilloso les es natural, porque se crían en ello. Lo acometen todo,

porque lo han visto acometer todo. De nada se sorprenden, porque viven en medio de lo sorprendente.

De este contacto de lo grande, sin el cual vive el hombre como larva pesada, y con el cual siente que, cansadas del sueño, se le abren en la espalda las alas; de este constante comercio con la luz, con el fuego, con el viento cargado de chispas, con la noche sombría o serena, que deslumbra y fatiga los ojos, suelen venir a los maquinistas caprichosas enfermedades ópticas, o vicios visuales, que a menudo les impiden distinguir bien a la distancia en que ya es necesario, los colores de las luces diversas de los aparatos de señales. Frecuentísima e inevitablemente confunden la luz blanca con la roja.

Y a eso viene el invento inglés.

La América. Nueva York, agosto de 1883

5

UN MASTODONTE

Acaban de sacar de la tierra en la ciudad de Manlius, a ocho millas de Siracusa, un animal del período post filioceno de la época terciaria. Tan grande es, que es más grande que el famoso mastodonte de Newburgh. Y tan genuino, que el profesor Boynton, que descubrió y probó el fraude del gigante de Cardiff, asegura que éstas de ahora, que ya se disputan los museos, son las reliquias reales de un mastodonte que debió tener quince pies de alzada, y pesar como un tercio más que el formidable elefante a quien pasea entre cadenas por Europa y América ese hombre de genio que lo ha puesto todo en casas de fieras y circos, Barnum.—La tierra, que da dolores, da a quien los alivia. El que descubre medios de atraer y distraer a los demás—es un benefactor de los hombres. La alegría es el vino del espíritu.

No se está aún bien seguro de la especie del animal descubierto. Mastodonte lo creen unos, y mamut otros. El colmillo, es tal que mide once pies. Una de sus muelas pesa veinticinco libras. Grandes son los esqueletos que se han descubierto antes de ahora en la América del Norte; y los que Darwin cuenta que vio en aquel fructífero viaje que, con singular modestia y llaneza, cuenta en los dos libros que escribió como cronista científico de la expedición inglesa, a través de mares lejanos y de extrañas tierras. Leer aquel libro, sincero, ordenado, más

lleno de deseos de saber que de generoso calor humano, más preocupado del modo con que los insectos vuelan que del modo con que vuelan las almas—es como entrar por los espacios vastos de aquel maravilloso cerebro, a cuya implacable lealtad no faltó acaso, para poner a su dueño entre los seres casi divinos de la tierra.—más que el don de amor, lo que hace fecundo al genio.

Darwin vio en Buenos Aires, restos de gigantescos animales: pero dicen que este que acaba de descubrirse en Manlius, es esqueleto tan grande que figura entre los más notables conocidos.

Los paleontólogos están animados, y ya emprenden viajes al lugar del buen suceso, ya publican comentarios sabios.

Da gozo ver a los hombres de ahora. Puede asegurarse que ya empieza la época de la verdadera revelación.

La del hombre a sí propio.

La América. Nueva York, agosto de 1883

6

OBSERVACIONES SOBRE EL HÁBITO DE FUMAR CIGARRILLOS DE PAPEL

La costumbre que se va cada vez más generalizando de fumar incessantemente cigarrillos de papel es muy poco menos dañina, aunque de una manera sutil y poco sensible, que el hábito de tomar tragos de alcohol entre las comidas. Nada tenemos que decir contra el fumar a horas oportunas y con moderación; ni las observaciones que vamos a hacer se refieren al uso de los tabacos o puros ni de las pipas. Contra lo que deseamos protestar es contra el hábito de fumar cigarrillos de papel en grandes cantidades, imaginándose que estas dosis pequeñas de nicotina no son dañosas. La verdad es que debido quizás a la manera en que se divide la hoja del tabaco, unida esta circunstancia al hecho de ponerse en un contacto más directo con la boca y los conductos del aire, que cuando se fuma en una pipa o en forma de tabaco o puro, los efectos producidos por el abuso de los cigarrillos de papel son más marcados y presentan caracteres más fijos que los que se observan después de emplear otras maneras de fumar. Al estudiar el pulso de un individuo que ha fumado una docena de cigarrillos se encontrará que está más deprimido que después de fumar tabacos puros. Es práctica

común de los jóvenes que fuman cigarrillos consumir de ocho a doce por hora, y continuar esa operación cuatro o cinco horas por día. Quizás no sea grande la cantidad de tabaco consumido, pero no hay duda que el volumen de humo a que están expuestos los órganos respiratorios del fumador, y las propiedades de ese humo respecto a la proporción de nicotina introducida en el sistema, se combinan para poner el sistema completamente bajo la influencia del tabaco. Hemos tenido conocimiento en estos últimos meses de un número considerable de casos, en que muchachos y jóvenes que no habían alcanzado aún su completo desarrollo físico, han visto su salud seriamente alterada por el hábito de fumar incessantemente cigarrillos de papel. Conveniente es que estos hechos se sepan, pues es evidente que prevalece la idea de que, cualquiera que sea su número, estas bocanaditas de humo no pueden ser dañinas en lo más mínimo, cuando al contrario producen con frecuencia mucho daño.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

7

HECHOS NOTABLES

Descubrimientos.—Libros.—Invenciones.—Datos curiosos.—Consejos agrícolas.—Noticias de ciencia amena.—Gacetilla científica, agrícola e industrial

Berlín prepara una Exhibición para 1885. Y para que tenga éxito dispone una novedad. La Exposición no será universal, sino alemana, ni abarcará todo género de productos, sino simplemente los productos del arte industrial en que aún no vencen Alemania ni Austria a Inglaterra laboriosísima, pero en que ya le andan a las calzas. De esta manera saldrán a luz sin miedo los artefactos germánicos y austriacos, que son ya muchos, aunque ligeros y como postizos, por lo que no se han atrevido todavía a rivalizar públicamente con los ingleses sólidos, y con los elegantísimos franceses.

Bien hacen, bien, los pueblos que cultivan esta clase de industrias artísticas: La mente sube de grados en el conocimiento, y contacto y creación de la hermosura. Nótese qué nobles castas de artesanos son aquellos cuyas labores tienen algo de intelectuales y artísticas. Las solu-

ciones violentas, y brutales, los modales indelicados, los gustos rudos y groseros, que suelen acompañar a los cultivadores de oficios mecánicos, conviértense, por estas generosas y ennoblecedoras influencias artísticas, en un superior estado mental, y una como nobleza de espíritu, que, habituado al buen gusto, en cuyo perfeccionamiento trabaja, lo quiere para sí, y lo quiere en la vida.

Ya no es una sola la lancha movida por electricidad que anda sin tropiezo por las aguas. A "La Electricidad", nombre de la primera de este género, ha venido a reunirse otra, de cuarenta pies de largo, sin maquinaria ni otra obstrucción visible. La lancha recibe el poder motor de ochenta celdas de acumuladores Sellon Volckmar, siete de los cuales están colocados bajo cada una de las hileras de asientos de los lados, y el resto bajo el piso. La hélice es movida por un dinamo de A. Siemens. Baterías y dinamo pesan en junto como dos toneladas.

Veintiuna personas iban a bordo en el viaje de prueba y la lancha anduvo seis millas, a una velocidad de ocho millas por hora.

Créese en Londres, con motivo del experimento, que esto prueba que la electricidad es aplicable, por lo menos, a embarcaciones de recreo, sin que molesten los hornos de vapor, el polvo, el humo, el olor del aceite.

La lancha nueva puede andar seis horas; esto es, cuarenta y cinco millas, sin cambiar de acumuladores.

Parece que se han hecho importantes mejoras en el acumulador Sellon Volckmar.

Se señala en los Estados Unidos el hecho de que Maracaibo, el conocido puerto de Venezuela, está comenzando a ser importante puerto de tránsito para el comercio con Colombia. Durante el año pasado, 38,224 bultos de mercaderías, y 28,907 de sal, en camino para Colombia, fueron recibidos en Maracaibo. Y por Maracaibo se embarcaron 166,279 sacos de café, 1,296 bultos de quina; 17,355 cueros y 18 paquetes con los afamados y ligeros sombreros del país, exportados de Colombia.

Acaba de publicarse un libro notable, que debe andar en manos de cuantos quieran saber cómo fermentan, desbordan y pudieran ir siendo vueltos a su cauce, los elementos batalladores de la edad moderna.

El libro es de un hombre ilustre, sabio en cosas de Lógica y Economía Política, el inglés Jevons, ya muerto, que estuvo dotado de la

rara condición de expresar en frases gráficas y salientes los términos de los revueltos debates lógicos y sociales.—Distingue las ideas como un anatómico distingue músculos. Y cuando se le lee, parece que se ve extendido ante los ojos el cuerpo social.

"Métodos de la Reforma Social" se llama el libro:—Comienza discutiendo con claridad y profundidad sumas la posibilidad de alcanzar por un buen sistema de recreación e instrucción populares, menos áridas que el actual sistema de educación popular, alguna sensible mejora en la condición general de los hombres. En un capítulo examina los "Gremios de artesanos, su objeto y sus métodos", en otro, estudia las "Asociaciones Industriales". Cree Jevons que, en la mayoría de los casos, sale perjudicado el obrero en su intento de regular los salarios por medio de los "Gremios de Artesanos", intento siempre dañoso a la comunidad. Muy bien dice que la lucha del trabajo contra el capital,—como es de uso llamarla,—no es en realidad más que una lucha del trabajo contra el trabajo; de ciertas clases de trabajadores contra otras.

Considera a las "Asociaciones Industriales" como la más verdadera forma de la cooperación. Aboga vigorosamente por el sistema de proveer los empleos públicos por oposición entre los que aspiran a ellos, y dice que las condiciones puestas a prueba y sacadas a luz en esta clase de certámenes son precisamente las mismas que se exigen para librar con éxito el combate de la vida, por lo cual son legítima medida de los méritos de los opositores, y modo seguro de lograr, sin los peligros del patronato político, buenos empleados.

Favorece el experimento previo, en pequeña escala y en determinado circuito, de las leyes que reglamentan el uso de los licores antes de que se las promulgue como generalmente obligatorias, tal como está haciendo ahora Inglaterra en la India con los Bancos Agrícolas: los ha puesto a prueba antes de establecerlos definitivamente.

En realidad, asombra lo elemental y rudimentario de las prácticas políticas, aun en los países más adelantados.

Sobresale el volumen en la precisión con que discute el tema, hoy muy en boga, del dominio de los medios de comunicación y transporte por el Estado. Cuanto hay que decir en esto, y hay mucho que decir en favor de la propiedad privada y en la del Estado, el libro de Jevons, con magistral imparcialidad lo dice.

Es un libro de los tiempos. Estará bien en los estantes de todo hombre moderno.

Hay una compañía en Boston que fabrica buenas ruedas para pulir la madera, ya de las formas comunes, ya de formas especiales.

Ofrece que usa en sus ruedas madera muy bien seca, y recubierta de buen cuero.

Hace ya algunos años se creó en París un laboratorio municipal encargado de examinar muestras de diversos productos recogidos de oficio en casa de los comerciantes y de analizar las mercancías llevadas allí directamente por el público. Cada examen cuesta, comprendidos todos los gastos, 7 francos y cuarenta céntimos; y un simple ensayo o visaje, 1 franco veinticinco céntimos. Más de dos terceras partes de los análisis son gratuitos; el laboratorio cuesta, pues, a la ciudad una buena suma, pero bien lo vale la higiene de sus habitantes. Es incontestable, en efecto, que la creación del laboratorio ejerce ya una influencia seria sobre el mejoramiento de los géneros comerciales.

Era el monte San Juan (España) ha poco lo que su nombre indica: un monte pelado; es hoy una colonia modelo, donde las operaciones agrícolas se llevan con científica exactitud y con aplicación especial a aquel suelo y a aquel clima. Antes los cereales esquilaban la mayor superficie de la finca, y hoy, 1.800,000 cepas, de las que ya dan fruto 600,000 rinden a cada recolección 5,000 hectolitros de vino, que se elevarán a 20 ó 25,000 tan pronto como reciban los tres o tres y medio millones de cepas a que ascenderá en el año próximo la plantación total. Antes, el arado egipcio, la labor somera, los abonos insignificantes, y muy de tarde en tarde renovados, y como director de cada artefacto el rudo gañán que al trabajar cantaba, sin apercibirse de su esclavitud; y hoy, una pareja de máquinas de vapor y un gran arado subsuelo (arado Oliver), que abre surcos de 80 ó 90 centímetros de profundidad, y remueve cada diez horas 16 millones de kilogramos de tierra. Antes, la actividad del hombre, limitada al desaparecer el sol; y, ahora, dos lámparas eléctricas, cuando la necesidad obligue, permiten utilizar la noche en el trabajo. Antes, una renta de algunos miles de reales, mermada por el tanto alzado de tributación; y, no es hipérbole, no es paradoja, la misma fábrica, el mismo agente mineral, ha transformado con exceso los reales en duros, que ésta es la diferencia que hay en aquel suelo del trigo al mosto, del gañán a la máquina.

La América. Nueva York, septiembre de 1883

ULTIMOS ADELANTOS EN ELECTRICIDAD

Electricidad sin dinamo.—Estufa termoelectrica.—Maravillas eléctricas.—Teléfono perfeccionado.—El transmisor microfónico de Berliner.—Triunfos y casos dignos de ser leídos.—Músicas del Prater

Cuanto bueno se conocía ya de ciencia eléctrica, se ha exhibido mejorado en la Exposición de Electricidad celebrada recientemente en la hermosísima Viena. Y se han exhibido además cosas nuevas de mágico efecto.

Tres años hace, se habló mucho de una estufa eléctrica de Chamconte, que debía producir la electricidad directamente y sin necesidad del uso complicado de la dinamo, sino por la acción inmediata del calor. Del calor, la electricidad, sin necesidad de la dinamo, transformador intermedio. Pero se intentó, y se habló poco. Ahora, ya ha ido perfecto a la Exhibición la estufa termoelectrica de Lantensack y Biltner.

Se la ve de cerca y no se la distingue por su forma de las estufas ordinarias: sin embargo, en ella se calienta el agente claro y poderoso, venido a tiempo para guiar en sus satánicas empresas al hombre de la época moderna entrado en sí, que lucha magníficamente por desasirse de las sienes los últimos yugos. Las violencias de estos tiempos son las contradicciones y rudos arranques necesarios para este esfuerzo. Así se podrá pintar dentro de poco al hombre, y así se pudiera esculpir en gran grupo de piedra:—sentado sobre una roca hendida; radiante el rostro de lumíneo gozo; apretando con las manos satisfechas un yugo último dentado como una hiena, que aún se yergue y jadea y abre las fauces con desmayo,—y tendidos a su pie los yugos rotos.—¡Qué hermoso rostro, el de ese hombre!—¡Imperial orgullo llena el pecho, pensando en esas cosas venideras!

En la estufa de Lantensack y Biltner se produce la luz que ha de alumbrar esos tiempos. Forman el aparato productor treinta anillos concéntricos superpuestos, aislados uno de otro por capas de ese buen amasijo de fabricación que llaman asbestos. El elemento productor es una liga de los metales eléctricamente opuestos, posible a 600°C y la cual genera, a la acción del calor, la electricidad. La estufa de combustión

ocupa el centro del aparato, y está separada de los anillos por considerable espacio: para calentar la liga basta una temperatura de 300 a 400°C.

Cada anillo concéntricamente tiene su propia llave terminal, de modo que pueda usarse la corriente toda, de todos los anillos, o sólo de parte de ellos.

Destinan sus autores esta ventajosisima batería a los trabajos de galvanoplastia; pero se calcula que si se la tiene todo el día encendida, puede producir poder eléctrico bastante para el alumbrado de una casa no pequeña, o para alimentar un motor de tamaño y fuerza adecuados a los usos domésticos.—Así como ahora se imprime por vapor,—y por electricidad se imprimirá pronto,—así las rudas labores de la casa serán fácil y rápidamente hechas, como en los grandes hoteles de New York, por una veloz y limpia maquinaria. Hablan de un agente de anuncios de compañía eléctrica que asombró a Roma con un alfiler de corbata de luz eléctrica, alimentado con un dinamo de bolsillo—que producía luz por cinco horas. Día llegará en que pueda llevar consigo el hombre, como hoy el tiempo en el reloj, la luz, el calor, y la fuerza en algún aparato diminuto.

No es raro oír decir mal de los imperfectos teléfonos magnéticos, y de lo difícil de su uso, a los que con su voz natural, y sin esfuerzo ni práctica, intentan por primera vez hablar y oír por el hilo telefónico. Hay que vocear, para poder ser entendido: y si lo que nos dicen sólo lo oímos nosotros, siempre que ponga cuidado en hablar claro y alto nuestro comunicante, lo que nosotros decimos, lo oyen todos los que están a nuestro alrededor. Maravilla como es, cuesta cierto trabajo hacerse a ella, y se la desea más eficaz y acabada. Berliner, de Hannover ha presentado en Viena un teléfono culto, distinguido, leal, discreto; se puede hablar por él en voz serena y baja, como se habla en los salones, y como se cuentan sus esperanzas y recuerdan sus penas los esposos felices; no se pierden las sílabas, ni se corre el riesgo de ser oído por todos los que andan cerca. El mismo transmisor microfónico, que trae a una alcoba retirada los acordes briosos de la fanfarria guerrera que anima a los paseantes que repletan las calles umbrosas y comedores alegres del espacioso Prater, conduce sutilmente, y con amable reserva, la más delicada conversación de negocios entre dos oficinas distantes.

El transmisor microfónico de Berliner ha sido al punto aceptado como indiscutible mejora por las compañías de teléfonos: de todos los teléfonos que competían en la Exposición, sólo no lo usaba el electrodinámico de Siemens.—El transmisor de Berliner consiste en una pequeña punta de carbón duro suspendida entre dos tornillos cónicos. La punta de carbón toca un pequeño disco de carbón también duro, sujeto a una membrana metálica, con cuya disposición se consigue el contacto microfónico sin que haya fricción. La membrana circular no está fija a la cubierta de la caja del micrófono sino en un punto, y al cerrar la caja queda comprimida contra la cubierta por un resorte unido, junto con el disco de carbón, a la membrana, el cual resorte sirve de conductor entre el disco de carbón y el cable inductor, y de regulador, además, en caso de que las vibraciones de la membrana fuesen demasiado fuertes, o no lo fuesen bastante. La batería del transmisor consiste, por lo común, de un elemento de Lechanché.

Repetía el transmisor microfónico con singular delicadeza a los visitantes de la Exposición las sonatas ligeras o piezas de música plácida de la banda del Prater; pero, como habían colocado el receptor en el pabellón mismo en que tocaba la banda, y no, como debieron, a alguna distancia, oíase sólo como lejana batalla de sonidos encolerizados y gruñones cuando la banda daba al aire su bulliciosa música de bronce. Parecía como si a la boca del receptor lidiasen apretadamente por entrar a la vez los sonidos hinchados y acelerados de la pieza ruidosa, o como si sedientos duendes del bosque, rechonchuelos y alados, se dieran de pescozadas y embestidas por penetrar primero en el hueco tentador de la llave de un tonelillo de cerveza.—¡Llenos de duendes, fungosos y negros, están estos toneles! ¡Al fin, los de vino puro están llenos de mariposas de varios colores! No así los de vino falsificado: ¡que las mariposas de alas siniestras de reflejos sulfúricos que en sus tinieblas húmedas danzan, recuerdan a esas miserables mozas de venta que en fuga fantástica se deslizan como espectros expelidos por el viento azotante de oscura caverna, a lo largo de los bulevares de París!—Oían los concurrentes a la Exposición, como si los tuvieran de cerca, a una cantatriz que en aquellos instantes estaba cantando en Baden, á doce millas de Viena, acompañada ¡oh victorias del hombre que hacen batir palmas!, por un músico que tocaba la cítara en Kornenburg, a igual distancia de la ciudad, ¡pero del otro lado del Danubio!

EL GLOSÓGRAFO

Ya parece inventado el instrumento desde tanto tiempo hace apetecido por los pensadores de mente volcánica, y por los poetas de veras, a quienes suelen venir las ideas en bandadas compactas y fugaces, y como en haces de relámpagos. Dicen los tales que las ideas les vienen a veces, luego de estarse quedos mucho tiempo, como si fueran ejércitos de mariposas, que les baten las sienas con las alas, y les rozan los labios, como llamando a ellos las palabras que las pinten, palabras que jamás llegan con rapidez bastante para colorear sobre el papel las inquietas y atropelladas mariposas.

Un Gentillí—que merece su nombre—ha inventado el glosógrafo,—y lo ha exhibido en la Exposición de Electricidad de Viena.

El glosógrafo es un aparatillo ingeniosísimo, que puesto en lo interior de la boca, a la que se acomoda sin trabajo, no impide el habla, y la reproduce sobre el papel con perfección de escribiente del siglo XV. Sólo exige que se pronuncie con toda claridad; y cada sílaba, al punto que es pronunciada, ya es colocada sobre el papel que la espera, sin molestia alguna para el que habla; y sin confusión para el que lee, una vez que aprende la correspondencia de los nuevos signos.—¡Qué alegría, sí, como dice el *Pall Mall Gazette* que ya se sabe que es periódico de gran respeto, no hubiera en el nuevo aparato más dificultad que la de descifrar los caracteres! Más claros que los de la música han de ser, y no más difíciles que ellos,—y los de la música se leen de corrido.—Nunca, nunca llegará la mano rápida a reproducir los escarceos, carreras, súbitas paradas, inesperados arranques, hinchamientos de ola y revelamientos de corcel del pensamiento enardecido!—¡Sea bienhadado el inventor del glosógrafo! Sólo que sienta mal al pensamiento toda ficción y freno: y de fijo que con saber que se va a pensar, y fijarse el aparato en la boca, y prepararse para el suceso, ya se piensa menos. La inspiración es perpetua doncella.—La soledad es su amiga. El esposo que la fecunda es el silencio.

De tal modo está construido el aparato que una vez puesto en la boca, queda en contacto con el cielo de ésta, los labios y la lengua. Un registro electromagnético recibe los sonidos y los trasmite al papel.

“No se necesita—dice Gentillí—alzar la voz. Con la voz más baja se logra la más fiel reproducción. Lo que se necesita es pronunciar bien”.

“Póngase de un lado—dice un comentador—el que presuma de escribir más rápidamente con la pluma,—y del otro lado el que hable con el glosógrafo. Es seguro que éste escribe con el aparato cinco veces más que el más veloz escribiente”.

Aunque ocurre que el glosógrafo pudiera no ser más que una mejora sobre el fonógrafo de Edison,—dícese que no,—que es de fecha mucho más antigua, y sobre descansar en otro principio acústico, no reproduce los sonidos en forma microscópica.

¡Oh todo, todo podrá inventarse—menos las alas!

La América. Nueva York, noviembre de 1883

BOTES DE PAPEL

Anda por las librerías y tuvo éxito en su tiempo, un libro ameno de un viajero osado que de Quebec, en el lejano Canadá, vino en un bote ordinario de madera hasta la ciudad de Troy, a la orilla del Hudson imponente; y allí vio unos botecillos de papel que pesaban menos que un baúl de señora en viaje a punto de baños, y le parecieron tan bien, que ya no quiso usar su bote de madera, sino que en uno de papel, sin miedo a hielos ni ventiscas, fue a dar al Golfo de México; cuya accidentada travesía narró luego, en ameno lenguaje, en el “Viaje de la canoa de papel”; que así llama a su libro, impreso en la casa de Lee & Shephard, Boston, el viajero N. H. Bishop.

Corrió el suceso el mundo, con ser menos famoso que otro con que acaban de asombrar a Venezuela ahora unos maracaiberos, que por mar se vinieron en otro botecillo del distante Maracaibo a las alborotadas aguas de la Guayra, a dejar a los pies de Bolívar, como digno de él en la fiesta de su Centenario, el heroico barquichuelo.

Pues aquel bote de papel de Bishop no fue una casualidad, ni un mero capricho; sino el producto regular de una próspera industria. De ese viaje se habló mucho; pero ¿se sabe acaso que en Troy existe una fábrica de botes de papel,—una fábrica que ha solido ganar al año, ha-

ciendo estos botes, cincuenta mil pesos? ¿Se sabe que las bóvedas que coronan varios altos colegios y observatorios de los Estados Unidos, de papel son también, y de la fábrica de botes? ¿Se sabe que en estos instantes mismos la fábrica de Westinghouse, que se anunció en *La América* en el número de septiembre, está montando una de sus ingeniosas y sencillas máquinas de vapor en un buque de papel? Pues eso esperan saludar pronto los habitantes felices de las orillas prósperas del Hudson: —un vapor de papel.

Ya peina canas el que inventó estos botes, impermeables, ligeros, seguros, muy usados en regatas, a tal punto, que hay club de remadores que tiene cuarenta de ellos, de precios varios, porque desde 60 pesos hay botes hasta 600 pesos.

Fue el inventor un bravo muchacho que ayudaba a su padre a hacer cajas de cartón para sus potes de tinta y sus siropes, de los que había tan gran consumo que ideó el preparador tener fábrica propia de envases.

El muchacho norteamericano de la ciudad no es por cierto modelo apetecible,—porque el ansia de goces, la facilidad de satisfacerlos y el amor descarnado y desequilibrado de lucro, le relajan las fuerzas, o se las echan por caminos de aventuras, o no le permiten la necesaria disciplina y desarrollo.—Pero el muchacho campesino, o de ciudad pequeña, que vive en más directo trato con los trabajadores, y ha de esforzarse más en obtener lo que desea,—es noble especie de hombre, que a singular astucia junta un ciego y grandioso ímpetu, al que nada pone miedo ni coto. Jorge Waters quiso un día ir de gigante a una fiesta carnavalesca; pero como no llegaban sus pesos a ocho que le pedían por una recia careta de gigante, imaginó hacérsela él, a imitación de una que le prestaron. Y puso lámina de papel sobre lámina, y las moldeó y repujó luego, y tuvo en risa a todo el pueblo con su gran careta; de lo que le quedó tanta fe en la eficacia del papel, que otro día que quiso calafatear un bote viejo de madera, con papel lo hizo, como su mascarilla de gigante, y le fue bien, y triunfó en mar y en tierra.

Quiso luego bote nuevo, y, con ayuda de su padre, fabricó uno tan bueno que, tras muchos años de servicio, aún dura y se llama “El Experimento”.

“María Teresa” se llamaba el bote en que hizo Bishop su viaje al Golfo de México. De largo, tenía quince pies; de espesor, un octavo de pulgada; de peso, cincuenta y ocho libras.

Y no hay cosa más sencilla que la fabricación de estos botes. Sobre un molde de madera se van tendiendo una sobre otra tantas láminas de

papel cuantas requiera el espesor del bote, cortado de manera que ajuste holgadamente en ancho y largo al molde, de modo que al secarse no se encoja. Una vez seco, se saca ya el casco, que es de suyo impermeable. Se remata el bote, como se pudiera rematar uno de madera; y queda un lindo barquichuelo, liso, ligero, airoso, apto para recibir cualquier barniz o pintura, fuerte, menos susceptible que los de madera a la acción del frío o del calor,—por ser el papel un no-conductor excelente,—y sin costura ninguna ni clavo que raje la madera, ni intersticio de ningún otro orden, lo cual lo salva de hacer agua, del quebranto y separación de los cinchos y tablas, y del hundimiento.

El casco de la lancha de vapor, a que pone ahora máquina la fábrica de Westinghouse, es ya más complicado, y se ha hecho en dos mitades unidas por la quilla.

Es un hermoso bote de recreo; más no nos parece que se le pueda dar tan segura aplicación como a los botes pequeños de remos.

Nos parece ver, al cerrar estas noticias curiosas, el rostro fresco y atrevido del muchachuelo que modeló su cara de gigante. Recordamos a Peter Cooper, que de nadie recibió instrucción mecánica, y reformó las máquinas de vapor, y halló aparatos para vaciar las montañas. Y pensamos que no hay mejor sistema de educación que aquel que prepara niño a aprender por sí.

Asegúrese a cada hombre el ejercicio de sí propio.

Si sólo para apoyar esta verdad hubieran servido—ya no habría sido inútil la influencia de los botes de papel.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

LA EXPOSICIÓN DE CABALLOS

Celebró New York, con éxito grande, la suntuosa Exhibición de caballos, que en nuestro número de octubre anunciamos.²² De tal manera previmos lo que en ella había de ver el público, que ya apenas nos queda cosa nueva que decir de la Exhibición.

²² Véase el trabajo “Exhibición de caballos en Nueva York”, reproducido en este mismo tomo, págs. 357-359.

Veinte mil personas cada día la vieron, más de \$40.000 produjo. Cerca de cuatrocientos caballos entraron en las cuadras. Excepto Clydesdales, buenas bestias de tiro, allí estaban representadas todas las grandes razas.

De la mañana al alba, el Hipódromo de Madison, en que caben diez mil espectadores, rebosaba gente. Ya era que en el amplio circo paseaban en triunfal procesión, guiadas por los premiados de cada grupo, las diversas especies del hermoso bruto en cuyo honor y para cuya mejora se celebraba la fiesta;—ya que, en caballerisca competencia una cincuentena de elegantes jinetes hacía caracolear, trotar, encabritar, pasear a sus caballos dóciles de silla, sin que hubiera jinete mejor que uno cubano, que lucía su caballo premiado, y parecía el gentil espíritu de la caballería. Ya eran las bombas de fuego, que para abrir la fiesta cada día, en desatada carrera salían, campaneando y chispeando, de su tienda en el fondo del circo, a ver cuál de ellas, tiradas por caballos poderosos, que parece que saben que van a salvar gentes, llegaba al cabo opuesto. Ya eran ejercicios de policía montada, no más experta por cierto que un vulgar escuadrón de caballería de ejército, a no ser en una suerte notable, que consiste en salir corriendo a la par de un caballo desbocado, y detenerlo o arrancar de la silla a su jinete. O ya era un centenar de caballos saltadores, que montados por audaces équites, daban tres vueltas al circo, entre las palmadas de la elegante muchedumbre, por sobre vallas, matorrales fingidos y altas cercas.

Los palcos que ceñían el circo estaban cuajados de las más notables familias neoyorquinas. Cuantos galanes tiene la ciudad, que son muy numerosos, más sin que sobresalga en ello mucho lo galán, parecían por lo asiduos en los cinco días de la fiesta, frutos de circo: y muchos lo eran. Alrededor de la arena, las más notables fábricas de Inglaterra y los Estados Unidos lucían sus más bellos carruajes y arneses.

En las caballerizas, que eran tantas que se salieron del circo e invadieron las calles a que da el Hipódromo, lucían los trotadores su cabeza grande, de ojos avisados y lucientes, sus musculosos pechos y sus ancas caídas,—y los caballos de camino su cuello largo y sus ancas redondas,—y cada especie sus mejores hijos.

Triunfaron, como triunfan siempre, y en todo, el tamaño, la elegancia y la gracia.

Por tamaño, los percherones, que parecen hechos para llevar a lomos torres y castillos: percherón había, parecido a los caballos del Auto-

medonte de Regnault que pesaba 2,000 libras: como hemisferios de colosal albaricoque se levantaban sus macizas ancas.

Por elegancia, ¿qué caballo había de vencer sino el árabe? Dos árabes había: los dos premiados. Fueron los que el Khedive de Egipto regaló al General Grant, cuando en busca de fama que le llevase a la tercera presidencia, corría el mundo, en amistades grandes con los políticos de espada y puño. De estas dos lindas bestias, que vienen de padres casi bíblicos, uno tiene probada su nobleza por abolengo escrito de trescientos años: y el otro lleva la suya en su hermosura y arrogancia: por lo que, a pesar del abolengo, el primer premio fue del más hermoso, y no del vástago de establos viejos.—Moros son estos dos caballos árabes: corta y finísima cabeza; ojo leal, centelleante, humano; majestuosa quietud; forma pictórica. Las crines sedosas y luengas; pecho y ancas musculosos y de líneas puras; cuello corto, ancho al pecho; cañas aéreas.

Por la gracia triunfaron los *ponies* de Shetland. Un perro de Spitzberg es más alto que el mayor de ellos. Les chispea en los ojos relucientes, medio oculto entre las crines abundantes, una casi humana malicia. Cuando miran, ya dicen que tenderán por tierra al que intente montarlos. Eran los jocosos de la fiesta. Cuando salían juntos a la arena todos los caballos en procesión,—por donde andaban los *ponies*, había alboroto. Los percherones sobre todo les enojan: les muerden la crin larga, cocean entre ellos como para hacer venir a tierra aquella admirable mole viva, que pone más en relieve su pequeñez. Los hombres son como los *ponies* de Shetland.—Estos de la Exhibición nunca andaban al paso, sino trotando o corriendo. Eran rechonchos, crinudos, de cabecita gruesa, de pies cortos y finos. Verlos, movía a risa: parecían caballos de casa de muñecas.

Aún no se ha cerrado la Exposición, y ya los criadores se preparan, con el estímulo avivado, a ir mejorando sus brutos, de manera que sus rivales no los venzan en las Exposiciones próximas. La naturaleza humana necesita espuelas:—el mismo caballo árabe, cuando ve correr a otro en la llanura, saca de sí más bríos.

La América. Nueva York, noviembre de 1883

1884

1. REFORMA ESENCIAL EN EL PROGRAMA DE LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS.—ESTUDIO DE LAS LENGUAS VIVAS.—GRADUAL DESENTENDIMIENTO DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS MUERTAS
2. INSECTOS
3. PIEDRAS, POLLOS Y NIÑOS.—PROGRESOS DE LA CIENCIA.—PETROGRAFÍA.—LA INCUBADORA DE NIÑOS
4. LA EXHIBICIÓN SANITARIA
5. INVENCIONES RECIENTES.—QUINIENTAS PATENTES NUEVAS
6. UNA DISTRIBUCIÓN DE DIPLOMAS EN UN COLEGIO DE LOS ESTADOS UNIDOS
7. TRANVÍAS DE CABLE.—VENTAJAS DE LOS PAÍSES HISPANOAMERICANOS PARA LA APLICACIÓN DE LOS NUEVOS INVENTOS
8. EL CARBÓN.—SU IMPORTANCIA Y SU OBRA

REFORMA ESENCIAL EN EL PROGRAMA DE LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS.—ESTUDIO DE LAS LENGUAS VIVAS.—GRADUAL DESENTENDIMIENTO DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS MUERTAS

Famosa es la Nueva Inglaterra por sus colegios, y sus costumbres, y su gente sabia. Con cofia y espejuelos representan los satíricos a Massachusetts todavía, como para indicar que el estado histórico de Bunker Hill y de Concord vive aún apasionado de lo viejo. Pero es lo cierto que por esa natural y sencilla arrogancia que da la superioridad legítima de la inteligencia, y por el mejoramiento que viene al espíritu de su roce con ideas y gentes que gustan de ellas,—distinguese de los demás habitantes de la nación, sin gran dificultad, a un bostoniano.—De Massachusetts fue Motley, el historiador profundo y pintoresco, cuyas inolvidables obras debieran enriquecer toda buena librería; de Massachusetts,—Emerson, un Dante amoroso, que vivió sobre la tierra, más que en ella,—por lo que la vio con toda holgura y certidumbre, y escribió Biblia humana. De Massachusetts,—Longfellow, el poeta melodioso, y sereno, que forjó en nueva fragua el inglés duro—y lo sacó de ella redondeado y sonante, a que dijese en nítidas estrofas pensamientos sentidos, melancólicos y tersos. De Massachusetts,—Ripley el crítico; Dana el periodista; Lowell el poeta de la lengua yanqui, que ahora está de embajador en Inglaterra, donde lo han elegido por desusada muestra de cariño, Rector del Colegio de San Andrés. De Massachusetts son, como de raza acrisolada, en que la facultad de meditar ha venido acendrándose y aquilatándose, los mejores “divinos” como aquí llaman a los sacerdotes, casta atendible en esta tierra, por lo culta, generosa y útil;—los novelistas sagaces y delicados, como Howell, cuya fama empieza; los rimadores atildados, que no poetas, porque aunque

Whittier, el cuáquero, y Holmes, rey del álbum, y Lowell, el embajador, viven—no hay ahora en los Estados Unidos más poeta, desde que el pobre Sidney Lanier es muerto, que Walt Whitman, un rebelde admirable, que quiebra una rama de los bosques, y en ella halla poesía—más que en rugosos libros y doradas cadenas de academia. De una academia es miembro Walt Whitman: su presidente se sienta en el cielo.

Y como por Boston viven los maestros, y de siglos atrás vienen vieniendo allí, allí están las más notables Universidades, que aquí llaman colegios; allí Harvard y Yale, que son el Oxford y el Cambridge de los Estados Unidos; allí, en tanto número como esas bandadas de pajarillos negros que picotean alegres y se bañan en la nieve, abundan, bajo seducidos Directores, los colegios buenos,—hogares hasta ahora, por desdicha como los de todas partes de la tierra, de la mente clásica. Pues ¿enseñar a los hombres que han de vivir en estos tiempos,—lenguas, sentimientos, pasiones, deberes, preocupaciones, cultos de otros y nutrirlos de madrigales y epopeyas idas y de melindres cortesanos—son torpeza y delito menores que sacar a batallar con escudo de cuero retorcido, y casco ponderoso y parte sana, a soldados que han de combatir con otros precedidos de máquinas rugientes, armados del rifle-cartuchera,—con su depósito de tiros colgando del gatillo, que están sacando ahora a la venta,—o del sable afilado de Solingen?

Este mes se han reunido los directores de todos los colegios de Massachusetts, a ver si—como Charles Francis Adams quiere—se enseña menos griego y latín en los colegios; o si—como mantienen el director de la vieja escuela de Amherst, buena en lenguas, y el de la de Darmouth—ha de reconocerse que para vivir la existencia arrebatada, lujosa y directamente individual de estos tiempos, son lo más necesario el Griego y el Latín. Directamente individual decimos, y no vida de castas como antes: cuando había reyes favorecedores, con ser hongo de antesala y saludador del favorito, ya se hacía carrera; o como se andaba siempre en guerra, con irse a la milicia se entraba en vía de ganancia y de honores; o con hacerse fraile, porque del fraile cuidaba la Iglesia.—Pero hoy, desvanecidos en unas partes y mal puestos en otras, estos viejos poderes, el hombre no puede arrimarse a su sombra, y como la parásita del muro, vivir de ella. El hombre tiene que sacar de sí los medios de vida. La educación, pues, no es más que esto: la habilitación de los hombres para obtener con desahogo y honradez los medios de vida indispensables en el tiempo en que existen, sin rebajar por eso las aspi-

raciones delicadas, superiores y espirituales de la mejor parte del ser humano.

Esta cuestión del Griego y el Latín está siendo ahora muy tratada. Se gira en torno de ella, y en ella se concretan los diversos sistemas de enseñanza. Más: se concretan dos épocas,—la que muere y la que alborea. La educación ornamental y florida que bastaba en los siglos de definidas aristocracias a hombres a cuya existencia proveía la organización injusta e imperfecta de las naciones; la educación literaria y metafísica, último mampuesto de los que creen en la necesidad de levantar, con una clase impenetrable y ultrailustrada, una valla a las nuevas corrientes impetuosas de la humanidad, que por todas partes acometen y triunfan; la educación antigua, de poemas griegos y libros latinos, e historias de Livio y Suetonio,—libra ahora sus últimos combates contra la educación que asoma y se impone, hija legítima de la impaciencia de los hombres, libres ya para aprender y obrar, que necesitan saber cómo está hecha, y se mueve y transforma, la tierra que han de mejorar y de la que han de extraer con sus propias manos los medios del bien universal y del mantenimiento propio.

Revista quisiéramos tener para tratar esto con la amplitud y variedad de modos que las revistas permiten, y el asunto requiere. Pero tenemos que pasar apuntando.

Unos mantienen que el Griego y el Latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el Griego ni el Latín han saboreado; ni aquellos capítulos de Homero que parecen primera selva de la tierra, de monstruosos troncos; ni las perfumosas y discretas epístolas del amigo de Mecenas; los que dicen esto. Pero éste es saber de gala y regocijo de la mente dada a letras, y nacida para ellas; éste es cierto saber aristocrático y de desocupados, que al que viene predispuesto a adquirirlo, le irá inevitablemente porque deseará tenerlo; y al que no tenga natural afición a él, no le quedará impreso, porque se lo quitarán de la memoria, donde está de mal grado, las tumultuosas aficiones modernas.

El problema es éste: ¿Debe emplearse la mayor y más útil parte de la época de colegio en el aprendizaje de dos lenguas que sólo influyen, cuando más influyen, en fijar las raíces de la lengua?

¿El conocimiento del lenguaje es la principal necesidad del hombre moderno?

¿Debe educarse a los hombres en contra de sus necesidades, o para que puedan satisfacerlas?

Como gimnasia y disciplina de la mente, ¿el orden admirable y nunca contradictorio de la naturaleza no será más benéfico a la mente que el caprichoso del hipébaton latino, o el contraste de los varios dialectos griegos?

Si la gota de esencia, si el jugo, si el remanente científico, si la utilidad definitiva del estudio de las lenguas latina y griega, viene a ser—descartado lo de la gimnasia mental por serle preferible en esto las más adecuadas ciencias físicas—el conocimiento verdadera e innegablemente útil de las radicales de la lengua, y los cauces por donde ésta anda, y los ejes sobre que gira ¿por qué no dar en breve, en compendio, en espiga, en fruto, estos conocimientos ya claros y adquiridos, y hacer perder a cada alumno preciosísimo tiempo en adquirir directamente fárragos y laberintos de inútiles reglas que no han de llevarle más que a averiguar lo que ya está sabido? ¡Vale tanto semejante sistema como tener a mano una cesta de albaricoques maduros, y dejarlos sin comer a un lado, esperando a que el árbol que se acaba de sembrar dé albaricoques!

Uvas hay en un racimo: no más que argumentos contra este predominio de un estudio de resultados mínimos en el sistema de enseñanza de una época que requiere resultados máximos y esencialmente diversos de los mínimos que da el estudio que ahora predomina.

La educación tiene un deber ineludible para con el hombre,—no cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo—sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana. Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época; para lo cual no le sirven el Latín y el Griego.

Por eso se han reunido en congreso, a ver cómo los van reduciendo en sus programas, los directores de los colegios más importantes de los Estados Unidos.

La América. Nueva York, enero de 1884

2

INSECTOS

Sábase que los insectos son portaepidemias. Es corriente entre médicos la creencia de que los mosquitos y otros animalillos de su especie transmiten y diseminan las enfermedades contagiosas: un buen médico

de Georgia publica ahora hechos que estima pruebas de la agencia activa de los mosquitos e insectos semejantes en el desarrollo de la fiebre amarilla.²³ Aboga porque los actuales cordones sanitarios imperfectos, por entre cuyas filas y sobre cuyas zonas vuelan ahora los diminutos y poderosos agentes de la fiebre, se completen con la creación de cordones de fuego, que detengan en su paso a los funestos mensajeros.

Hay en ciertas comarcas interiores de los Estados del Sur unos como jejenes mal intencionados que se entran sin piedad por la nariz, ojos y orejas de los caminantes, y se agrupan sobre cualquier rasgadura o abertura de la piel, donde sin morder ni picar, causan sin embargo irritación enorme. Las secreciones del ojo son demasiado activas para que quede con vida el jején imprudente que cae en los ojos, y en ellos muere: pero no por eso deja de sentirse en el ojo por algunas horas un dolor muy agudo, producido por la presencia momentánea del insecto en él. Y se nota que en la estación en que abundan estos insectos, se agravan las enfermedades de la vista, y se produce con más frecuencia la terrible oftalmía que, causa dolores que estremecen, y fiebres que adementan, a tal punto que no hay enfermo bravo a que no rindan, ni caminante que pueda soportar mientras la sufre, la acción del más sutil rayo del sol. De súbito, el ojo se irrita; dolores tajantes y penetrantes lo traspasan: se siente como si se tuviera bajo los párpados arena encendida; la luz hiere el ojo como puñal de agudo filo. Y así días tras días, hasta que la enfermedad, cuyos dolores suelen amortiguarse con baños de pies, va desapareciendo de suyo, a merced de baños de yerbas benéficas, que los naturales conocen y no enseñan. Viajando por tierras calientes, de arenales vastos, se sufre mucho de esto. De esto sufrieron en Egipto los soldados de Napoleón; en Georgia padécese mucho de oftalmía; y por la América Central, del lado del Atlántico, por la vieja y arruinada ciudad de Zacapa, de melodiosos ríos;—por aquellas comarcas calurosas donde venden a ciento por medio real los plátanos, y sirven las recias mestizas guatemaltecas almuerzos generosos y opulentos, por los que apenas cobran real y medio; por aquellos distritos olvidados,

²³ En la Conferencia Sanitaria Internacional de Washington, celebrada en febrero de 1881, Carlos J. Finlay señaló el medio de transmisión de la fiebre amarilla, y el 14 de agosto del mismo año presentó en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana su trabajo *El mosquito, hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla*, en el que, de manera definitiva, expuso su descubrimiento científico. Al ponerse en práctica medidas derivadas de ese descubrimiento, se consiguió erradicar el terrible azote, por lo que se consideró a Finlay benefactor de la humanidad. Véase *Finlay*, por César Rodríguez Expósito, La Habana, 1951, pp. 97 a 132.

verdaderas minas del oro más durable y valioso, el oro ambiente; por aquellas aldeas pobres y honradas, apenas cruza viajero de que la peligrosa oftalmía no haga presa. La enfermedad es contagiosa, y se comunica con gran rapidez. Algunos pierden la vista de un ojo, y de dos los más infortunados. Los que curan, no curan nunca bien: la parte interior del párpado queda siempre como imperfecta y arenosa, y la pupila un tanto velada; la córnea no vuelve jamás a ser tan límpida como antes de la enfermedad.

Tan cierto parece que los mosquitos contribuyen en gran manera a producirla, que los negros georgianos dicen que viene de que los mosquitos ponen sus huevos en los ojos.

La América. Nueva York, enero de 1884

3

PIEDRAS, POLLOS Y NIÑOS.—PROGRESOS DE LA CIENCIA

PETROGRAFIA

Petrografía, litografía, así llaman los naturalistas a una pequeña ciencia nueva, ciencia sucursal que arranca con miradas intensas a las piedras la leyenda de su formación lenta y misteriosa, que el microscopio y el análisis químico, tenidos sin embargo hasta ayer por maravillas, sólo analizaban de un modo imperfecto. La petrografía, que apenas tiene veinte años de nacida, y empieza ya a pedir puesto propio entre las ciencias, viene como a poner tildes y remates a las averiguaciones del espectroscopio.

Cuenta el espectroscopio cosas sumas, de las que se ve cómo es cierto que es una en formas sin cuento la materia, y una el ánima que la penetra y surge de ella; con lo que puede el hombre, en sus horas de orgullo, imaginarse centro de toda la tierra, porque ve en sí cuanto en la tierra ve, sin notar que esto depende de que el ser humano refleja la naturaleza, como cada ser extrahumano la refleja. De que el hombre halla a la naturaleza en sí, y en ella se halla a sí, no se sigue en buen juicio sino que hay en ambos, elementos, y trances, y fines, iguales. ¡Quién que mide su cerebro con el de la naturaleza, no le pide perdón de haberse creído su monarca! A todo hombre debieran enseñarse, como códigos de virtud, fijadoras de ideas y esclarecedoras de la mente, las

ciencias naturales.—Dejan en el espíritu, con cierto desconsuelo de ser tan poco por sí mismo, cierto gigantesco ímpetu, por ser miembro de la obra universal en que se colabora: y parece, cuando se acaba de penetrar uno de sus misterios, que se recibe bendición de un padre magno ignorado, y que al levantarse, de sitial tallado en montes, a seguir la ruta, se han posado las manos, ya más fuertes, como si en mundos acabasen los brazos del sitial, en dos mundos. La naturaleza, enseña modestia:—luego de conocerla, la virtud es fácil; ya porque la vida se hace amable, de puro hermosa, ya porque se ve que todo no remata en el cementerio.

Antes, sólo podía examinarse la formación de las piedras con la lente de mano, o por el análisis químico. La lente, con acusar tanto, dejaba mucho por saber: revelaba las grandes líneas; pero no la urdimbre sutil de la roca, que ya puede verçe ahora. Y el análisis químico, que naturalmente destruía para saber, al romper el tejido de la piedra para inquirir sus componentes, borraba los más curiosos capítulos de la leyenda; sobre que, no pudiendo llevar su acción a ciertos cuerpecillos, o destruyéndolos por su misma eficacia, solía suceder que dos trozos de roca de constitución diversa, daban sin embargo ante el análisis elementos iguales.

William Sloane es excelente petrógrafo, y describe bien el instrumento que permite sus acuciosas observaciones a la Petrografía. Es el microscopio polarizador, construido como un microscopio compuesto común, en que están colocados a distancia dos prismas de carbonato de cal, uno de los cuales polariza la luz, cuya operación, no bien está acabada, anuncia el otro.—Polarizar la luz, todos sabemos lo que es: la teoría corriente considera la luz común como el resultado de las vibraciones de las partículas del éter, el sutil habitante del espacio. Cuando el impulso viene adelantando por el éter, cada partícula de éste vibra en todas direcciones en ángulo recto con el impulso propagado. Concentrar todas estas direcciones en una, es polarizar la luz.

Pone el petrógrafo la piedra que examina entre los dos prismas de este poderoso microscopio polarizador de Nichols, y no hay hilillo de color, ni quiebro, ni juntura que con gran gala de luz no enseñe sus secretos al sabio curioso. Y con éste y otros instrumentos, de los que no son los menos notables unos termómetros usados para averiguar cómo obra el calor sobre los gases y líquidos contenidos en las piedras que se observan,—llega la Petrografía a determinar el origen de una roca,

y a contar—con la historia, mutua influencia y obra común de sus diversos elementos—todos los lanças, variedades y estados de su vida.

Pero la época influye de tal modo en la mente científica, que ésta, para que le excusen su amor a la ciencia pura, halla siempre manera de ponerla al servicio de las artes prácticas. Los hombres sólo aman ya lo que les es visible e inmediatamente útil.—La Petrografía es ahora auxiliar grande de los edificadores: con su microscopio se sabe qué piedra será buena para fabricar, y se averigua, con tal menudez que no deja ya qué saber, qué partes de la piedra se irán gastando con la lluvia y el peso, y de qué lado se empezará luego a caer, y cuánto tiempo resistirá a los elementos.

Y de ese modo, la pequeña ciencia se va haciendo grande, el espectroscopio enseña de qué están hechas las estrellas, y en el rayo de su luz sorprende los elementos mismos que nuestros pies pisan y nuestros pulmones absorben. El microscopio polarizador descubre la composición de los meteoritos, que nos caen de los altos espacios, como para decir a los hombres que no es vana su fe en mundos futuros, y que cuando el cuerpo que ahora usamos se canse de darnos casa, y nos abra salida,—en tierras desconocidas se nos ofrece casa nueva.

Los mismos que cuidan poco de ciencias, gustan de que se crea que saben de ellas. Ahora, es caso de vergüenza desconocer los nombres de los grandes trabajadores científicos, que suelen ser, como Pasteur, ardientes espiritualistas. Alemania, ponderosa y lupúlea, cría hombres de talento, menudos y pacientes: en un aspecto de la vida sabios, a expensas de todos los demás aspectos, que ignoran. Y lo que saben, lo saben en el hecho, que penetran, desencajan y estrujan con mirada invasora; pero no en su vaporoso sentido y flor de espíritu, que de todo caso y cuerpo de la naturaleza surge, como el suave olor del heno, y es su real utilidad científica:—por eso, cuando nace un alemán kantiano, constructor e imaginador, como que los de la tierra no le han desflorado mucho estos campos, se entra en ellos y saca a brazadas gran suma de mieses.—El desamparo mismo, o forzado recogimiento, en que un ideador se encuentra en un pueblo de entendimiento recio, irrita, exacerba y agiganta la facultad de idear, y la saca de sus bordes legítimos. El que posee una condición, se apega más a ella y la sublima cuando vive entre los que no se la reverencian ni entienden. Así surgen los grandes agentes, los oradores grandes, de los estados públicos en que hay gran carencia de la virtud o condición que los anima.

Rosenbuch, Zirkel, Cohen, Van Lasaulx, son los petrólogos alemanes más notables. ¡Con qué cuidado colocan en el microscopio polarizador los dos prismas de Nichols, los dos cristales de carbonato de cal, bien pulidos, bien aserrados diagonalmente, y luego bien reunidos con resina de bálsamo de Canadá! ¡Y con qué finura muelen la lámina de roca que van a examinar, hasta que esté transparente, o a lo menos traslúcida, lo que logran frotándola a fuerte presión contra esmeril, o un disco de hierro cubierto de polvo de diamante, después de lo cual, para poderla observar bien, ponen la lámina entre otras dos de cristal, a la que la adhieren con la resina del bálsamo! Y después de esto, ya colocada la laminilla entre los prismas, mueven éstos de modo de verla a media luz, y a luz entera, según las diagonales más cortas de los dos prismas estén en ángulo recto o paralelas. Ni una cabeza de colibrí de México, que es joya de plumas, da tantos reflejos como esas láminas de roca ante la luz polarizada.

Y así se va sabiendo cómo están hechos los cielos y la tierra.

LA INCUBADORA DE NIÑOS

No para pollos, sino para niños.

“La incubadora artificial para pollos es tan eficaz”—nos decía un experto a quien comunicábamos cierta duda, deseosos de apuntar sólo datos reales en el artículo que sobre esta nueva industria preparábamos, “es tan eficaz, que puede asegurarse esto, que a primera vista parece asombroso:—de los huevos que pone una gallina al año, sólo se aprovechan por la incubación natural, expuesta a todo género de percances, —unos seis pollos al año:—y por la incubación artificial pueden obtenerse en el año cien pollos por cada gallina”.

Pues poco menos que esto que sucede con los pollos, ha sucedido, gracias a una máquina construida por el mismo principio, con los recién nacidos enfermizos en el Hospital de Maternidad de París.

¿No se observa con cuánta frecuencia nacen en nuestra época, en las ciudades sobre todo, niños endebles, descoloridos, menguados, agonizantes? La vida arrebatada, mefítica y devastadora de la ciudad, va desecando así la especie. Se nace ahora de padres cansados, exhaustos, coléricos, exangües, viciosos. El vino cuesta caro, y no se bebe: la calma, que colora y anima la sangre más que el vino, desaparece.—Se llega a la noche debilitado, pesado, semiebrio, iracundo.—Los niños nacen

flojos; sobre todo cuando vienen de gente ociosa, de las clases altas, —o de la gente airada y miserable de las clases infimas.

De estas últimas, en París como en otros muchos lugares, los hijos son depositados en gran número en la Casa de Maternidad; y hasta hace dos años, estos pobres niños débiles morían a razón de un 66%.

Pero desde hace dos años, la Casa de Maternidad de París usa la incubadora, en que retiene a los niños durante los primeros días de su vida, libres de aires y accidentes:—y se nota que de entonces acá sólo muere el 38%.

Así describe la incubadora el doctor Farnior, que la ha introducido en la Casa de Maternidad.—Es una caja de madera, dividida horizontalmente en dos compartimientos: la parte de abajo contiene una caja de metal llena de agua, calentada por una lámpara; en la parte de arriba se coloca en un cesto el recién nacido. El aire calentado asciende a la parte de arriba y se escapa a través de agujeros hechos en la cubierta provista de un cristal, por el cual puede verse en todo momento al niño. Y con esto se obtiene que el recién nacido que no ha venido a la existencia con las fuerzas necesarias para evitar el aire cambiante y crudo de habitaciones nunca calentadas por igual,—recibe en las dos primeras semanas de su vida, mientras se fortalece y acomoda a su nuevo mundo, el beneficio de una temperatura firme y sostenida. La habitación está dispuesta de manera que no hay riesgo en tener al niño fuera de la incubadora en los momentos de alimentarlo y vestirlo..

Ya va siendo verdad "El Año Tres Mil" de Emilie Souvestre.

JOSÉ MARTÍ

La América. Nueva York, febrero de 1894

4

LA EXHIBICIÓN SANITARIA

Varias exhibiciones están ahora en proyecto. Filadelfia está acabando el edificio en que ha de celebrarse la de electricidad. El Congreso de los Estados Unidos acaba de prestar un millón de pesos a la Comisión Directora de la gran Exposición Agrícola de New Orleans, que la Exposición devolverá luego al Tesoro de la Nación, como le devolvió

la suma recibida por el mismo concepto la Exposición del Centenario en Filadelfia. No se pueden hacer grandes cosas sin grandes amigos.

No es menos interesante que la de New Orleans o Filadelfia la que en estos momentos acaba de abrirse con gran pompa y concurso público en Londres. Merece cuanto bien se diga de ella, porque no sólo tiene por objeto acercar a los hombres, ponerlos en conocimiento mutuo y facilitar a las naciones el cambio de sus riquezas; sino que ha sido realizada más que para el provecho, para la salud del hombre. Comer bien, que no es comer ricamente, sino comer cosas sanas bien condimentadas, es necesidad primera para el buen mantenimiento de la salud del cuerpo y de la mente.—La angustia con que se vive en todas partes del mundo en la época de transición en que nos ha tocado existir, hace más necesario hoy que nunca la reparación inmediata y cuidadosa de las fuerzas que en grado mayor que en ninguna otra época se pierden. La clase de alimentos; la manera de conocerlos para desechar los maledos e impuros; el modo de prepararlos, con tal arte que los elementos dañinos que hay siempre en la materia viva desaparezcan, y resalten, por el buen modo de cocinar, los elementos nutritivos; todo esto, que es en la vida, a tan altos objetos destinada, tan necesario como los buenos cimientos al palacio en que han de desplegar sus galas la inteligencia y la hermosura, si es que la hermosura es cosa diferente de la inteligencia; todos esos manjares crudos, platos preparados, alimentos mal cocidos al lado de los mismos alimentos bien hechos, fonda en que se guisa a la manera de los varios países, explicaciones habladas de todo lo que el público ve, y se va haciendo a la vista del público; todo eso hay en la primera sección de la Exposición Sanitaria destinada a "Alimentos".

Hay otras cinco secciones: la segunda para "Vestidos"; para "La Habitación", y todo lo que pueda contribuir a hacerla clara, ventilada y saludable la tercera; la cuarta para "La Escuela", en la cual se ve cómo ha de ser ésta, en espacio, ventanas y muebles, para que no empobrezca con su aire viciado y con la larga sesión en bancos incómodos la naturaleza física de los niños que en la escuela se instruyen y necesitan tanto de buen aire como de buenos libros. A "La Educación" se ha dado la sección sexta. La quinta sección, interesantísima por cierto. está consagrada a "El Taller".

No se puede ver a un obrero de estas grandes ciudades sin sentir lástima, respeto y cariño. ¡Padecen tanto! ¡Gastan tanta fuerza! ¡La reparan tan mal! ¡Gozan tan poco! Y si son mujeres, mientras más desgreñadas y pálidas vayan, y más lleven la marca del rebaño en la

frente marchita o en la risa pueril, más deseos dan de abrirse las venas y vaciar la sangre propia en las suyas empobrecidas. De manera que todo lo que se haga para mejorar la vida en los talleres es una obra que debe verse con respeto religioso.

Para comentar no tenemos tiempo; sino apenas para anunciar. Cuanto hay de nocivo a la salud y a la inteligencia en ciertos oficios, y el modo con que se puede remediarlo; cuanto es necesario tener en cuenta para evitar catástrofes en las fábricas y en las minas, y para hacer menos ingrato el trabajo en unas y otras, está representado de manera elocuente y visible en el departamento destinado a "El Taller". En un lado se ve cómo puede ventilarse, sacando de él el aire viciado, o destruyendo sus elementos nocivos. En otro lado se ve cómo pueden condensarse, utilizarse o consumirse, a la manera en uso en los gasómetros, los vapores y efluvios de las materias trabajadas que suelen sofocar, cuando no envenenar, a los operarios. En los telares y en las fábricas de agujas y de nácares se produce un polvo dañino, que allí se enseña cómo puede hacerse desaparecer. Bien se saben los riesgos de envenenamiento que corren los que trabajan en albayalde y arsénico, los que broncean, los que fabrican fósforos, los que hacen barajas, así como los que absorben las materias ponzoñosas que emanan las lanas y desechos revueltos: en el departamento de "El Taller" se aprende cómo librarse de unos y otros daños, y cómo proteger los ojos, que tanto sufren en esas labores, y aliviar el calor excesivo que llega a pesar sobre los obreros en ciertos meses como una desdicha insoportable.

Medalla de oro merecen todos los que han tenido parte en la preparación de la "Exhibición sanitaria". La gloria de nuestro siglo es que desde Jesús acá, nunca ha sido tan ardiente y fructuoso el amor humano.

La América. Nueva York, mayo de 1884

5

INVENCIONES RECIENTES.—QUINIENTAS PATENTES NUEVAS

Como quinientas patentes concedió en un solo día, el 15 de abril pasado, la Oficina de Privilegios de los Estados Unidos. Y tenemos entendido que pronto concederá alguna a un notabilísimo invento de un joven mecánico hispanoamericano.

Aplicación para nuestros talentos, es lo único que necesitamos en Hispanoamérica: esto es, necesitamos levantar nuestros países a la altura de los hombres que viven en ellos. La oscuridad e ineficacia actual de la raza hispanoamericana depende sólo de falta de analogía entre nuestros pueblos forzosamente embrionarios y los habitantes cultos, y relativamente ultracultos, de nuestros pueblos. Estos son males necesarios y transitorios, que alarman mucho a los veedores miopes, mas no a los de larga vista. El hombre no puede contener su actividad, ni su deseo de adquirir los medios de subsistencia, que muy frecuentemente, subiendo de grado y con el incentivo de los apetitos de satisfacción costosa, llega a ser desatentada pasión por la riqueza; de manera que, ya por su energía activa, ya por necesidades apremiantes, el hombre obra en aquello que más a mano halla para satisfacer unas y otras. Pero tampoco puede contener el hombre su natural amor al sosiego y decoro; y cuando construye, se siente mejor y goza; y cuando destruye, aunque quiera aturdirse y hacer gala de su victoria y cinismo, se avergüenza y padece: de modo que cuando puede el hombre dar empleo a sus fuerzas y cumplimiento a sus necesidades por medios seguros, dignificantes, nobles y de durable resultado, se aparta con rapidez y regocijo, como de compañero venenoso, de los quehaceres violentos o impuros en que se había venido ocupando.

En América, pues, no hay más que repartir bien las tierras, educar a los indios donde los haya, abrir caminos por las comarcas fértiles, sembrar mucho en sus cercanías, sustituir la instrucción elemental literaria inútil,—y léase bien lo que decimos altamente: la instrucción elemental literaria inútil,—con la instrucción elemental científica,—y esperar a ver crecer los pueblos. Van a dar gozo, por lo desinteresados y brillantes. No nos apresuramos; y como que estamos seguros de estas glorias, no renegamos de nuestras tierras: ¿quién de su hijo reniega, porque le oye balbucear en la cartilla?: lo que no quiere decir que no le hierva al niño un Hamlet o un invento pasmoso en el cerebro, que a su tiempo y sazón saldrá a la tierra.

Ya, por hablar de la constitución y porvenir de nuestros países, no nos queda espacio para contar brevemente algunas de las invenciones que acaban de ser privilegiadas, entre las que no hay, sin embargo, ninguna de notable trascendencia. El mundo está haciendo ahora su tránsito del vapor a la luz eléctrica, y no hay en esas patentes de abril ninguna que ayude de un modo señalado a estos trabajos. Hay una nueva máquina de cosechar granos de Knoop y una máquina de izar de I. F. McNeil,

cultivadores varios, una secadora de ladrillo de I. Blum, gran número de escaleras de escape para incendios; y de electricidad, lo más curioso que hay es un portero eléctrico.

La América. Nueva York, mayo de 1884

6

UNA DISTRIBUCIÓN DE DIPLOMAS EN UN COLEGIO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Estamos en un colegio afamado de los Estados Unidos, en un día de grados. Treinta son los alumnos favorecidos y lucen en las manos sus diplomas, atados con cintas verdes, azules y encarnadas. Los aprietan con gozo, como si apretaran las llaves de la vida. De allí saldrán a verter luz, a mejorar ignorantes, a aquietar, elevar y dirigir: es grande la palabra francesa: "elevar" por educar. Los que han vivido, ven con tristeza a los que comienzan a vivir; y echar los colegiales a la vida parece como cortar las alas a los pájaros. Lleno se ve el suelo de alas blancas. Pero la vida, que consume fuerzas, exige, para reparar el nivel, que periódicamente le entren por sus venas cansadas fuerzas nuevas. El candor y el empuje de los colegiales reaniman, aun cuando no se les sienta, la esperanza, la honradez y la fe públicas, tal como las aguas generosas de las nuevas lluvias, bajan cargadas de las flores y yerbas fragantes de los montes vírgenes, a enriquecer con sus caudales la empobrecida corriente de los ríos.

Abre la sesión un pastor protestante: en los Estados Unidos, toda ceremonia privada o pública, de gozo o de tristeza, bien sea fiesta de colegio, bien sea congreso de delegados de un partido político, empieza con plegaria, el pastor, vestido de negro, alza los ojos al cielo e impreca sus plácemes; los oyentes, sentados en sus bancos, se cubren con las manos el rostro, que apoyan sobre el respaldo del banco vecino. Y aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra. Después, con las querellas de iglesia, la virtud de la plegaria desmerece. Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del Universo y la del alma buena e inmortal inspiran ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada! ¡y cómo contribuiría a mantener encendido el espíritu en estos tiempos ansiosos y emonedados! ¡y cómo juntaría a todos los hombres enamorados de lo maravilloso y necesitados de tratarlo, pero que no conciben que pueda

haber creado en el hombre facultades inarmónicas la naturaleza que es toda armonía, ni quieren pagar a precio de su razón y libertad el trato con lo maravilloso!

Estamos en el colegio afamado. Acabada la plegaria, sube a la tribuna uno de los alumnos graduandos. Y tras él otro, y otro tras él. Hablan de cosas hondas en lenguaje macizo. No repiten de memoria las pruebas de la redondez de la tierra; ni disertan en párrafos balmescos sobre la capacidad y calificación del conocer; ni dicen de coro los nombres antiguos de las enseñadas, remansos y recodos de la histórica Grecia, como en nuestros tiempos nos hacían decir, con gran satisfacción de padres y maestros que de muy poco en verdad se satisfacen; porque el plumaje gana colores con todos esos utilísimos conocimientos; pero el seso no queda aprovechado, ni la vida en que ha de bracear enseñada, ni la manera de timonear por ella y precaverse contra sus angustias. En los colegios no se abre apenas el libro que en ellos debiera estar siempre abierto: el de la vida.

No hablan de esas oquedades los alumnos del colegio en que estamos, sino que se entran en su discurso por las más severas cuestiones del momento y por otras de física y psicología, momentosas siempre. Sus discursos no vuelan como las hojas, ni como tantos discursos, sino que pesan como rama bien frutada. Y eso que no estamos entre doctores, sino entre meros bachilleres. Uno lee un estudio sobre la imaginación en las matemáticas, y dice que aquélla tiene en las construcciones de éstas tanta parte como en las concepciones dolorosas y lumíneas de la poesía, y que para escribir el "Paraíso Perdido", no se necesitó más poder de imaginar que para establecer los principios fundamentales de las secciones cónicas. Examina otro las razones del dañoso influjo de la ignorante inmigración irlandesa en las ciudades, donde con su número sofocan el voto y se lo adueñan, sin que por su hábito de no reunirse más que con gente de su terruño y por no ser la idealidad elemento singular de su naturaleza, ascienda en ellos la cultura a la par con su influencia y autoridad de sufragantes en el pueblo que los recibe como a hijos. Crían por las lomas de los suburbios los irlandeses, gansos, patos y chivos e hijos descalzos, que de sus padres encervizados y de sus madres harapientas y del sórdido cura de la parroquia, no pueden sacar modelos para mejor vida, sino que en cuerpo y espíritu salen de sus chozas de mala madera, depauperados: y como la inmigración de Irlanda a New York es tan cuantiosa, sucede que de veras está gravísimamente amenazada de miseria mental y moral la gran ciudad. Los

alemanes la remediarían, si no fueran tan dados al goce de sí propios y tan desentendidos del bien ajeno. Se ve que son mal cimiento de un pueblo formidable el abrutamiento y el egoísmo. Y hay escuelas por cierto; pero en los hijos de irlandeses lo que la escuela cría, el chivo se lo come. El hijo del alemán, como que el padre suele abrirse camino y no vive en comunidad tan ruin, aprovecha sus libros; sobre que el alemán es hombre de su casa y trabajador, lo que sin esfuerzo va dando buenos hábitos a los hijos. Y esto no lo decía el discurso del graduando, pero decía otras cosas excelentes.

Otro joven bachiller asalta la tribuna y lee... ¿pero qué lee que todos lo aplauden? Pues nada menos que un estudio en que se defiende el derecho y capacidad de los egipcios para gobernar su propia tierra, y se acusa de mera máscara de la ambición inglesa ese pretexto indecoroso con que, como el boa a la paloma, viene desde hace años enroscándose sobre el Egipto; el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes. Pero como la libertad vive de respeto, y la razón se nutre en la controversia, edúcase aquí a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan; y oír sin ira y sin mala sospecha lo que piensan otros: de modo que no bien cesan las palmas con que acogemos todos al mantenedor del decoro humano, ya está en la tribuna un bachiller defendiendo el buen derecho de Inglaterra a poner definitivamente manos sobre la gente abandonada del Egipto, y a cogérselo brazada a brazada, como han cogido los Estados Unidos el territorio de los indios.

Otro graduando ensalza el sistema de instrucción pública de Norteamérica y dice que en la homogeneidad de los nuevos ciudadanos se prueba que aquel modo de enseñar es digno de un pueblo fuerte; pero el graduando vecino se levanta, depreca el sistema en uso, y dice que no hay mayor fracaso porque las escuelas enseñan a los niños para hijos

de rico, que han de vivir de herencia y no de sus labores, y porque apenas hay pueblos en que los niños a los quince años, tengan al salir de la escuela instrucción más deficiente y rudimentaria: deletrear, escribir y contar saben; pero ni se les ha abierto el apetito de saber, ni se les ve poseídos de aquella noción y simpatía humanas sin las cuales se truecan los hombres en esa criatura vacía, dañina y horrenda: el egoísta.

Bachiller muy joven, y que se lleva todas las miradas, es ese que cuenta enseguida, no sin histórico estilo y buena crítica, la vida de las dos Isabeles: la odiosa de Inglaterra y la grande de España. Maestro en ciencia parece el que le sucede en el discurso, y con argumentos ingeniosos y frase pintoresca niega que vayan a la par las fuerzas vitales y las físicas, y que éstas puedan alcanzar jamás la potencia original de la creación, que sólo reside en la voluntad colosal desconocida:—"la química, dice el bachiller, ha podido fabricar huevos; pero no emollarlos". Y el graduando que cierra estos animados ejercicios, perora, con ternura exquisita, apretado lenguaje y profunda visión, sobre la sana y triste filosofía de George Elliot, la noble y desventurada novelista inglesa, nueva estoica, para quien la vida se puso toda, como siempre para las almas excelsas, en una copa amarga, que bebió ella hasta las heces por que no quedara nada que beber a los demás; sin que los vapores de la propia amargura que a tantos nublan los ojos, se los enturbiasen, para ver cuánto elemento de sólida ventura hay en la conciencia bien educada y en la naturaleza. De todo lo vivo se desprende una justicia definitiva y universal, que asegura la próxima compensación de las desigualdades e injusticias de la tierra. La conciencia valerosa, empinada entre los hombres como un gigante invicto entre liliputienses, alienta y acaricia.

Y todavía no hemos dicho, y lo callábamos de intento, que esos bachilleres tan gallardos, que con tal maestría andan por las entrañas de un carácter y repintan imperios pasados, y enarbolan la bandera de los hombres libres, y balancean el cuerpo y alma de la naturaleza, cran mujeres. Niñas de dieciocho a veinte años, eran las graduandas de este año en el colegio de Vassar.

¡Oh! el día que la mujer no sea frívola ¡cuán venturoso será el hombre! ¡cómo, de mero plato de carnes fragantes, se trocará en urna de espíritu, a que tendrán los hombres puestos siempre los labios ansiosos! ¡Oh! ¡qué día aquel en que la razón no tenga que andar divorciada del amor natural a la hermosura! ¡aquel en que por el dolor de ver vacío el vaso que se imaginó lleno de espíritu, no haya de irse

febril y desesperado, en busca de alma bella, de un vaso a otro! ¡Oh! ¡qué día aquel en que no se tenga que desdeñar lo que se ama! Mari-sabidillas secas no han de ser por eso las mujeres; como los hombres que saben no son por el hecho de saber, pepisabidillos. Hágase entre ellas tan común la instrucción que no se note la que la posea, ni ella misma lo note: y entonces se quedará en casa la fatiga de amor.

Que cuando el hombre haya menester de quien le entienda su dolor, le admire su virtud o le estimule el juicio, no tenga que ir a buscarlo como sucede ahora, fuera de su casa. Que no sean la compasión, el deber y el hábito lo que a su esposa lo tengan unido; sino una inefable compenetración de espíritu, que no quiere decir servil acatamiento de un cónyuge a las opiniones del otro: antes está ese sabroso apretamiento de las almas en que sean semejantes sus opiniones, capacidades y alimentos, aun cuando sus pareceres sean distintos.

Crece el esposo con los merecimientos de la esposa; y ésta, con ellos, echa raíces en él.—Lo cual es bueno: el único placer que excusa la vida dolorosa, y la perfuma, levanta y fortifica, es el de sentir que, como un árbol en la tierra, se han echado raíces en un alma caliente y amante.

Los pueblos necesitan además como las aguas, de nivel. Cada nación requiere, si ha de salvarse, cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos: y así como no se da hijo sin padre y sin madre, así no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y femeniles del espíritu.—Los pueblos mueren de hipertrofia de fuerza, que los ensoberbece, ofusca y embriaga, y causa dolores y trastornos sin cuento con su propio exceso, lo mismo que de hipertrofia de sentimiento y arte, que los afloja y ahembrea.—Las condiciones espirituales tienen su higiene, lo mismo que las físicas; y de una condición se ha de reposar en otra, que la modere y modifique.—De la fuerza se ha de descansar en la ternura.—A más de esta necesidad de femineidad en la vida de la nación, existe en los pueblos dados a la fatiga, la labor nerviosa, y el ansia de la riqueza, urgencia grande de balancear con la educación de la mujer, que lleva a la vida de la nación sensibilidad y semilla de intelecto, la escasez en que naturalmente quedan estas condiciones por la consagración casi exclusiva de la mayoría nacional a las batallas, emociones y goces de la posesión de la fortuna.—Como estrellas viajeras, a derramar luz suave e iluminar lo sombrío, se vierten cada año por el país esos bachilleres de cabellos largos y armoniosas formas: de vergüenza de no parecerse a ellas, se mejoran los gañanes

de la riqueza que las cortejan y desean: su contacto, ejemplo y enseñanza, dulcifican y espiritualizan la existencia en torno suyo.—Y así como se gusta mejor el vino bueno en copa bien labrada, o de cristal delgado y limpio, así se recibe con mayor mansedumbre, placer y provecho el influjo del espíritu de una mujer culta y hermosa.

La América. Nueva York, junio de 1884

7

TRANVÍAS DE CABLE.—VENTAJAS DE LOS PAÍSES HISPANOAMERICANOS PARA LA APLICACIÓN DE LOS NUEVOS INVENTOS

Nuestras tierras americanas tienen la ventaja de que al aquietar sus pasiones de pueblos mozos y decidirse a ser personas de provecho, hallan ya depuradas y probadas muchas invenciones fascinadoras, que han resultado al cabo falaces, rudimentarias o inconvenientes, y cuya experimentación ha sido hecha por pueblos que se nos anticiparon en la prosperidad y el empuje.—De manera que, si obramos con juicio, aprovecharemos de lo que lleva averiguado a gran costa la experiencia ajena, sin haber gastado en adquirirla las sumas y el tiempo que a otras tierras cuesta.

Y sucederá en lo físico e industrial en nuestras tierras como en lo político ha sucedido, lo cual en lo político ha sido un bien, a pesar de las dificultades actuales para el acomodamiento en el nuevo estado súbito. De la colonia frailesca fuímonos de un salto a la política acabada; y del kerosene nos estamos yendo a la luz eléctrica.—Y aun deben esperar los pueblos que quieran nuevo alumbrado, que de aquí a poco éste será más barato y perfecto que ahora: bien tienen merecido estos premios nuestros dolores. ¡Cuán grandes nuestros padres, que de la capilla de los oidores recortaron el manto de la Libertad, que ahora se nos empieza a ver sobre los hombros!

Las ciudades que quieran establecer ahora tranvías, deben antes de echar sus rieles para carros de caballos, hacer examinar los que andan sin ellos, por ser su motor constante un cable que corre dentro de un gran tubo, colocado bajo la superficie de la calle, como se colocan las

cañerías de gas o de agua. Este gran tubo tiene una espaciosa ranura en su parte alta, por la cual pasa el timón que maneja el conductor desde su plataforma, y llega hasta el cable, del cual se desase cuando se quiere detener el carro, o se prende cuando se quiere que el carro continúe en movimiento. Lo mismo que las mandíbulas prenden el alimento, lo mismo que los dientes de una draga se cierran sobre las piedras y sedimentos que ha de sacar a la superficie, así asen el cable los dientes, o ruedas, en que remata el timón. Y como el cable está siempre en movimiento, en virtud de la máquina motriz establecida en la estación de que arranca el cable, el carro es arrastrado por él a gran velocidad, sin que esto impida que cuando el conductor lo desee, oprima el freno o timón que por una ranura abierta en el pavimento entre los rieles se comunica con la de la parte alta del tubo, y desasidos del cable a esa presión los dientes del timón, el carro se detenga, por cuanto tiempo se quiera. Con este sistema de tranvía de cable, los carros andan con mucha mayor ligereza, se gasta mucho menos en poder motor, por ser el vapor y su máquina más baratos de comprar y conservar que las pobladas caballerizas que ahora se requieren para los tranvías de tracción animal, y se ocupan menos empleados y menos espacio en las calles. —Sobre que es bueno alimentar la fantasía, y un carro así parece que lleva alma.

Que el sistema no es usurio lo prueban, no sólo el ferrocarril del puente de Brooklyn, a pesar de las dificultades especiales que allí presenta la vía por tener que ir el cable sobre el borde de ruedillas enclavadas de trecho en trecho en los durmientes aéreos; lo prueban mejor Chicago y San Francisco de California, donde este sistema está en uso constante, como de derecho le viene por su sencillez y baratura, sobre todo en las tierras calientes en que los animales padecen tanto, y la rapidez del tráfico con ellos, o en los países fríos donde en los días en que la nieve está acumulada en las calles es fácil ver en el rostro de los pasajeros de los carros de caballos la imagen de la muerte. *La América* dará con placer más informes a las personas que se interesen en tener noticias de este sistema de tranvías, en los Estados Unidos muy favorecido.

La América. Nueva York, junio de 1884

8

EL CARBÓN

SU IMPORTANCIA Y SU OBRA

En presencia de un sabio, cuenta algún escritor moderno, exclamaba un joven: "Felices las tierras en donde Dios puso abundantes minas de oro y de plata"; a lo cual contestó el sabio: "No, ésas no son las tierras felices, felices son las ricas en carbón y en hierro". La historia del desarrollo de la civilización humana corrobora este aserto: que los pueblos grandes y los pueblos poderosos viven y prosperan allí en donde pródiga la naturaleza rinde el carbón y el hierro al trabajo asiduo, y no en donde la rica veta del metal precioso brinda su fruto. Por cientos de miles de toneladas, el carbón, de que ahora queremos ocuparnos, es extraído todos los años, y cada día aumenta la demanda que de él existe, pues la industria lo requiere en todos sus ramos, y el campo de la industria crece a ojos vista, sin que la más osada imaginación se atreva a vaticinar cuál sea su límite, si límite puede suponersele, ni cuál el alcance de su vuelo.

Siglo de ferrocarriles, de electricidad y de maquinaria es el nuestro, y de todo eso es alma el calor, para producir el cual necesitamos el carbón.

Al ver el inmenso consumo que de él se hace pudiera temerse que se llegara a agotar, si no supiésemos que la naturaleza no es más que un inmenso laboratorio en el cual nada se pierde, en donde los cuerpos se descomponen, y libres sus elementos vuelven a mezclarse, confundirse y componerse, pudiendo, en el transcurso de los siglos—que son instantes en la vida del mundo—volver a su antiguo ser, a colmar los vacíos que el hombre haya causado, por otra parte imperceptibles en los inmensurables depósitos del globo.

Tres formas tiene el carbón, que son el carbón propiamente dicho, que se nos presenta más abundante, que cualquiera de las otras manifestaciones del mismo elemento, en la hulla, el grafito, cristalización amorfa, de que hacemos nuestros lápices, y en el diamante, el cristal perfecto, la más hermosa de las cristalizaciones del mundo mineral. Siguiendo la bella expresión de Haüy, fundador de la mineralogía moderna, y que tenía más de poeta que de hombre de ciencia, de que los

cristales son las flores del reino mineral, podemos decir que el diamante es la rosa de ese jardín, el más hermoso, el más brillante de todos.

Inútil sería extendernos sobre los innúmeros empleos de la hulla; cualquier niño de escuela puede enumerar muchos de ellos, desde el servicio que presta en el hogar doméstico, hasta el desarrollo de su fuerza poderosa que impele nuestras locomotoras, nuestros barcos, e ilumina nuestras ciudades. La aplicación del grafito es relativamente limitada y pudiera suplírsele, así que tampoco queremos fijar en él mayormente nuestra atención. Pasemos al diamante.

En punto a utilidad práctica poco tiene, aunque alguien ha dicho que lo bello es siempre útil. Sin embargo, es de todas las manifestaciones del elemento que nos ocupa, la más apreciada, y de todos los objetos conocidos del hombre aquel que en más alto grado se estima y por el cual se pagan precios más subidos. Un trozo pequeñito que puede encajarse en la palma de la mano, vale cientos de miles de pesos, valor que le da a su rareza ese gran factor social, causa de más esfuerzos y luchas que ninguna pasión, que se llama la vanidad humana.

Disuelta una sustancia dada en su correspondiente líquido y saturado éste, ha logrado la ciencia, aplicando sus métodos, cristalizar la mayor parte de las sustancias sujetas a esas leyes. Esos mismos espíritus que en la Edad Media buscaban la piedra filosofal, una vez que hoy está demostrada la insensatez e imposibilidad de tal pretensión, se han dado a buscar con ahínco la cristalización del diamante. Primero fue preciso hallar el solvente para el carbón puro; tócalo sin afectarlo en lo mínimo los ácidos y reactivos más poderosos, y sólo se disuelve en el hierro líquido a 1,200° de temperatura; ya está el solvente, sí, pero tras de tanta expectativa, en vez del cristal hermoso, límpido y luciente, se halla el grafito negro lustroso y amorfo, que refleja la luz, sin quebrarla y darle paso, como lo hace en relámpagos de oro y de azul su hermano el diamante.

Desde que merced a los descubrimientos de Priestley y del infortunado Lavoisier, a quien el Comité de Salud Pública negó quince días más de vida para terminar sus experimentos, se fundó la ciencia química y se sepultaron para siempre en el olvido las divagaciones de la Alquimia, la busca de la piedra filosofal, que fue el esfuerzo constante de esa cuasi ciencia, no ha preocupado más a los hombres.

El oro es un elemento simple y para sacarlo de la retorta o del crisol, es preciso haberlo puesto allí, pero el diamante es la manifestación de otro elemento simple que conocemos, que podemos manejar a nuestro

antojo, y lo que con él se desea hacer es algo que con muchos otros cuerpos se hace todos los días, así pues, si la piedra filosofal puede considerarse como un sueño disipado, la fabricación artificial del diamante es un triunfo posible para la ciencia que tarde o temprano se ha de obtener.

En su "Recherche de l'Absolu" pinta Balzac, con la dolorosa maestría de ese escarpelo que le servía de pluma, las luchas y las tormentas de un espíritu preocupado por la fabricación del precioso cristal. En su busca sacrifica fortuna, salud y hasta la paz del hogar, veese forzado por la necesidad a abandonar sus experimentos, y al volver años después a su laboratorio, teatro de su actividad, halla que el resultado que tanto había anhelado se ha obtenido, pero durante su ausencia, sin que le fuese posible ver las huellas del genio de la naturaleza que terminó la obra, objeto de sus ansias, y se retiró llevándose su secreto.

Pasada una corriente de azufre en estado de vapor sobre carbones enrojados se obtiene un líquido de fuerte olor, compuesto de carbón y de azufre, denominado sulfato de carbón, que parece diamante líquido, pues tiene su brillantez y su transparencia, parece que de ahí al diamante no hubiera ya sino un paso; mas vanos han sido todos los esfuerzos hechos para obtenerlo. Separados los dos componentes por la corriente eléctrica, en un electrodo se deposita azufre amarillo y carbón negro en el otro.

La Alquimia, que acaso tuvo su cuna en el antiguo Egipto, que vino a España con los árabes, y que con sus misterios, sus compuestos y sus venenos parece una ave negra cuyo nido está bien colgado en el viejo torreón derruido del edificio tambaleante de la Edad Media, mitad castillo feudal, mitad monasterio, cuenta entre los resultados obtenidos en la busca del precioso metal numerosos conocimientos útiles y preciosos.

Desde Raimundo Lulio hasta Priestley, Lavoisier y Dalton median casi mil años, durante los cuales los alquimistas fueron acumulando grandes conocimientos, que permanecían aislados, como los eslabones sueltos de una cadena. Fue el descubrimiento de la verdadera naturaleza de la combustión, la aplicación de la balanza al análisis, y esa hermosa teoría especulativa que supone el átomo y le da—como a deidad india—numerosos brazos para enlazarse a otros átomos, fue, decimos todo esto, lo que soldó los eslabones de esa cadena y la hizo firme y segura juntando los mil restos del esfuerzo humano, regados como granos de oro, en el regazo inmenso de los siglos. Y asimismo en busca de una meta, se descubren nuevas vías y se obtienen frutos no codiciados

e inesperados triunfos. Ese mismo sulfato de carbón, de que nos hemos ocupado, tiene mil aplicaciones industriales en la preparación del caucho, en la extracción de perfumes y de aceites, etc., se le ha ensayado como remedio para el cólera, y acaso, tenida en cuenta la poca temperatura que necesita para evaporarse, 108° Fahrenheit, y su enorme fuerza expansiva—mayor que la del vapor de agua—si de él no saca la ciencia diamantes, nos procure un motor más barato que los existentes. Y bien sabemos que el movimiento es fuerza, el movimiento es calor, el movimiento es vida.

JOSÉ MARTÍ

La América. Nueva York, noviembre de 1884

INDICE

NUESTRA AMÉRICA

III

HONDURAS

NICARAGUA

PARAGUAY

PUERTO RICO

URUGUAY

AMÉRICA CENTRAL

VOCES

HISPANOAMERICANOS

DE "LA AMÉRICA", NUEVA YORK